

STARZ
ORIGINALS

Enredada Con El Duque

ABBY AYLES

Enredada con El Duque

Romance Histórico De Regencia Con Giros

Abby Ayles



Starfall Publications

Copyright © 2024 por Abby Ayles

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, salvo lo permitido por la ley de derechos de autor de los EE. UU. Para solicitudes de permisos, contacte a Starfall Publications info@starfallpublications.com.

La historia, todos los nombres, personajes e incidentes representados en esta producción son ficticios. No se pretende ni debe inferirse ninguna identificación con personas reales (vivas o fallecidas), lugares, edificios y productos.

Contents

1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18

19. Capítulo 19

20. Capítulo 20

21. Capítulo 21

22. Capítulo 22

23. Capítulo 23

24. Capítulo 24

25. Capítulo 25

26. Capítulo 26

27. Capítulo 27

28. Capítulo 28

29. Capítulo 29

30. Capítulo 30

31. Capítulo 31

32. Capítulo 32

33. Capítulo 33

34. Capítulo 34

35. Capítulo 35

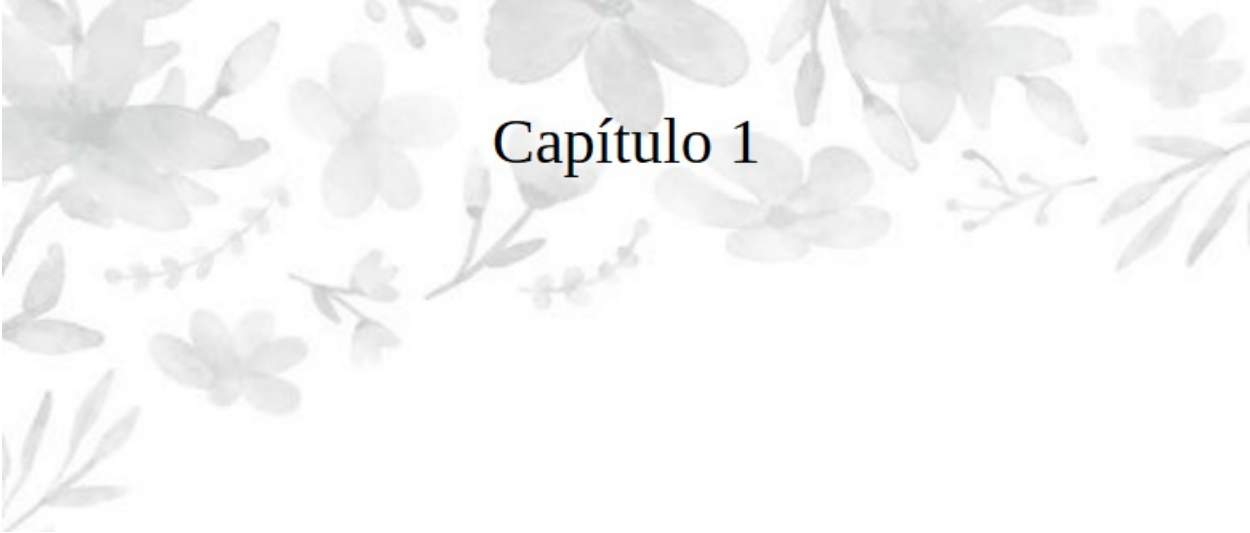
36. Epílogo

Bonus Escena

¡Reunámonos!

Free Book

Also by Abby Ayles

A decorative border at the top of the page featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves in a light, muted green color.

Capítulo 1

Lady Alexandra Woodley rebuscaba febrilmente en la cesta de ropa recién lavada. Sabía que estaba arrugando las suaves telas de algodón, pero tenía poco tiempo para preocuparse por ello.

Se hizo una nota mental para disculparse más tarde con Polly, la doncella, por hacer que su tarea de planchado fuera el doble de difícil esta semana, a pesar de su frenética prisa.

Si los guantes blancos de noche de su hermana no estaban entre el resto de la tela blanca recién quitada del tendedero esta mañana, Lady Alexandra estaba segura de que no tenía idea de dónde más buscar.

Frustrada, revolvió entre camisones, pañuelos y enaguas color crema, solo para terminar con las manos vacías.

Resopló, sentándose sobre sus talones. La bocanada de aire levantó un mechón castaño que había caído sobre su rostro.

—¡Los encontré, señorita! —exclamó Polly, irrumpiendo en el salón.

—Oh, gracias al cielo, Polly. Eres un ángel —dijo Lady Alexandra, tomando los largos guantes de noche de las manos de la joven doncella.

—¿Dónde los encontraste? —continuó Lady Alexandra, levantándose del suelo de madera recién pulido para ponerse frente a la muchacha.

—Estaban bajo la almohada de la joven Lady Sophia —dijo Polly con una ceja arqueada—. Tomarse tantas molestias para causar problemas no está bien, si me pregunta.

Alexandra no podría haber estado más de acuerdo con la doncella en ese momento. Sophia Woodley era la menor de las hermanas Woodley, cuatro en total, y sin duda la más difícil.

—Me aseguraré de hablar seriamente con ella y con Padre sobre este asunto más tarde esta noche —informó Alexandra a Polly.

Era muy consciente de que el pequeño intento de Sophia de retrasar la partida de las tres hermanas mayores esta noche no solo había causado más trabajo para Alexandra, sino para toda la casa en general.

El Conde de Grebs tenía poco a su nombre además de sus cuatro hijas. Esto hacía que la ayuda contratada fuera un bien limitado, obligando a sus dos doncellas, un mayordomo y un cocinero a asumir la tarea de varios trabajos a lo largo del día. La travesura de Sophia había robado a Polly un tiempo precioso que se habría utilizado en otras tareas.

Alexandra se propuso hacer todo lo posible para expresar ese hecho a su hermana menor y más despreocupada. Tal vez incluso hacer que la niña escribiera una carta de disculpa a la doncella.

Ciertamente, no era un acto apropiado para una dama escribir una nota de arrepentimiento a un sirviente, pero Alexandra también sabía cuánto detestaba Sophia sus tareas escolares y el trabajo adicional parecía un castigo adecuado para el delito.

—Josephine —llamó Alexandra por el pasillo mientras salía de la única sala de estar y subía las escaleras hacia los dormitorios principales de la casa.

Encontró a su siguiente hermana mayor aún sentada frente al pequeño tocador en la habitación que compartían las cuatro chicas.

—Josephine —dijo Alexandra, un poco sin aliento por segunda vez debido a la apresurada caminata hasta el lado de su hermana—. Polly ha encontrado los guantes perdidos.

Alexandra los arrojó sobre una de las dos grandes camas que servían de dormitorio para las cuatro hermanas. Se sentó junto a ellos sintiendo cómo su cuerpo se hundía en la cama recién hecha.

—¿Dónde estaban? —preguntó Lady Josephine Woodley mientras intentaba colocar delicadamente uno de sus rizos castaño oscuro en su lugar.

Alexandra se movió en su sitio, incómoda por la restricción del corsé antes de levantarse para ayudar a su hermana con su cabello.

—Sophia los tenía bajo su almohada —dijo Alexandra, poniéndose manos a la obra.

—Esa niña está podrida hasta la médula —dijo Josephine, rascándose la nariz.

—Tonterías, solo está molesta porque todas vamos al baile esta noche y ella no puede.

Alexandra estaba acostumbrada a hacer de pacificadora entre estas dos hermanas. Josephine era solo un año menor que Alexandra, y ellas dos eran, con diferencia, las más cercanas de todas las chicas Woodley.

Williamina era tres años menor que Josephine, y Sophia cerraba la fila siendo cuatro años menor que Williamina.

—Todas tuvimos que esperar a alcanzar la mayoría de edad. Sophia piensa que solo porque es la más joven debería recibir algún tipo de trato especial —continuó Josephine.

—Tiene quince años. Está a solo un año de cuando el resto de nosotras debutamos. Quizás no sería demasiado permitirle que nos acompañe esta noche —dijo Williamina, entrando en la habitación y uniéndose a la conversación.

Honestamente, la hacienda no podía permitirse que las cuatro hermanas pasaran la temporada con la alta sociedad. Alexandra lo sabía bien, ya que se encargaba de todas las finanzas de la hacienda por sí misma. No era algo que hubiera compartido con sus hermanas menores todavía.

Sinceramente esperaba no tener que hacerlo. Ya tenía dos hermanas que habían pasado algunas temporadas en sociedad y estaban bien entradas en edad de casarse. Si pudiera encontrar un buen partido para Williamina o Josephine, no tendría que considerar tener a las cuatro hermanas debutando el próximo año.

No era la primera vez que Alexandra tenía que cargar con una carga secreta de la hacienda del Conde de Grebs. Después de la muerte de su madre al dar a luz a Sophia, su padre, el Conde de Grebs John Woodley, se había prácticamente alejado de la realidad. Eso la dejó a ella, a la mera edad de ocho años, con la pesada responsabilidad de asegurarse de que la casa fuera administrada y su familia atendida.

Al principio, habían sido solo pequeñas cosas como asegurarse de que sus hermanas tuvieran su mejor ropa de domingo para el servicio cuando su padre parecía no notarlo. Con el tiempo, aprendió a hacerse cargo de más y más cosas, y él nunca la detuvo, feliz de encontrar más tiempo de aislamiento en su biblioteca con sus preciosos libros y especímenes.

Alexandra nunca tuvo un debut formal como se aseguró de que tuvieran sus tres hermanas menores. En cambio, asistía a eventos sociales como las otras matronas de la alta sociedad, atendiendo las necesidades de los parientes jóvenes y solteros.

Era cierto que Sophia era en parte mimada, solo porque su padre hacía poco por interactuar con sus hijas, y Alexandra no tenía conocimiento de cómo ser una buena madre cuando aún era una niña ella misma.

Sophia había estado en una desventaja significativa en comparación con sus hermanas desde el momento en que nació; no tenía recuerdos de su querida madre, Lady Grebs. Todo había cambiado con la muerte de su señora madre. Esto dejó a todas las chicas Woodley con la necesidad de crecer más rápido que sus compañeras e incluso un poco resentidas.

Sophia era la más rebelde y resentida de todas. En respuesta, Josephine siempre estaba en desacuerdo con lo que consideraba un trato especial para la menor de las hermanas.

—Ciertamente es algo que estaría encantada de comentar con Padre —dijo Alexandra, terminando de colocar la última flor de paniculata en el cabello de Josephine—, pero es demasiado tarde para esta noche. El carruaje debería estar aquí en una hora.

—El baile de primavera de Sir Hamilton es el primer evento de la temporada —dijo Sophia, entrando pisando fuerte en la habitación todavía con su suave vestido azul de mañana—. Todo el mundo va a estar allí, y si yo no voy, bien podría quedarme encerrada todo el año.

Sophia terminó su perorata cruzando los brazos y sentándose en la cama que Josephine y Alexandra compartían.

—Aún eres demasiado joven —dijo Alexandra, tratando de calmar la tensión entre sus hermanas antes de que comenzara una pelea verbal completa entre ellas—. Ni siquiera sé si podría convencer a Padre para que te permita asistir a eventos esta temporada —continuó.

—Simplemente no es justo —dijo Sophia, con lágrimas acumulándose en sus grandes ojos marrones antes de salir pisando fuerte de la habitación.

Alexandra suspiró con decepción.

—No cedas ante su berrinche —dijo Josephine, notando que su hermana mayor flaqueaba en su resolución—. Recuerda que fue ella quien escondió tus guantes. Ahora tienes poco tiempo para arreglarte.

—Oh, de todos modos no planeaba hacer mucho para arreglarme.

Alexandra no solo había estado haciendo de madre de sus tres hermanas menores toda su vida; había asumido completamente el papel de madre. Eso incluía sacrificar cualquier tiempo personal que pudiera tener para el beneficio de las chicas Woodley más jóvenes.

—Alexandra, podrías brillar en ese salón esta noche. Déjanos ayudarte un poco —dijo Williamina para animarla.

—Oh, sí —añadió Josephine—. Sería tan divertido. Podríamos hacerte brillar como un diamante si nos dejaras. Entonces quizás podrías finalmente encontrar a tu pretendiente.

—No tengo tiempo para pretendientes ni diamantes, y os prometo que nada de lo que pudierais hacer ocultaría el hecho de que ya soy una solterona —reprendió Alexandra a sus hermanas—. Ni vosotras tampoco. Ya casi es la hora. Daos prisa y terminad de arreglaros. Debo asegurarme de que Polly le lleve la cena a Padre —añadió, saliendo apresuradamente de la habitación.

—Veintitrés años no es ni de lejos tan vieja —dijo Josephine a la figura que se alejaba de Alexandra—. Si acaso, muestra tu madurez al esperar para encontrar un buen partido.

Mantuvo la cabeza en alto mientras estudiaba su imagen en el espejo. De todas las hermanas Woodley, Josephine era, con diferencia, la más vanidosa. La defensa de la edad de Alexandra

tenía poco que ver con su hermana mayor y mucho más con su proximidad en edad.

Alexandra no prestó atención a los halagos de su hermana mientras daba una última vuelta por la casa. El carruaje de alquiler que las llevaría a la casa de Sir Hamilton en Londres estaba a punto de llegar.

Tendría que asegurarse de que su hermana menor se disculpara por la noche, que Polly no estuviera demasiado atrasada en sus tareas vespertinas para ayudar a la cocinera, y sobre todo, asegurarse de que su padre comiera algo.

Muy a menudo, John Woodley se sumergía en fantasías y se olvidaba por completo de las necesidades de la vida como comer o pagar los salarios mensuales a los sirvientes.

Actualmente se encontraba en ese mundo alterado. La semana pasada le habían regalado un nuevo espécimen del nuevo mundo al otro lado del mar. A Alexandra le parecía nada más que un alfiletero gigante y, por lo tanto, demasiado peligroso para tenerlo en una casa elegante, pero su padre nunca era alguien que viera la razón cuando se trataba de su pasatiempo.

El conde Grebs tenía pocos bienes cuando asumió el título de su padre, y muy poco en cuanto a aumento cuando se casó con la condesa. Se habían querido mucho, y el dinero había importado poco.

Sin embargo, el conde tenía un hábito muy culpable de compras y donaciones a una pasión de toda la vida. Era un naturalista obsesivo. Le encantaba coleccionar todos los volúmenes de libros sobre cualquier cosa, desde zoología hasta botánica. Lady Grebs lo había equilibrado un poco y moderado su pasión.

Con su muerte, Lord Grebs había olvidado el mundo en el que vivía y optó por encerrarse en el mundo natural imaginario de su biblioteca.

A pesar de todo su amor por el mundo exterior, tenía una constitución terriblemente frágil. Esto lo dejó explorando y descubriendo el mundo desde los confines de su única propiedad, 62 Garden Place, Londres, que estaba peligrosamente cerca del indeseable barrio del West End de Covent Garden.

El alfiletero lo mantendría encerrado durante al menos otras dos semanas mientras estudiaba su nuevo espécimen disecado. Luego, sería donado a su único y verdadero amor fuera de su esposa, el Museo de Maravillas Naturales de Londres.

Después de una rápida parada en la cocina para conseguir una bandeja de la cocinera, Alexandra se encontró de pie frente a la puerta de la biblioteca.

Aparte de la sala de estar, el comedor y la cocina, este era el único espacio en el primer nivel de la casa de la ciudad de Londres.

Era un apretón ajustado acomodar a cuatro chicas y a su padre en una casa tan pequeña durante la temporada, y mucho más durante todo el año, como era el caso de los Woodley.

—Padre —llamó Alexandra con un suave golpe antes de entrar con la bandeja de estofado de cordero con patata hervida en la mano.

Dejó la bandeja en el escritorio con la silla de respaldo alto girada de espaldas a ella. No necesitaba ver el otro lado de la silla para saber lo que estaba pasando allí. Sin duda, su padre estaba encorvado sobre la pequeña mesa contra la pared que mostraba su última en una serie de posesiones preciadas disecadas.

—Simplemente no puedo encontrar nada similar en ningún otro lugar —dijo suavemente el conde Grebs para sí mismo, y se levantó de su silla, libro en mano, para caminar por la pequeña habitación.

—Padre —repitió Alexandra.

Él parpadeó, levantando la vista de su trabajo. —Oh, querida Alexandra. No te oí entrar.

—Lo sé —dijo Alexandra con un suspiro.

Por mucho que quisiera estar insatisfecha con su padre, o incluso resentida con él, no podía. Era un hombre con el corazón roto, solo la mitad del todo que una vez fue.

Su cabello se había vuelto gris a lo largo de los años hasta alcanzar el blanco de una nube, con las puntas teñidas de amarillo por la falta de baños regulares y el tabaco de su pipa que habitualmente llenaba la habitación.

Su piel estaba tan tensa contra su rostro que era casi tan fina como el papel de los libros que tanto amaba. Había un suave brillo plateado que le picaba en la barbilla bajo el resplandor del fuego que casi se había apagado.

A Alexandra le hubiera gustado culpar a su padre por las dificultades en su vida, y ciertamente tenía derecho a hacerlo, pero no lo hizo. En cambio, solo deseaba poder cuidarlo mejor.

—Te he traído la cena, padre. Por favor, tómate un momento para comer.

Lord Grebs miró la bandeja de plata.

—Sí, por supuesto, gracias, querida —dijo, dejando su libro a un lado y girando su sillón de respaldo alto.

—Pronto partiremos al baile de Sir Hamilton.

—¿Ya es esa época? Siento como si acabáramos de celebrar la Navidad. ¿Cómo es posible que ya sea abril?

—La tierra gira alrededor del sol, los días se convierten en semanas, y las semanas en meses —dijo Alexandra con una suave sonrisa.

Él le devolvió una mirada chispeante a través de sus ojos grises. Era el mismo discurso que le había dado cuando era niña con el modelo del sistema solar que tenía en su estudio. Ella amaba ese modelo.

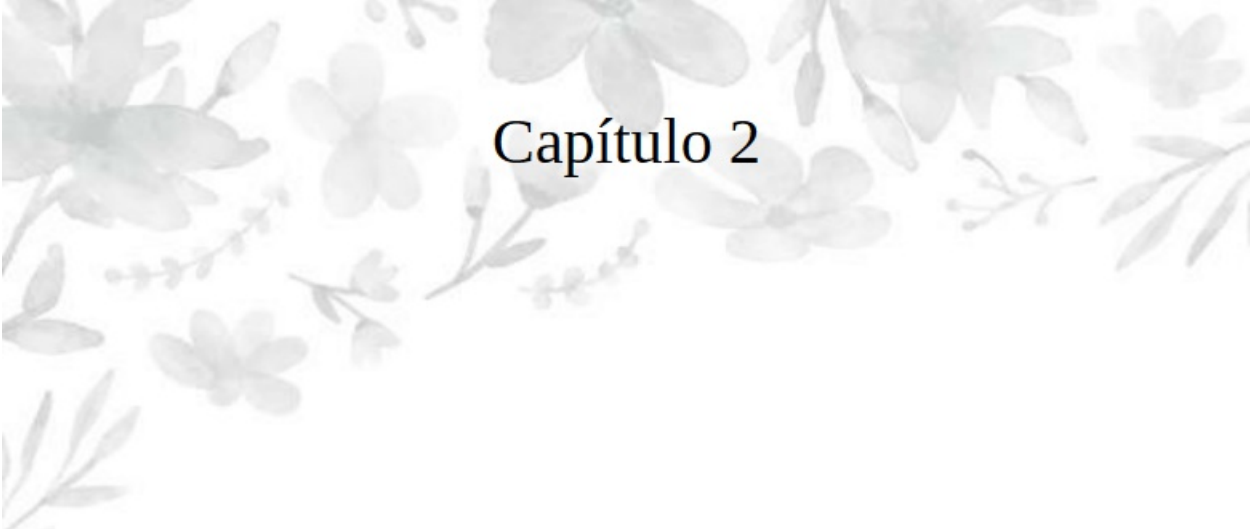
Lord Grebs estaba fascinado con el mundo y lo que crecía en él. Su hija mayor, sin embargo, había llevado su pasión a los cielos. Él había estado más que feliz de alentarla.

Lord Grebs había sido bendecido con cuatro hermosas hijas y ningún hijo. No era propio de él mantener una conversación sobre cintas o muñecas, y por lo tanto tenía poco con qué conectar con las mujeres de la casa. Su Alexandra, sin embargo, era muy parecida a él. Ella era apasionada por la exploración y valiente de maneras que él nunca podría ser.

—¿Qué haría yo sin ti, querida? —dijo con un brillo en sus ojos grises.

Sus palabras se extendían más allá de la simple bandeja de plata ante él.

Ella tocó suavemente su mano mientras él se sentaba para tomar su comida.



Capítulo 2

El carruaje del duque de Raven se detuvo frente a los escalones de la casa londinense de su tía Rebecca justo cuando el sol comenzaba a ocultarse detrás de los árboles de Hyde Park.

Había viajado lo más rápido posible para llegar a su lado después de la urgente súplica de su tía para que regresara a casa. Aun así, con el primer barco desde el nuevo mundo, los caballos más veloces que el dinero podía comprar y cabalgando sin parar desde Liverpool, le había llevado varios meses llegar a este lugar.

Estaba desesperado por saber qué había preocupado tanto a su querida tía, la única familia que le quedaba, como para solicitar su presencia inmediata.

A pesar de la urgencia, le hubiera gustado llegar a Londres en un momento menos ostentoso. Las calles estaban llenas de damas que paseaban tranquilamente después de su día de compras o vida social y caballeros que regresaban de sus clubes en preparación para las frivolidades nocturnas.

Theodore Hendricks, el duque de Raven, nunca fue realmente aficionado a las temporadas en Londres. Aunque todavía era principios de primavera, ya podía notar, mirando por la ventana del carruaje, que lores, damas y gente distinguida de todo el país ya habían acudido en masa a la ciudad para el inicio de los meses centrales de la temporada de este año.

Tomó un respiro para calmarse antes de abrir la puerta de su carruaje, que se había detenido bruscamente frente a la lujosa casa. No ayudaba que estuviera justo en la esquina de Park Lane, donde cualquier persona importante estaba caminando en ese preciso momento.

Aunque recorrió la corta distancia a través del jardín y subió los escalones con pasos largos y rápidos, aún captó muchas miradas y susurros de los grupos que pasaban.

Raven no podía decidir si los comentarios eran porque era un duque reclusivo que rara vez pisaba suelo inglés, o por su reciente estado de vestimenta.

Había permanecido con la misma ropa de viaje los últimos tres días al llegar al final de su travesía. No se había detenido ni una vez para refrescarse o siquiera afeitarse la oscura sombra que seguramente crecía a lo largo de su mandíbula.

Tenía un gran temor creciendo dentro de él. La tía Rebecca Sinclair era la hermana de su madre y prácticamente una madre para él después de que sus propios padres murieran en el mar. Al ser la hermana mayor de su madre, tenía muchos más años que la mayoría de las cuidadoras maternas.

Su mayor temor era que su tía hubiera enfermado o recibido malas noticias sobre su salud de un médico y le quedara poco tiempo de vida, o peor aún, nada de tiempo.

Se había reprendido a sí mismo todo el tiempo que estuvo en el barco cruzando el Atlántico, deseando que el viento lo empujara más rápido hacia casa.

Desde el momento en que cumplió dieciocho años y se le permitió determinar su propio destino por orden de su tía, había dejado la comodidad de su residencia rural para ver el mundo como lo hicieron sus padres.

La tía Rebecca no había estado contenta con su elección, ya que fue así como perdió a su querida hermana, pero no lo detendría. Él era técnicamente el dueño y propietario de todas las propiedades que ella usaba, y el benefactor de todo lo que necesitaba.

Raven había pensado que había hecho lo suficiente por su tía y la mujer que ayudó a criarlo y formarlo, dándole cualquier cosa material que su corazón deseara.

Al regresar a casa, se dio cuenta de que le había hecho un gran perjuicio a su querida tía al dejarla tan sola. La tía Rebecca nunca viajaría con él; de hecho, se negaba incluso a montar en transbordadores después de la muerte de su hermana, y Raven simplemente había optado por irse sin ella.

Le dolía mucho saber que había abandonado a su tía, posiblemente condenándola a una muerte solitaria, todo por sus deseos antinaturales de ver cada rincón de este hermoso mundo.

Rectificaría el asunto ahora. Se quedaría al lado de su tía, le daría todo lo que le pidiera y se aseguraría de que el final de sus días fueran los más felices de su vida.

—¿Tía Rebecca? —llamó Raven, irrumpiendo por la puerta.

Sabía que debería haber llamado, aunque técnicamente era su casa, y esperar a que el mayordomo lo dejara entrar. No tenía tiempo para eso, ni le importaba si entraba en la casa en un estado menos que perfecto. Necesitaba ver a su tía en ese mismo momento, antes de que la culpa lo consumiera vivo.

—¿Qué es todo este alboroto...? —oyó que su voz temblorosa llamaba desde la sala de estar vespertina.

No pudo evitar suspirar de alivio. Al menos todavía estaba en este mundo. Raven se quitó el sombrero y los guantes, entregando su chaqueta y bastón a un mayordomo que había acudido rápidamente en su ayuda.

—Buenas noches, Su Gracia. Permítame darle la bienvenida a casa —dijo el hombre estoico, tomando las prendas exteriores.

—Tía Rebecca, soy yo —llamó Raven a su tía, que se había levantado de su lugar. Podía oír el sonido de sus enaguas recién planchadas mientras se acercaba.

—Oh, Theodore, mi dulce niño. Por fin has vuelto a casa —dijo ella, extendiendo sus brazos hacia su sobrino.

Raven la abrazó felizmente antes de sostenerla a la distancia de un brazo para examinar a la anciana.

Parecía mucho más envejecida desde la última vez que la vio. Sus mejillas habían caído formando papadas muy parecidas a las de los pequeños perros bulldog que le gustaba tener de compañía. Su cabello se había vuelto completamente gris ahora, recogido en su apretado moño con una pequeña cofia de encaje encima.

Aunque se veía desgastada por los años, solo estaba a unos meses de cumplir setenta y un años; por lo demás, parecía gozar de perfecta salud. Sus ojos tenían una hermosa luz bajo su color marrón miel, sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas con buena salud, y su agarre parecía lo suficientemente firme.

De hecho, si Raven tuviera que adivinar, no parecía estar enferma en absoluto.

—Sabía que vendrías, pero aun así me alivia ver que lo has hecho —dijo ella, tocando su rostro con amor.

Tuvo que alzar la mano para hacerlo, ya que Raven era inusualmente alto incluso para un hombre. Sin mencionar el hecho de que su tía también debía de haberse encogido un poco en los tres años desde la última vez que la vio. Ahora la punta de su cabeza apenas llegaba a sus anchos hombros.

—Debo decir que tienes un aspecto espantoso —dijo tía Rebecca, tomándole del brazo y guiándole al salón—. Es solo por la Providencia que has llegado esta noche. Espero que no estés demasiado cansado para la tarea.

—¿Qué tarea, querida tía? Temí lo peor cuando recibí tu carta. Por favor, no me hagas esperar ni un momento más y dime qué sucede —dijo Raven, irritado de que su tía pareciera tan

tranquila.

—¿Temer lo peor? ¿A qué te refieres, hijo?

—A tu salud —explicó Raven.

Tía Rebecca tomó asiento en uno de los sofás cerca de la chimenea. Aunque aún era principios de primavera, hacía un calor inusual y no se necesitaba encender el fuego.

Tía Rebecca tocó la campanilla y pidió algunos refrigerios para el duque.

—Estoy en perfecta salud, ¿por qué habrías pensado lo contrario? —dijo tía Rebecca con sorpresa y confusión.

—En tu carta —intentó explicar Raven, aunque se negó a sentarse. La sacó del bolsillo donde la había leído una y otra vez estos últimos meses—. Decías: "Por favor, apresúrate a volver a casa. Antes de la primavera sería lo mejor. El tiempo es esencial". ¿Qué otra cosa podría pensar de esa declaración?

Tía Rebecca reflexionó sobre sus propias palabras y sus ojos se abrieron al darse cuenta de que él había interpretado su urgencia como una amenaza de muerte.

—Oh, hijo mío, por favor perdóname. Nunca quise que interpretaras mi carta de esa manera. Solo deseaba recalcar la urgencia del tiempo.

—¿Urgencia para qué? —intentó preguntar Raven de nuevo.

—Para la temporada, querido.

Raven se quedó inmóvil en su lugar. Tranquilamente guardó la carta en el bolsillo de su pecho y tomó asiento en el sofá frente a su tía. Rara vez se enojaba, y ciertamente nunca con su tía, hasta este momento. Tomó una larga y profunda respiración para calmar sus nervios.

—¿Me estás diciendo, tía Rebecca, que me hiciste venir apresuradamente desde el otro lado del mundo para que pudiera estar en Londres para la temporada?

—No es solo una temporada, es LA temporada —corrigió tía Rebecca.

—¿Y por qué es eso, mi querida tía? —dijo Raven tan amablemente como pudo, aunque no pudo evitar apretar los dientes.

Estaba seguro de que durante los últimos meses le habían salido algunas canas de tanto preocuparse por su tía y su salud. Había vuelto a casa como el viento para estar a su lado, solo para descubrir que ella había inventado una falsa emergencia por una temporada social.

—Pues, solo por tu futura felicidad, por supuesto. He asegurado el partido más prestigioso para ti. No fue fácil de lograr, como bien sabrás, ya que no has elegido estar presente en una sola temporada desde que tenías dieciocho años.

—Sí, bueno, no lo disfruté mucho entonces, y me atrevo a decir que no lo haré ahora. ¿Qué te hizo pensar que quería una esposa en primer lugar?

—Querido, tienes treinta y un años. Ya es hora de que encuentres una esposa y comiences tu propia familia. Entiendo que disfrutas la vida emocionante que fascinaba a tus padres, pero tienes responsabilidades que considerar. Incluso tu difunto padre vio la importancia del matrimonio, ya que se casó con mi hermana a los veinticinco años.

Raven se frotó los ojos, sin saber si se estaba obligando a mantenerse despierto o esperando poder borrar esto de su memoria.

—No tienes idea de los esfuerzos que hice para estar a tu lado lo antes posible.

—Lo siento terriblemente por eso —dijo tía Rebecca, pestañeando hacia él—. Nunca quise preocuparte tanto, pero si te hubiera dicho mis razones, no habrías venido.

—No, no habría venido —coincidió Raven.

—Por favor, querido, puede que esté en buen estado de salud ahora, pero nunca se sabe —dijo, alargando sus palabras y pareciendo más hundida de lo que había estado en mucho tiempo.

—Sí, ¿y casarme con una completa desconocida de tu elección será justo el elixir de juventud que necesitas para vivir muchas décadas más? —se burló Raven.

—Tal vez sí, tal vez no. Pero le haría bien a mi corazón verte felizmente casado. Oh, y solo piensa si pudiera tener pequeñas sobrinas-nietas y sobrinos-nietos que abrazar antes de dejar este mundo.

—Puedo ser feliz sin una esposa, y estoy seguro de que dejarás este mundo con una sonrisa en tu rostro incluso si no hay un bebé que sostener en tus brazos —replicó Raven.

En ese momento, la sirvienta entró con una bandeja de té, vino y algunos pasteles fríos de la cena anterior. Raven no habló durante un tiempo mientras daba buena cuenta de la comida.

Apenas se había detenido para cambiar de caballos y en ese tiempo solo tomó la pequeña cantidad de comida que pudo comer rápidamente en el carruaje. Estaba hambriento, por decir lo menos.

—Sé que puedes ser feliz sin una esposa —dijo tía Rebecca una vez que su sobrino había comenzado a comer más despacio—.

Pero te aseguro que serás mucho más feliz con una. ¿No me harías este único favor? Después de todo, ya estás aquí —lo animó.

—El matrimonio no es exactamente un pequeño favor que pedir —se burló Raven.

—Entonces no el matrimonio, solo quédate aquí para la temporada. Haz un esfuerzo por interactuar con tus pares. Solo conoce a la chica. Eso es todo lo que te pido.

Raven ya sentía que su ira se derretía. Nunca le había negado nada a su querida tía. Después de todo, ¿no había pasado los últimos meses deseando haber hecho más por su tía y haber pasado más tiempo con ella? Acababa de jurar en su corazón que haría todo lo posible para hacer feliz a la mujer. ¿Estaba dispuesto a romper esa promesa tan pronto?

—Está bien, me quedaré para la temporada, si eso te hace feliz. Solo dime a quién quieres que conozca, y seré el duque encantador, pero solo porque tú me lo has pedido. No puedo prometer un matrimonio para el otoño, así que no te decepciones cuando no suceda.

Tía Rebecca aplaudió con alegría.

—Oh, por supuesto que no, querido Theodore —dijo ella aclarándose la garganta y volviendo en sí.

—Entonces, ¿cuándo conoceré a esa maravillosa dama tuya? —dijo Raven, desplomándose en su asiento como un niño rebelde que había sido vencido.

—Su nombre es Lady Charlotte Weiderhold. Su padre es el Conde Derber. Se rumorea que su hermana mayor, Lady Mary, es la favorita del Príncipe Federico. Podría haber una boda en su futuro.

—Dudo mucho que el Duque de York y Albany se case con una aristócrata —se burló Raven.

Rumores como estos eran comunes. La vida de cada miembro de la alta sociedad giraba en torno a la sociedad real. No era la primera vez que se rumoreaba que uno de los hijos del Rey Jorge III estaba vinculado a una aristócrata, elevando así el estatus social de ese miembro. Sin embargo, nunca llegaba a nada.

—Aun así —tía Rebecca descartó la idea con un gesto—, su familia ya es el tema de conversación de la temporada. Son una familia muy sensata y estable. Sería una pareja perfecta para ti.

—Creo que lo que quieres decir es que tienen dinero, así que no tengo que preocuparme por compartir el mío —corrigió Raven.

La tía Rebecca infló sus mejillas ante sus palabras ingeniosas antes de abrir su abanico y abanicarse.

—Debo admitir que no estaba totalmente en contra de que te fueras por un tiempo para mantenerte alejado de las llamadas damas de sociedad que solo lo eran de nombre. Tienes que entender cómo funcionan las mujeres. Las madres harían casi cualquier cosa para asegurar a un duque como tú para su hija, y por ende para su casa. Estaba bien con que viajaras por el mundo si eso significaba que no ibas a poner en peligro tu vida por una cara bonita.

—Espero que no estés diciendo que esta Lady Charlotte no es muy agraciada entonces —dijo Raven, tratando de contener la sonrisa que se formaba en sus labios.

—Ahora estás siendo un bromista —Rebecca cerró su abanico de golpe y le dio un golpe en la mano con él.

Raven fingió estar herido por la acción.

—Es muy hermosa a la vista. Solo quiero decir que esas no son todas sus cualidades. Sería la pareja perfecta para ti en mi opinión.

—¿Y el hecho de que elevaría tu popularidad entre las otras damas si, digamos, tu sobrino se casara con el tema de conversación de la temporada no tiene nada que ver?

Ella entrecerró sus ojos color miel y frunció los labios.

—Eres un chico malvado por burlarte así de mí —dijo con sentimiento, aunque una sonrisa también jugaba en sus labios—. ¿Lo harás entonces, por mí?

—La conoceré —accedió Raven—. Sí, haré eso por ti, mi querida tía.

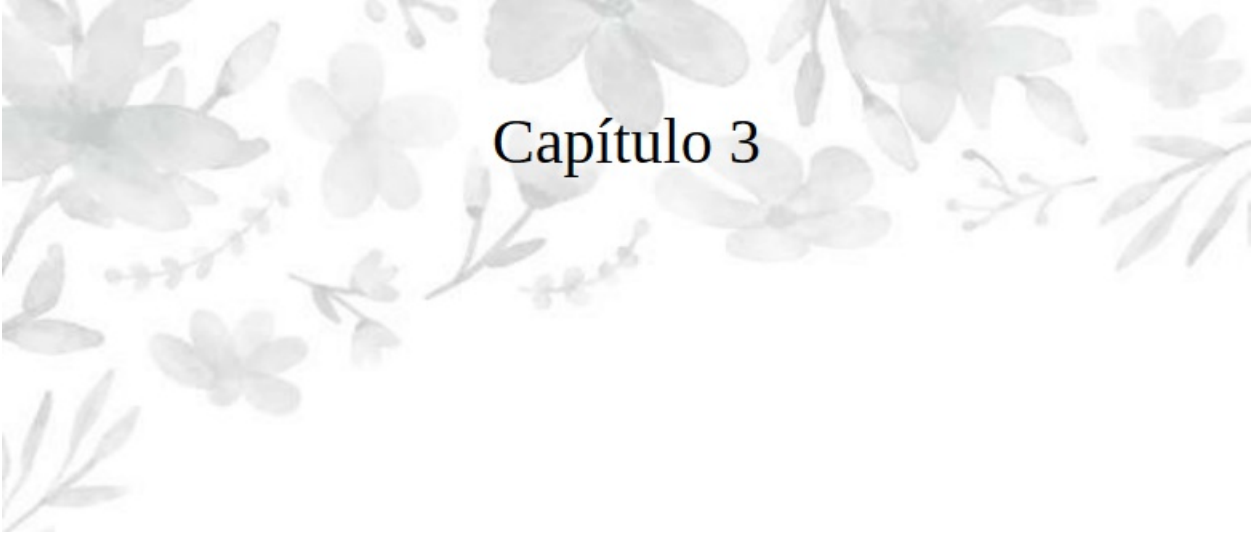
—Bien, entonces debes ir a prepararte de inmediato, o llegaremos tarde.

—No puedes referirte a ahora mismo, ¿verdad? —soltó Raven—. Acabo de llegar a casa y estoy más que fatigado.

—Esta noche es el baile inaugural de Sir Hamilton. Como dije, fue solo la Providencia la que te trajo aquí a tiempo, ya que acepté la invitación de Sir Hamilton en nombre de ambos —añadió, acelerando sus últimas palabras—. Ahora ve —agitó su abanico hacia él en un gesto de despedida.

—Haré que James traiga el carruaje; partiremos en una hora. Puede que sea un poco tarde, pero no de manera poco elegante —añadió, más como un pensamiento para sí misma.

—En qué lío me he metido —refunfuñó Raven mientras se levantaba del confort de la silla.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top edge.

Capítulo 3

Por algún milagro, Lady Alexandra Woodley logró sacar a sus dos hermanas menores de la casa, hacer que su padre recordara cenar y que su hermana más pequeña se disculpara con Polly por el trabajo extra.

Mientras iban sentadas en el coche de alquiler por las calles empedradas de Londres, no pudo evitar soltar un suspiro de alivio. Se dio cuenta en ese momento de que ni siquiera había tenido tiempo de mirarse bien antes del baile.

A Alexandra no le importaba mucho su aspecto, excepto por dar una buena imagen por sus dos hermanas menores.

Miró al otro lado del carruaje a Josephine y Williamina, que estaban discutiendo algo entre ellas. Ambas lucían radiantes. Josephine llevaba un vestido de color verde pastel suave; entre eso y su cabello oscuro adornado con pequeñas flores blancas de gypsophila, sería la bella del baile.

Alexandra estaba segura de que este era el año de Williamina para brillar. Tenía la edad adecuada para establecerse, y ya había llamado la atención de algunos pretendientes en los últimos años. Si pudiera conseguir un buen partido para Williamina o Josephine este año y verlas establecidas, tendría una carga menos cuando llegara el momento del debut de Sophia dentro de doce meses.

Williamina se veía tan deslumbrante como su hermana mayor. Llevaba su único vestido de noche, un suave satén color rosa. Le quedaba muy bien con su piel pálida y el toque rojizo de su cabello dorado. Mientras que tres de las chicas Woodley habían heredado las raíces españolas de su madre, con piel olivácea y cabello oscuro, Williamina era clara y tan hermosa como una muñeca de porcelana, justo como el resto del lado Woodley de la familia.

Sin embargo, Williamina aún tenía solo diecinueve años, y era un poco joven para el matrimonio. Por supuesto, todavía era una posibilidad, ya que muchas damas se casaban a su

edad. La desventaja, sin embargo, era la innegable falta de fondos.

Williamina tenía la belleza y un carácter amable a su favor, pero todavía era demasiado joven para ver el sentido de usar esos rasgos en su beneficio. Aún tenía los pensamientos desesperanzados de una romántica como muchas chicas de su edad.

Aunque Alexandra lo había lamentado, ya había tenido que ahuyentar a un pretendiente el año pasado. Era un caballero fino, sin duda, pero sin título a su nombre y sin más fondos en sus arcas que los de su propia familia.

De ninguna manera proporcionaría la vida a la que Williamina estaba acostumbrada. Era responsabilidad de Alexandra ver a sus hermanas felizmente encaminadas en su vida adulta. Le debía a su madre al menos el sentido común para proteger a las chicas más jóvenes de un emparejamiento desastroso. Williamina podría haber tenido ojos para él en ese momento, pero el tiempo pasaría, y los enamoramientos se desvanecerían, y entonces se encontraría en una situación terrible. Alexandra no podía permitir que eso sucediera, no bajo su vigilancia.

Hurgó detrás de su propia capa verde bosque y en el bolsillo de la enagua de su vestido. No era tan elegante como el de las otras chicas, aunque aún había elegido usar azul pastel como símbolo de su virtud. No podía permitir que ningún rumor sobre su propia situación pusiera en peligro las oportunidades de sus hermanas.

Para una mujer soltera, usar algo más allá del pastel durante la temporada sugeriría que ya no se consideraba soltera. La razón natural sería la soltería, pero siempre existía el chisme de comportamiento adúltero si la chica aún era joven. Alexandra no podía arriesgarse a tal cosa, por más tonta que se sintiera desfilando con la suave seda azul.

Metió la mano en su bolsillo y sacó los ofensivos guantes blancos. No había tenido tiempo de ponérselos y en su lugar los había deslizado dentro de los pliegues de su vestido. Solo ahora, mientras se ponía el primero en su mano derecha y lo subía por la longitud de su brazo, se dio cuenta del problema.

Dos de los tres botones que aseguraban la prenda en su lugar, a solo unos centímetros por debajo de la manga de su vestido, faltaban. Sin ellos, no solo parecería aún más una pobre chica desaliñada entre la alta sociedad de lo que ya lo hacía su vestido pasado de moda, sino que también evitaría que se mantuviera en su lugar.

Dio un largo suspiro. Si Sophia no se hubiera empeñado en esconderlos como castigo, el arreglo podría haberse hecho fácilmente con tiempo de sobra. Ahora tendría que pasar toda la noche tirando de su guante y rezando para que nadie notara los botones faltantes.

—¿Qué sucede, Alexandra? —preguntó Williamina, notando el largo suspiro.

—Nada, nada en absoluto —dijo Alexandra, sin querer informar a sus hermanas.

Probablemente era un viaje más largo que el de la mayoría esa noche para viajar desde el lado menos elegante de Londres hasta la casa de Sir Hamilton que alquilaba por el año. Al no tener una sede propia con propiedades dotadas, su dirección estaba en constante cambio, pero aun así era significativamente más deseable que la finca otorgada al conde.

Alexandra siempre se había preguntado cómo sería dejar los confines y el humo de carbón de la ciudad en invierno para retirarse a una residencia en el campo. Desafortunadamente, su abuelo había caído en tiempos difíciles, perdiendo la finca y gran parte de su fortuna. Lo único que evitaba que el Conde Grebs fuera simplemente un Lord por título era la pequeña casa en Londres y una mínima pensión anual de inversiones.

Alexandra anhelaba ver algo más allá de las hileras de casas y las masas de gente que poblaban Londres. Incluso pasar un año en el campo en su propia tierra habría sido un sueño hecho realidad para ella.

Las perspectivas de tal cosa eran escasas, sin embargo. El único objetivo en la vida de Alexandra era encontrar un mejor resultado para sus hermanas menores que el que ella enfrentaba. Nunca tuvo tiempo en su juventud para disfrutar realmente de la alta sociedad. Socializaba poco más allá de los avances para el beneficio de sus hermanas. Entre eso y el hecho de que todas tenían casi ninguna dote de la que hablar, los caballeros no la buscaban precisamente.

Viviría en la pequeña casa de su padre en la ciudad todos los días de su vida. Tras su muerte, el título y la casa pasarían entonces al siguiente heredero varón: un primo de la hermana menor de su padre que actualmente estaba en la India con el rango de oficial.

Entonces su vida y existencia serían un misterio para ella. Estaría a merced de su primo para que la acogiera por caridad, o la dejara en las calles para que se las arreglara por sí misma.

Por esta razón había pasado toda su adolescencia y juventud esforzándose por encontrar mejores situaciones para sus hermanas menores.

No podía soportar la idea de defraudar a su madre y dejarlas tan indefensas como ella lo estaría algún día.

Esta noche era muy probablemente la primera noche de la última oportunidad de Josephine para encontrar pareja. No podía concentrarse en nada más excepto en este hecho. Incluso los botones perdidos tendrían que dejarse de lado por un objetivo tan importante.

Llegaron a la casa de Sir Hamilton justo cuando llegaba el grueso de la multitud. No era lo más ideal, ya que no quería que su hermana se perdiera en una gran multitud, pero era seguro. Llegar

demasiado temprano o demasiado tarde podría levantar cejas de forma negativa. Si Alexandra había aprendido algo de la historia de su familia, era que errar por el lado de la seguridad era mucho mejor que arriesgarse.

Tan pronto como Alexandra y sus hermanas hicieron sus presentaciones en la línea de bienvenida de Sir Hamilton y la señora Hamilton, se puso manos a la obra para explorar todos y cada uno de los prospectos presentes esa noche.

No había comodines de los que hablar, y parte de Alexandra se sintió aliviada por ello. Los caballeros solteros presentes esa noche eran los mismos que asistían a casi todas las temporadas. Eso significaba que sus hermanas tenían algunas conexiones con ellos.

Sin embargo, siempre existía esa preocupación por Josephine. Sin nuevos prospectos hasta el momento, le sería difícil encontrar pareja. Estos caballeros habían visto, bailado y conversado con Josephine durante los últimos tres años más o menos y, o bien no habían mostrado interés, o habían encontrado que su pobreza era un impedimento demasiado grande.

Después de dar una vuelta por la sala y ver que sus dos hermanas estaban instaladas en su propio grupo de amigos conocidos, Lady Alexandra fue a tomar su lugar con todas las demás figuras maternas.

Aunque Josephine y Lady Alexandra se llevaban solo un año, nunca se había sentido en el lugar correcto cuando se unía a Josephine y las otras damas de edad similar. Lady Alexandra tenía tantos problemas y obstáculos siempre frente a ella; a menudo buscaba el consejo de las damas mayores.

Esto hacía que toda la charla frívola de las amigas de Josephine pareciera tan insignificante en comparación con la preocupación que parecía agobiarla.

—Lady Alexandra —llamó una voz amable, agitando un abanico de encaje en el aire para llamar su atención.

Lady Alexandra atravesó la multitud que aún parecía seguir fluyendo para encontrar a la Condesa de Eagleton. Lady Eagleton era probablemente la más cercana a su edad de todas las damas casadas, con tan solo treinta y cuatro años.

Se había casado a la temprana edad de diecisiete años con el Conde de Eagleton. A diferencia de la mayoría de las mujeres que se dedicaban a tener hijos desde el principio de su matrimonio, excluyéndolas así de muchas temporadas en la ciudad, Lady Eagleton no había recibido esa bendición en su vida.

Esto siempre hacía que Lady Alexandra sintiera dolor por ella. Quería mucho a Regina y odiaba el dolor que sentía por no haber producido un heredero. Por supuesto, nunca se hablaba

de su fracaso en ese aspecto, pero aún era evidente para toda la sociedad que estaba decepcionando al condado.

Ambas damas se estrecharon las manos calurosamente cuando finalmente lograron navegar entre la multitud hasta encontrarse. Una vez que la soltó, Lady Eagleton inmediatamente abrió su abanico y comenzó a abanicarse. Lady Eagleton provenía de una buena familia con dinero bien establecido. Esto, junto con su deslumbrante belleza, la había llevado a un matrimonio temprano.

Lady Alexandra no tenía que preguntarse mucho sobre la relación entre la que consideraba su mejor amiga y el Conde que le doblaba la edad. Su matrimonio había sido fruto de negociaciones familiares y no un asunto del corazón. Aunque Eagleton era lo suficientemente amable con su joven esposa, era seguro decir que había poco en cuanto a pasión o amor entre ellos.

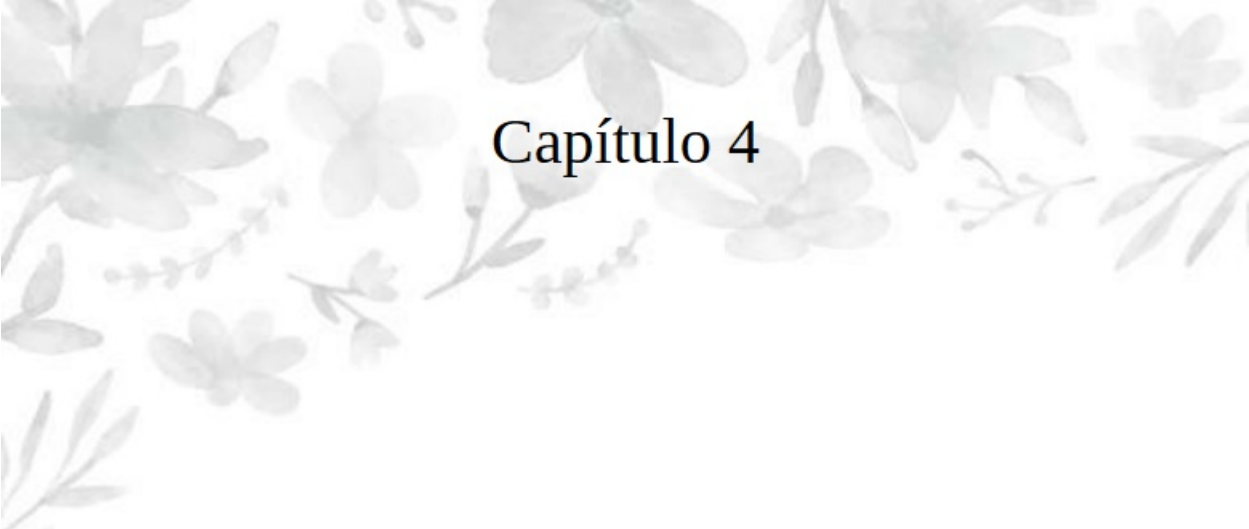
Incluso la incapacidad de Lady Eagleton para producir un hijo había sido de poca importancia para el Conde, ya que ya había engendrado dos hijos, ahora de la misma edad que Regina y con familias propias, con la difunta Lady Eagleton.

Aun así, la falta de un heredero ponía a Regina en una situación precaria. Una vez que su marido inevitablemente siguiera el camino de la tierra, ella también estaría a merced de un pariente lejano, si es que un hijastro podía llamarse así, para su manutención. Un hijo propio le garantizaría una parte del patrimonio del Conde para ayudar a mantener al niño y, en consecuencia, a ella también.

—Este lugar está ridículamente caluroso —dijo Regina, abanicándose rápidamente—. Me atrevo a decir que la primavera ha llegado y se ha ido en un abrir y cerrar de ojos y el verano ya está sobre nosotros.

—Espero que no sea así —respondió Lady Alexandra—. Me temo que si el calor empieza antes, solo conducirá a tiempos más calurosos por delante. Detesto el calor.

Había oído hablar de lores y damas que se retiraban al Distrito de los Lagos o incluso a la costa del mar en la frontera con Escocia cuando los veranos eran mucho más calurosos de lo habitual. Tal cosa sería un detrimento para sus hermanas. Incluso si Josephine no encontraba pareja esta temporada, estaba desesperada por que una de ellas lo hiciera, aunque solo fuera para poder costear el debut de Sophia dentro de doce meses.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a rose and some smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 4

La tía Rebecca logró llevar a su refunfuñante sobrino al baile, aunque mucho más tarde de lo que había anticipado. Cuando llegaron, todos los demás invitados ya habían entrado, la fila de bienvenida se había disuelto y los sirvientes ofrecían aperitivos y limonada a quienes lo desearan.

La tía Rebecca no pudo evitar erguir la cabeza con orgullo cuando todas las miradas se volvieron hacia su sobrino al entrar. Era muy consciente de los rumores que circulaban sobre su inminente llegada esta temporada, así como sus deseos de elegir esposa. Después de todo, ella había iniciado la mayoría de ellos.

Necesitaba que la gente hablara de su sobrino y se preparara para darle la atención que merecía. Al fin y al cabo, la tía Rebecca estaba segura de que nunca podría convencer a Theodore de pasar una segunda temporada en Londres. Este era su último esfuerzo por cumplir su deber maternal en memoria de su querida hermana fallecida.

Sin duda, se había convertido aún más en el apuesto hombre que había sido su padre en los pocos años que habían estado separados. Raven estaba resultando ser tan guapo como su padre, con los sutiles toques de su hermana que solo la tía Rebecca conocía.

Nunca habría pensado que fuera posible que su sobrino creciera más, pero de alguna manera lo había logrado, o al menos ella no recordaba que se elevara tanto sobre ella. Aunque se había tomado su tiempo para prepararse para el evento crucial de esta noche, no pudo evitar alegrarse por ello.

Theodore se había quitado la suciedad y el agotamiento del viaje, recién afeitado y lavado. Su cabello brillaba como el ébano, aún húmedo y peinado hacia atrás. Llevaba uno de sus mejores conjuntos de pantalones y chaqueta azul marino que, afortunadamente, el mozo de cuadra había atendido en el momento en que Theodore llegó.

Este iba a ser un año importante no solo para su querido sobrino, sino también para ella misma. Amaba mucho al muchacho y deseaba verlo establecido y feliz. En todo caso, al menos aliviaría la preocupación por los peligros de sus viajes. Estaba segura de que no podría sobrevivir a su muerte además de la de su hermana.

Pero era más que ese hecho lo que impulsaba a la tía Rebecca a suplicar a su sobrino que volviera a casa y le implorara que dedicara esta temporada a toda la atención de encontrar una esposa, más específicamente a Lady Charlotte; la posición social de Lady Rebecca Sinclair dependía de ello.

Si la tía Rebecca lograba conectarse con una de las familias más comentadas de la temporada, ella también aumentaría su popularidad. Era algo no siempre manejable para una solterona. Además de su falta de marido, tenía poco en cuanto a título más allá de su cortesía de Señoría. Otros le habían dado respeto como la única cuidadora del Duque de Raven, pero ahora él era un hombre adulto. Ella estaba empezando a desvanecerse en la oscuridad, algo que detestaba enormemente.

Su boleto ganador para asegurar su posición social por el resto de sus días sería conseguir un puesto en la junta de la Sociedad de Socorro de Mujeres para Niños Huérfanos. Había sido una apuesta segura durante bastante tiempo. Después de todo, ¿no había acudido personalmente en ayuda de su sobrino huérfano?

Desafortunadamente, para recibir un asiento en la junta, un asiento tendría que quedar disponible. Era un largo proceso de espera, ya que estos codiciados asientos se mantenían de por vida, o mientras la salud lo permitiera. Solo ahora uno se estaba volviendo disponible. Lady Derber, la madre de Lady Charlotte, estaba pasando por tiempos difíciles últimamente. Se rumoreaba que pronto renunciaría a su asiento y se concentraría el resto de sus días en la felicidad de sus hijos y su propia salud.

Si Raven lograba asegurar el matrimonio con Lady Charlotte, no solo lo acercaría un paso más a las familias reales, por matrimonio, por supuesto, sino que también ayudaría a Lady Rebecca a convertirse en una opción más apropiada para reemplazar a Lady Derber.

Todo ya se había estado desarrollando bastante bien. De hecho, incluso mejor. La tía Rebecca nunca había soñado que el duque hubiera llegado a casa tan rápidamente. En el mejor de los casos, la tía Rebecca había sospechado que estarían poniéndose al día a mediados de temporada debido a todos los otros pretendientes que acudían en masa a Lady Charlotte por la misma razón por la que quería presionar a su sobrino.

Había llegado en un momento muy oportuno, y se veía más apuesto y guapo de lo que ella recordaba. Lo mejor de todo, tenía un gran título que pocos podían rivalizar. Su única preocupación era convencer a Theodore de que tomar una esposa y establecerse valía la pena.

Tenía el espíritu aventurero de su madre y su padre. Incluso su muerte prematura no lo había detenido para retomar justo donde lo dejaron. Estaban las tierras que su padre había adquirido en las nuevas colonias que intrigaban a Theodore sin fin y eran la constante preocupación de la tía Rebecca. Pero más que eso, había logrado viajar por todo el Imperio Británico deseando verlo todo.

La tía Rebecca tenía la desalentadora tarea de ahora no solo convencerlo de que necesitaba una esposa, sino que era hora de que dejara de cruzar grandes cuerpos de agua, aunque no fuera más que por el bien de su constitución.

El Duque de Raven hizo lo posible por ocultar su gruñido mientras él y su tía entraban en la fina casa de Sir Hamilton. La fiesta estaba en pleno apogeo cuando llegaron, y muchos ojos se volvieron para mirar y susurrar sobre ellos.

No eran miradas de conmoción o sorpresa por su entrada inesperada, lo que le indicaba que la tía Rebecca ya había anunciado su llegada a mucha gente. Hizo poco por ocultar el ceño que ahora oscurecía sus ya negras cejas. No tenía ningún deseo de socializar ninguna noche con las jóvenes señoritas de la alta sociedad, pero menos aún en esta noche.

Aunque había hecho todo lo posible por parecer un caballero apuesto por el bien de su tía, ciertamente no se sentía así por dentro. El hecho de que simplemente estuviera de pie era un milagro en sí mismo. De hecho, estaba seguro de que si su tía apartara los ojos de él por un segundo, podría encontrar un rincón tranquilo, esperando que no estuviera ya ocupado por parejas desesperadas por un segundo de privacidad. Allí podría sumirse en un maravilloso sueño dichoso hasta que terminara la noche.

Tristemente, sabía que tales planes no serían posibles hasta que hiciera sus rondas y saludara a los diversos caballeros distinguidos de la fiesta. Puede que no disfrutara de la socialización, pero aún conocía la etiqueta adecuada y no quería desairar a nadie.

La tía Rebecca estaba más que feliz de dejarlo ir mientras parloteaba apresuradamente con algunas de sus amigas mayores que parecían buscarla en el momento en que los dos llegaron. Raven encontró a la mayoría de los hombres tomando una copa de brandy y rapé antes de que comenzara el baile de la noche.

Antes de que Raven apenas pudiera escanear la sala, una mano grande le dio una palmada en la espalda.

—Nunca esperé verte aquí esta noche, Excelencia —una voz profunda y ronca lo llamó por encima de la nube de humo de tabaco que producía.

Raven tomó la mano del conde de Eagleton con alegría.

—No pensé que hubiera pasado tanto tiempo desde la última vez que pisé Londres, pero mirando tu rostro, puedo ver que ha pasado mucho tiempo —respondió Raven en broma.

—Sí, bueno, algunos de nosotros no podemos mantenernos eternamente apuestos como tú, muchacho —replicó Lord Eagleton con una risa ronca.

Para un hombre de unos sesenta y tantos años, en realidad no se veía tan mal en cuanto a salud. Su cabello se había vuelto completamente gris ahora, mientras que la última vez que Raven lo vio, aún tenía algunos mechones de color castaño oscuro. Las líneas en su rostro estaban mucho más marcadas, aunque estaba seguro de que siempre habían estado allí.

Raven había crecido como compañero cercano del hijo mayor del conde, que tenía la misma edad. Fueron al mismo internado y a menudo los atrapaban causando las mismas travesuras en complicidad el uno con el otro.

Con el fallecimiento de su propio padre, Raven había visto a Lord Eagleton como una figura paterna. Lord Eagleton, sin duda, nunca le había escatimado una reprimenda cuando los dos muchachos eran atrapados en sus travesuras.

—¿Dónde están Charles y Fredrick? ¿Están ambos aquí esta noche? —dijo Raven, escaneando la habitación.

Por un momento, Raven pensó que podría haber encontrado un brillante rayo de esperanza en lo que seguramente sería una noche larga y tediosa. No había hablado con su querido amigo de infancia, el vizconde de Bembury, desde el matrimonio de Charles hacía varios años. Si recordaba bien, incluso tenía una prole bastante numerosa.

—No, ninguno está aquí esta noche. Charles está de vuelta en la finca con su esposa. Ella está a punto de dar a luz al cuarto hijo. Charles está seguro de que este será un niño. Me atrevo a decir que se ha acostumbrado tanto a los lazos y muñecas con sus tres niñas que no sabría qué hacer si tuviera un varón —dijo Lord Eagleton con otra risa efusiva.

—Fredrick, por otro lado, fue destinado a las Indias apenas el año pasado. Él y su nueva esposa están disfrutando del clima más cálido allí mucho más de lo que esperaba. Ella era una cosa frágil, y me preguntaba si sobreviviría siquiera al viaje. Fredrick dice que ha prosperado allí, para mi sorpresa.

—Las Indias son, en efecto, un gran lugar para rejuvenecer el alma. Te digo, el aire huele constantemente a especias y flora. Podría levantar el ánimo del hombre más desahuciado —respondió Raven, sin darse cuenta de que el destino de Fredrick lo había llevado a tal lugar. Hizo una nota mental para buscar al joven lord cuando visitara la zona la próxima vez.

Raven nunca había sido terriblemente cercano a Lord Fredrick, aparte de las constantes burlas en las que participaba junto con Charles. No obstante, sabía que sería agradable para ambas partes organizar un encuentro, y quizás Raven podría encontrar una manera de poner una buena palabra por Fredrick. Tener a un duque como amigo público siempre era un beneficio para los oficiales comisionados, sin mencionar el hecho de que Raven aún se sentía un poco mal por aquella vez que llenaron el armario de ropa de Fredrick con una colmena.

—¿Y qué hay de tu encantadora joven esposa? —continuó Raven, disfrutando de su conversación con el conde.

—Es maravillosa. Una verdadera dama de buen corazón. Es tan amable con ambos muchachos y una abuela tan amorosa para las niñas de Charles. Me preocupé por un tiempo de que pudiera sentirse sola o vacía, si sabes a lo que me refiero, pero ese no ha sido el caso en absoluto. Ama a la familia y pone toda su energía en hacer de la casa un hogar feliz.

—Suenas como una mujer maravillosa —concluyó Raven, sin haber conocido nunca realmente a la nueva Lady Eagleton.

—Sí, lo es —dijo Lord Eagleton con un suspiro satisfecho por su buena fortuna en dos matrimonios felices—. Y ya es hora de que empieces la búsqueda de tu propia mujer maravillosa.

Raven hizo todo lo posible por no poner los ojos en blanco ante el tono de Eagleton que comenzaba a sonar muy reminiscente de su infancia.

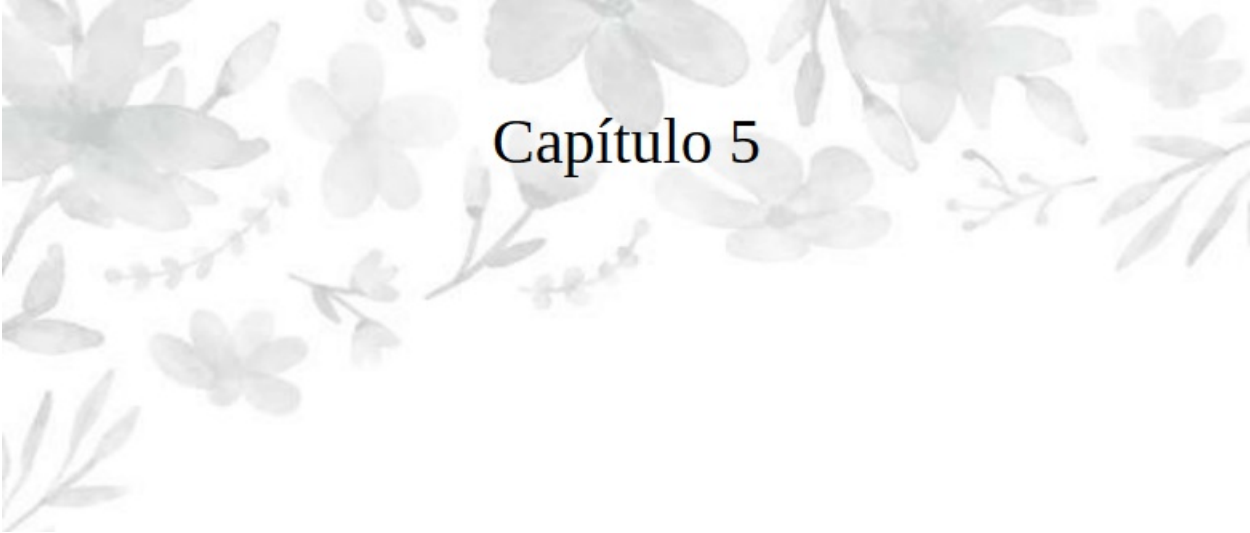
—Puede que hayas logrado escapar del matrimonio hasta ahora, pero ahora que mis dos hijos están establecidos en la vida, puedes apostar a que fijaré mis ojos en ti, muchacho.

—Estoy seguro de que no tendrás que molestarte —respondió Raven—. Mi tía ya parece empeñada en la tarea.

—Estoy seguro de que lo está —concordó Eagleton—. Aun así, haré que Lady Eagleton ponga sus antenas por ti. Ella es de una edad más joven que tu tía y seguramente conocerá mejor a las damas en cuestión. Me aseguraré de presentártela más tarde esta noche.

—Estoy seguro de que me sentiré honrado solo de conocer a la mujer que te ha traído alegría incluso en tu vejez —dijo Raven.

—Puede que sea viejo, Excelencia, pero aún tengo suficiente fuerza en mí para darte una buena reprimenda sobre la importancia de respetar a tus mayores —replicó Eagleton, aunque su rostro brillaba de humor.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other spring flora, set against a white background.

Capítulo 5

La noche había transcurrido tan bien como Lady Alexandra podría haber esperado. Eso, por supuesto, con la excepción del molesto guante que continuaba deslizándose por su brazo.

Los días habían sido inusualmente cálidos para ser tan temprano en primavera, pero ahora con la noche completamente caída y todas las puertas y ventanas del salón de baile abiertas, una gloriosa brisa se abría paso. Era un alivio muy necesario para las damas envueltas en finas sedas, apretujadas en el salón de baile.

Lady Alexandra había pasado hasta ahora gran parte de su noche en compañía de Lady Eagleton y algunas otras damas, pero siempre con un ojo vigilante sobre sus dos hermanas.

Josephine, en particular, parecía estar haciendo maravillosos avances. Un cierto lord llamado Barón McKenzie nunca estaba lejos de su lado este año.

No era su primera temporada en Londres, ya que había venido durante varios años con su padre, el Vizconde Newton. Siempre había mostrado cierto interés en Josephine, pero nunca pareció ser más que un conocido casual presentado por amigos mutuos.

La forma en que el barón parecía ponerse siempre al lado de Josephine esta noche le daba a Lady Alexandra algunas esperanzas para esta temporada.

El Barón no tenía una posición significativa en la nobleza, pero heredaría el título de su padre algún día, y por lo que Lady Alexandra sabía, era un hombre muy amable y responsable. Era todo lo que podía esperar para una de sus hermanas.

—Veo que estás observando cómo Lord McKenzie revolotea alrededor de tu hermana como una mosca molesta —dijo Lady Eagleton, notando su mirada.

—No creo que a ella le importe mucho —dijo Lady Alexandra, tratando de discernir el temperamento de su hermana mientras Lord McKenzie la involucraba en otra conversación.

—Mira, le está dando su tarjeta —dijo Lady Alexandra, señalando el acto—. No estaría tan alegre aceptando bailar con el hombre si estuviera molesta con él.

—O tal vez solo está siendo cortés al respecto —replicó Lady Eagleton.

Lady Alexandra intercambió una mirada con su querida amiga. Las usuales palabras silenciosas de las queridas amigas del sexo femenino fueron entonces pronunciadas. Ambas sabían que si a Josephine no le agradaba alguien, el comportamiento cortés a menudo estaba lejos de su mente.

—Bueno, espero que no llene toda la tarjeta —continuó Lady Eagleton—. Acabo de enterarme por Lady Cunningham que un joven y apuesto duque se ha unido a la fiesta a una hora sumamente poco elegante.

—¿Ah, sí? —preguntó Lady Alexandra, aunque daba poco crédito a las palabras de su amiga.

Lady Eagleton era la primera en cualquier información pertinente, lo que también significaba que parte de ella no estaba exactamente comprobada antes de que pasara la noticia.

—Sé que esta es la verdad —dijo Lady Eagleton, poniendo su propia mano enguantada en el brazo de Lady Alexandra—. Lady Cunningham escuchó la noticia de Lady Rebecca Sinclair, la tía del mencionado duque.

Lady Alexandra era muy consciente de quién era Lady Rebecca. Aunque nunca habían frecuentado los mismos círculos, había visto a la mujer de vez en cuando.

—Estoy vagamente al tanto de que tenía un sobrino, pero no mucho más allá de eso.

—Theodore Hendricks, el Duque de Raven. Es un conocido muy cercano de la familia de mi esposo, aunque yo misma aún no lo he conocido. El joven Charles ha hablado de él con frecuencia. Creo que fueron buenos amigos en su juventud.

—¿Pero no lo has conocido tú misma? —preguntó Lady Alexandra, aún llena de escepticismo.

—No, ¿recuerdas que los padres del Duque de Raven se perdieron en el mar?

—Tengo algún recuerdo de ese hecho en relación con su tía. Ella fue su cuidadora después de su desafortunada muerte.

—Sí, bueno —dijo Lady Eagleton, enlazando su brazo naturalmente con el de Lady Alexandra para que pudieran dar una vuelta por el salón de baile antes de que comenzara el baile—. Parece que su salida de este mundo no disuadió a su único hijo de seguir el mismo camino. Parece que es un gran viajero mundial y posee vastas plantaciones de tabaco en las Colonias.

—Se dice que el Duque de Raven regresa a Londres esta temporada para conseguirse una esposa a instancias de su tía. Sería un buen partido —añadió con un codazo.

—Estoy segura de que lo sería —dijo Lady Alexandra con una risa—. Sin embargo, estoy segura de que no soy la única que ha puesto sus ojos en él. ¿Qué podría ofrecer una de mis

hermanas a un Duque en comparación con todas las otras finas damas solteras y bien dotadas de la nobleza?

—No estaba hablando tanto de ellas, sino de ti —dijo Lady Eagleton con un giro de sus propios ojos.

Esto hizo que Lady Alexandra riera a carcajadas ante la idea.

—Sí, porque una solterona antigua sin dote de la que hablar tiene muchas posibilidades con el Duque de Raven —dijo entre risas.

—Quizás las tendrías si le pidiera a mi esposo que hablara bien de ti. Como dije, el Duque tiene una conexión muy cercana con mi hijastro.

—Eres muy amable, Regina, pero temo que ya te arriesgas bastante con tu amabilidad de amistad. No quisiera mancharte aún más con nuestra conexión.

—Tonterías. Siempre piensas tan poco de ti misma —regañó Lady Eagleton.

—No puedo decir que lo haga con toda honestidad. No tengo tiempo para pensar en mí misma en absoluto, y mucho menos de manera negativa. Quizás cuando mis tres hermanas estén establecidas, y ese peso se levante de mí, tendré un momento para considerar en qué luz me veo a mí misma.

—Es una carga que no deberías llevar sobre tus hombros. Ya has asumido la responsabilidad de criarlas, sin mencionar las responsabilidades que tu padre ha olvidado. Has hecho suficiente. ¿No deberías buscar también la felicidad?

—La felicidad llegará cuando pueda pararme frente a mi madre en las nubes y decirle que he cuidado de sus niñas —dijo Lady Alexandra con un solemne suspiro.

Era algo que nunca había dicho a nadie y estaba segura de que ni siquiera su propio padre lo sabía. Era un peso y una carga que se le había pedido llevar toda su vida.

El día que murió la madre de Lady Alexandra, ella había ido al lado de la dama. Su madre estaba tan pálida y débil. Acababa de dar a luz a la pequeña Sophia unos días antes. A diferencia de otras veces, no se había recuperado de la experiencia.

El médico acababa de anunciar que poco más se podía hacer por la vizcondesa, más allá de la oración y la intervención divina. Cómo había rezado Lady Alexandra por su madre en aquellos días.

Nada había resultado de sus palabras enviadas al cielo. En cambio, su madre anunció que su fin estaba cerca. Llamó a cada una de sus hijas a su lado una por una para darles sus últimas palabras.

Solo a Lady Alexandra le había implorado que cuidara de sus hermanas. Había puesto el peso del manto del hogar sobre los frágiles hombros de la niña de ocho años y le había suplicado a la pequeña dama que velara por el éxito en la vida de sus hermanas.

Lady Alexandra había hecho esa promesa a su madre moribunda. Todavía recordaba la mirada de paz y alivio que brilló en sus ojos castaños oscuros antes de que la vida se escapara de ellos. Era esa preocupación lo que había mantenido a su madre aferrada a la vida durante los últimos días. Ahora que Lady Alexandra había sido encomendada con su tarea de por vida, su madre descansaría en paz.

No defraudaría a su madre. No lo había hecho hasta ahora. Se había ocupado de la casa, había criado a sus hermanas, se había encargado de su educación y las había preparado para los roles que la vida les daría en su futuro. No importaba el coste o el sacrificio para hacerlo.

Lady Eagleton no estaba de acuerdo con la determinación de su amiga de anteponer a sus hermanas a sí misma. En toda honestidad, su corazón sufría por Lady Alexandra.

No le habría deseado tal vida a alguien como Lady Alexandra, pero si alguien tenía la tenacidad para hacerlo, era Alexandra.

Por mucho que deseara cambiar las circunstancias de su amiga, también admiraba su valentía a lo largo de todo ello. Lady Alexandra era una hija devota, una hermana excelente, y si alguien merecía una vida de amor y felicidad, era ella.

Aunque el amor era sin duda un ideal descartado para Lady Eagleton, lo había visto lo suficiente en otros. Por supuesto, sentía una gran admiración por su propio marido y se consideraba afortunada de tener un compañero tan afectuoso. No era amor lo que sentía por él.

Eso era algo que solo había visto y nunca sentido. No era una circunstancia inusual para una dama de la alta sociedad pasar por la vida sin amor, y no consideraba que fuera el único requisito para la felicidad. Lo que sí veía en varios miembros de su familia y la sociedad en general cuando lo encontraban, era que la felicidad se duplicaba más de lo que uno podía imaginar.

Lady Eagleton había deseado tales emociones para sí misma cuando era una joven, antes de que su padre y el conde arreglaran su matrimonio. Una parte de ella todavía lo esperaba en lo más profundo de su corazón, pero sabía que aun así viviría una vida feliz y satisfecha si nunca llegaba a ella.

Sin embargo, estaba segura de que a menos que Lady Alexandra encontrara algo tan profundo como el amor, nunca se apartaría de su determinación de poner a su familia antes que sus propias

necesidades. Y ciertamente, si alguien necesitaba alguna vez una felicidad duplicada, era la dama que ya había recibido tan poca en su vida.

—Oh, mira, ahí está —dijo Lady Eagleton, saliendo de sus pensamientos y señalando discretamente con su abanico al otro lado de la sala.

—¿Cómo puedes estar segura? —dijo Lady Alexandra, echando un rápido vistazo a los dos hombres que Lady Eagleton había señalado.

—Obviamente es él. Un joven y apuesto duque riendo de manera tan amistosa con mi marido.

Lady Alexandra se tomó un momento para estudiar al caballero. Parecía mucho más joven de lo que esperaba cuando le dijeron que era un amigo cercano de Lord Eagleton, pero entonces tuvo que recordarse que era amigo del vizconde.

Aunque tenía una sonrisa encantadora de perfectos dientes blancos mientras hablaba con el conde, había algo que aún le hacía considerarlo bastante estoico.

Quizás era el hecho de que sobresalía por encima de todas las demás personas en la sala, incluidos todos los otros hombres. Tenía grandes rasgos cuadrados que le recordaban a Lady Alexandra las antiguas estatuas de mármol de civilizaciones anteriores.

Estaba vestido a la última moda con un abrigo azul marino oscuro, pantalones color canela y altas botas de cuero marrón rico. Todo estaba a la altura de la moda y perfectamente colocado en su cuerpo.

El pensamiento de su perfección hizo que Lady Alexandra tirara inconscientemente del guante que había comenzado a deslizarse de nuevo.

Era su rostro lo que lo hacía parecer tan solemne, finalmente decidió. Tenía los mismos rasgos faciales cincelados para complementar su robusta estructura angular. Su nariz era ligeramente más larga de lo habitual y puntiaguda en la punta. Más que esto, lo que llamó la atención de Lady Alexandra fue su espeso cabello negro peinado hacia atrás y hecho para brillar a la luz de las velas. Estaba segura de que se veía exactamente como su título indicaba. Un cuervo.

Solo conocía a estas criaturas debido a los esfuerzos de investigación de su padre. Se consideraban inteligentes pero astutos. Hermosos de ver pero bastante traviesos. Estaba segura de que el duque era exactamente como su nombre indicaba.

—Parece bastante amistoso con Lord Eagleton, pero hay algo en él que me inquieta —dijo Lady Alexandra honestamente a su amiga.

—Quizás te provoca un escalofrío en el vientre, hace que tu rostro se ruborice —insistió Lady Eagleton.

—Oh, tonterías —dijo Lady Alexandra, rechazando a su amiga con una risita—. Creo que has estado leyendo demasiados romances de la Biblioteca Circulante del Sr. Wright.

—Lo he hecho, y no me avergüenzo de ello —dijo Lady Eagleton, levantando ligeramente la barbilla—. De hecho, tengo uno que estoy segura de que te encantará.

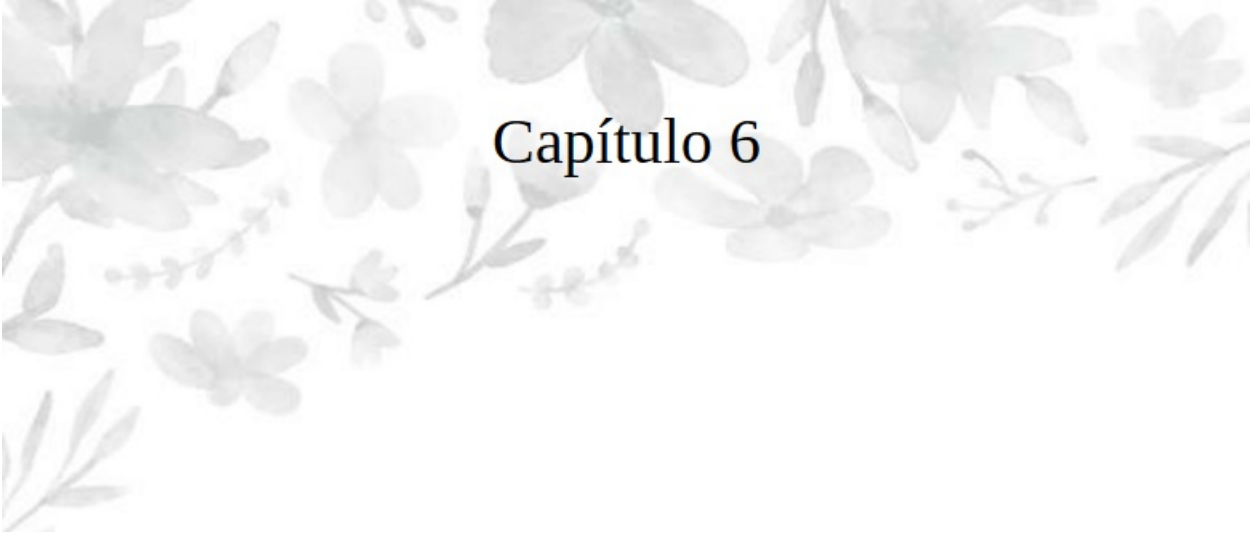
—Oh, tener tiempo para leer —dijo Lady Alexandra con un suspiro.

Le encantaba leer tanto como a su mejor amiga, pero siempre parecía carecer de momentos para hacerlo. Debido a esto, aún no se había suscrito a una biblioteca de préstamo a pesar de la escasa selección de libros de su propia familia.

—Debes hacer tiempo, querida —dijo Lady Eagleton—. Ahora ven y prométeme que me dejarás maquinar en tu nombre. Me hará muy feliz hacerlo esta temporada.

—De acuerdo, te dejaré maquinar, aunque solo en nombre de mis hermanas. Y debo advertirte que servirá de poco cuando el Duque se entere de la familia que estás patrocinando. Nuestra desgracia financiera es ampliamente conocida.

—Tonterías, él tendrá dinero suficiente. Estoy segura de que, en cambio, estará a la caza de una perspectiva de amor —dijo Lady Eagleton, enfatizando las últimas palabras, lo que hizo que Lady Alexandra pusiera los ojos en blanco y ambas chicas rieran como si fueran jóvenes otra vez.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top edge.

Capítulo 6

—Querido —dijo tía Rebecca, acercándose rápidamente al lado de Raven mientras la banda tomaba su lugar en el pequeño escenario—. El baile está a punto de comenzar. Debo presentarte a Lady Charlotte.

Estaba toda llena de volantes mientras se apresuraba hacia él, y de nuevo Raven gimió interiormente.

—Así que ya le has echado el ojo a Lady Charlotte —dijo Eagleton con alegría mientras entraban juntos al gran salón de baile con muchos de los otros caballeros.

Había insistido en seguir a Raven para presentarle a su esposa. También le había prometido a la dama un baile, ya que ella adoraba bailar.

—No le he echado el ojo a nadie —dijo Raven, entrecerrando los ojos hacia su tía.

—Ah, ya veo. Bueno, si alguien está a la altura de la tarea, es esta tenaz dama —dijo Eagleton, haciendo una reverencia cortés a tía Rebecca.

—Si me disculpan ambos, estoy seguro de que mi propia esposa estará muy decepcionada si no bailamos el primer baile, y me atrevo a decir que preferiría terminar con ello de una vez.

Le guiñó un ojo a Raven en señal de despedida y le deseó suerte antes de abrirse paso entre la creciente multitud para encontrar a su esposa.

—Debo presentarte a Lady Charlotte de inmediato —continuó tía Rebecca con la partida del Conde.

Estaba tirando del brazo de Raven como si fuera un niño rebelde.

—He pasado la mitad de la noche junto a Lady Derber. No ha parado de hablar sobre cómo sus dos hijas han encontrado una fortuna infinita este año. Estoy segura de que la tarjeta de Charlotte ya está casi llena. Date prisa —añadió cuando Raven continuó atravesando la multitud a un paso tranquilo.

Tía Rebecca seguía escudriñando la sala, haciendo lo mejor que podía con su baja estatura.

—Oh, querido, no puedo ver nada —dijo con un bufido cuando un grupo de caballeros entró en la sala por otra puerta, bloqueando su vista.

—Quizás puedas decirme cómo es y yo puedo hacer la exploración por ti, querida tía —dijo Raven, deseando terminar con esto.

—Bueno —dijo tía Rebecca, encontrando esto como un compromiso satisfactorio—. Lleva un fino vestido de seda azul con guantes largos. Su cabello es del más hermoso castaño dorado con grandes ojos angelicales y piel de porcelana.

Raven entrecerró los ojos mirando a su tía.

—Solo necesito una descripción básica, no un relato completo de sus cualidades más hermosas.

—Solo intento ayudar, querido —dijo Rebecca como si tal noción de hacer que su sobrino se enamorara con meras palabras no hubiera cruzado por su mente.

—Oh, creo que la veo ahora. Está parada con una dama rubia un poco mayor.

—Seguramente debe ser su hermana mayor —respondió tía Rebecca—. ¿Ves alguna forma de que podamos acercarnos para una presentación?

—El mismo Eagleton no está lejos de ellas. Nos tomará algo de tiempo cruzar, tía Rebecca. Iré yo solo y haré que el Conde haga las presentaciones. Él ya conoce a la dama y a su familia. Tú espera aquí, querida tía, en estas sillas —dijo Raven, deseando apagar el vigor casamentero de su tía.

Acomodó a su tía en unas sillas junto a la pared y se alejó rápidamente para buscarle algunos refrescos. No había estado en Londres por algún tiempo, pero aún le parecía mucho más caluroso de lo que recordaba, a pesar de la suave brisa que soplaba por las ventanas de vez en cuando.

—Creo que tendré una vista maravillosa de ti bailando desde aquí —dijo su tía, acomodándose en su silla con una bebida en la mano.

Sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas por el calor, y él podía notar que no estaba del todo cómoda en ese momento. Consideró citar eso como una razón para que se fueran en ese mismo instante.

Sabía que tía Rebecca no aceptaría tal cosa. No se movería de ese salón de baile hasta que él al menos bailara con la dama en cuestión.

Una vez que vio a su tía acomodada, volvió su atención a la mujer al otro lado de la sala. Para su consternación, Lord Eagleton ya no estaba allí.

Encontró la espalda de su figura paternal y su nueva esposa caminando hacia la parte abierta del salón para prepararse para el primer baile. Fue solo entonces que Raven vio que la dama que

hablaba con Lady Charlotte no era en absoluto su hermana mayor, sino la misma Lady Eagleton. Pensó que este asunto era de poca importancia, ya que la chica en cuestión no se había movido de su lugar incluso con la partida de su acompañante.

Raven consideró esperar hasta que el conde ya no estuviera ocupado en el baile para ir y hacer las presentaciones adecuadas por él. Para su frustración, eso significaría esperar la duración del baile y luego tener que soportar el segundo baile con Lady Charlotte.

Era más tiempo del que estaba dispuesto a negociar. Si simplemente iba a la dama él mismo, pedía el primer baile disponible que tuviera, podría retirarse a una rápida siesta antes de que llegara su turno.

Si su tía tenía razón, podrían pasar varios bailes antes de que tuviera uno que no estuviera ya prometido a otro.

Cuanto antes pusiera su nombre en su pequeño abanico y le dijera a su tía su lugar, más pronto podría encontrar algunos momentos de descanso.

Raven continuaba diciéndose a sí mismo que era mejor terminar con el asunto mientras daba sus largos y determinados pasos a través de la sala. Su alta figura y gran estatura tenían algunas grandes ventajas. En esta ocasión, otros se moverían rápidamente para dejarlo pasar.

Ignoró varias miradas anhelantes que recibió de otras damas de la sala y mantuvo sus ojos en el único objetivo que tenía para la noche.

Le sorprendió ver que no estaba en un grupo de jóvenes damas como la mayoría de las otras chicas solteras. Con frecuencia, estas se quedaban al lado de sus madres, tímidas y esperando una oportunidad, o se aventuraban con algunas de sus amigas, con la esperanza de que los caballeros se mezclaran con ellas.

Esta dama no hacía ninguna de las dos cosas. En cambio, permanecía en su lugar, justo al borde de la pista de baile principal. Al igual que su tía, Lady Charlotte tendría una buena vista de la pista, pero no parecía estar moviéndose para participar en el primer baile.

Raven se preguntó si su tía se habría equivocado al pensar que su tarjeta ya estaría llena, ya que no parecía que ningún hombre viniera a buscarla tampoco.

Tan pronto como Raven estuvo a una distancia para hablar con la dama, la atención de ella se volvió hacia él. Él estaba acostumbrado a este hecho debido a su gran estatura.

Sin embargo, cuando la dama lo miró con sus grandes ojos marrones, pareció olvidar sus palabras por un momento. Nunca había sido alguien que se quedara sin palabras o inseguro de sí mismo, pero por un brevísimo instante, temió haber cometido un error al presentarse ante la dama de esa manera.

Tragando saliva, hizo una profunda reverencia ante la dama.

—Perdone que me presente —dijo mientras se inclinaba—. Soy el Duque de Raven. Mi tía, Lady Rebecca Sinclair, me dice que es una gran amiga de su madre.

Las delicadas cejas marrones de la dama se fruncieron en señal de incompreensión.

—¿Quizás me he equivocado? —preguntó Raven, al ver que ella no reconocía los nombres dados ni la conexión.

—No, estoy segura de que no —le aseguró la dama con una suave sonrisa—. Conozco a su tía, pero solo de nombre, debo confesar. No tenía idea de que tuviera una conexión con mi madre.

—Oh —dijo Raven, enderezándose y sintiendo alivio. Nunca había temido la vergüenza entre la alta sociedad hasta este preciso momento.

—Me pregunto si podría concederme un baile, si aún tiene uno disponible —continuó Raven, señalando su abanico Programme du bal—. Sé que complacería a mi tía —dijo a modo de explicación.

La dama miró el abanico en su mano. —Oh, querido, esto no es... No tengo —tomó un lento respiro—. No tengo ningún baile reservado en este momento.

—Espléndido —dijo Raven, feliz por su buena fortuna. Podría bailar con Lady Charlotte en el primer baile y convencer a la tía Rebecca de volver a casa, habiendo cumplido sus deseos para la noche.

—¿Me haría el honor de bailar el primer baile de la velada conmigo? —preguntó Raven.

—Por supuesto, Su Gracia —respondió la dama con una suave reverencia.

Pareció ver el tiempo detenerse por ese momento. Estaba seguro de que podía ver un suave rubor subir por sus mejillas.

Extendió un brazo para que ella lo tomara, lo cual hizo. Juntos caminaron a lo largo del salón hacia la pista de baile. Aunque ella trató de hacerlo discretamente, él observó cómo tiraba de su largo guante. Fue solo entonces cuando notó que le faltaban dos botones.

Era algo muy curioso para él, pero no le dio mayor importancia. Hizo el recorrido en silencio para luego estudiarla más.

¿Qué dama que venía a un baile no traería un librito para anotar los nombres de sus parejas? Especialmente una dama que ya estaba creando tal revuelo si su tía estaba en lo correcto.

Notó también que aunque su vestido era de fina seda azul, era de una moda anterior e incluso tenía algunos deshilachados en la cinta crema alrededor de su cintura y por la espalda.

Sorprendentemente, no encontró que estos hechos restaran en absoluto a su belleza. Era una criatura delicada a la vista, pero más que eso, parecía caminar con un gran aire. Podía notar,

aunque no estaba seguro de cómo, que no era una frágil señorita de la alta sociedad como lo eran tantas otras.

Aunque odiaba admitirlo, estaba descubriendo que quizás su tía había hecho bien al insistir en que le diera una oportunidad a la temporada.

Después de todo, si pudiera encontrar una dama que compartiera sus intereses mutuos y amor por los viajes, podría no ser tan malo tener una compañera para ir con él.

El duque condujo a la dama cerca de donde el conde y su esposa ya estaban de pie. Sabía que desde este punto tanto su tía como el Conde verían sus esfuerzos y quizás no lo presionarían tanto para encontrar una pareja. Aunque la idea le intrigaba, aún le hubiera gustado que fuera por su propia voluntad y no impuesta.

Las cejas plateadas del Conde se elevaron con sorpresa cuando Raven tomó su lugar en la pista con la dama frente a él.

—Creo que conoce a Lord Eagleton —dijo la dama, viendo el intercambio silencioso entre los dos.

—Sí, ha sido algo así como una figura paterna en mi vida —dijo Raven mientras comenzaba el baile.

—Soy buena amiga de Lady Eagleton —dijo ella a modo de explicación de sus palabras.

—Aunque creo que ella no ha tenido el placer de conocerlo personalmente, ya ha hablado muy bien de usted esta noche —continuó.

—Entonces eso debe significar que el Conde no ha revelado todos los horribles problemas en los que su hijo y yo siempre nos metíamos —dijo Raven con una suave sonrisa.

Ella se sonrojó y apartó la mirada. Era una conversación superficial para empezar, pero sin duda era lo apropiado para un baile.

—Lady Eagleton me informó que esta es su primera temporada en la ciudad después de mucho tiempo, Su Gracia.

—Sí, tiendo a evitar Londres tanto como puedo —respondió Raven.

—¿Así que no le gusta la ciudad? —la dama continuó manteniendo una conversación constante.

—Nunca lo he disfrutado particularmente. Hay tanto del resto del mundo por ver. ¿Por qué quedarse aquí cuando hay cosas maravillosas esperando ser descubiertas?

—Espero que descubra algo nuevo de la ciudad mientras esté aquí ahora.

—¿Es usted entonces su protectora? —preguntó él, entornando sus ojos de halcón sobre la dama.

—No, en realidad no. Aunque es el único hogar que conozco, así que supongo que de esa manera sí tengo un cariño por ella y sus joyas ocultas de maravilla.

—¿Nunca ha salido de la ciudad? Eso es sorprendente de oír —replicó Raven.

Seguramente su familia regresaría a su finca de campo durante los meses más fríos o al menos iría a visitar otras propiedades por el país. Sin embargo, no se aferró a ese pensamiento mientras hacían sus giros en la pista.

—¿Qué joyas podría encontrar aquí? —preguntó Raven a la dama, disfrutando bastante de su conversación.

—Bueno, por supuesto, están los parques y los teatros.

—Sí, pero por la forma en que lo dice, adivinaría que no los frecuenta. ¿Dónde diría que pasa la mayor parte de su tiempo?

—En realidad, si no estoy en casa con mis hermanas, estoy en el Museo Natural de Zoología y Botánica.

—Oh, no ese lugar espantoso —soltó Raven sin siquiera darse cuenta.

—¿Espantoso? —replicó la dama.

—Perdóneme —dijo él, aclarándose la garganta—. Fui allí cuando era niño. Quería ver y aprender todo sobre el mundo que me rodeaba, y ese era sin duda el lugar para acercarse a especímenes reales. Pero era tan...

—¿No de su agrado? —preguntó ella, aunque él pudo notar que sus palabras se habían enfriado visiblemente.

Se preguntó si la había ofendido. No había sido su intención. De niño, lo había considerado asombroso, y quizás una dama que nunca había salido de Londres también lo haría, pero una vez que vio lo que el mundo tenía para ofrecer, aprendió cuán equivocados estaban los estudios y las conclusiones extraídas en ese lugar.

—Completamente atrasado, para ser honesto —dijo Raven suavemente pero sin querer renunciar a la sinceridad.

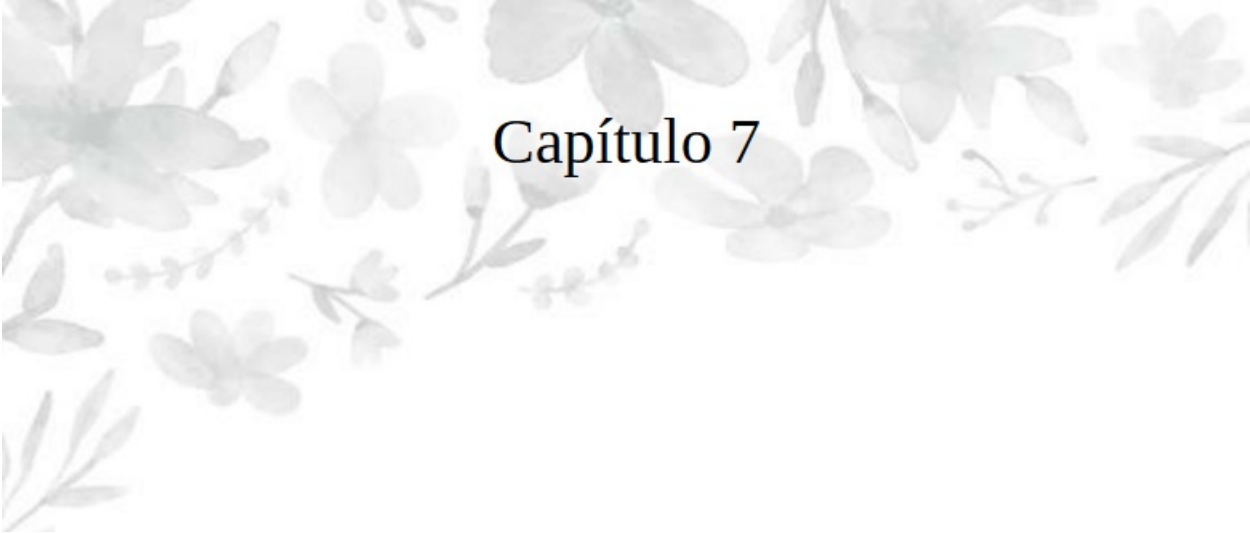
—¿Cómo es eso, Su Gracia? —dijo ella, entrecerrando sus propios ojos al caballero.

—A menudo sus clasificaciones de animales están completamente equivocadas, las suposiciones científicas que hacen solo conducen al hecho de que no tienen conocimiento práctico fuera de la ciudad.

—Tal vez esté mejor ahora —añadió Raven rápidamente cuando ella no encontró su mirada ni respondió—. Perdóneme, Lady Charlotte. No quise ofender. Quizás podríamos ir juntos al museo, y usted podría demostrarme que estoy equivocado.

Raven estaba repentinamente desesperado por volver a caer en gracia con esta dama. De alguna manera, su oferta y disculpa no hicieron justicia cuando ella levantó la cabeza de golpe para mirarlo con total asombro ante la mera mención.

—No soy Lady Charlotte, Su Gracia. Me temo que me ha confundido con otra.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The flowers are simple in design, with some having five petals and others being buds. The leaves are elongated and pointed. The overall effect is a soft, elegant floral pattern that frames the title.

Capítulo 7

Lady Alexandra Woodley no podía imaginar encontrarse en una situación más embarazosa. Al principio, se había sentido encantada cuando el duque se presentó ante ella, e incluso mencionó una conexión con su familia a través de su difunta madre.

Le había resultado curioso que Lady Rebecca le hubiera dicho al duque que ella y su madre habían sido amigas. Era una noticia que nunca le habían comunicado ni Lady Rebecca ni su padre.

Sin embargo, había descartado esa advertencia. No importaba cómo estuviera conectado el duque si eso significaba que podría interesarse por una de sus hermanas. Por supuesto, la segunda advertencia fue cuando el duque la invitó a bailar.

Nadie invitaba nunca a bailar a Lady Alexandra. De hecho, temía un poco no recordar los pasos. Toda su atención en los eventos sociales se había centrado en hacer amistad con las otras matronas de la alta sociedad para encontrar parejas para sus hermanas, nunca para ella misma.

Aun así, cuando el duque la invitó a bailar, pensó simplemente que estaba siendo cortés al bailar primero con la hermana mayor. Había descubierto una conexión milagrosa entre un duque soltero de gran prominencia y su familia, y aprovecharía ese momento.

Incluso con el temor de dar un paso en falso, había aceptado bailar el primer vals con él. Eso le daría la oportunidad de presentarle las personalidades de sus hermanas de antemano.

Había hecho lo posible por iniciar una conversación ligera. Sin embargo, durante todo el baile, sintió que se le anudaba el estómago de nervios. Él era mucho más apuesto e imponente de cerca que a distancia.

Tuvo que recordarse varias veces que este hombre bien podría ser su futuro cuñado si jugaba bien sus cartas.

Aunque tuviera el encanto y los modales de un duque, no podía permitir que eso la cegara del curso que se había trazado. Estaba decidida a presentarle a sus hermanas antes de que terminara la noche.

Sin embargo, esa determinación cambió cuando él criticó tan descaradamente la obra de vida de su padre. Cada aspecto del Museo Natural de Zoología y Botánica había sido por iniciativa y patrocinio de su padre. Decir que todo lo que hacía era motivo de burla era más que insultante.

Había sido aún más insultante, sin embargo, porque durante los últimos años ella había sido la que principalmente supervisaba a los diversos curadores y científicos lo mejor que podía.

Ciertamente, no era una experta en ese campo. Todo había surgido por necesidad, ya que su padre pronto se negó a salir de casa incluso para ir a su antes amado santuario. Alegaba que el tráfico en las calles se había vuelto más de lo que su frágil constitución podía soportar.

Desde ese momento, toda la información o los especímenes eran llevados a la casa para su aprobación, tal como lo estaba haciendo en ese momento. Y luego la información era llevada de vuelta al Museo a través de cartas o de las inspecciones personales de Lady Alexandra.

No era un tema que interesara mucho a Lady Alexandra, y no hacía estos recados y trabajo adicional por pasión propia. En cambio, era el simple hecho de que su padre había invertido lo último de su herencia en el lugar.

Si el Museo fracasaba, cualquier posibilidad de dote se perdería para las hermanas. Tal como estaban las cosas, el pabellón no era tan exitoso como ella esperaba y las dotes iban a ser escasas en el mejor de los casos.

Si su disgusto por la pasión de su padre no hubiera sido lo suficientemente desagradable, el duque procedió a llamarla por el nombre equivocado.

Era como si hubiera subido a lo alto de una torre solo para venir a estrellarse de nuevo.

Ahora se sentía completamente ridícula por haber pensado siquiera que el duque se habría presentado a ella de entre todas las personas. Se reprendió mentalmente por pensar que una dama fina como Rebecca Sinclair pasaría toda la vida de Lady Alexandra sin dirigirle una palabra y luego presionaría a su sobrino duque para que bailara con ella por una querida amistad.

Dieron varias vueltas por la pista en absoluto silencio. Ambos estaban perdidos en sus propios pensamientos sobre las revelaciones actuales. Ninguno podía simplemente irse. Tendrían que quedarse hasta que terminara el set.

Lady Alexandra se sintió aún más torturada cuando Lady Eagleton la miró una y otra vez con un brillo de emoción en los ojos.

—Le ruego me perdone, señorita. Mi tía describió a una dama de cabello castaño, con un vestido de seda azul y guantes largos. Cometí el infortunio de verla a usted y hacer la suposición.

—Que yo era Lady Charlotte —terminó Lady Alexandra por él.

—No pretendía ofender; fue un simple error —dijo él, defendiéndose.

—Supongo que debería sentirme honrada —replicó Lady Alexandra, sin disfrutar precisamente la forma en que ahora se estaba poniendo a la defensiva sobre el hecho.

—Tal vez me haría el favor de decirme su nombre —dijo él después de que pasaron unos momentos más.

Ella no podía creer que incluso tuviera el descaro de preguntar.

—Me temo que no podría soportar admitirlo en este punto —dijo Lady Alexandra, mirando en todas direcciones excepto a la pareja frente a ella.

Se sintió aliviada de que el set finalmente estuviera llegando a su fin.

—Quizás, sin embargo, Su Gracia, al separarnos puedo hacerle el favor de señalarle el verdadero objetivo de sus deseos. Está justo allí —dijo Lady Alexandra, indicando con la barbilla a otra pareja en la pista.

El Duque de Raven estudió a la joven que ella había señalado. No era sorpresa que ella también llevara un elegante vestido de seda azul con guantes largos y relucientes perlas blancas entretejidas en su cabello castaño claro.

—Y por si se lo pregunta —dijo Lady Alexandra, mirándolo finalmente a los ojos mientras terminaba el baile.

Hizo su suave reverencia como era costumbre antes de terminar su frase.

—Mi padre es el patrono del Museo Natural de Zoología y Botánica. Si realmente cree que su vasto conocimiento del mundo es muy superior al de aquellos en el pabellón, quizás debería considerar ponerlo a buen uso.

Raven arqueó una ceja, sin entender completamente sus palabras.

—Una vela no pierde nada al encender otra. ¿Cuál es el propósito de tener vastas experiencias mundanas si no las va a compartir con aquellos que no han sido tan afortunados de vivirlas, Su Gracia?

Con esas últimas palabras, Lady Alexandra se dio la vuelta con la cabeza en alto y abandonó la pista de baile. Puede que no la consideraran digna de pertenecer a su círculo selecto, y quizás el museo de su padre fuera inferior comparado con otros. Poco le importaba. Había llegado demasiado lejos y trabajado muy duro como para ver el nombre de su familia deshonorado y ridiculizado.

Lady Alexandra salió directamente de la sala y se dirigió a una contigua donde aún había un cuenco de ponche para saciar la sed de los bailarines cansados. Hizo lo mejor que pudo para servirse una copa sin mostrar demasiado el temblor de sus manos.

Nunca había hablado de esa manera a alguien superior a ella, probablemente a nadie en realidad, salvo cuando tenía que regañar a sus hermanas.

Tal vez el duque había pretendido ser contrito en su disculpa y, para ser honesta, había sido un simple error. Oh, cómo deseaba que lo hubiera cometido con cualquier otra mujer esa noche en lugar de con ella.

En su momento de vergüenza y enojo, había arremetido. Lady Alexandra había manchado su imagen ante los ojos del duque de manera permanente.

Solo sería cuestión de tiempo antes de que él supiera su nombre, sus relaciones. ¿Cuánto tardaría en compartir su desafortunado encuentro con ella con otros caballeros? Pronto toda su familia de damas elegibles sería considerada indeseable por otra razón más. Todo por su culpa.

—Oh, sin duda, eso salió directamente de una de mis novelas románticas —dijo Lady Eagleton, acercándose apresuradamente al lado de Lady Alexandra.

—Incluso le pregunté al conde si había incitado al Duque de Raven a hacerlo. Dijo que no. ¿No es simplemente romántico? —comentó con un brillo soñador en sus ojos—. Se acercó directamente a ti y te pidió bailar. Es como un cuento de hadas, ¿no crees?

—Creyó que era otra persona —dijo Lady Alexandra sin rodeos, haciendo lo posible por beber su ponche y calmar el temblor de su cuerpo.

No era por temor a las represalias del duque. En cambio, podía sentir la adrenalina de la furia aún pulsando a través de ella por haber sido avergonzada de esa manera.

—¿Qué? ¿Cómo es eso posible?

—Pensó que era Lady Charlotte —dijo Lady Alexandra rápidamente—. Sin mencionar el hecho de que tenía algunas opiniones bastante punzantes sobre la obra de vida de mi padre.

—No puedo imaginar que dijera algo ofensivo. El conde no ha tenido más que alta estima por él, al igual que el joven Charles. Quizás fue un malentendido.

—El único malentendido fue con quién creía que estaba bailando.

Lady Alexandra decidió omitir el hecho de que los comentarios groseros del duque no habían sido con conocimiento previo de quién era ella en relación con las palabras que había pronunciado.

Aun así, estaba segura de que un duque refinado debería saber mejor que hablar mal de cualquier establecimiento que pudiera tener conexión con cualquier persona en cualquier fiesta. Estaba segura de que era un pensamiento un poco extremo y ridículo, pero no le importaba en lo más mínimo.

Lady Eagleton comenzó a escudriñar la sala en busca de su marido, decidida a remediar la situación. Tal vez el duque había confundido la identidad de Alexandra con otra, pero parecían haber disfrutado genuinamente del baile juntos, al menos la parte inicial que ella había visto.

—No te preocupes por ello —dijo Lady Alexandra, poniendo una mano en el brazo de su amiga. Conocía los deseos de Regina sin necesidad de que fueran expresados.

—Estoy segura de que el conde aclarará todo, sin embargo —insistió Lady Eagleton.

—Creo que en su lugar buscaré un coche de alquiler para regresar a casa temprano.

—Oh, por favor, no te vayas. Aún queda mucha diversión por disfrutar.

—No quisiera arriesgarme a manchar a mis hermanas con la mala interacción —dijo Lady Alexandra, con lágrimas formándose en sus ojos.

Se negaba a llorar, y mucho menos a llorar en un lugar público. Nunca en su vida se había sentido tan insignificante y menospreciada como en el momento en que el duque reveló su verdadera pareja de baile deseada.

—Realmente creo que esto es solo un tonto error. Tal vez podríamos reírnos de ello más tarde —Lady Eagleton hizo un último intento.

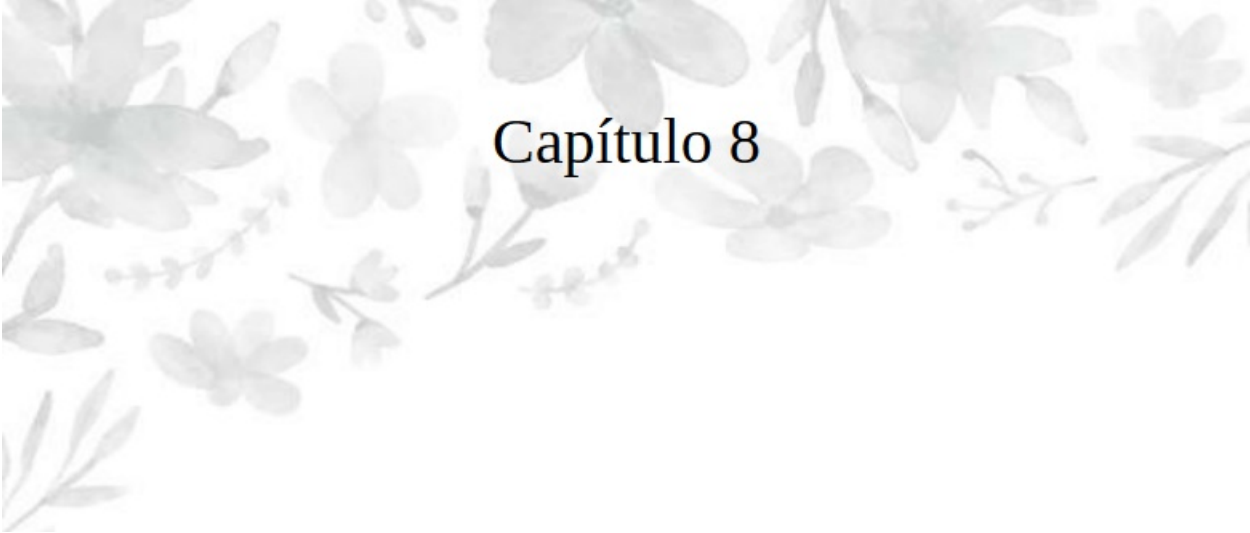
—No creo que pudiera soportar volver a mirar al Duque de Raven, y mucho menos tener una conversación humorística con él.

Lady Alexandra solo sorbió una vez. Se ajustó el guante por última vez antes de erguir su barbilla. La vida estaba llena de pruebas mucho más duras que las que podían producir los bailes tontos. No dejaría que este momento la definiera.

—Por favor, asegúrate de que mis hermanas encuentren un carruaje para volver a casa en un momento apropiado.

—Por supuesto —dijo Lady Eagleton, abrazando a su amiga—. Tenemos mucho espacio en el nuestro. Me aseguraré de que regresen a casa sanas y salvas.

—Gracias —dijo Lady Alexandra apenas en un susurro antes de dejar su copa medio bebida en la bandeja de un sirviente y salir de la casa de Sir Hamilton.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be cherry blossoms and other delicate blooms, set against a white background.

Capítulo 8

—¿Qué demonios te poseyó para bailar con Lady Alexandra Woodley? —dijo la tía Rebecca mientras iban en el carruaje de regreso a su casa.

—Fue un error, te lo aseguro, tía Rebecca —dijo él, apenas pudiendo mantener los ojos abiertos en la suave luz del amanecer.

Después de su equivocación con la dama misteriosa, de quien ahora conocía el nombre, había buscado que le presentaran a Lady Charlotte. Habían bailado juntos el tercer y el sexto set.

Ella parecía una dama lo suficientemente agradable y decía todas las cosas correctas. También estaba el constante comentario de su tía a su lado entre bailes, hablando de su buena fortuna. Aparentemente, su primer baile equivocado le había parecido a ella una acusación contra su propia elección.

—Espero que haya sido un error. ¿Sabes quién es su familia?

—Me temo que no estoy del todo seguro —dijo Raven, al menos contento de que esta conversación que lo mantenía despierto mucho más allá de su deseo, tendría el propósito de revelar la identidad de la chica misteriosa.

—No es su culpa, por supuesto —comenzó la tía Rebecca, lo que le indicó que había alguna gran desgracia en su historia—. Su padre es el Conde Grebs.

—Conozco ese nombre —dijo Raven, haciendo memoria.

—Estoy segura de que sí. El padre de Lord Grebs tuvo varias grandes desgracias en su vida. No estoy del todo segura de todos los detalles, solo que puede que no haya sido por medios muy morales. Perdieron la fortuna familiar. Luego, Lord Grebs y su esposa tuvieron cuatro niñas antes de que ella también falleciera. Estoy segura de que puedes imaginar que un conde indigente con cuatro niñas tenía pocas posibilidades de encontrar un reemplazo.

Lady Rebecca dio un largo suspiro mirando cómo crecía la luz por la ventana del carruaje.

—¿Así que su desgracia es tener pocos fondos para su título? —preguntó Raven, considerando que en realidad no era una circunstancia tan horrible y de hecho no era la primera vez que un lord se encontraba en tal estado.

—Bueno, luego está su padre. Es muy reclusivo. Se podría decir que siempre lo fue, pero mucho más desde el fallecimiento de su esposa. Lo último que escuché fue que se encierra en su casa —no está en un vecindario nada deseable y muy cerca de Seven Dials— y mira criaturas muertas.

Lady Rebecca se estremeció ante la idea.

—No creo que sean criaturas muertas tanto como especímenes.

—Oh, llámalos como quieras, sigue pareciéndome extraño —dijo Lady Rebecca con un gesto de su mano—. Hablemos de cosas más felices. Dime qué te pareció Lady Charlotte.

—Quizás podríamos discutir el asunto mañana. Estoy completamente agotado por la noche —dijo Raven con un largo bostezo, aunque nunca fue alguien que no cediera a los deseos de su tía si ella insistía.

Para su buena fortuna, ella no insistió esta noche. En cambio, contuvo su lengua y emoción sobre el asunto hasta el día siguiente.

—Oh, no puedo soportar más la anticipación —dijo la tía Rebecca la tarde siguiente mientras los dos se sentaban a un desayuno muy tardío—. Dime, ¿qué te pareció?

Raven tenía que reconocer el autocontrol de su tía. Habían logrado llegar casi a la mitad de la comida hablando de casi cualquier otro aspecto de Londres excepto el baile de anoche.

—Parecía ser una dama muy amable —comenzó Raven lentamente.

—Oh, ¿y no es tan encantadora a la vista? Debes actuar rápidamente, sin embargo —continuó la tía Rebecca, tomando un panecillo de pasas del plato mientras hablaba—. No eres el único caballero que ha puesto sus ojos en ella.

Raven se recostó y continuó comiendo su comida mientras su tía seguía hablando. Parecía que todo lo que necesitaba era un comienzo del tema y luego ella llevaría felizmente la conversación por su cuenta.

—Bailaste con ella dos veces, lo cual es más que cualquier otro, me atrevo a decir, anoche —finalmente terminó la tía Rebecca—. Dime que la verás de nuevo pronto. Debes visitarla rápidamente antes de que otro pueda robar su atención.

—Ya he hablado con Lady Charlotte sobre dar un paseo por el parque juntos mañana —dijo Raven—. Planeo visitarla después de nuestra comida para asegurar la hora —añadió para deleite

de su tía.

Aunque era una mujer de edad, rebotaba arriba y abajo en su asiento de terciopelo como si fuera una colegiala de doce años.

No pudo evitar deleitarse con la felicidad que había traído a su tía mientras observaba sus rizos grises moverse de un lado a otro bajo su gorro de encaje ondeante durante su momento de alegría.

Sin embargo, no fue del todo honesto con su tía. Por supuesto, tenía planes de visitar la residencia de Lady Charlotte. También era cierto que habían hecho planes para dar un paseo por los Jardines de Kensington.

Ella había insistido en Hyde Park, pero Raven aún no estaba listo para hacer una declaración tan pública. En su lugar, había sugerido llevarla a lo largo de las diversas fuentes y hermosas flores de los Jardines de Kensington.

Tenía una pasión no solo por la aventura sino también por aprender la disposición de la tierra y las cosas que la habitaban, como había expresado la noche anterior a la ahora conocida dama misteriosa.

Había sugerido llevar a Lady Charlotte y darle una especie de tour a pie de la flora del área. Ella había parecido intrigada por la idea, aunque no estaba del todo seguro si era solo por cortesía.

Había otra razón por la que había elegido los Jardines de Kensington. La llevaría al lado lejano del parque que tenía una calle adyacente al Museo mencionado la noche anterior.

En verdad, no había ido allí desde la infancia y consideró la larga noche si había sido apresurado en su juicio del lugar. Si a Raven se le hubiera dado la oportunidad, habría buscado a Lady Alexandra de nuevo e intentado hacer las paces.

Sus últimas palabras también parecían perseguirlo: "Una vela no pierde nada al encender otra". Quizás algo bueno podría salir de su tiempo en Londres. Recorrería el Museo y vería si podía poner sus vastos viajes a buen uso.

De hecho, desde el momento en que terminó el primer baile en el baile inaugural de Sir Hamilton, apenas podía pensar en otra cosa que no fuera la dama con la que había bailado.

Incluso antes de conocer su nombre, Raven se encontró distraído por la impresión que ella le había causado. Tuvo que recordarse mentalmente varias veces que solo estaba allí a petición de su tía y que no estaba realmente buscando una pareja.

Si se encontraba con una pareja adecuada que fuera del agrado de su tía, por supuesto, se ocuparía de ello. Estaba claro después del viaje en carruaje de anoche que Lady Alexandra no

encajaba en esa lista de posibles parejas.

No tendría sentido seguir por ese camino con tal conocimiento. Aun así, el duque no parecía poder sacarla de su memoria.

A pesar del recuerdo apremiante en su mente, llenó su día con las necesidades de la vida. Fue a visitar a Lady Charlotte, quien no estaba en casa. Dejó su tarjeta y mantuvo una conversación bastante agradable con su madre. Lady Derber aseguró al Duque que no solo su hija recordaba su compromiso para el día siguiente, sino que lo esperaba con gran ilusión.

Después de eso, pasó el resto de la tarde en el club de caballeros Brook's para cenar y completar algunos asuntos antes de dirigirse a algunas de las mesas de juego.

Raven no se consideraba un jugador, aunque sabía lo suficiente para jugar a los juegos de cartas favoritos de la época. En realidad, encontraba poco disfrute en ello. Quizás si lo hubiera hecho, Londres en sí le habría parecido más agradable, ya que era una práctica generalizada y casi la única actividad de ocio para los caballeros.

Salió del club bastante temprano en comparación con la mayoría, aunque ya estaba oscuro y todos los faroles habían sido encendidos. Caminó por las calles de Londres de regreso a su casa, todavía incapaz de sacar a Lady Alexandra de su mente.

Hizo todo lo posible por mirar las calles y paseos de Londres como debía verlos ella. Lady Alexandra había confesado no haber ido nunca a ningún lugar fuera de la ciudad.

Había sido una revelación curiosa en su momento, cuando pensaba que era otra persona. Ahora, conociendo su ascendencia, era completamente razonable. Muchos lores empobrecidos solo conservaban una casa en Londres para residir todo el año. No le sorprendía que ella nunca hubiera pisado siquiera el campo inglés.

Mientras caminaba por las calles, consideró este tipo de vida. Sin duda, era el polo opuesto a la suya. Raven había pasado su infancia entre fincas de campo y retiros cerca del océano. Su edad adulta consideraba el vasto mundo como su hogar.

Mientras Raven consideraba una vida nunca fuera de estas calles y paseos de Londres, se encontró sintiéndose muy claustrofóbico. Esto no hizo que Raven menospreciara a su familia como lo hacía su tía, sino que sintiera lástima por ella. Lástima hasta el punto de querer cambiar ese hecho en su vida.

Claramente, ella también debía tener una mente curiosa por las cosas fuera de su ciudad. ¿Por qué otra razón habría afirmado visitar tan a menudo el museo de su padre?

Raven se recordó a sí mismo como aquel joven que recorría los pasillos del museo con su padre. Había convencido al difunto duque de llevarlo después de mucho suplicar.

Había quedado tan fascinado en ese primer viaje al museo. No fue hasta más tarde, cuando comenzó su propia educación sobre el mundo, que aprendió cuán errónea era gran parte de ella.

Si Raven hubiera sido como Lady Alexandra, sin ver nada fuera de Londres, él también habría encontrado en el Museo un refugio de esta ciudad llena de humo.

Aunque Raven no podía identificar exactamente qué era, estaba seguro de que había algo en Lady Alexandra que resultaba muy intrigante.

Fue por esta razón que se encontró parado frente a la casa de Lord Eagleton en lugar de la suya tan tarde en la noche. Estaba desesperado por obtener alguna información sobre la dama.

—Desafortunadamente, mi esposo ha salido por la noche —le informó Lady Eagleton mientras se sentaban en su sala de estar principal.

Raven se tomó un momento para estudiar a la joven esposa. Ya no era tan joven como cuando el conde se había casado con ella. En aquel momento, Raven y el joven Charles habían comentado incesantemente sobre el hecho de que el conde hubiera elegido una esposa casi de la misma edad que su hijo mayor.

Lady Eagleton parecía bastante madura para su corta edad. Por supuesto, aún conservaba la juventud y belleza de su generación, pero había algo distintivo en su forma de comportarse.

—¿Y usted ha decidido quedarse en casa esta noche? —dijo Raven, buscando tema de conversación entre ellos. Le habría gustado preguntar sobre la conexión con cierta dama que no parecía querer abandonar su mente, pero sabía que no podía soltar tales cosas de repente.

—El conde fue a la ópera. No estaba preparada para una aventura tan agotadora después del baile de Sir Hamilton —dijo Lady Eagleton con delicadeza.

—Nunca me gustaron mucho las óperas —dijo Raven, captando su verdadero significado.

Lady Eagleton se relajó con una sonrisa ante sus palabras. Él observó cómo el fuego jugaba con los mechones dorados de su cabello y el vestido de algodón color limón mientras ella servía el té.

—Es simplemente el hecho de que todo está en otro idioma —confesó Lady Eagleton después de entregarle el té al Duque—. Una cosa sería si fuera solo francés. Ya requiere un esfuerzo entender ese idioma, en mi opinión. Pero luego hacerlo excesivamente dramático con palabras largas y prolongadas lo hace casi imposible. No tengo gusto por ello.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Raven, aunque en realidad nunca le había gustado la ópera, aunque no estaba seguro de si realmente compartían la misma razón.

A Raven simplemente le parecía un completo aburrimiento sentarse y ver a alguien cantar en un escenario durante horas y horas.

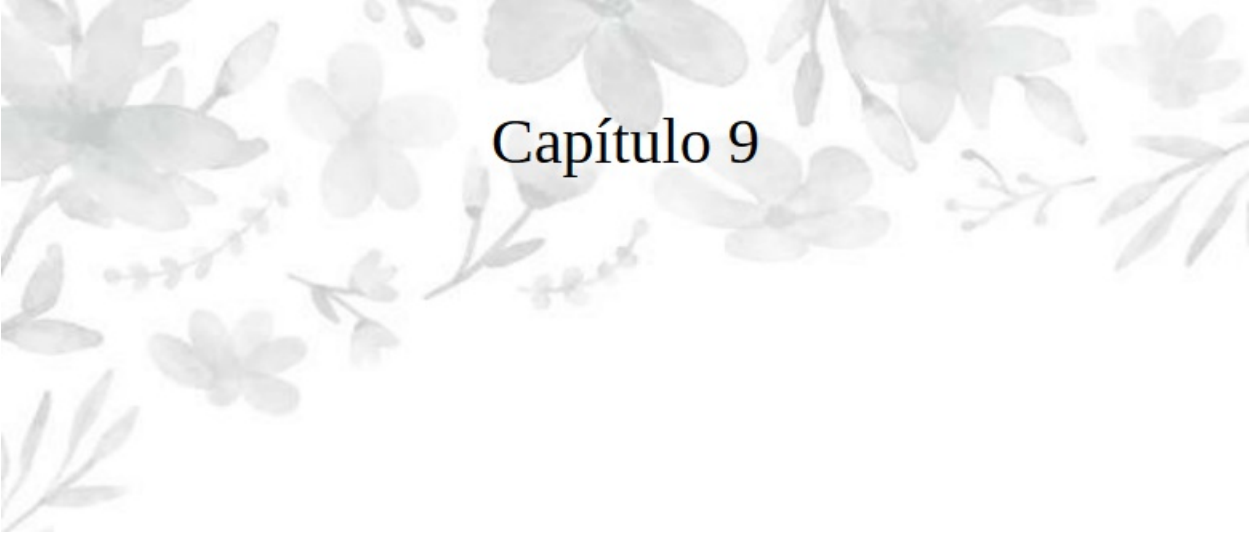
Raven pasó otra hora con la señora de la casa, aunque parecía haber poco que pudiera obtener de ella con respecto a Lady Alexandra.

Aunque el duque intentó incluir casualmente a su ahora conocida mutua en la conversación, Lady Eagleton siempre se apresuraba a cambiar de tema.

La única información que recibió fue que Lady Alexandra era una maravillosa y querida amiga de la condesa y muy amada una vez que la gente llegaba a conocerla.

No pudo evitar sentir que cualquier mención del nombre de la dama ponía a la condesa a la defensiva. Era evidente que apreciaba mucho a esta amiga suya y parecía estar muy en conflicto por hablar del asunto con Raven.

Aún insatisfecho con los acontecimientos del día, Raven finalmente se retiró de la casa de Eagleton para regresar a la suya. La tía Rebecca hizo todo lo posible por entretenerlo durante la noche, pero a decir verdad, todavía había tenido poco tiempo para recuperarse de sus largos viajes. En lugar de unirse a su tía para una velada de cartas y socialización, se retiró a la cama con sus disculpas.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, set against a white background.

Capítulo 9

—¡Alexandra! ¡Alexandra! ¿Dónde estás, niña? —exclamó Lord Grebs en un arrebato mientras marchaba de un lado a otro por el estrecho pasillo fuera de su biblioteca.

—Padre, estoy aquí —dijo Lady Alexandra, oyéndolo mientras entraba por la puerta.

Lady Alexandra había pasado la mañana fuera examinando productos frescos en el mercado bisemanal. Le entregó su cesta con queso fresco, pan y algunas manzanas secas a Polly antes de correr en ayuda de su padre.

Rara vez se alejaba de su biblioteca, pero a menudo, como era el caso en estos días, era presa de un ataque de malestar.

Tomó las manos de su padre y lo condujo de vuelta a la habitación. Aunque el día aún era cálido, encendió la pequeña chimenea para mayor comodidad.

—Es todo un desastre —decía Lord Grebs, caminando por la pequeña habitación.

—No puede ser tan malo, padre. Solo dime cuál es el problema y encontraré la manera de solucionarlo.

—Es el querido animal —dijo, señalando el enorme alfiletero que seguía en su lugar de honor.

—¿Estás teniendo problemas con tus estudios, entonces? —preguntó Lady Alexandra, tomando asiento.

Descubrió que cuando su padre estaba en ese estado, la mejor ayuda que podía brindarle era un ambiente tranquilo y relajante.

—John Lucas necesita el espécimen y mis notas hoy —dijo Lord Grebs con firmeza, apenas percatándose de la presencia de su hija—. Hellen en la cocina está siendo tan poco razonable —añadió.

—No creo que Hellen esté tratando de ser innecesariamente difícil. ¿Qué preocupación tiene ella con la criatura? No puedo imaginar que desee incluirla en el menú de la cena —dijo Lady

Alexandra, sonriendo ante su propio ingenio.

—No es eso, Alexandra —dijo Lord Grebs con un resoplido.

Su cabello estaba excepcionalmente desordenado esta mañana. Lady Alexandra tenía la sensación de que hoy iba a ser un día excepcionalmente difícil.

—Llamé a Thomas para que viniera a recoger la criatura. El puercoespín debe estar en el museo mañana por la mañana —repitió Lord Grebs.

—Thomas tiene el día libre; lo sabes —dijo Lady Alexandra, aunque estaba segura de que su padre no lo sabía ni sabía qué día era, salvo en relación con el horario del museo.

—Bueno, entonces Hellen debe enganchar el carro y llevarlo al museo. Debe estar allí antes de mañana por la mañana, al igual que mis notas —dijo, como si la idea se le acabara de ocurrir.

Lord Grebs apretó un pequeño cuaderno y lo agitó en el aire.

—Hellen tiene sus propias tareas que atender. No tiene tiempo para enganchar el carro y hacer recados. Después de todo, es por eso que voy al mercado por ella cada segundo lunes.

—Bueno, no importa qué otras tareas haya; esto es mucho más importante.

Lady Alexandra tomó un largo y pausado respiro. Todo lo que tenía que ver con ese museo tenía mucha más prioridad que cualquier otra cosa a los ojos de su padre.

—Lo siento, padre, pero simplemente no se puede hacer.

—Bueno, entonces llévalo tú —dijo Lord Grebs, apuntando con su libro a su hija.

—No sabría cómo enganchar el carro ni cómo conducirlo.

—Entonces contrata un coche de alquiler —interrumpió Lord Grebs.

Lady Alexandra miró las manos en su regazo. Estaban fantasmalmente blancas contra el gris de su vestido de muselina de mañana.

—Sabes, padre, que tenemos fondos limitados para tal cosa cada mes. El último se agotó hace apenas dos días para el baile de Sir Hamilton.

Lord Grebs hizo un sonido que sugería que tal uso era un vergonzoso desperdicio comparado con su emergencia.

—Lamento no poder ser de más ayuda, padre, pero si el Sr. Lucas no viene él mismo a recoger el artículo, entonces tendrá que esperar hasta que Thomas pueda enganchar el carro mañana —dijo Lady Alexandra, levantándose para salir de la habitación.

No habría forma de calmar a su padre hoy. Ya estaba haciendo todo lo posible por contener su lengua para no decirle lo que realmente pensaba de su extravagante emergencia.

Aunque encontraba que el funcionamiento de su mente estaba más allá de lo razonable en este momento, seguía siendo su padre, y no deshonraría al hombre hablándole con dureza.

En su lugar, salió de la habitación, sabiendo que había pocas posibilidades de que la siguiera. Eso no impidió el largo flujo de explicaciones sobre por qué el distinguido científico Sr. John Lucas no podía dejar su trabajo ni por un momento ese día para recoger el puercoespín él mismo.

Lady Alexandra finalmente pensó que la discusión había terminado y el día podría continuar hasta que oyó a su padre llamar de nuevo.

—¡Mira! Mira, Alexandra —dijo mientras ella salía del salón donde supervisaba la lección de pintura de Sophia.

—Encontré esto en el cobertizo del jardín trasero —dijo Lord Grebs, meneando un cochecito de bebé en el pasillo.

Partículas de polvo volaron de la capota negra y la cesta de mimbre. Lady Alexandra tuvo un momento de tos.

—¿Para qué es esa cosa vieja? —preguntó Lady Alexandra, sin siquiera saber cómo Lord Grebs se había aventurado en el jardín trasero y el cobertizo y lo había desenterrado.

—Mira, cabe perfectamente dentro —dijo Lord Grebs, acercando el pequeño carrito de bebé hacia ella.

Para sorpresa de Lady Alexandra, el puercoespín disecado estaba colocado en el cochecito de mimbre con una vieja manta de bebé cubriendo su voluminoso tamaño, de modo que solo su cara sobresalía mirando directamente al conductor.

—Eso es lo más ridículo que he visto en mi vida. ¿Qué esperas que haga con eso? —dijo Lady Alexandra, olvidando sus deseos de mantener a su padre calmado.

—Puedes llevarlo ahora, obviamente —dijo Lord Grebs, señalando el carrito—. No me atrevía a pedirte que lo llevaras en brazos debido a las púas. No hay peligro de que te las dispare, pero siguen siendo muy incómodas al tacto.

—Qué amable de tu parte, padre —dijo Lady Alexandra con poco entusiasmo mientras estudiaba su sugerencia—. ¿Me estás pidiendo que lleve tu criatura disecada en un cochecito de bebé hasta el museo? —preguntó, intentando comprender los descabellados deseos de su padre.

—Bueno, lleva a Polly contigo, por supuesto. Puedes hacer que ella empuje el carrito si te hace sentir mejor —dijo Lord Grebs, sin ver nada malo en la idea.

—Toda la alta sociedad pensaría que estoy paseando a un bebé por las calles de Londres. ¿Yo? Soy una mujer soltera. Ni siquiera puedo imaginar los chismes que algo así provocaría.

—Oh, tonterías —desestimó Lord Grebs—. Todo estará bien. Es imperativo que este trabajo llegue a su destino hoy —reiteró, volviendo a su tono maniático.

Por mucho que Lady Alexandra temiera la idea, lo único que temía más era que él llamara a una de sus otras hermanas para hacerlo en su lugar. No podía arriesgarse a que eso les sucediera a ellas.

—Está bien, llevaré la cosa al museo —dijo Lady Alexandra.

Observó cómo el rostro de su padre se inundaba de alivio y se abría en una sonrisa. No pudo evitar sentir cierta satisfacción al saber que al menos había calmado a su padre por hoy.

Dudaba mucho que tal satisfacción fuera suficiente mientras hacía el largo paseo por Londres, pasando Hyde Park y Kensington Gardens hasta el museo favorito de su padre.

Para el viaje, Lady Alexandra aceptó la compañía de la criada Polly. Se puso su vestido de paseo marrón más discreto y un gran sombrero a juego que cubría gran parte de su rostro.

Su única esperanza era poder llegar al museo sin que nadie la viera. Allí dejaría los objetos e instruiría que el carruaje fuera destruido para que nunca más se viera obligada a realizar una tarea tan degradante.

Al principio del trayecto, había poca preocupación. No fue hasta que llegó a la vista de Hyde Park que sus nervios realmente se alteraron. Por supuesto, su padre había insistido en que tal petición ocurriera justo en ese momento, haciendo que llegara al parque en la hora de mayor afluencia.

Aunque todavía era temprano en la temporada, el parque ya estaba lleno de damas y caballeros paseando en calesas o simplemente caminando por los senderos del parque.

Si tan solo pudiera pasar el parque, estaría relativamente a salvo, ya que no muchos continuaban más allá de sus calles y hacia Kensington Gardens.

Lady Alexandra decidió tomar la ruta más larga, rodeando ambos parques en lugar de atravesarlos directamente como solía hacer. Le costaría más tiempo, pero también haría menos probable que fuera vista por un miembro de la alta sociedad.

Fue con alivio que vio aparecer los escalones del museo. Lady Alexandra estaba segura de que nunca en su vida había habido un momento en el que estuviera tan feliz de ver el lugar.

Lamentablemente, a medida que se acercaban, una nueva realización la invadió. La puerta que conducía al museo estaba precedida por una hilera bastante grande de escalones de piedra. Sería imposible para ella meter el cochecito de bebé dentro del edificio.

—Polly —dijo Lady Alexandra cuando llegaron al pie de las escaleras—. Ve adentro e informa al señor Lucas que estoy aquí y que si quiere su espécimen para mañana, debería venir a recogerlo ahora mismo.

Polly asintió en señal de comprensión antes de darse la vuelta y subir apresuradamente los escalones. Lady Alexandra miró a su alrededor, con una mano apoyada en el carruaje mientras esperaba. Estaba segura de que lo peor había pasado.

Esta parte de la calle estaba prácticamente desierta, con pocos aventurándose al museo. El único paisaje frente a ella era la entrada trasera de Kensington Gardens.

La posibilidad de que alguien se topara con ella y el extraño contenido de su carruaje era casi nula.

Casi se relajó por completo en ese momento hasta que su corazón se detuvo.

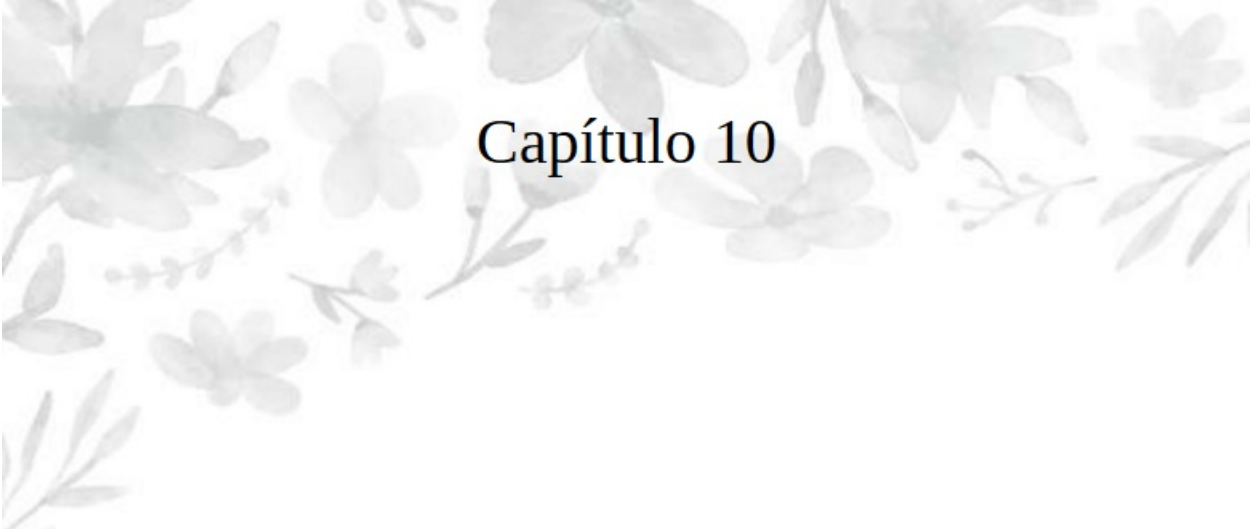
Estaba casi segura de que podía ver la parte superior de un sombrero doblando la esquina del muro del jardín hacia la puerta de salida. Apretó el agarre en el mango del carruaje, rogando en silencio a la persona que fuera en la otra dirección.

Sin embargo, la persona no se alejó, sino que se dirigió hacia la puerta. Vio la vacilación de reconocimiento en los ojos oscuros del Duque de Raven cuando se dirigieron inmediatamente al museo y a ella al pie de las escaleras.

En un momento de puro pánico, Lady Alexandra solo pudo pensar en una cosa que la salvaría de la vergüenza de ser confrontada por el duque con Lady Charlotte actualmente en su brazo, y eso era deshacerse del carruaje y volver a casa.

En un acto de pura desesperación, miró entre la puerta principal y su lugar, separados por al menos doce escalones. El señor Lucas aún no había aparecido, pero eso no la detendría.

Quizás fue un momento de locura, pero con su objetivo en mente, Lady Alexandra agarró firmemente el manillar y procedió a subir el carruaje por las escaleras del museo.



Capítulo 10

El duque de Raven recogió a su acompañante de la tarde justo a tiempo. Era evidente que la dama había estado anticipando el encuentro, pues apareció en el instante en que el mayordomo anunció su nombre. Aunque se alegró de no tener que esperar, tampoco pudo descartar la pregunta punzante sobre qué había provocado tanta emoción en la dama.

Aunque habían bailado dos piezas en el baile de Sir Hamilton, en realidad habían hablado muy poco entre ellos. Si Raven hubiera estado un poco menos exhausto, quizás habría estado más dispuesto a entablar conversaciones para obtener información de la reservada dama. Tal como estaban las cosas, esa noche, y se atrevía a decir que todas las noches desde entonces, su mente había estado ocupada con imágenes de Lady Alexandra. Poco más allá de la intriga por la dama había llenado su mente esa noche.

Raven estaba decidido a que la salida de hoy fuera muy diferente. Después de todo, estaba aquí por deseo de su tía Rebecca. De poco le serviría cumplir su promesa con acciones sin al menos tomarse el tiempo de conocer verdaderamente a Lady Charlotte.

Ciertamente era una dama bien educada, y difícilmente podría encontrar una compañera tan adecuada para la duquesa de Raven. Cuando la saludó en el vestíbulo de la residencia familiar en la ciudad, no pasaron desapercibidos para él la exquisita y elegante decoración de la vivienda, así como su vestido.

Lady Charlotte llevaba un vestido de paseo bien confeccionado en color crema con adornos de encaje. Su cintura estaba acentuada con una cinta bordada de rosas, y en su mano enguantada de blanco llevaba una sombrilla a juego de color crema con rosas pintadas. Estaba seguro de que era obra suya, al igual que el sombrero de paseo perfectamente combinado con rosas de cinta de seda inclinado ligeramente hacia un lado.

La observó mientras caminaban hacia el cabriolé que había aparcado fuera. Era realmente hermosa. Su cabello castaño dorado estaba recogido en un apretado moño con un par de perfectos tirabuzones cayendo por el lado opuesto al que se inclinaba su sombrero. Su piel era de una fina textura marfileña con solo un toque de rosa en las mejillas que le daba vivacidad. Incluso sus movimientos eran los de una dama refinada.

Aunque sin duda tales cosas le habían sido enseñadas desde una edad temprana, había todavía un aire de refinamiento en ella que nunca podría ser enseñado, solo heredado. Raven estaba seguro de que si decidía hacerla su esposa al final de la temporada, ciertamente haría justicia a la posición.

—Pensé que no le importaría si fuéramos hoy a los Jardines de Kensington para dar un paseo —dijo Raven después de ayudar a la dama a tomar asiento y sentarse junto a ella.

Hizo una señal al corcel castaño frente a él para que avanzara y se movieron con una ligera sacudida.

—¿No vamos a dar un paseo en coche entonces? —preguntó ella con su voz delicada antes de abrir su sombrilla y sostenerla sobre su cabeza para protegerse del sol.

Todavía era temprano en la tarde, pero sin una nube en el cielo, el sol brillaba intensamente sobre ellos. En verdad, hacía mucho más calor que la mayoría de los días de primavera que Raven había experimentado en Londres. Con su fino vestido, Lady Charlotte probablemente había esperado un paseo lento bajo la sombra de los grandes árboles de Hyde Park.

También estaba empezando la hora más elegante cuando cualquiera que quisiera ser visto estaría también paseando en cabriolé por los terrenos del parque. Había considerado todos estos hechos antes de recoger a Lady Charlotte este día. Aunque quería hacer justicia a su promesa a su tía, todavía no estaba seguro de estar listo para una exhibición tan pública de su amistad.

Después de todo, Raven había bailado dos piezas completas con la dama en el baile. Eso era una acción cuestionable en sí misma. Había cumplido su propósito tanto para su tía como para la madre de Lady Charlotte de que estaba considerando cortejar seriamente a Lady Charlotte esta temporada.

Ser visto solo días después en un cabriolé por los caminos empedrados de Hyde Park era inevitablemente el siguiente paso para mostrar su seria intención de cortejo. Por mucho que quisiera hacerlo por el bien de su tía, aún no estaba listo para dar ese paso.

—Sé que hace un poco de calor hoy, y quizás sea demasiado agotador para caminar —comenzó Raven mientras avanzaban por la calle—. Pero sé de unas flores muy hermosas que han florecido recientemente en Kensington y pensé que podrían gustarle.

—Eso suena encantador —acordó Lady Charlotte—. Aunque debo confesar que me preocupa un poco el dobladillo de mi vestido —añadió con honestidad.

Raven le echó un vistazo a la dama antes de volver la mirada al camino frente a él. Sin duda había elegido un vestido para ser vista, no para caminar. Los senderos de los Jardines de Kensington eran en su mayoría limpios y finos, pero no podía prometer honestamente que no se ensuciaría el dobladillo si caminaban por ellos.

Raven se dijo que debería estar de acuerdo con la dama y simplemente llevarla a dar un paseo en carruaje por Hyde Park. Aunque sabía que era lo correcto, realmente tenía el deseo de caminar entre la flora de Kensington. Sería un gran placer experimentar algo de vegetación dentro de los confines de la ciudad. También tenía el deseo de compartir esta pasión con Lady Charlotte. Después de todo, si ella iba a ser su esposa en el futuro, ¿no querrían tener intereses compartidos, o al menos la capacidad de discutir los gustos y disgustos de cada uno?

Aunque todo esto era cierto, Raven no pudo evitar confesarse a sí mismo que la verdadera razón para ir a los Jardines de Kensington era que al final de su paseo llegarían al museo de historia natural. Le habría gustado examinarlo de nuevo después de su interacción con Lady Alexandra y encontró en la salida con Lady Charlotte una excusa perfecta para ello.

—Estoy seguro de que con este clima cálido el camino estará seco y no dañará demasiado el dobladillo de su fino vestido. Sin embargo, si prefiere no hacerlo, lo entiendo —respondió Raven mientras se acercaban a los dos parques vecinos.

—Un paseo suena muy bien —respondió Lady Charlotte—. Estoy segura de que tiene razón en que encontraré las hermosas flores muy agradables. Seguramente serán muy inspiradoras.

Raven no podía decir si estaba diciendo la verdad o simplemente siendo educada, pero de cualquier manera, aceptó la oferta y rodeó Hyde para aparcar junto a la entrada de los Jardines de Kensington.

—¿Qué tipo de inspiración está buscando? —preguntó Raven.

—Disfruto de la pintura, aunque no pretendo ser muy buena en ello. Los paisajes son mi pasión actual.

—Si puedo juzgar su trabajo por su sombrilla, me parece que ya es maravilloso —elogió Raven.

—Es usted muy amable, Su Gracia. En efecto, son obra mía. Me honra decir que he tenido excelentes tutores que me han guiado toda mi vida.

Raven se detuvo en la entrada principal del jardín y rodeó el carruaje para ayudar a la dama a bajar. Podía oír la emoción y la alegría provenientes de Hyde Park, justo al otro lado del camino.

Estaba seguro de que, además de las conversaciones, el trote de los caballos y el canto de los pájaros, ya podía escuchar el inicio de una carrera de caballos. Era todavía temprano para ello, pero era una necesidad para los jóvenes lores que querían probarse ante la alta sociedad.

Raven sonrió con afecto ante ese pensamiento. Tanto él como su buen amigo Charles Whitehall Jr., ahora vizconde de Bembury, habían corrido sus riesgos a lomos de corceles en aquellas peligrosas hileras. Aunque Raven tenía afinidad por la equitación y casi nunca había perdido una carrera, sentía poco interés por el acto de correr caballos o apostar en ello. Era mejor así, ya que tal actividad, aunque a menudo realizada por cachorros jóvenes y observada por muchos de la alta sociedad, no era exactamente un pasatiempo apropiado para un duque.

Los Jardines de Kensington, en marcado contraste, eran más abiertos, sin las hileras de árboles imponentes que bordeaban las calles de Hyde Park. En su lugar, había serpenteantes senderos rodeados de arbustos bien cuidados. Se podía oír el borboteo de las fuentes desde dentro de sus puertas, y Raven solo podía imaginar el glorioso santuario natural que debía aguardar en su interior. Para él, era un paraíso celestial comparado con el ruidoso y humeante ajetreo de la ciudad.

Tomó una larga bocanada de aire mientras se detenían ante las puertas. Era un pedazo de cielo que casi le recordaba a las tierras salvajes de América, a las que deseaba tanto regresar. Incluso las ondulantes colinas del campo inglés serían satisfactorias en comparación con los estrechos aposentos, los gritos de los cocheros y la constante actividad en Londres. Ofreció su brazo, que Lady Charlotte tomó con el más suave de los toques.

—Se ve realmente encantador aquí hoy —dijo ella suavemente mientras entraban por la puerta—. Ya puedo ver muchos estallidos de color. Tenía razón al suponer que esta era la mejor época del año para apreciar la belleza natural.

Había muy pocas parejas en el jardín, y muchas simplemente pasaban de camino a Hyde. Por supuesto, Raven y Lady Charlotte las saludaron a todas cortésmente, pero a medida que se adentraban en los serpenteantes senderos del Jardín, pronto se encontraron lejos de los demás.

—Mi madre me dice que usted es un gran aventurero —dijo Lady Charlotte después de un tiempo.

—Está en lo cierto al suponerlo —asintió Raven—. De hecho, para ser honesto, debo decir que más bien detesto Londres.

—Oh, no podría imaginar no disfrutar de una ciudad tan maravillosa y emprendedora —replicó Lady Charlotte.

Le agradaba que, aunque ciertamente era educada, también estuviera dispuesta a discrepar con él. Raven a menudo encontraba que la gente simplemente decía cosas para complacerlo, fueran ciertas o no.

—Bueno, quizás se tome el tiempo de señalarme algunas de sus buenas cualidades. Tal vez con sus sugerencias, cambie de opinión —dijo Raven, dirigiendo la conversación hacia algo que se pudiera discutir extensamente con facilidad.

—Bueno, está el teatro, por supuesto. Me atrevo a decir que no hay casa de ópera, salvo en París, claro está, que pueda acercarse al Haymarket.

—¿Asiste usted a menudo, entonces? —preguntó Raven con un ligero escozor, recordando su conversación con Lady Eagleton apenas el día anterior.

—Oh, sí. Me atrevo a decir que soy una estudiante muy entusiasta de todas las artes. La pintura, la música y el teatro son pasatiempos muy queridos para mí.

—Ya veo —dijo Raven.

—Adivino por sus palabras que no comparte esta opinión —dijo Lady Charlotte, mirándolo con una suave sonrisa jugando en sus labios.

—No, no son mis pasatiempos favoritos. Sin embargo, ya puedo decir que disfrutaría de su obra de arte —dijo Raven, señalando la sombrilla—. Sus rosas son exquisitas.

Ella modestamente apartó la mirada, sonrojándose.

—Las rosas son las más fáciles para mí porque tenemos tantas en el jardín detrás de nuestra mansión. A menudo me siento allí durante largos períodos, simplemente practicando bocetos en mi cuaderno. Desearía tener mejores habilidades con otros arreglos florales, pero hasta ahora encuentro que me falta destreza.

Raven guió a Lady Charlotte a una parte particular del jardín en el extremo posterior que sabía que estaría llena de campanillas silvestres a lo largo del sendero. Estaba seguro de que ella disfrutaría de su simple y delicada belleza.

—Oh, son tan maravillosas —dijo Lady Charlotte, soltando su agarre de Raven para inclinarse y estudiar mejor las flores de tallo bajo.

Él aprovechó un momento para relajar su brazo. El día estaba resultando mucho más caluroso de lo que incluso él había previsto inicialmente. Sin la sombra de los árboles, estaban bajo la exposición total del sol. Probablemente era impropio de su parte esperar que ella caminara en tal clima.

Para su gran placer, sin embargo, estaban muy cerca de la entrada trasera del Jardín, que estaba directamente frente al museo de historia natural.

Aunque los arbustos eran bastante altos en esta parte del Jardín, él era lo suficientemente alto como para distinguir el techo del edificio. Seguramente estaría abierto y sería mucho más fresco en el interior que su situación actual. Sería una excusa perfecta para llevarla a aventurarse dentro con él.

—Temo haberla expuesto a este clima cálido por demasiado tiempo —dijo Raven, haciendo lo posible por actuar casual a pesar de la creciente anticipación por entrar nuevamente al museo.

Aunque sabía que era una idea tonta, tenía el profundo deseo de entrar en el edificio como si de alguna manera le diera más información sobre la antes misteriosa dama del baile.

—Conozco un museo de maravillas justo allí. ¿Le gustaría recorrerlo conmigo? Será mucho más fresco en el interior, e incluso tienen un terrario de mariposas donde podría encontrar inspiración para futuras obras.

—Eso suena encantador —dijo Lady Charlotte, poniéndose de pie y enlazando su brazo con el de él nuevamente—. Solo desearía haber pensado en traer mi bloc de calco.

—Bueno, si lo encuentras tan interesante como espero, estaría encantado de acompañarte en una segunda visita.

Raven sonrió a la dama. Aunque su mente parecía estar continuamente ocupada con otra persona, no había razón para que no hubiera pensado en Lady Charlotte. Ella estaba resultando ser una compañera muy agradable, y como mínimo su unión sería una de cómoda amistad, a juzgar por sus experiencias hasta el momento.

Al doblar la esquina, Lady Charlotte soltó una risita. —¿No me dirás que te refieres a ese museo?

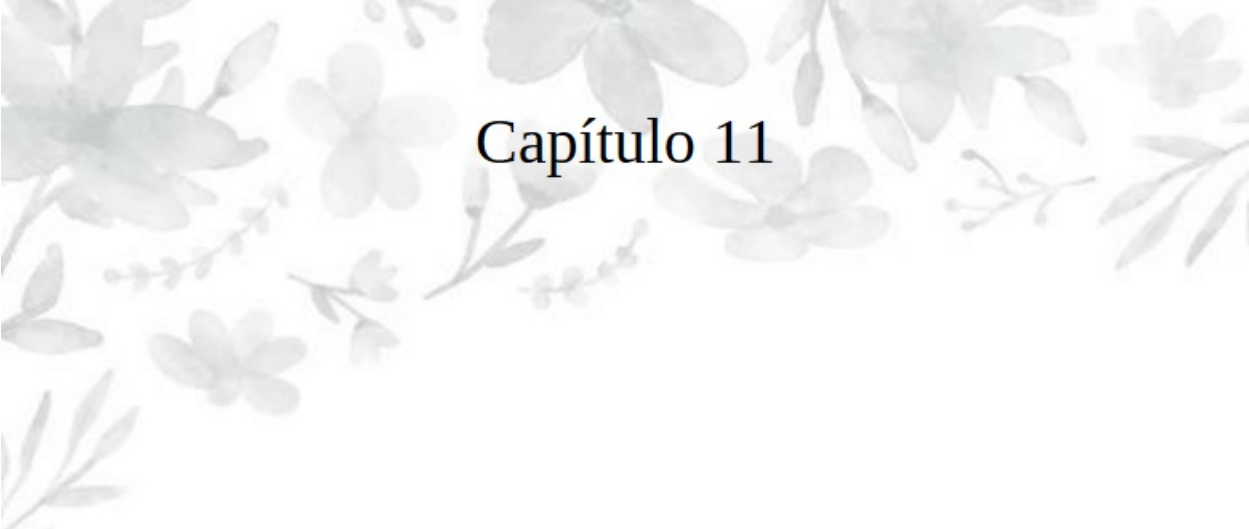
—Sí, me refiero a ese —dijo Raven, mirándola con una risa avergonzada.

—Es tan tonto, todo el mundo lo dice —comentó ella, aunque sin obligarle a alejarse de la salida del jardín.

—Lo sé. Debo confesar que soy de la misma opinión. De niño, me encantaba ese lugar, especialmente la sala del safari —añadió con una sonrisa torcida—. Supongo que fue la nostalgia lo que me hizo pensar en él. No tenemos que entrar si prefieres que no lo hagamos —sugirió, aunque esperaba que ella no aprovechara la oportunidad para dar la vuelta.

En ese preciso momento, Raven miró el museo con gran anhelo. Fue entonces cuando notó por primera vez la figura en sus escalones. Era una mujer de pie junto a un niño en un cochecito. Si una dama elegante sin doncella en una calle de Londres no era ya bastante extraño, lo fue aún más cuando se dio cuenta de que se trataba de Lady Alexandra.

Por más que lo intentaba, no podía comprender por qué la dama estaría así con un niño. Aún más impactante fue el hecho de que en el momento en que la reconoció, ella comenzó la tarea imposible de subir al niño por las escaleras del museo sola.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top edge.

Capítulo 11

Lady Alexandra debería haber sabido que sus acciones impulsivas solo atraerían más al Duque hacia ella. Pero en el momento de gran bochorno, no se había detenido a pensar en ninguna de sus acciones. Su único pensamiento era meter a la maldita bestia en el edificio y correr hacia la seguridad de su propia casa.

Era una idea estúpida, por decir lo menos. Antes de que pudiera subir el viejo carruaje al primer escalón, ya podía ver al Duque acercándose apresuradamente. De hecho, había dejado atrás a su acompañante en su prisa por venir en su ayuda.

Más allá de él, Lady Alexandra pudo distinguir la figura de la refinada Lady Charlotte. Si las cosas no podían ser más desastrosas, era ella quien caminaba rápidamente para alcanzar a su acompañante. Lady Alexandra no dudaba que para la noche toda la alta sociedad se enteraría de su paseo con un puercoespín en un carruaje. Lady Charlotte podría ser una dama refinada, pero no estaba por encima del chisme, y en ese momento tenía el oído de todas las damas de moda de la temporada.

Lady Alexandra acababa de lograr subir las ruedas traseras al primer escalón, con las ruedas delanteras balanceándose precariamente en la punta del segundo, cuando su siguiente movimiento hacia atrás terminó en pisar el dobladillo de su propio vestido de paseo.

Perdiendo el equilibrio, sus ojos se alzaron justo a tiempo para ver al Duque de Raven alcanzarla en tres zancadas. La conmoción de todo esto hizo que soltara el cochecito para caer hacia él. Sin esfuerzo, él esquivó la cesta que caía, giró y agarró el mango con sus manos.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Lady Charlotte, temiendo sin duda por un niño en el interior.

Levantó sus faldas lo suficiente para caminar más rápido y alcanzar el cochecito ella misma.

Lady Alexandra se encontró sentada en los escalones del maldito museo de su padre, mirando hacia arriba al Duque de Raven.

Una vez que Raven se aseguró de que la cesta no se movería más, se volvió para ayudar a la dama. Agachándose, rápidamente la levantó de los escalones de piedra antes de soltarla. Fue solo un momento de conexión, pero uno que envió una oleada de emoción a través de su cuerpo.

—¿Está bien el niño? —gritó Lady Charlotte, desesperada por ver dentro del carruaje. Sin duda era muy confuso para ella que no se hubiera escuchado ningún llanto tras la caída por los dos escalones.

—Por favor, no se moleste, Su Gracia, Lady Charlotte —dijo Lady Alexandra con dos rápidas reverencias.

Lady Alexandra estaba tratando desesperadamente de rodear el muro que el Duque de Raven estaba creando entre ella y el contenido más vergonzoso de la cesta. Sin embargo, él se negó a moverse, agarrando su codo en su lugar para llamar su atención.

—¿Está usted bien, Lady Alexandra? —dijo, mirándola con una mirada muy sincera.

—Puedo asegurarle que no estoy herida —dijo Lady Alexandra, intentando nuevamente esquivar al hombre.

—¿Dónde está su doncella? —dijo él, sin soltar su agarre a pesar de su evidente deseo de alejarse de él. Raven miró alrededor de la calle, seguro de que ninguna dama bien criada sería vista jamás caminando sola por las calles de Londres con un bebé.

—Está justo adentro, Su Gracia. Polly fue a buscar ayuda para el cochecito.

—Bueno, entonces, ¿por qué no esperó tal asistencia? Podría haberse lastimado seriamente usted y el niño —la regañó.

—¡Dios mío! —dijo Lady Charlotte de nuevo, pero ahora con un chillido agudo—. ¿Qué es esa cosa?

Tenía un pañuelo en la mano mientras daba varios pasos atrás del pequeño carruaje. A Lady Alexandra le hubiera gustado desplomarse en el suelo allí mismo. Ante el ruido, el Duque de Raven se volvió para ver qué pasaba.

—¿Por qué en el mundo estaría empujando a una criatura tan horrorosa en el carruaje de un bebé? —dijo Lady Charlotte débilmente, conmocionada.

Lady Alexandra rezó para que no se desmayara. Eso seguramente empeoraría este desastre. Raven extendió la mano y acercó el carruaje hacia él nuevamente. Quitando completamente la pequeña manta, expuso toda la criatura. Lady Charlotte dio un pequeño grito ante su forma completamente expuesta, con dientes largos y amarillos y todo.

—Por favor, les ruego a ambos que me perdonen —dijo Lady Alexandra, tratando desesperadamente de interponerse entre el Duque y el puercoespín—. No pretendo causar una

escena.

—Bueno, ciertamente lo ha logrado de todos modos —dijo Lady Charlotte completamente conmovida—. ¿Por qué en el mundo una dama soltera presumiría de empujar un cochecito? Y luego poner una criatura tan horrible adentro. Es una suerte que tenga una constitución fuerte. Si hubiera sido mi madre quien se hubiera detenido un momento a mirar el contenido de la cesta, se habría desmayado en el acto.

—No esperaba ser vista en absoluto —trató de explicar Lady Alexandra—. Le prometo que fue por pura necesidad que estoy aquí en estos escalones de esta manera —intentó explicar Lady Alexandra.

Estaba desesperada por hacer que la dama viera que esto no era en absoluto lo que Lady Alexandra había esperado que sucediera este día. Tal vez si pudiera hacer que Lady Charlotte viera ese hecho, se guardaría para sí misma esta horrible interacción. Lady Alexandra solo podía imaginar el espectáculo secundario en el que se convertirían sus hermanas después de un evento como este.

—Vaya, ¿es eso un puercoespín del norte? —dijo Raven, volviéndose hacia Lady Alexandra.

El movimiento le dio la ventaja que necesitaba para interponerse entre el Duque y la cesta. Rápidamente se puso a trabajar cubriendo a la terrible bestia nuevamente. Por ahora, estaba segura de que cada momento que ponía sus ojos en la cosa, solo recordaría cómo fue la ruina del futuro de sus queridas hermanas.

—Lo es, Su Gracia. Le ruego nuevamente que me perdone por la visión atroz. No pude llevarlo por mi cuenta, y mi carro no estaba accesible para mí este día —trató de explicar Lady Alexandra—. Era imperativo para mi padre que fuera entregado hoy para una exhibición por la mañana.

—Qué cosas tan extrañas haces —dijo Lady Charlotte, mirando la cesta mientras Lady Alexandra se apresuraba a ocultar su contenido—. De todas las peculiares maravillas de este museo, una nunca consideró que la más extravagante fuera una dama en sus escalones —añadió con una alegre carcajada.

Los ojos de Lady Alexandra se clavaron en el suelo mientras su rostro se ruborizaba. Por segunda vez, había sido avergonzada frente al Duque y su acompañante elegida. Las lágrimas le quemaban los ojos, y luchó por contenerlas.

—¿Por qué no tomar un coche de alquiler? —preguntó Raven.

Lady Alexandra no podía soportar decirle la verdad del asunto. Ya era bastante vergonzoso; confesar la falta de fondos para tal cosa sería demasiado para contener sus emociones.

—¿Te lo imaginas, Excelencia? —dijo Lady Charlotte con otra risita. Ahora que había recuperado la compostura tras el shock, estaba disfrutando bastante de la cómica escena frente a ella—. El pobre cochero habría tenido palpitaciones al verlo. Esa cosa sin duda habría perforado agujeros por todo el coche y le habría costado el sustento a un hombre.

—No está vivo —murmuró Lady Alexandra entre dientes.

Por suerte, Lady Charlotte no la escuchó en medio de sus risitas.

—¿Por qué no pediste ayuda? Con gusto te habría ayudado a transportar el espécimen —le dijo Raven a Lady Alexandra.

Esto detuvo la risa de Lady Charlotte. Lady Alexandra también levantó la mirada sorprendida por su audaz declaración.

—¿Conoces a esta dama, entonces? —preguntó Lady Charlotte.

Fue un momento de alivio para Lady Alexandra. Si Lady Charlotte no sabía su nombre, quizás sus hermanas aún estaban a salvo.

—Es solo que, como dije —Raven titubeó, volviéndose hacia su grupo—, me gustaba mucho este museo cuando era niño. Lord Grebs, el padre de Lady Alexandra, es el patrocinador del lugar.

Lady Alexandra se desinfló de nuevo. Ahí se fue su oportunidad de anonimato.

—Aun así, eso es poca razón para ofrecer ayuda a alguien que es, bueno, prácticamente una desconocida —enmendó rápidamente Lady Charlotte.

—Es por el espécimen, por supuesto —intentó justificar Raven—. Las púas del animal son muy delicadas.

—No me parecen muy delicadas —replicó Lady Charlotte.

—Son huecas, de hecho —explicó él—. Lo que las hace muy fáciles de romper. Es comprensible que Lady Alexandra lo transporte de una manera tan singular para preservar el espécimen —explicó, mirando de nuevo a Lady Alexandra.

Ella no podía creer que realmente estuviera intentando suavizar el golpe de este desastroso encuentro.

—Estaría encantado de llevarlo por ti —añadió.

—Oh, por favor, no lo haga, Excelencia —comenzó Lady Alexandra, alejando la cesta de ellos y volviendo al lado de las escaleras.

—Ciertamente no puedes hacerlo sola —insistió él, señalando la subida detrás de ella—. Temo que te harás daño si lo intentas de nuevo.

—Le agradezco su preocupación, Excelencia, pero le aseguro que soy muy capaz. Además, la ayuda llegará en cualquier momento. Les deseo a ambos una buena tarde —Lady Alexandra soltó atropelladamente, desesperada por que siguieran su camino.

Raven entrecerró sus ojos oscuros sobre la dama. Aunque podía ver que esto era un evento terrible para ella, no pudo evitar sentir el calor de la cómica situación burbujear dentro de él. No pudo evitar que se le escapara una sonrisa ante la clara voluntad obstinada de la dama frente a él.

—Me temo que mi honor no me permitiría dar la espalda a una dama que claramente está luchando. Si no me dejas ayudarte en tu empresa, entonces esperaré aquí mismo hasta que hayas llegado a salvo a la cima.

Raven esperaba completamente que la dama cediera a sus exigencias y le permitiera subir el objeto por las escaleras. En cambio, ella se irguió un poco más, inclinó la barbilla de una manera muy atractiva y dio el tentativo paso sobre el primer escalón por su cuenta. Nunca había sentido más admiración por un acto de valentía femenina que en ese momento.

—Lady Alexandra —llamó una voz suave desde dentro del edificio.

Una criada se apresuró a bajar con un caballero rápidamente detrás.

—Por favor, milady, espere hasta que lleguemos a usted —gritó la criada en pánico.

Lady Alexandra dio un largo suspiro de alivio. No le habría pedido al duque que la ayudara ni aunque su vida dependiera de ello, pero tampoco le gustaba mucho la idea de hacer un segundo intento con público.

—Lady Alexandra, ¿en qué estabas pensando al caminar todo el camino hasta aquí desde tu casa? —dijo la voz del caballero mientras llegaba al pie de las escaleras.

—Perdóneme, señor Lucas, por apartarlo de su trabajo. Mi padre insistió en su entrega hoy, y no vi otra manera de hacerlo.

—Aunque he dejado bastante claro que de ahora en adelante debes llamarme si hay necesidad de transportar criaturas con púas —intervino Raven, captando la atención del caballero.

—Perdóneme, Excelencia —dijo Lady Alexandra, aún alterada—. Permítame presentarle al señor Thomas Lucas. Es el científico jefe del departamento de zoología. Señor Lucas, este es el Duque de Raven y Lady Charlotte Weiderhold.

Lucas se inclinó como era apropiado ante los dos miembros de la alta sociedad.

—Zoología, dice —dijo Raven con interés despertado.

—Sí, Excelencia —dijo el señor Lucas, tomando el cesto de Lady Alexandra.

—Estoy muy fascinado por el tema. Dígame, ¿cuál es su especialidad?

—Honestamente, Excelencia, me centro en cualquier cosa que Lord Grebs pueda proporcionarme. Lamentablemente, contamos con suministros limitados. Afortunadamente, con esta criatura, daremos una conferencia sobre las curiosas criaturas nativas del nuevo mundo.

—Qué fascinante. Tendré que asegurarme de asistir.

—Me sentiría sumamente honrado si lo hiciera, Excelencia —dijo el señor Lucas, hinchándose de orgullo ante la idea de tener a un prominente duque en su conferencia matutina.

—Sin embargo, debo pedirle disculpas, ya que debo regresar a mi trabajo con premura —se excusó el señor Lucas—. Odiaría estar menos que preparado para los esfuerzos de mañana.

—Por supuesto —dijo Raven, despidiendo al hombre con un gesto.

—Quizás sea hora de que regresemos al carruaje también —sugirió Lady Charlotte al lado de Raven—. Se está haciendo tarde.

—Por supuesto —dijo Raven, recordando a su acompañante—. Lady Alexandra, ¿le gustaría acompañarnos? Tengo suficiente espacio en el carruaje, y parece que su trabajo aquí ha terminado.

Lady Alexandra miró a Lady Charlotte, cuya expresión facial apenas cambió, pero claramente no deseaba la compañía adicional.

—Le agradezco su amabilidad, Excelencia, pero creo que me uniré al señor Lucas para asegurarme de que tenga todas las notas de mi padre junto con el objeto.

Raven hizo lo posible por ocultar su decepción. No le sorprendió su negativa. Lady Alexandra se había sentido completamente avergonzada por el encuentro, aunque para él había sido lo más destacado de su día. No quería que terminara aún.

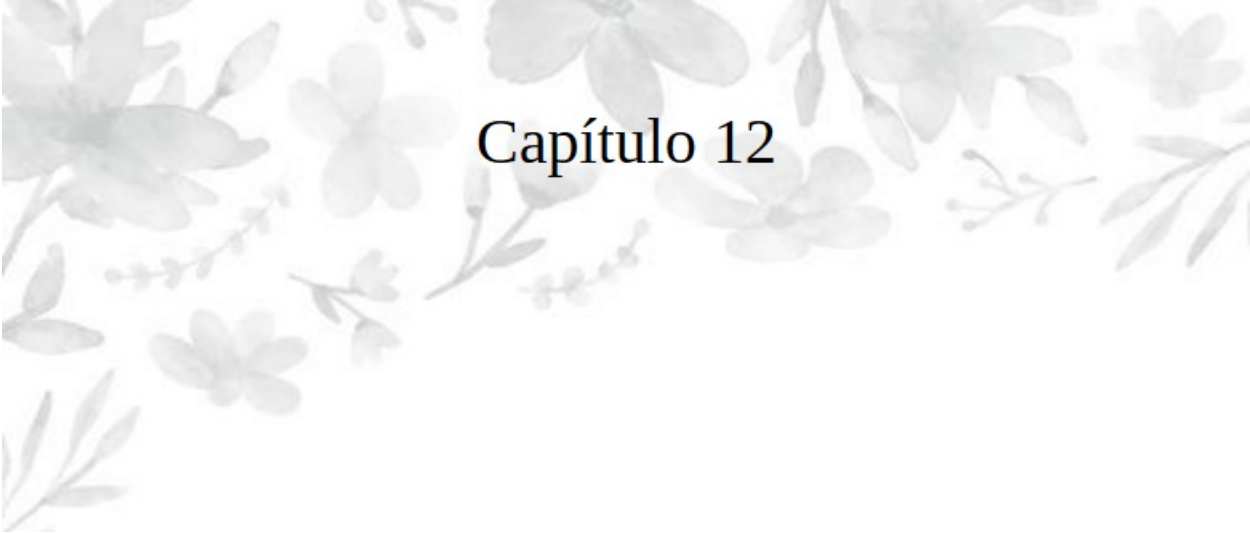
Había algo bastante cautivador en Lady Alexandra que no podía definir con exactitud. Claramente era poco ortodoxa en muchos aspectos. Quizás era la sorpresa de sus acciones lo que parecía desconcertarlo y atraerlo al mismo tiempo.

—En ese caso, le deseamos buenas noches —dijo Raven a la dama con una reverencia, bastante a regañadientes.

Por su parte, Lady Charlotte se relajó con una sonrisa y tomó el brazo del duque. Justo antes de que se alejaran lo suficiente, Lady Alexandra pudo escuchar la apresurada conversación de la acompañante del duque sobre lo extraño del encuentro y todo lo que su madre pensaría al respecto.

—Vamos, Polly —dijo Lady Alexandra con el corazón apesadumbrado a la doncella que había esperado unos escalones por encima del grupo.

—Entremos y ocupémonos de la bestia antes de regresar a casa. Aún nos queda un largo camino por delante —dijo Lady Alexandra mientras se giraba, levantaba su vestido de paseo y se dirigía hacia el museo de maravillas naturales que sería para siempre la maldición en su vida.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The flowers are simple in design, with some having five petals and others being buds. The leaves are elongated and pointed. The entire border is set against a white background.

Capítulo 12

Lady Alexandra encontró el carruaje descartado justo dentro de las puertas del museo. Lo miró con evidente malicia.

—Polly, encárgate de que esto sea trasladado a un armario de almacenamiento en la parte trasera del museo y que nunca vuelva a ver la luz del día —dijo con pensamientos satisfactorios sobre su desaparición.

—Sí, mi lady —respondió Polly con una rápida reverencia antes de marcharse con el ofensivo cesto.

Lady Alexandra dejó que su mirada recorriera la sala. Habían pasado solo unos días desde la última vez que vio el edificio y poco había cambiado. Lo conocía lo suficientemente bien como para detectar cualquier fechoría o desplazamiento.

Aunque el museo no gozaba del más alto grado de honor entre la alta sociedad, era un lugar agradable para muchos de los ciudadanos comunes de Londres. La hora del día no propiciaba mucha actividad, pero aun así, algunos visitantes se detenían por el edificio.

Era un edificio antiguo de diseño muy señorial. Los suelos eran de fina baldosa, y la sala principal tenía un techo que se elevaba muy por encima del segundo piso, terminando en una hermosa forma de cúpula hecha de cristal. Dejaba entrar la luz más exquisita, por lo que rara vez se usaban velas o lámparas.

Una gran pasarela de madera rodeaba la sala principal, ofreciendo una vista de las diversas oficinas y laboratorios del segundo piso. Estaba segura de que el señor Lucas ya habría subido apresuradamente por la escalera de madera en la pared este hasta su propia oficina para inspeccionar la criatura.

Ella misma se aventuraría allí para ver que sus necesidades fueran atendidas en un momento. Por ahora, estaba más decidida a dar una vuelta por la parte de exposición del museo. Desde esta

entrada principal, así como había habitaciones separadas del pasillo principal como los radios de una rueda, su imagen también se reflejaba abajo. En lugar de pequeñas oficinas y laboratorios ligeramente más grandes arriba, las salas de abajo hablaban de espacios más grandiosos.

Al este estaba la escalera y justo más allá la más grande de todas las salas interiores. Estaba reservada para las maravillas de África. Naturalmente, una de las exhibiciones más populares era su manada de leones y el elefante con su cría.

A menudo, el padre de Lady Alexandra estaba también decidido a albergar una jirafa en el interior. Cómo planeaba lograr esa hazaña con el techo de diez pies del museo estaba más allá de su comprensión. Estaba segura de que tal atracción traería a los londinenses por toneladas y tal vez sacaría al museo, y a su familia, de la ruina. Desesperadamente esperaba que esa posibilidad se materializara de alguna manera, aunque siendo realista, lo dudaba.

En el lado oeste del edificio, el área solo estaba dividida en dos salas, una para albergar las curiosidades del nuevo mundo, la otra para mostrar las maravillas asiáticas. No eran tan populares, y a decir verdad, estaban menos llenas que la sala de safari más grande. Era el proyecto actual de su padre traer popularidad a este lugar con especímenes como su puercoespín.

Directamente detrás del edificio principal había una maravilla encerrada en cristal y verdaderamente la exhibición favorita de Lady Alexandra de todas. Esta cúpula verde, llena de hermosas plantas tropicales durante todo el año e insectos exóticos, era con diferencia la más encantadora para ella, aunque rara vez visitada por la gente común cuando tenían que competir con leones y elefantes.

No era tarea fácil mantener tales maravillas tropicales, tanto insectos como plantas, vivas a través de los duros inviernos de Londres. Incluso con su cúpula protectora para resguardarlas del frío, seguía siendo una batalla constante mantener la temperatura interior en condiciones favorables. Era una tarea en la que Lady Alexandra había tomado un interés personal. Antes de que ella se hiciera cargo por completo del museo, la sala había sido poco más que un jardín interior/exterior para que la gente distinguida y los londinenses deambularan cuando el clima no cooperaba afuera.

Desde entonces, Lady Alexandra había trabajado duro, con la ayuda del señor Lucas, para integrar fauna tropical y especímenes vivos para traer lo que solo podía esperar fueran las maravillas tropicales de otros mundos a esta pequeña porción de Londres.

Teniendo poca fe en una jirafa, estaba segura de que esta cúpula cerrada sería su boleto para obtener la aprobación de la sociedad para el museo. Ya había invitado a varios miembros prominentes de la Sociedad Zoológica local a recorrerla y había recibido excelentes consejos y

sugerencias de ellos. Su sueño era hacer este lugar accesible a los lores y ladies para eventos durante todo el año. Al hacerlo, traería de vuelta la popularidad al museo de las maravillas.

Lady Alexandra dudó en ir directamente al segundo piso para atender las necesidades del señor Lucas. Tenía muchas ganas de pasear por los senderos del jardín dentro de su santuario y ver que todos los cuidados que necesitaban se estuvieran atendiendo adecuadamente. Más que eso, estaba en desesperada necesidad de los efectos calmantes de su paraíso tropical después de la prueba que acababa de experimentar.

Sin embargo, antes de que pudiera dar un paso más, escuchó que llamaban su nombre desde la barandilla. Al mirar hacia arriba, encontró al señor Lucas en lo alto haciéndole señas para que se reuniera con él de inmediato. Por temor a que algo hubiera salido terriblemente mal en el transporte de la bestia, Lady Alexandra levantó su vestido de paseo y se apresuró hacia las escaleras.

Encontró al señor Lucas esperándola a lo largo de la pasarela, y juntos entraron en su humilde oficina. Era humilde en tamaño, pero también la más grande del segundo piso. Al menos una docena de científicos locales visitaban el museo regularmente y usaban estas oficinas para estudiar y escribir informes sobre especímenes de todos los tamaños y formas. Junto con las oficinas, también había cuatro laboratorios muy bien mantenidos donde se realizaban diversas pruebas y experimentos con fines medicinales y científicos.

—Espero que la criatura esté en buenas condiciones —dijo Lady Alexandra, entrando en la habitación junto con el señor Lucas.

Puede que no fuera del todo apropiado para una dama hacerlo con su doncella todavía abajo deshaciéndose del carruaje, pero no era algo que Lady Alexandra hubiera considerado.

El Sr. Lucas era como un hermano para ella. Incluso antes de verse obligada a hacerse cargo de todos los asuntos mundanos del museo, solía visitarlo a menudo con su padre en sus primeros años de adolescencia. Fue entonces cuando le presentaron al Sr. Lucas. En aquel momento, él se formaba bajo la tutela de otro experto.

Desde entonces, había superado en conocimientos a cualquier otro científico que pasara por estos pasillos. Era natural que su padre le otorgara cada vez más responsabilidades hasta que se convirtió en el jefe del departamento de zoología del museo. Toda la información, experimentación y cambios del museo relacionados con las criaturas disecadas pasaban primero por él. Además, el Sr. Lucas tenía el honor de presentar cada nuevo espécimen a la pequeña pero orgullosa sociedad zoológica que residía en las salas superiores del museo.

Era esta importante tarea para la mañana siguiente la que tenía a su padre y al Sr. Lucas tan nerviosos y con prisa. Por lo que ambos entendían, la bestia que descansaba en su escritorio en ese momento era la primera en ser examinada intacta dentro de los muros de Londres. Con frecuencia, las criaturas se dañaban por el tiempo en el barco, apretujadas en cajas y zarandeadas durante el viaje.

Aunque el puercoespín parecía feroz, aparentemente era bastante frágil. Una vez discutido y presentado en detalle por la mañana, el caballero extraería pequeñas muestras para su estudio, teniendo cuidado de preservar la apariencia general de la criatura. En el plazo de una semana, lo añadiría a las exhibiciones de las maravillas del nuevo mundo.

Aunque la presencia de la criatura aliviaría algo de presión para Lady Alexandra en casa, ya que su padre tendría algo en qué ocupar su mente y no olvidaría todo lo demás, sus responsabilidades aquí aumentarían de igual manera.

Quedaría a cargo de las necesidades diarias como patrona del museo para asegurarse de que la horrible criaturita tuviera su debido debut. Si dependiera de ella, Lady Alexandra habría guardado con gusto todos los animales disecados en el sótano, como tantos especímenes desgastados y ya no interesantes. Desafortunadamente, era lo más cerca que la mayoría de los londinenses comunes llegarían a ver tales criaturas majestuosas fuera de las pinturas. Ese hecho, y solo ese hecho, era el único ingreso actual del museo. Sin él, no solo el edificio dejaría de existir, sino que todo el trabajo científico y el progreso en el segundo piso ya no tendrían un hogar al que llamar propio.

Este lugar era el único y verdadero amor del padre de Lady Alexandra, y ella estaba segura de que si lo cerrara, sería su muerte. Por eso sus esfuerzos en el atrio de flores eran tan vitales. Si podía hacer que la sala tropical viviente atrajera a la alta sociedad, entonces podría alquilarla para eventos y así aliviar sus cargas financieras.

—En muy buenas condiciones, gracias, Lady Alexandra, por su cuidado al traérmelo —dijo el Sr. Lucas, rodeando su escritorio y estudiándolo.

—Es simplemente fascinante. Nunca soñé con ver uno intacto y en persona. Mire la hermosa forma de su cola —dijo, acariciándola suavemente con las puntas de sus dedos.

Lady Alexandra sonrió a su buen amigo. Él miraba al animal con el mismo afecto amoroso que su padre le mostraba.

Aunque ella no compartía necesariamente la misma pasión, tenía que apreciar al hombre por su dedicación y persistencia en un campo que amaba tanto.

—Tengo tanto que hacer esta noche —dijo el Sr. Lucas más para sí mismo.

Era un hombre bastante delgado con un cuerpo como de espantapájaros y gruesas gafas para ayudarlo a ver mejor. Más allá de eso, era bastante atractivo, sin mencionar que tenía casi exactamente la misma edad que Lady Alexandra.

—¿Quizás pueda ayudar de alguna manera? —preguntó Lady Alexandra cortésmente.

Honestamente no quería hacerlo, ya que aún tenía que caminar a casa, pero también sabía instintivamente que eso era lo que el hombre había esperado con sus silenciosos murmullos.

—Es muy amable de su parte, Lady Alexandra. Si no fuera mucha molestia, y si no la estoy apartando de otros deberes, me encantaría algo de ayuda para revisar las notas de su padre.

Lady Alexandra se quitó los guantes y los colocó delicadamente sobre el escritorio antes de desabrochar su sombrero mientras él hablaba.

—Me temo que a veces, en su entusiasmo, la escritura de Lord Grebs es tan rápida y mi vista tan pobre que apenas puedo leerla. Quizás podría ayudarme dictando mientras yo transcribo las áreas que aún necesito en mi propia conferencia —dijo, sosteniendo varias hojas de papel que tenían su propia información garabateada y tachada por todas partes.

Lady Alexandra nunca entendió esto. Casi todos los científicos que había conocido, incluido su padre, siempre escribían tan rápido como si el espécimen pudiera escapar antes de que terminaran el examen. Esto solo resultaba en una escritura ilegible que dejaba al científico entrecerrar los ojos ante su propia caligrafía e intentar recordar el pensamiento que le había venido en ese momento particular.

A menudo bromeaba con su padre diciendo que su escritura no solo era apresurada sino también codificada para que ningún científico con intenciones de espionaje de una institución rival pudiera descifrar sus significados y robar sus brillantes observaciones.

—Estaré encantada de ayudarlo, Sr. Lucas —dijo Lady Alexandra, esbozando una sonrisa en su rostro.

Estaba segura de que esta sería una tarea que ocuparía el resto de la tarde, pero no veía forma de evitarla. No estaba del todo segura de que el Sr. Lucas realmente tuviera problemas para leer la letra de su padre, ya que lo había hecho durante muchos años cuando era tutor aquí. No fue hasta que Lady Alexandra comenzó a asumir el papel y la presencia de su padre en el museo que el Sr. Lucas necesitó la ayuda adicional.

Sospechaba que en parte se debía a un creciente afecto que él sentía por ella. Aunque Lady Alexandra consideraba al señor Lucas un hombre muy amable y generoso, simplemente no tenía tiempo para pensar en el matrimonio para sí misma cuando tenía que preocuparse por sus tres hermanas menores.

Esa era la excusa que se decía a sí misma cada vez que surgían momentos como este entre ellos. Para el señor Lucas, en su mente, eran oportunidades para que se acercaran más y que lady Alexandra pudiera darse cuenta de su afecto por él. Para lady Alexandra, aunque nunca lo había intentado, estaba segura de que incluso si lo hubiera hecho, nunca vería al señor Lucas como más que un querido amigo.

Sabía que el matrimonio era una posibilidad muy limitada para ella y suponía que esa era la razón por la que limitaba su decisión a casarse solo por amor. De esa manera, podía convencerse a sí misma de que no era la falta de pretendientes lo que la había llevado a caer en la soltería, sino el elusivo cuento de hadas del amor verdadero que seguramente nunca llegaría.

Tomando uno de los cuadernos que su padre le había indicado que llevara con la criatura, lady Alexandra se sentó en la silla frente al escritorio y comenzó a leer los primeros párrafos en voz alta. El señor Lucas, por su parte, tomó asiento al otro lado del espécimen, estudiando cada detalle mientras ella los señalaba y ocasionalmente escribiendo sus propias conclusiones en las notas frente a él.

—Le agradezco enormemente su ayuda, lady Alexandra —dijo el señor Lucas varias horas después mientras la acompañaba por las escaleras y hacia la puerta principal del museo.

El anochecer había caído rápidamente, al ser aún los primeros meses de primavera, pero afortunadamente el calor se había mantenido y el frío no era demasiado intenso en el aire nocturno.

—Estoy encantada de ayudar en cualquier momento, señor Lucas —dijo lady Alexandra con una sonrisa.

Aunque no sentía por él lo que estaba segura que a él le gustaría, aún tenía un cariñoso afecto por él y se enorgullecía de ayudarlo a tener éxito en su carrera de cualquier manera que pudiera.

—¿Cree que está listo para su conferencia de mañana? —preguntó ella, caminando con él por las escaleras de piedra exteriores.

—Estoy seguro de que estoy tan listo como lo estaré. Por favor, dígame que vendrá a escucharla. Ha pasado algún tiempo desde que asistió a una de mis conferencias. Aprecio y tengo en la más alta estima sus opiniones sobre ellas.

Lady Alexandra solía asistir a todas sus conferencias. No era porque tuviera un gran interés en tales cosas como él o su padre, sino simplemente por apoyar a un buen amigo. Cuando había comenzado a descubrir los sentimientos de él hacia ella, a menudo había inventado razones por las que no podía asistir. Temía que su presencia, especialmente siendo la única mujer presente

durante las conferencias, estuviera fomentando algo que ella no sentía. Por esta razón, dudó ante la idea.

—Por favor, diga que vendrá —dijo él cuando se detuvieron al pie de las escaleras donde se despediría de ella.

Había otra razón por la que lady Alexandra particularmente no quería estar presente en la conferencia de mañana. El duque de Raven les había informado a ambos que estaba interesado en asistir. Lo único peor en la mente de lady Alexandra que fomentar los afectos del señor Lucas cuando ella no los correspondía era la idea de ver a ese hombre de nuevo.

Ya había causado un daño irreparable, estaba segura, esta temporada en lo que respectaba a las posibilidades de sus hermanas de encontrar pareja. Verlo de nuevo seguramente solo lo empeoraría.

Lady Alexandra abrió la boca para decir tanto, pero dudó al mirar el rostro del caballero. Aunque era delgado, en ese momento se parecía a un pobre cachorro perdido con sus grandes ojos azules mirándola implorante.

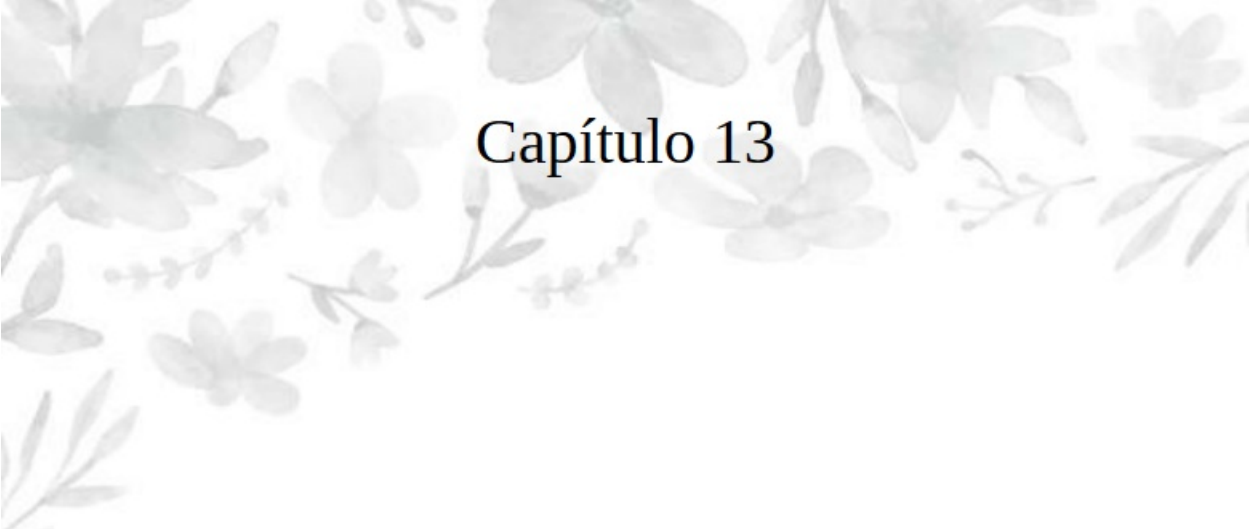
—Oh, supongo que haré un gran esfuerzo por asistir —dijo algo reluctante.

El señor Lucas se iluminó como una linterna recién encendida, y ella no pudo evitar sentir alegría al saber que había hecho feliz a su amigo.

—¿Está segura de que no quiere que le llame un coche de alquiler? Ya está bastante oscuro —dijo el señor Lucas, preparándose para llamar a uno.

—No, gracias. Conozco bien el camino. Además, tengo a Polly aquí para hacerme compañía —dijo lady Alexandra, saludando a la doncella que se había quedado a unos pasos de distancia por respeto a su privacidad.

Con eso, lady Alexandra se despidió del señor Lucas y comenzó su largo viaje a casa. Era un trayecto que ofrecía muy poca distracción, con tan pocas personas a las que saludar al pasar. Esto la dejaba sola con sus pensamientos para considerar qué desastre podría ocurrirle al día siguiente si volviera a encontrarse en presencia del duque de Raven.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be roses and smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 13

Aunque Raven no fue más que el perfecto caballero mientras acompañaba a Lady Charlotte de vuelta a su carruaje y hasta la puerta de su casa, no podía deshacerse de un sentimiento de animosidad hacia ella, aunque en realidad ella había hecho poco para merecerlo.

Lady Charlotte había sido una compañía amable durante toda la tarde. También estaba en su derecho de sorprenderse por la escena que se había desarrollado ante ellos. Aun así, con cada mención que hacía de compartir la historia de su encuentro ese día, él se crispaba.

Raven no estaba seguro de por qué, pero su corazón parecía haberse enredado con Lady Alexandra en las escaleras del museo, o quizás lo había hecho desde el momento de su primer baile; no estaba del todo seguro. Todo lo que sabía con certeza era que cualquier conversación compartida entre las damas de la alta sociedad sobre lo que habían presenciado ese día solo aumentaría la vergüenza de Lady Alexandra.

Era algo que simplemente no podía soportar. Estaba seguro de que sentía un dolor literal al pensarlo. Era una sensación curiosa y una que nunca había experimentado antes en su vida. Eso no era del todo cierto; se corrigió esa noche mientras reflexionaba sobre sus sentimientos. Sentía una punzada similar cada vez que veía las costas de Virginia hundirse más lejos en el horizonte mientras estaba de pie en la cubierta de un barco. Era la sensación de perder algo tan apreciado y valorado por él, y el miedo de no volver a verlo nunca más.

Aunque no entró al museo con Lady Charlotte ese día, eso no eliminó su determinación de volver a entrar. De hecho, estaba bastante contento por la interacción con el Sr. Thomas Lucas, ya que le daba una excusa perfecta para regresar al lugar a la mañana siguiente.

Raven era muy consciente de las conferencias científicas que se llevaban a cabo allí casi mensualmente. Había asistido a algunas cuando era niño. El hecho era que eran una sombra en

comparación con algunas de las universidades que también había tenido la oportunidad de visitar.

Para una persona que solo buscaba conocimientos generales o interés en el tema, no había nada malo en las conferencias, pero con toda honestidad, las encontraba superficiales y a veces llenas de información errónea. Tenía poco interés en perder su tiempo en un lugar así una vez que tuvo acceso a las universidades en su temprana edad adulta. Ahora tenía poco uso para las salas de conferencias en general, ya que utilizaba el mundo que lo rodeaba y los magníficos científicos que encontraba en el campo como un educador vastamente superior.

Aun así, tenía el deseo persistente de poner un pie en el museo que lo había fascinado de niño y quizás ver cómo había mejorado desde entonces. Fue con esta excusa, y la convicción de que no era por la oportunidad de volver a conectar con Lady Alexandra, que Raven se preparó temprano en la mañana y salió antes de que su tía saliera siquiera de su habitación.

Tomó su elegante carruaje y estudió a las personas que pasaba en la calle. El sol apenas estaba saliendo, y una niebla se arrastraba desde los jardines locales y se disipaba contra el adoquinado. Fue en esta actitud de estudio relajado que distinguió una figura que reconocía bien.

En un instante, Raven se enderezó en su asiento mientras se acercaba a la forma de la mujer con su doncella a su lado. Absorbió cada aspecto de Lady Alexandra mientras su carruaje se acercaba.

No llevaba un vestido casual de paseo como el día anterior, sino un elegante vestido de seda negra con una chaqueta Spencer a juego con volantes de encaje blanco que sobresalían de los puños. Era, sin duda, muy erudito. Su cabello estaba recogido nuevamente en un apretado moño con un sencillo sombrero de seda negra para adornarlo. Aunque vestía con la más simple de las hermosas indumentarias, no pudo evitar encontrarla regia mientras la pasaba por los pocos metros antes de llegar frente al museo.

Se detuvo en su carruaje por un momento, dándole la oportunidad de alcanzarlo. Quería salir justo cuando Lady Alexandra llegara para poder acompañarla al entrar. Después de esperar unos momentos, ya podía escuchar la suave conversación que la doncella mantenía con su señora. Esperaba que ella no hubiera notado que se había detenido así en la calle antes de bajarse.

Con un profundo suspiro de nervios, tomó su sombrero de castor y salió del carruaje asegurándose de colocarlo perfectamente sobre su cabeza. Se giró justo cuando Lady Alexandra se acercaba. Raven no pudo evitar contener el aliento ante su visión una vez más.

Aunque sus ojos marrones se dirigieron rápidamente al suelo cuando la miró, aún no pudo evitar quedar fascinado por ella. Su piel era del perfecto color pálido con un poco de rubor en las

mejillas. Se preguntó si era un estado natural o solo causado por su caminata matutina. Buscó desesperadamente en su mente un recuerdo de las mejillas rosadas en su último encuentro.

—Buenos días, Lady Alexandra —dijo, inclinando su sombrero cortésmente ante ambas damas.

—Buenos días, Su Gracia —se dirigió a él con una reverencia apropiada.

—Me sorprende verla aquí para la conferencia de hoy —comenzó Raven, esperando entablar una conversación casual con la dama para erradicar cualquier vergüenza de su encuentro anterior en estos escalones—. ¿Está muy interesada en las especies de los continentes americanos?

—No particularmente, no —dijo con una respuesta corta; sus ojos aún en cualquier dirección menos hacia él.

—Entonces, dígame, ¿qué la trae a una conferencia sobre eso tan temprano en la mañana?

—El Sr. Lucas me pidió que asistiera. Es un amigo amable, así que accedí —dijo finalmente mirando a Raven a los ojos con una sonrisa de labios finos.

Podía ver fácilmente que aún estaba llena de vergüenza por su último encuentro. Estaba seguro de que nunca volvería a mirarlo sin vergüenza. Cómo deseaba de repente borrar ese momento.

Le dio una sonrisa traviesa cuando se le ocurrió una idea.

—Tal vez —dijo él, ofreciéndole el brazo a la dama para que lo tomara—. No le importará que la escolte, ya que vamos al mismo lugar. Estoy seguro de que es capaz de hacer el trayecto por sí misma, pero odiaría quedarme simplemente observando esta vez —añadió con una amplia sonrisa.

Ella lo miró con absoluto asombro ante sus palabras. Por un segundo, él pensó que podría haber quebrantado su compostura. Una que había creído mucho más fuerte como para verse afectada por sus bromas. Afortunadamente, estaba en lo cierto, ya que Lady Alexandra alzó ligeramente la barbilla y cruzó los brazos frente a ella.

—Me temo que no podría aceptar tal ofrecimiento de un hombre que apenas conozco —dijo Lady Alexandra, entrecerrando sus ojos color miel al mirarlo.

—Lo entiendo —dijo Raven solemnemente.

Lady Alexandra asintió una vez, orgullosa de su determinación, y se giró para dar el primer paso sola.

—Supongo que tendré que quedarme aquí y observar cómo sube —dijo él en voz baja pero deliberada.

Lady Alexandra se volvió con un visible jadeo. Ahora estaba en la encrucijada que él había anticipado. O bien tendría que tomar su brazo y dejar que la escoltara, o bien aceptar

abiertamente que él la examinara mientras caminaba.

Ella dio un corto paso hacia él y entrelazó su brazo con el suyo.

—Supongo que si usted insiste, Su Gracia, no tengo más remedio que aceptar su amable ofrecimiento —espetó con poco sentimiento más allá de la ira.

Raven soltó una sonora carcajada ante la situación. No podría haber imaginado cuánto disfrutaba alborotando las plumas de esta dama.

—Estoy seguro de que me encontrará una compañía agradable —dijo mientras subían los escalones.

—No estoy segura de estar de acuerdo con esa afirmación —dijo ella, manteniendo la mirada fija al frente, decidida a no mirar al hombre de cuyo brazo iba—. Me parece usted muy contradictorio, si he de ser completamente honesta.

—Considero la honestidad una cualidad muy importante —alentó Raven—. Por favor, dígame, ¿qué encuentra exactamente contradictorio?

—Para empezar, su evidente aversión por el museo de mi padre, y sin embargo aquí está, dos días seguidos rindiéndole homenaje.

—Bueno, si recuerda correctamente, ayer no pasé de los escalones —dijo Raven, mostrando de nuevo sus dientes blancos en una sonrisa maliciosa.

—Además, para ser un hombre de tan distinguido título y serios modales, parece disfrutar atormentándose —dijo Lady Alexandra con total calma.

De no ser por el rubor que volvía a subir a sus mejillas, él habría creído que era indiferente a sus bromas.

—Le prometo, Lady Alexandra, que esta es una contradicción que puedo resolver en este momento. Puede que tenga la apariencia de un fino duque, pero le aseguro que por dentro soy todo un aventurero —dijo, inclinándose y hablando apenas por encima de un susurro.

Lady Alexandra se volvió, sorprendida por sus palabras, y él volvió a reír profundamente en su garganta, habiendo obtenido la reacción que deseaba.

—Quizás debería reconsiderar mi escolta si él mismo se declara un hombre peligroso.

—Oh, para nada peligroso, se lo puedo asegurar, Lady Alexandra. Simplemente soy un hombre con la mirada siempre puesta en el horizonte. Interpretaré bien mi papel aquí en Londres, pero le prometo que no es quien soy, sino quien debo ser.

—Entonces, le ruego, Su Gracia, que comparta conmigo su verdadera naturaleza.

—No consideraría tal cosa con una dama con la que apenas acabo de entablar conocimiento —dijo de nuevo, fingiendo ofenderse ante tal idea.

Ella se volvió y entrecerró los ojos mirándolo de nuevo.

—Quizás —añadió mientras entraban en el edificio y se dirigían a la fila de sillas en la parte trasera de la sala principal—, si me permitiera escoltarla a casa en mi carruaje, estaría más dispuesto a compartir mi verdadera naturaleza con usted.

—No podría permitir tal cosa, Su Gracia —respondió Lady Alexandra sorprendida—. Sería completamente inapropiado.

—¿Por qué? Su doncella estará con nosotros —dijo Raven, dando a entender que no tenía malas intenciones hacia ella.

Raven se preguntó si quizás se había excedido en sus bromas y la dama realmente temía que fuera un canalla.

Observó cómo Lady Alexandra esperaba una razón adecuada por la que un caballero respetable no debería ofrecer su ayuda a una dama necesitada.

—¿Con total honestidad? —dijo finalmente Lady Alexandra mientras se detenían frente a las sillas. Lo miró con sus grandes ojos color miel y tragó saliva para contener su nerviosismo.

—Estoy ansioso por escuchar cualquier palabra honesta que quiera compartir conmigo —dijo Raven, mirándola desde arriba y rogando que ella no lo considerara realmente un libertino.

—No quiero que conozca mi residencia —dijo ella apenas por encima de un susurro antes de apartarse y soltar su brazo del de él.

Aquello lo dejó tan absolutamente atónito que apenas escuchó al señor Lucas acercarse para saludar a sus dos distinguidos invitados. Le hirió profundamente, y le habría gustado volver a Lady Alexandra hacia él y sacudirla.

No podía imaginar cuán avergonzada debía haberse sentido al pronunciar tales palabras. Estaba aún más intrigado por el hecho de que ella realmente considerara que él menospreciaría su dirección. Quizás había poco que la mujer le hubiera ocultado en sus pocos encuentros hasta ahora.

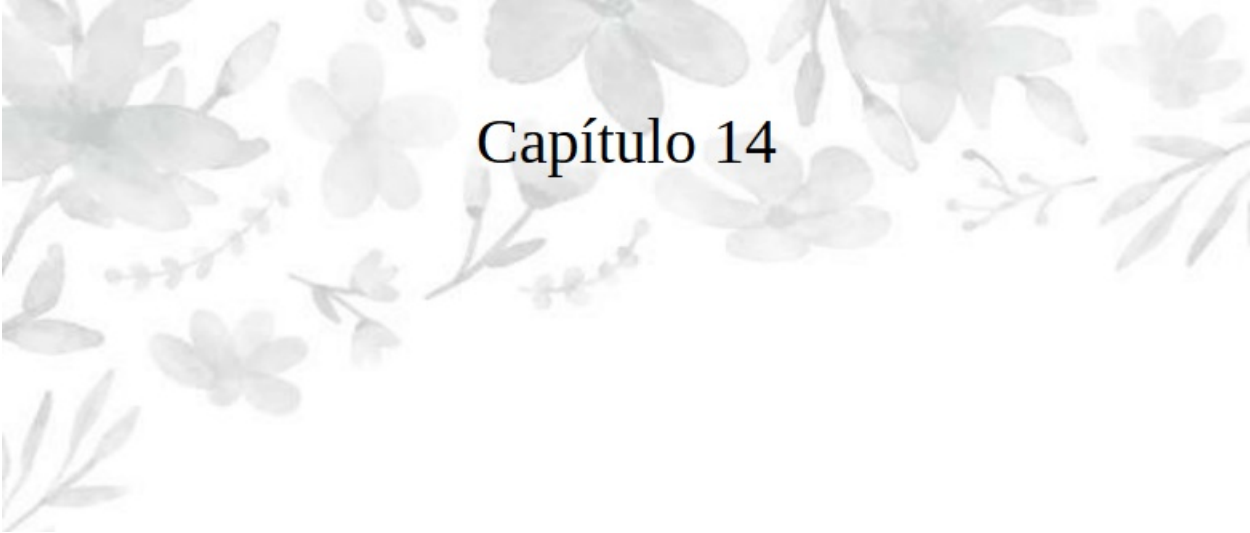
Por mucho que quisiera ofenderse por el hecho de que Lady Alexandra tuviera tales nociones orgullosas de él, no podía culparla por ello. Después de todo, él era un duque y raramente sus caminos se habrían cruzado con alguien como ella si no hubiera sido por aquella noche fortuita en la que la había confundido con otra persona. No era que se considerara demasiado bueno para socializar con la hija empobrecida de un conde, sino que sus círculos simplemente no se mezclaban con regularidad.

De hecho, no estaba del todo seguro de cómo se sentiría su tía si supiera de su paradero en este preciso momento. Había poco que un duque pudiera hacer para empañar su posición ante la alta

sociedad. Incluso mezclarse con condes empobrecidos le haría poco daño. Al fin y al cabo, ¿no tenía una ligera conexión con la dama a través de su querido amigo Lord Eagleton?

En ese momento, decidió utilizar la conexión a su favor para demostrar a la dama que no había nada malo en su asociación. Aunque naturalmente no hubieran pertenecido a los mismos círculos, no había ninguna impropiedad en incluirla en el suyo. Estaba seguro de que, aunque ella no parecía desear tales interacciones en ese momento, solo era la conmoción de una sugerencia tan poco ortodoxa.

Más allá de todo esto, Raven esperaba probarse a sí mismo que este extraño dominio que Lady Alexandra había ejercido sobre su mente no era más que una emoción pasajera. Ciertamente no podía haber desarrollado ya tal afecto por una dama a la que apenas conocía. Era meramente las interesantes circunstancias de su encuentro lo que había despertado su interés. El tiempo a solas en compañía de la dama ayudaría a que los sentimientos menguaran y probaría su hipótesis de que el amor no era más que sentimientos apasionados y fugaces.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves. The flowers are simple in design, with some having five petals and others being buds. The leaves are elongated and pointed. The overall effect is a soft, elegant frame for the chapter title.

Capítulo 14

Lady Alexandra tomó asiento en la parte delantera de la muy familiar sala grande. A menudo, utilizaban la entrada principal como sala de conferencias. Su padre tenía la idea de que estaría tan abarrotada de invitados que una sala pequeña no sería suficiente.

Nunca había sido el caso, pero la rutina de dar conferencias en la sala grande continuaba. Al menos, los techos extra altos hacían maravillas con la acústica y para que la voz del presentador llegara a todos los rincones.

El señor Lucas no era un hombre tímido, por lo que rara vez tenía problemas para que los de la última fila de asientos lo escucharan. El presentador se paraba en una pequeña plataforma que lo elevaba ligeramente del suelo, con un atril delante para sostener sus notas.

Las sillas de madera estaban alineadas en filas con un pasillo central. Aunque había espacio suficiente para sentar al menos a cincuenta personas, no había más que unos pocos puñados de asistentes. La mayoría de estos eran colegas del museo.

El señor Lucas acompañó a Lady Alexandra a la primera fila con el duque no muy lejos detrás. Lady Alexandra se aseguró de sentarse en la silla más cercana al pasillo central de la primera fila. De esta manera, esperaba que el duque no se sentara cerca de ella. Después de todo, podría parecer un poco escandaloso que él se sentara justo al lado de una dama que apenas conocía y con la que no tenía conexiones familiares.

Como ella esperaba, el duque tomó asiento al otro lado del pasillo, aunque justo en el borde como ella lo había hecho, de modo que solo el pasillo los separaba.

Lady Alexandra hizo todo lo posible por mantener su atención en el frente del pequeño escenario, y no en el hombre frente a ella. Sin embargo, no había mucho que ver allí en ese momento. Solo el atril donde el señor Lucas revisaba sus notas una vez más y una pequeña mesa a su lado con el bulto de una bestia debajo de una sábana pequeña.

—Veo que el invernadero aún está en buen estado —dijo el duque, señalando con su elegante bastón la cúpula de cristal que servía como telón de fondo de la conferencia.

—¿Disculpe, su gracia? —preguntó Lady Alexandra, al no haberlo escuchado.

—Dije que me agrada bastante el invernadero —corrigió, esta vez inclinándose a través del pasillo para que la dama pudiera oírlo correctamente por encima de las otras conversaciones que resonaban en la sala.

—¿De verdad? —preguntó Lady Alexandra con sorpresa. No habría esperado que el duque notara la sala, y mucho menos que comentara su preferencia por ella.

—¿Esto te sorprende? —preguntó Raven con un brillo en sus ojos oscuros.

—Si he de ser honesta, sí. No me malinterpretes, yo misma lo amo profundamente. De hecho, ha sido una especie de proyecto mío estos últimos años. Simplemente nunca hubiera sospechado que, con todas las otras atracciones, un invernadero sería tu favorito.

Los ojos de Lady Alexandra se dirigieron automáticamente a la sala del safari africano a su derecha.

—Supongo que no podría decir con toda honestidad que es mi favorito —dijo Raven tras reflexionar un poco más—. Estoy seguro de que muchas nuevas maravillas han entrado en este edificio desde la última vez que lo vi. Y, por supuesto, sabes —dijo con una sonrisa brillante—, aún no he hecho un recorrido desde mi regreso. Pero puedo decir honestamente —añadió rápidamente antes de que Lady Alexandra pudiera reprocharle su burla una vez más—, que cuando era niño, era mi lugar favorito.

—Supongo —continuó al ver que su respuesta aún sorprendía las ideas que Lady Alexandra tenía sobre él— que es porque dentro del invernadero estabas completamente rodeado. Lo hacía todo tan real. Las otras exhibiciones son agradables a su manera, pero solo eso, una exhibición. Uno se para allí y mira un mundo que aún no ha experimentado. Dentro del invernadero, estás completamente inmerso en un hermoso oasis de flores preciosas y criaturas delicadas.

—Pues entonces seguramente debe echarle un vistazo después de mi conferencia —se insertó el señor Lucas en la conversación—. Lady Alexandra ha trabajado incansablemente para transformarlo en un paraíso tropical.

La mirada del duque no abandonó a Lady Alexandra mientras el señor Lucas hablaba.

—Es usted demasiado amable en sus elogios, señor Lucas. Puedo asegurárselo —dijo Lady Alexandra, apartándose de la penetrante mirada del duque.

Podía sentir el calor subiendo físicamente por el cuello de su spencer y sonrojando su rostro.

—No sea tímida. Sé lo orgullosa que está de sus esfuerzos —continuó el señor Lucas—. De hecho, su gracia, a menudo hay veces en que Lady Alexandra desaparece durante horas solo para encontrarla sentada dentro de sus paredes de cristal y disfrutando de los sonidos de las criaturas tropicales.

—¿Criaturas, dice? —dijo Raven dirigiendo su mirada hacia el conferenciante en este punto.

No pudo evitar ver la admiración en el señor Lucas mientras miraba a Lady Alexandra. Le costó todo su autocontrol no levantarse y borrarla de la cara al ofensivo caballero.

—Sí —continuó Lucas con una risita—. Ella insistió bastante en importar varias criaturas para decorar su pequeño oasis tropical. Hay varias aves del paraíso que disfrutan haciendo notar su presencia a todas horas del día. Puede ser bastante irritante cuando uno está tratando de trabajar.

—Qué interesante —asintió el duque, dejando que sus ojos volvieran a Lady Alexandra.

Podía notar fácilmente que a ella no le gustaba que se hablara de ella de esa manera.

—Me encantan las aves tropicales. Tal vez cuando termine la conferencia, ¿podría darme un tour personal por el invernadero, Lady Alexandra? Estoy seguro de que hay pocos que lo conozcan tan bien como usted, según las palabras del señor Lucas.

Lady Alexandra dudó en responder durante una fracción de segundo. Fue lo suficiente para percibir las verdaderas intenciones del duque. ¿Acaso intentaba burlarse de ella nuevamente? En sus ojos oscuros, solo vio un interés legítimo, por lo que aceptó la tarea.

El señor Lucas, un tanto molesto como un ave del paraíso por no haber tenido el honor de ofrecer al Duque de Raven un recorrido personal por el museo, murmuró su acuerdo de que tal arreglo sería una excelente elección antes de volver a su podio.

Pasaron solo unos minutos más antes de que el gran reloj en la entrada del museo diera la hora, y Lucas se aclarase la garganta para comenzar su disertación sobre los hábitos y el hábitat del puercoespín americano.

El señor Lucas continuó sin detenerse durante al menos hora y media. Lady Alexandra hizo su parte al permanecer sentada en su silla y aparentar escuchar atentamente sus palabras. En dos ocasiones, el señor Lucas se refirió a ella y a su padre por proporcionar el espécimen, y ella le sonrió amablemente cuando sus ojos se posaron en ella.

Sin embargo, había otro par de ojos que ella era muy consciente de que estaban sobre ella durante casi toda la conferencia. Era el Duque de Raven. No se avergonzaba en absoluto mientras la miraba continuamente y la estudiaba. Era un movimiento que Lady Alexandra captaba por el rabillo del ojo y con cada mirada que él le dirigía, estaba segura de que podía sentir cómo se avivaba un fuego dentro de ella.

Lady Alexandra no podía negar que el Duque era un hombre apuesto y encantador, por mucho que quisiera hacerlo. Aparentemente, también era un hombre que nunca había carecido de privilegios ni atención. Al fin y al cabo, estaba su verdadera intención en el baile de entablar relación con Lady Charlotte, y luego verlos juntos no hace más de un día.

No tenía ningún sentido para ella por qué continuaba visitando el museo de su padre y, sin duda, buscándola a ella. La única conclusión que parecía tener algún sentido para Lady Alexandra era que estaba disfrutando de algún tipo de espectáculo de fenómenos como en el circo.

Claramente encontraba sus desgracias y vergüenzas tremendamente entretenidas y por eso continuaba en su presencia simplemente por la diversión que le proporcionaba todo aquello.

Con esta idea, Lady Alexandra estaba decidida a convertir ese fuego latente dentro de ella en un pozo de odio ardiente hacia el duque. Luchaba por mantener la compostura con cada mirada que él le dirigía. Le habría gustado gritarle, pero ciertamente, eso solo contribuiría a divertirlo aún más.

Finalmente, con la conclusión del discurso del señor Lucas, ella dejó escapar el aliento que estaba conteniendo y aplaudió al científico.

—¿Alguien tiene alguna pregunta para mí? —preguntó el señor Lucas al pequeño público—. Y, por supuesto, son más que bienvenidos a subir al escenario e inspeccionar a la criatura más de cerca —añadió cuando no se ofrecieron preguntas.

El duque se puso de pie y extendió una mano a Lady Alexandra para ayudarla a subir al podio y acercarse al puercoespín disecado.

—Gracias, Su Gracia —dijo Lady Alexandra con una sonrisa tensa—. Pero ya he visto suficiente de esa bestia y no necesito acercarme más.

—Puedo asegurarle que en su estado actual es completamente inofensivo —dijo Lucas con una risa jovial.

Lady Alexandra supuso que el científico pensaba que ella le temía, o tal vez su explicación sobre las púas que se disparaban más rápido que un caballo al galope cuando se sentía amenazado.

—No es de eso de lo que temo malicia en este momento —dijo entre dientes antes de tomar a regañadientes la mano caballerosa del duque.

Observó cómo los ojos brillantes de su acompañante resplandecían de sorpresa ante sus palabras. Se dio cuenta de que había expresado sus pensamientos en voz mucho más alta de lo

que debería. Después de todo, la opinión de una dama solo debería darse cuando se le pedía y nadie le había preguntado su parecer sobre ese asunto.

Lady Alexandra apretó los labios, esperando controlar mejor su lengua desenfrenada. Solo echó un vistazo al animal mientras subían al pequeño escenario. El duque, por su parte, lo estudió muy atentamente.

El señor Lucas se paró detrás de la criatura disecada con el pecho aún más hinchado que cuando la sociedad herpetológica lo había felicitado por su correcta colocación del hibisco.

—Encuentro a la criatura bastante fascinante —dijo Raven mientras la estudiaba—. Y debo felicitarlo por un espécimen tan prístino.

—Quizás tenga algunas preguntas sobre la criatura para mí —dijo el señor Lucas, lleno de confianza.

—No una pregunta, no. Verá, me he encontrado con este animal muchas veces en mis viajes y me pregunto si podría corregir algunos conceptos erróneos que usted ha dado hoy.

Lady Alexandra observó cómo todo el color desaparecía del rostro del señor Lucas. Por su parte, ella también estaba ligeramente perturbada de que el duque tuviera tales aires de superioridad como para asumir que podía corregir las notas de la conferencia. Después de todo, la mayoría de esos hechos e información provenían de los extensos estudios de su padre. Solo la información sobre la forma física de la criatura y los propósitos científicos eran contribuciones del señor Lucas al estudio del animal.

—No pretendo ofender, por supuesto —dijo Raven, dándose cuenta rápidamente de que el señor Lucas no recibiría muy bien ninguna sugerencia de información errónea.

—No, por favor, cuéntenos, Su Gracia —intervino Lady Alexandra—. Después de todo, mi padre quería que este lugar fuera una casa de aprendizaje para todas las cosas naturales. El aprendizaje no puede ocurrir si no hay intercambio de opiniones. Estoy segura de que todos podemos aprender mucho de un hombre tan mundano como usted.

Aunque las palabras de Lady Alexandra rezumaban un agudo interés y amabilidad, Raven estaba seguro de que había desprecio detrás de su fraseo.

—Es solo que, en mis encuentros, eso es —dijo, tratando de expresar humildad ante la dama—, los puercoespines no disparan sus púas en absoluto. De hecho, he visto a uno dar la vuelta y golpear a una pobre criatura con ellas.

—Claramente tienen músculos en la base de cada púa que pueden contraerse —dijo el señor Lucas, empujando sus gafas hacia arriba con una suave risa.

—Tiene usted razón hasta ese punto —convino Raven—. Aunque no expulsan las púas como uno se imaginaría. En su lugar, parecen erizarse y son más fáciles de desprender cuando el extremo con púas opuesto al animal golpea algo. Por supuesto, este sería un error fácil de cometer, y yo, sin duda, habría llegado a la misma conclusión si no lo hubiera visto por mí mismo.

—Qué fascinante —dijo el señor Lucas, claramente agitado.

Aunque Lady Alexandra había esperado poner al duque en su lugar por contradecir a su padre, también vio méritos en lo que él decía. Después de todo, la verdadera intención del museo era intercambiar información y crear una sociedad más consciente del mundo natural que les rodeaba. Esto no podía lograrse con la difusión de falsedades.

Después de todo, había un mérito sorprendentemente bueno en que un viajero experimentado se mezclara con los hombres que rara vez veían fuera de sus laboratorios. El señor Lucas podría haber visto los detalles más finos de la anatomía de la criatura, pero aun así, su conocimiento era de poco uso sin experiencia práctica.

—Las únicas otras sugerencias para enmendar su conferencia, por lo demás impecable —añadió el duque con cierta renuencia.

—Sí, por favor, estoy encantado de escuchar cualquiera de las sugerencias de su excelencia —dijo el señor Lucas; sin embargo, su rostro no lo demostraba.

—Bueno —dijo Raven un poco a regañadientes, pero también feliz de fastidiar al científico que había mirado con tanto afecto durante su charla—. Usted mencionó que el puercoespín secreta un veneno para cubrir los dardos.

—Sí, era muy evidente que una glándula de secreción oleosa cerca de las púas también expulsaría un líquido cuando los músculos se contrajeran —intentó explicar rápidamente el señor Lucas su razonamiento.

—Le rogaría que reconsiderara el propósito del aceite. Verá, a los puercoespines les encanta trepar a los árboles. Son criaturas muy lentas y torpes y a menudo se caen de ellos, clavándose las púas. Parecería tener poco sentido que se envenenaran a sí mismos.

—¿Tregar árboles? Eso parece un poco exagerado. No tienen ni la forma del cuerpo ni las patas adecuadas para ello —dijo el señor Lucas con una pequeña burla.

Raven entrecerró los ojos mirando al caballero. Estaba tratando de ser educado con sus correcciones, pero no tenía por qué serlo.

—Puedo asegurarle, señor, que lo hacen. Con mayor frecuencia en los primeros meses de primavera. Los nuevos brotes de flores que coronan los árboles de Virginia son muy tentadores

para las pequeñas criaturas después de un largo invierno con poca comida. También añadiría el hecho de que las tribus de nativos encuentran que el aceite tiene muchos propósitos medicinales. Seguramente no lo harían si fuera veneno.

—Es difícil decirlo. Los salvajes tienen muchas costumbres extrañas —respondió el señor Lucas.

—Ciertamente su razonamiento tiene mérito, señor Lucas —intervino Lady Alexandra sin darse cuenta de que estaba acudiendo en ayuda de su recién jurado enemigo—. No haría daño continuar el estudio de las propiedades del aceite antes de llegar a una conclusión definitiva.

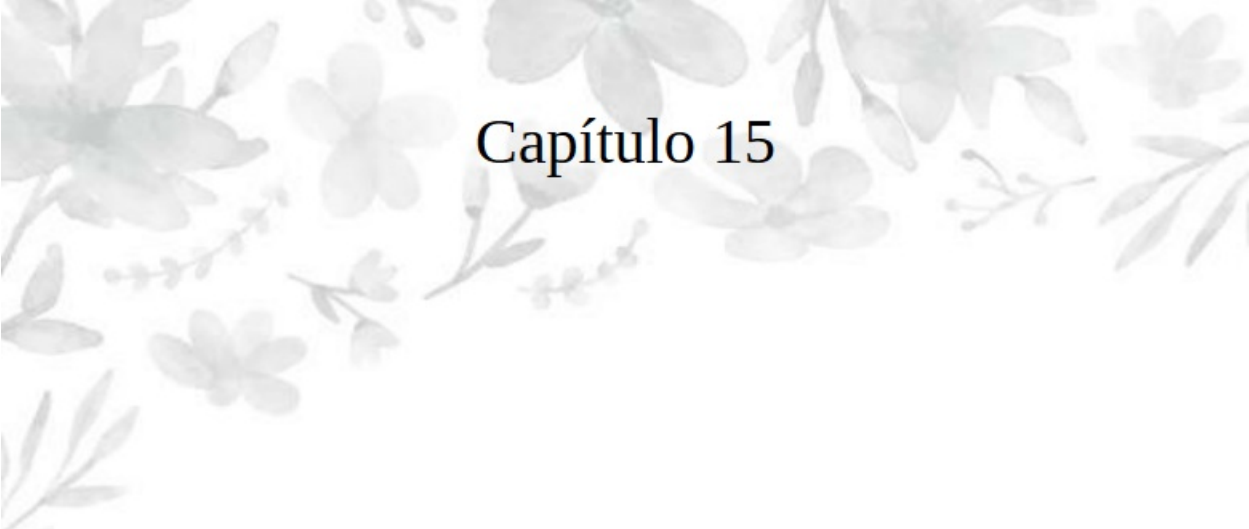
—Por supuesto, tiene usted razón, Lady Alexandra —dijo Lucas con una sonrisa afectuosa—. Usted siempre es la sensata, ¿no es así? Creo que lo que propone es exactamente lo que se necesita. Un poco más de tiempo para estudiar y experimentar seguramente revelará la verdad del asunto.

—Le agradezco, su excelencia, por sus agudas observaciones y conocimientos. ¿No estaba usted interesado en ver el invernadero? —ofreció Lucas a modo de cambio de tema—. Sé que debe ser un hombre muy ocupado, y odiaría que se lo perdiera por mi culpa al ocupar demasiado de su tiempo.

—Tiene razón. Me gustaría dar una vuelta por la sala recién remodelada, si nos disculpa —dijo Raven, ofreciendo su brazo a Lady Alexandra.

Ella consideró poner sus propias excusas y dejarlo caminar solo por la sala de cristal. No habría sido correcto frente a tantos testigos, y ya había sido suficiente espectáculo para el duque. No se convertiría en un espectáculo más de lo que ya había sido.

Con una suave sonrisa, deseó buenos días al señor Lucas y deslizó su mano enguantada en el hueco del brazo del Duque de Raven.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top edge.

Capítulo 15

Raven caminaba en silencio junto a Lady Alexandra, preguntándose cuán profunda era su conexión con este tal señor Lucas.

No había considerado que ella pudiera tener sentimientos por el hombre. Era evidente que el señor Lucas tenía intenciones hacia ella, pero nunca se había detenido a considerar que ella pudiera sentir la misma atracción por él.

Si ese fuera el caso, estaba seguro de que solo la había enfurecido más al cuestionar los hechos de la conferencia del señor Lucas. Aunque lo había hecho únicamente debido a las inspiradoras palabras de ella la otra noche en el baile, Raven nunca se había detenido a considerar que sus opiniones y conocimientos podrían no ser realmente deseados aquí cuando contradecían los suyos.

—No era mi intención ofender —dijo Raven finalmente mientras se aclaraba la garganta.

Estaban frente a la puerta de cristal que daba entrada al invernadero. Él se adelantó para abrirla para ambos.

—¿En qué sentido? —respondió Lady Alexandra, como si él se hubiera propuesto ofenderla a cada paso.

Raven bajó la mirada hacia ella, aunque ella no le devolvió la mirada. Comenzaba a determinar que Lady Alexandra era o bien una mujer feroz que se preocupaba poco por lo que otros pudieran pensar de sus modales descaradamente honestos, o bien tenía muy poco control sobre su lengua.

—No era consciente de que pudiera haberla ofendido de varias maneras este día. Pero supongo que, en ese caso, me disculparé en general. Reconozco que puedo ser algo bromista en mis palabras, y me disculpo si mis modales la ofendieron antes. Pero no era a eso a lo que me refería.

—Entonces, por favor, dígame. ¿A qué se refería? —preguntó ella, levantando sus suaves ojos de cierva hacia él con total inocencia de cualquier otra ofensa.

Raven dio un suspiro interior de alivio. Ciertamente, no podía tener sentimientos por el señor Lucas si no se ofendía por sus cuestionamientos al trabajo de Lucas.

Raven estaba a punto de explicar que solo había querido ayudar y no dañar o insultar cuando el fuerte graznido de un pájaro llamó su atención.

Levantó la mirada de la dama a su lado hacia su entorno. Por supuesto, había visto la fina vegetación desde las ventanas de cristal a lo lejos. Hasta ahora, no la había apreciado desde que entraron en su recinto. Por un momento, debía admitir, su entorno lo cautivó.

El aire era mucho más denso y cálido en el interior, si es que era posible tal calidez tan temprano en la primavera. Raven podía oír los sonidos de varias aves tropicales que se llamaban unas a otras.

Salpicando las ricas plantas verdes había brillantes estallidos de capullos de colores fantásticos casi listos para abrirse. Un simple sendero de guijarros serpenteaba alrededor de todo el edificio circular. Todo lo demás estaba ricamente lleno de diversas plantas, algunas incluso se elevaban hacia el cielo.

Una espesa capa de niebla flotaba cerca del suelo y empañaba las ventanas que daban al exterior. Junto con los pájaros, Raven pudo ver varias especies de mariposas volando con gracia por la sala.

El sonido del agua le hizo girarse en su dirección. Un hombre estaba ocupado regando las plantas a lo largo de los senderos a un ritmo dolorosamente lento con una jarra de agua.

—Seguro que puede imaginar que necesitan mucha agua —dijo Lady Alexandra, siguiendo la mirada de Raven—. Es un trabajo a tiempo completo en este momento. La mayoría de estas plantas proceden de zonas que ven lluvia al menos una vez al día, o eso es lo que me han dicho —añadió rápidamente.

Raven se preguntó si hablaba así al final porque temía que él también pudiera intentar corregirla de manera contundente. Esto le hizo volver al tema que tenía entre manos.

—Creo que ha sido correctamente informada en ese aspecto. Al menos, puedo decirlo por lo que he visto hasta ahora. Lo cual me lleva a cómo pude haber causado ofensa.

Apartó los ojos del hermoso paisaje que tanto le recordaba a la gran naturaleza salvaje fuera de los muros de la ciudad de Londres y miró a la dama a su lado.

Ella lo miró con esos grandes ojos de cierva y esperó pacientemente a que continuara. Por alguna razón, tener la atención completa de esta dama era a la vez embriagador y fascinante.

—Cuando hice esas, digamos sugerencias, a su colega, el señor Lucas, nunca lo hice de manera despectiva, ni para decir que estaba menospreciando la experiencia del museo en general. De hecho, yo mismo apenas habría conocido tales hechos si no los hubiera encontrado por mí mismo.

Raven tomó un profundo respiro, dándose cuenta de que estaba divagando de una manera muy ridícula. Por alguna razón desconocida, le importaba profundamente la opinión que Lady Alexandra tuviera de su persona.

—Ciertamente no me ofendí —lo tranquilizó Lady Alexandra—. Aunque no puedo decir lo mismo de Thomas. El señor Lucas, quiero decir, por supuesto —corrigió rápidamente.

—Bueno, tampoco pretendía molestarlo a él, y estaría más que encantado de disculparme. Debería haberme guardado mi opinión para mí mismo.

—No creo que debiera haberlo hecho en absoluto —dijo Lady Alexandra mientras daban un tranquilo paseo por los jardines—. De hecho, creo que lo que este museo necesita son más opiniones externas. Las mismas mentes lo han estado dirigiendo desde que mi padre lo asumió por primera vez. Necesita un poco de aire fresco, en mi opinión, más aún si están equivocados.

—Bueno, parece que ya ha hecho bastante renovación al menos en esta sala —dijo Raven, dejando que sus ojos recorrieran la habitación.

Aunque siempre había disfrutado de estos jardines interiores con su variedad de coloridas mariposas cuando era niño, ahora tenía un aspecto completamente diferente. Lady Alexandra había tomado realmente la idea de una sala verde durante todo el año y la había convertido en un espectacular oasis.

—Esperaba que pudiera atraer a más espectadores, honestamente —respondió Lady Alexandra, un poco tímidamente.

En ese preciso momento, doblaron una curva de frondosos árboles verdes hacia una pequeña abertura. Era más bien un ensanchamiento del camino en un semicírculo que daba a un gran palo recto con un pájaro posado encima.

El pájaro era un fino espécimen tropical con su corto pico negro, su rico plumaje verde y los destellos de plumas rojas que asomaban en sus alas. Más o menos caminaba distraídamente a lo largo de su palo de un lado a otro, quitando pequeños trozos de fruta que colgaban de un pequeño cubo de hojalata en un extremo, caminando hacia el otro lado, comiéndoselos y luego repitiendo el proceso.

Al doblar la esquina, el pájaro se animó de inmediato. Se quedó quieto, con sus garras negras firmemente aferradas al poste y la corona de plumas verde lima de su cabeza levantándose

ligeramente en anticipación.

—No puedo imaginar que un caballero tan hermoso como este no atraiga multitudes —dijo Raven, admirando a la criatura viva.

—En realidad, esta es la señorita Nutters.

—Disculpe —dijo Raven con una ligera reverencia hacia el pájaro mientras se paraban frente a él.

—¿Nutters? —preguntó, volviéndose hacia su acompañante—. Un nombre interesante.

—Le encantan las nueces. Puede abrir cualquier nuez que le hayamos presentado con ese fuerte pico suyo. Deberías verla con las nueces. Simplemente las parte y pela la cáscara destrozada, sacando la pulpa con su lengua.

Raven estudió a la mujer mientras hablaba. En realidad, estaba seguro de que este era el primer momento en que ella parecía estar viva desde que llegaron al lugar. Realmente compartía una pasión por el mundo natural, aunque parecía que, a diferencia de los miembros de este museo y su padre, ella tenía amor por las criaturas vivas en su elemento.

—También puede hablar —añadió Lady Alexandra con un poco de orgullo.

—¿En serio? ¿Qué puede decir?

Lady Alexandra dio un paso más cerca de la señorita Nutters para captar toda su atención.

—Buenos días, señorita Nutters.

—Buenos días —respondió el pájaro con su tono agudo.

—¿Cómo estás hoy? —continuó.

El pájaro balanceó su cabeza arriba y abajo en anticipación de esta conversación practicada.

—Muy bien, de verdad, muy bien de verdad —repitió con entusiasmo.

—Buena chica —arrulló Lady Alexandra, alisando las plumas de la corona que se habían erizado, terminando la pequeña actuación.

—Muy impresionante —dijo Raven con una sonrisa relajada.

Ella se volvió hacia él con una amplia y brillante sonrisa en su rostro. Por primera vez desde que conoció a Lady Alexandra, realmente parecía su edad juvenil sin estar marcada por el estrés y la preocupación. Él tuvo el fuerte deseo de decírselo, pero pensó que era mejor no hacerlo. Ella no tenía elección en su suerte en la vida o el estrés que le provocaba. Sin embargo, estaba decidido a aliviarlo de cualquier manera que pudiera.

—Todo esto es muy impresionante —reiteró cuando vio que su rostro iluminado se apagaba por timidez.

—Bueno, al menos una persona lo piensa —respondió ella, alejándose del pájaro después de una última caricia.

—¿Cómo es que tu oasis tropical no ha atraído a más gente?

—Bueno, esta es la primera primavera en la que estamos completamente listos. Tomó tiempo para que las plantas maduraran, por supuesto, y la señorita Nutters solo se unió a nosotros el año pasado. Todavía es temprano en el año, por supuesto, así que espero que vengan más a medida que pasen los meses. Hice que la Sociedad Zoológica recorriera el espacio el otoño pasado, y me dieron algunos consejos constructivos, así como palabras alentadoras sobre volver a tener su banquete anual aquí.

—Planeas organizar eventos en la sala —dijo Raven, encontrando que era una idea excelente si se hacía correctamente.

—Eso espero. A menudo, el museo de mi padre solo atiende a familias que traen niños pequeños para un viaje de ocio. Realmente las conferencias hacen poco para atraer clientes y son más bien una forma para que un científico aspirante aprenda y crezca. Siento que es necesario añadir más usos. Es un edificio tan hermoso que podría tener tantos usos maravillosos.

Raven se dio cuenta de que ella estaba tratando de explicar una idea relativamente nueva que asumía que él consideraba extraña.

—Creo que es una idea maravillosa. Estoy en la junta de la Sociedad Zoológica. Estaría encantado de plantear esta opción en su próxima reunión.

—Nunca podría pedir tal favor —Lady Alexandra rechazó su oferta.

—No es ningún favor en absoluto. Estaré regresando a la sociedad después de muchos años de no asistir. Necesitaré algún tipo de ofrenda para apaciguarlos por mi ausencia.

No añadió que también era un benefactor principal de la sociedad, y que asistiera Raven o no, los hombres de esa sociedad aceptarían felizmente cualquier recomendación para su banquete anual de su parte, ya que a menudo proporcionaba los fondos para ello, aunque él mismo no había asistido en algún tiempo.

—Muéstreme qué planes tiene para celebrar tales eventos —dijo Raven rápidamente para detener su desaliento nuevamente.

Caminaron un poco más lejos. Todo el sendero de guijarros parecía serpentear alrededor del borde del recinto con el centro lleno de exuberante vegetación. Cuando llegaron casi al punto medio de la sala, apareció una bifurcación en el camino.

Lady Alexandra lo guió por el sendero que conducía directamente al corazón de la sala. Calculó que era al menos, si no más grande, del tamaño del museo al que estaba unido el

invernadero, con sus propias paredes arqueadas de dos pisos.

Mientras caminaban, parecían quedar encerrados con la vegetación a ambos lados, de modo que apenas se podían ver los paneles de vidrio de arriba a través de las aberturas en las hojas de los árboles. Raven reconoció la mayoría de estas plantas del corto tiempo que pasó en las Indias Occidentales y sabía que eran plantas de hoja perenne. Creaba un pasillo mágico como un túnel.

—He hecho este camino más ancho —explicó Lady Alexandra—, para acomodar a los peatones, así como una fila de faroles para iluminar el camino para un evento nocturno.

Él asintió en comprensión, asimilándolo todo. Finalmente, el pasillo se abrió a un gran espacio abierto. Estaba rodeado por todos lados con una sola entrada. Alrededor del área había una pared de vibrante vegetación. El suelo estaba hecho de losas de piedra pulidas hasta casi una superficie completamente plana.

—Quería que la sala fuera amplia y abierta. Por supuesto, me aseguraría de que estuviera impecable —añadió, pateando una hoja de palma caída hacia un lado con la punta de su zapato—. También tengo un hombre que limpia regularmente las ventanas, por dentro y por fuera, por supuesto, para que el cielo nocturno brillara intensamente si el momento lo permite.

En ese momento particular, hermosos rayos de luz que se reflejaban desde el recinto de cristal descendían en haces angelicales.

—Creo que se ve notable aquí dentro —comentó Raven con honestidad.

La sala estaba completamente rodeada por hermosas plantas que ya emanaban los perfumes tropicales de flores a punto de florecer. Raven no podía creer que ella fuera capaz de mantener estas plantas —tan acostumbradas al clima tropical— no solo vivas, sino florecientes aquí. Incluso divisó una palmera con plátanos creciendo en ella. Sin duda era un deleite que la mayoría de los londinenses nunca habían visto ni probado.

—Espero usar el espacio tanto como comedor como salón de baile para que cualquiera pueda utilizarlo según sus necesidades.

—El pasillo parece un poco estrecho para traer mesas y sillas para cenar —dijo Raven, lleno de interés. No dudaba que ella tuviera alguna ingeniosa solución para ese problema.

—Hay una segunda entrada de servicio, aunque está cubierta, justo frente a nosotros —señaló hacia el área más cercana a la puerta del invernadero—. Quiero que los invitados recorran primero toda la longitud y experimenten la belleza de la sala antes de entrar directamente en este pequeño recinto.

—Muy sensato. ¿Y qué hay de la comida para un banquete?

—En realidad, hay un área de cocina totalmente utilizable en el edificio principal en la primera planta. Siempre se usó como almacén, pero ya he estado trabajando para tenerla lista y adquirir el personal necesario. Los hombres tienen sus salones y clubes; pensé que podría haber un uso para algo así, pero para cualquiera. Aquí se podrían celebrar bailes privados, eventos sociales —dijo con un asentimiento en su dirección, aunque su mente estaba lejos del duque.

En cambio, él podía ver detrás de sus iris las imágenes que ella ya había creado para el futuro de este espacio y del museo en general.

—Creo que nunca he conocido a una mujer con tal cabeza para los negocios, y menos aún con la previsión de ver una novedad tan espectacular nunca antes creada.

—Bueno, ciertamente hay salones para eventos públicos —dijo ella con modestia.

—Sí, eso es cierto. Pero lo que usted tiene aquí es muy superior a espacios vacíos. Esto es toda una experiencia en un solo lugar. De hecho, diría que me ha convencido.

—¿Convencido de qué, Excelencia? —dijo Lady Alexandra con total asombro.

—De que este será el lugar del banquete anual de la Sociedad Zoológica.

—Es un pensamiento muy amable, pero...

—No, nada de peros —dijo Raven, haciendo un gesto con la mano—. En verdad, tengo total libertad para decidir el lugar, ya que yo lo organizo, incluso cuando estoy ausente. No tendrán ninguna objeción a mi decisión. Aunque es dentro de no más de seis semanas a partir de ahora. Me temo que es demasiado pronto.

—En absoluto —dijo Lady Alexandra, irguiéndose un poco más, nunca dispuesta a rehuir un desafío—. Podría hacerlo.

No habría esperado menos de la dama. Aunque solo se habían encontrado en unas pocas ocasiones hasta ahora, ya sabía que era una mujer de voluntad fuerte, intrépida y capaz. En ese aspecto, le recordaba mucho a su madre, o al menos a los recuerdos que tenía de ella. La tía de Raven a menudo le decía también que su difunta madre nunca fue de las que se quedaban en casa mientras su padre veía el mundo. En cambio, caminaba codo con codo junto a él. Raven sospechaba que Lady Alexandra tenía una personalidad similar en ese sentido. No era del tipo que se sentaba ociosamente o llenaba su tiempo con actividades frívolas como hacían muchas de las damas de la alta sociedad.

—Maravilloso, entonces me gustaría llamar hoy a mi abogado para que se ponga en contacto con usted, si no le importa. El señor Jenkins se encargará del pago del espacio. Y si no le importa, me gustaría llevarlas a usted y a Polly a su casa para poder pedir permiso a su padre.

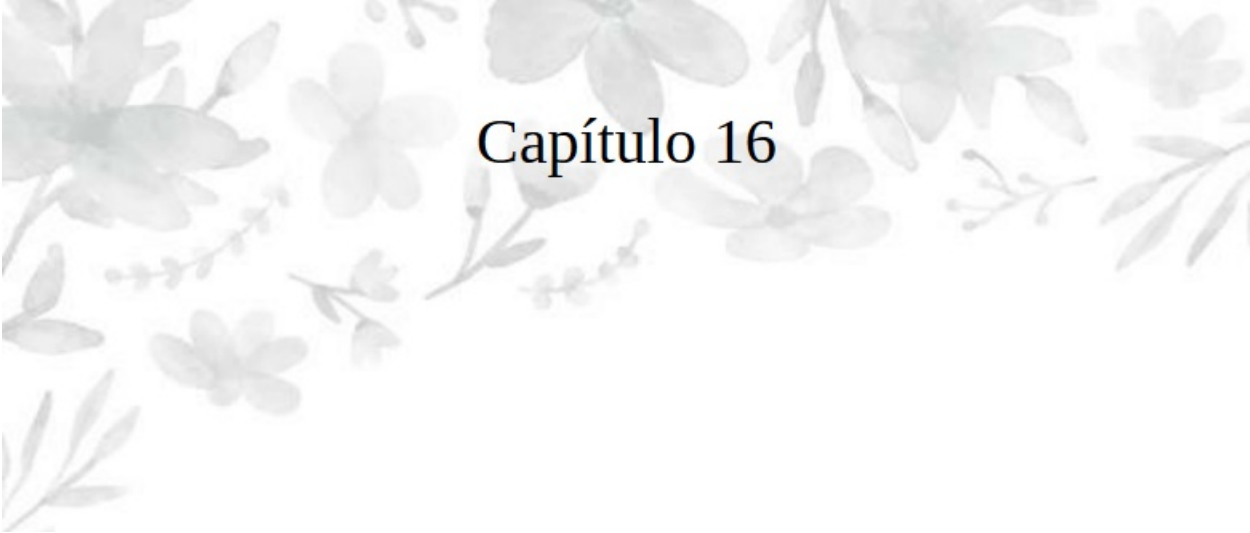
—¿Permiso? —el rostro de Lady Alexandra palideció.

—Para el uso del edificio. Lord Grebs es, después de todo, el propietario, ¿no es así?

—Oh, sí, por supuesto. Realmente no es necesario. Estaré encantada de transmitirle su amable oferta. Padre estará muy complacido de saber que nuestro primer anfitrión es el Duque de Raven.

Raven no estaba seguro de por qué Lady Alexandra se apresuró a rechazar su reunión con el Conde Grebs. Había oído de su tía que el hombre era un poco ermitaño. Quizás ella estaba tan avergonzada de él como lo estaba de su dirección. Ninguna de las dos cosas importaba a Raven. De hecho, tenía planes de visitar al lord de todos modos más adelante en la semana, aunque solo fuera para discutir asuntos científicos, en los que claramente ambos compartían un interés.

—Realmente insisto —dijo Raven con una amplia sonrisa, sabiendo que bajo ninguna circunstancia ella podría negarle nada a un duque cuando insistía en algo.

A decorative border at the top of the page featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves in a light, muted green color.

Capítulo 16

A Lady Alexandra le habría gustado quedarse y ponerse manos a la obra de inmediato. Como primera cliente de la nueva sala tropical del museo, tendría mucho que preparar. Aún le daba vueltas la cabeza por ese hecho. Había exagerado ligeramente su nivel de preparación. Había una cocina, sí, pero aún no estaba del todo en funcionamiento, y ni siquiera había comenzado a contratar personal para tal evento.

Aunque le habría gustado insistir en que el duque no enviara a su abogado con el pago hasta que estuviera satisfecho con su trabajo, la verdad era que no tendría medios para preparar la sala sin él. Se dio cuenta, mientras salían juntos del edificio, con Polly esperando educadamente en uno de los bancos junto a la puerta principal, de que Raven ni siquiera le había preguntado el precio.

Por supuesto, hablar de dinero no era precisamente algo propio de un caballero, y no dudaba que eso fuera doblemente cierto cuando se trataba de una propietaria. Se aseguraría de que al señor Jenkins se le dijera una cantidad razonable y ni un penique más.

Ciertamente ella, no, el museo, podría beneficiarse del despilfarro de los bolsillos de un hombre adinerado, pero no se rebajaría a ese nivel. Solo pediría un precio justo, aunque no sería suficiente para cubrir todos los gastos de iniciar este proyecto. Tendría que convencer a su padre de alguna manera para que pidiera un préstamo por el resto de los costos.

Ciertamente, esto haría las cosas mucho más ajustadas en su hogar. También era una decisión angustiante cuando la temporada apenas había comenzado, y se acumularían tantos gastos a lo largo de ella para sus hermanas. Era una razón más por la que tendría que mantener sus ojos enfocados en ellas. Necesitaría ver al menos a Josephine casada adecuadamente antes de que terminara el año si había alguna esperanza de sobrevivir hasta el siguiente.

Entre eso y la imposibilidad de los preparativos que tenía por delante, Lady Alexandra apenas podía respirar bajo su corsé mientras traían el carruaje del duque. Era, en efecto, un peso enorme el que caía sobre ella con la pérdida de su madre.

No solo debía ser madre de sus tres hermanas menores, sino también velar por las necesidades monetarias de su padre. Si tan solo no se hubiera hundido tanto en un estado de desesperación después de la muerte de su madre.

Seguramente el peso de establecer a los hermanos y las cargas financieras sobre un solo hijo era mucho pedir incluso para un varón. Estaba segura de que la tarea era mucho más difícil porque ella era una mujer.

Si era completamente honesta consigo misma, nunca esperó realmente que alguien, y mucho menos un caballero de alta posición como el Duque de Raven, considerara siquiera el museo. Todavía creía que el hombre era bastante irritante y no podía evitar sentir su orgullo herido por su primer encuentro, pero al final, este hombre que parecía disfrutar atormentándola, fueran sus motivos puros o no, podría ser su salvador.

Quizás solo estaba continuando esta farsa como medio de entretenimiento ante su desgracia, como había sospechado anteriormente ese día. Incluso si ese fuera el caso, no le importaría. Le daría a la Sociedad Zoológica un banquete del que hablarían durante años.

Aunque le costara la vida, la noticia de su éxito y a petición de un duque influyente daría validez a su idea y, con suerte, resultaría en que más miembros de la sociedad siguieran los pasos del duque.

El duque, Lady Alexandra y su doncella, Polly, entraron todos en el carruaje en sus respectivos lugares. Polly junto al conductor del carro descubierto. El duque tomó la posición detrás de su conductor para que Lady Alexandra pudiera tomar el asiento opuesto y tener una vista de hacia dónde se dirigían.

Lady Alexandra tenía una ligera preocupación por tomar el paseo, ya que todos los ojos podrían verla fácilmente en compañía del duque. Nuevamente, se preguntó qué chismes causaría y deseó haber traído un sombrero más grande o quizás una sombrilla para al menos darle algo de anonimato parcial. Aunque el escándalo tendría poco efecto en el duque o su reputación, tenía el potencial de lastimarla, lo que a su vez dañaba a sus hermanas.

Lady Alexandra era prácticamente una solterona desde el momento en que se presentó en sociedad. De hecho, eso ni siquiera era del todo exacto. Para ser una solterona, una debe haber pasado su tiempo de encontrar pareja.

En realidad, todavía estaba en el final de lo que se consideraría un tiempo razonable para ella. El hecho era que nunca había sido considerada una pareja para nadie. En cambio, era la matrona de sus hermanas menores y nada más.

Ahora aquí estaba sentada junto a un duque rico, apuesto y muy disponible. Sin duda, toda la alta sociedad estaría chismorreando sobre las circunstancias empobrecidas que claramente la llevaron a ser una arpía desesperada intentando llamar su atención.

Durante la primera parte del viaje, ambos permanecieron en silencio, eligiendo observar cómo Londres y sus ocupantes pasaban junto a ellos. Para alivio de Lady Alexandra, reconoció a pocos y sabía que al menos no pasarían por partes muy de moda de la ciudad en el camino a la casa de su padre.

Deseaba poder enviar un mensajero por delante para advertir a sus hermanas y preparar a su padre. Bueno, no estaba segura de que tal cosa fuera posible en ninguno de los casos. ¿Cómo reaccionarían sus hermanas cuando presentara al Duque de Raven a su padre? Estaba segura de que sus hermanas menores estarían rebosantes de alegría infantil.

Williamina le había contado a la pequeña Sophia sobre la repentina aparición del duque en el baile de Sir Hamilton, y desde ese momento Sophia no había hablado de otro tema. Hizo todo lo posible por sacar hasta el último detalle de la noche a sus tres hermanas mayores.

Naturalmente, no pasó mucho tiempo antes de que una de ellas mencionara que Lady Alexandra había bailado de hecho con el duque. Eso había enviado a Sophia en un torbellino de más preguntas y una dosis adicional de melancolía por no tener aún la edad para asistir a tales eventos.

Lady Alexandra nunca les dijo a sus hermanas que el baile había sido un error. En cambio, explicó que el duque simplemente había sido amable con una amiga de Lord y Lady Whitehall, con quienes estaba estrechamente asociado. Ninguna de sus hermanas había aceptado esa respuesta.

Josephine conocía lo suficientemente bien a Alexandra como para no seguir preguntando. Podía ver claramente que era un tema incómodo para su hermana mayor y lo dejó así. Williamina, por su parte, era demasiado tímida para preguntar o simplemente no tenía interés. Sophia, desafortunadamente, había continuado sin vacilación ni pausa.

Lady Alexandra solo podía adivinar el comportamiento de su hermana menor cuando entrara a su casa esa noche con el duque como invitado. Esperaba que la pequeña pudiera reunir la suficiente decencia como para no mencionar ese baile en su presencia.

Lady Alexandra no sabía qué sería más vergonzoso: que sus hermanas hablaran de ese horrible error o escuchar al duque explicarles lo que realmente sucedió esa noche.

—Es un día sorprendentemente agradable, ¿no es así? —dijo Raven, sacando a Lady Alexandra de sus pensamientos.

Ella miró hacia arriba al cielo azul, ni siquiera manchado por el humo hoy. El viento era lo suficientemente rápido como para barrer la niebla de las chimeneas sin ser difícil de soportar. Solo ocasionales nubes blancas salpicaban el interminable azul. Era uno de esos raros días en los que Lady Alexandra imaginaba que estaba vislumbrando el mundo fuera de esta ciudad.

—Me recuerdan al algodón —continuó Raven, siguiendo su mirada y pareciendo conocer sus pensamientos.

—Solo he visto la tela, aunque he visto imágenes de las plantas en algunos de los libros de mi padre.

—Parecen muy suaves y esponjosas como las nubes, pero en realidad cuando las tocas, hay cierta rigidez en ellas, supongo que porque están tan apretadas. Y luego están las espinas de la cáscara exterior rígida, secadas al calor del sol hasta convertirse en puntas irritantemente afiladas.

—¿Estás bastante familiarizado con ello, entonces? —preguntó Lady Alexandra, dirigiendo su atención hacia él. Sabía que había visto mucho del mundo, y claramente conocía bien las Américas después de la conversación de esta mañana con el señor Lucas.

—Lo he visto con bastante frecuencia en Virginia, aunque creo que es más común en las colonias del sur. Mi hacienda es predominantemente de tabaco.

—Qué interesante. Mi padre insiste en obtener gran parte de su tabaco de las colonias. Insiste en que es un producto mejor. Yo detesto el olor personalmente. Él está constantemente fumándolo en su biblioteca, y estoy segura de que las paredes se han ennegrecido más por eso que por la chimenea.

Lady Alexandra, que había expresado su opinión sin pensar, se dio cuenta de que podría haber ofendido al duque. Después de todo, él acababa de anunciar una considerable posesión de la planta, y aquí estaba ella detestándola abiertamente.

—No quise ofender, su gracia. Estoy segura de que muchas personas lo encuentran un pasatiempo agradable, y sé que también tiene propiedades medicinales —dijo rápidamente, sintiendo que sus mejillas se sonrojaban.

Raven soltó una suave risa. —No tema, Lady Alexandra, mi orgullo no fue herido en lo más mínimo por su opinión. Si soy completamente honesto, yo tampoco soy del todo aficionado al

producto. Disfrutaré de algo de tabaco de vez en cuando, pero más allá de eso, el único uso que tengo para las hojas es la ganancia monetaria que me proporciona.

Lady Alexandra se relajó un poco en su asiento mientras él desechaba su preocupación.

—Debe saber mucho sobre las colonias. Siempre he intentado imaginar un lugar tan salvaje y no tocado por la civilización.

—Ciertamente es hermoso. La tierra puede ser bastante encantadora y sorprendentemente tiene más variedad de entornos de lo que uno podría imaginar.

—¿Planea hacer de ese su hogar permanente? Solo lo pregunto porque la abundancia de tierra atrae a tantos a hacer el peligroso viaje a través del mar.

—Lo consideraré en un momento. Disfruto pasar tiempo en la plantación, pero no, no creo que vaya a las colonias permanentemente.

Raven adquirió una mirada vidriosa y distante, y Lady Alexandra deseó que sus pensamientos fueran tan fáciles de leer como los suyos.

—Tengo a mi tía aquí, por supuesto —añadió después de una pausa momentánea—. Nunca podría convencerla de subir a un barco, y no podría dejarla atrás permanentemente, eso es. ¿Conoce a mi tía Rebecca, Lady Sinclair, quiero decir? —añadió para aclarar.

—Conozco bien su nombre, aunque no creo haber tenido nunca el placer de conocerla.

Lady Alexandra pensó para sí misma que habría habido pocas situaciones en la vida donde sus dos caminos se hubieran cruzado. Aunque ambas estaban solteras y probablemente nunca se casarían, eran tan diferentes en posición social como lo eran en edad.

—Me pareces muy parecida a ella —dijo él, reflexionando mientras la estudiaba—. Te la presentaré. Creo que ustedes dos se llevarían muy bien.

Lady Alexandra solo sonrió suavemente antes de volver su mirada al paisaje que la rodeaba. Reconocía bien las calles y sabía que se estaban acercando a su residencia. No estaba exactamente segura de si Lady Sinclair compartiría el interés de su sobrino por damas empobrecidas y ridículas como parecía ser ella.

La bola de nervios que había sido temporalmente detenida por la distracción de su conversación comenzó a crecer dentro de ella nuevamente. En solo unos momentos, doblarían la última esquina y llegarían a la casa londinense de su padre. No creía haberse sentido nunca tan asustada y vulnerable antes en su vida, incluyendo aquel momento en que prometió a su madre cumplir su último deseo. Pero mientras sentía que el carruaje disminuía la velocidad, y su hogar se acercaba cada vez más a la vista, sabía que no tendría otra opción que enfrentar lo que le esperaba.

Se alegró de ver que, en su mayor parte, las calles estaban despejadas de gente. El sol ahora comenzaba a elevarse hacia el pico de su rotación a través del cielo, y el calor estaría en su punto máximo. Con esto, la mayoría de los que podían buscarían la seguridad de casas sombreadas o senderos de jardín velados por árboles.

Sus hermanas, sabía, estarían sentadas en la sala de estar, quizás con una pequeña comida después del desayuno y té. Con suerte, Sophia estaría ocupada con la tarea escolar que Lady Alexandra le había instruido completar esa mañana.

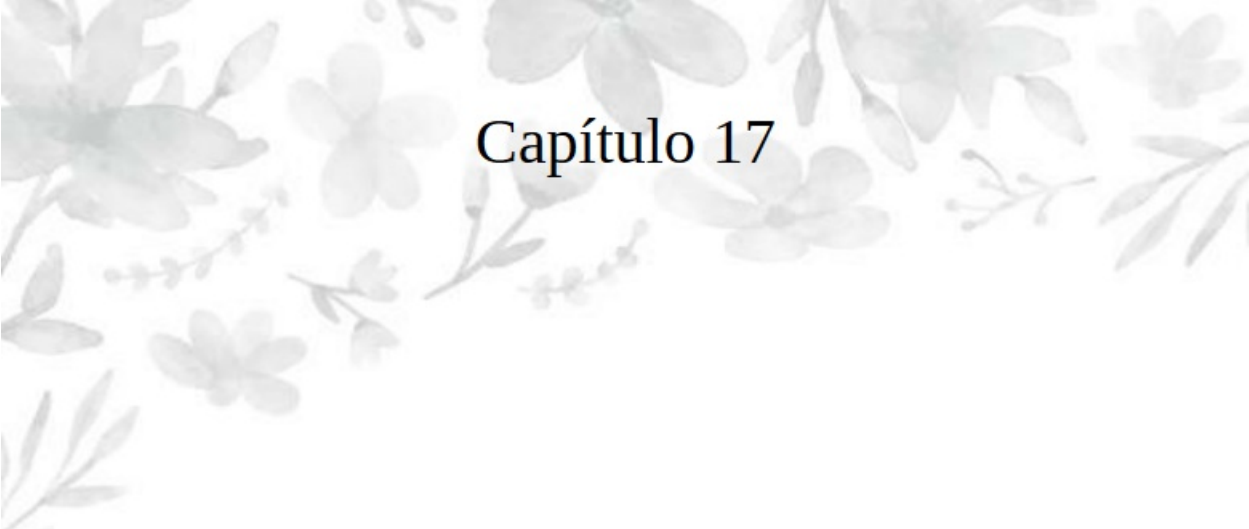
Williamina sin duda estaría practicando al piano como solía hacer tan a menudo, y Josephine estaría pintando, bordando o zurciendo, como era costumbre tanto para Lady Alexandra como para su hermana inmediatamente menor en la mayoría de las tardes.

Podía imaginarlas fácilmente a todas sentadas en la sala de estar en un estado relajado, tal vez incluso aún con sus vestidos de mañana.

Cómo deseaba poder entrar de alguna manera en la casa y llevar al duque hasta su padre en la biblioteca sin tener que pasar justo frente a ellas. En el tedio y aburrimiento de una tarde como cualquier otra, no dudaba que saltarían ante cualquier oportunidad de interrupción, incluyendo salir a saludarla en el vestíbulo.

Era un momento inevitable que temía en todos sus desenlaces antes incluso de que ocurriera. Pero cuando el carruaje se detuvo y el duque descendió antes de ayudarla a bajar, supo que no habría forma de evitarlo.

Justo antes de girar hacia el sendero empedrado que cruzaba su pequeño jardín delantero, Lady Alexandra intercambió una mirada con Polly. Podía notar fácilmente que incluso la doncella, en su corta edad, sabía que algo bastante fuera de lo común para el conde Grebs y sus hijas estaba a punto de suceder.

A decorative border at the top of the page featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves in a light, muted green color.

Capítulo 17

Raven podía ver que Lady Alexandra estaba visiblemente nerviosa. Ya había expresado vergüenza por su dirección, aunque él encontraba la casa de su padre una fina residencia urbana, bien cuidada con un pulcro jardín de flores que adornaba el césped delantero. Era un poco poco ortodoxo que él la estuviera siguiendo a casa y presentándose a su padre, a quien Raven nunca había conocido.

Sin embargo, no estaba completamente fuera de lugar, ya que estaba visitando a una relación de negocios. Aunque, para ser honesto, probablemente debería haber contactado al conde a través de su abogado, ya que aún no habían sido presentados.

Raven, sin embargo, tenía poca paciencia para las tontas reglas formales de la nobleza. Encontraba propiedad en muchas de ellas, como la doncella que a menudo acompañaba a Lady Alexandra por modestia, o algunos de los edictos sociales, pero en general encontraba la mayoría de ellas tediosas e innecesarias. Siendo un duque, a menudo decidía eludir las reglas que encontraba ridículas, sabiendo que pocos lo cuestionarían.

Por lo general, esto había funcionado a su favor. Aunque hubo esa excepción cuando se presentó en el baile de Sir Hamilton y descubrió que había confundido a una dama con otra. Sin embargo, mientras caminaba hacia la casa del conde Grebs, no podía decir con certeza que el error hubiera sido un infortunio. De hecho, estaba disfrutando bastante las nuevas asociaciones que los malentendidos por ignorar la etiqueta habían causado.

Tan pronto como Lady Alexandra abrió la puerta que conducía a su casa, un mayordomo abrió la puerta, claramente anticipando su llegada. Lo que le sorprendió ver fue que ella no venía sola. Sus ojos se abrieron de sorpresa antes de enderezarse a su altura máxima, tratando de verse lo más noble posible.

Polly, por su parte, informó al cochero dónde había un cobertizo público a la vuelta de la esquina para guardar el caballo y el carruaje antes de tomar la entrada de servicio por la parte trasera del edificio. Sin duda, el cochero de Raven se uniría a ella poco después mientras Raven atendía sus asuntos.

—¿Podrías asegurarte de que se envíe una tetera fresca y algunos sándwiches al despacho de padre? —dijo Lady Alexandra, sorprendentemente fría mientras se quitaba el sombrero y el chal y se los entregaba al mayordomo.

Él asintió en comprensión antes de hacer una reverencia al duque y tomar sus efectos externos. Una vez que sombreros, capa exterior y bastón fueron debidamente guardados, se apresuró por el único pasillo hacia lo que supuso era la cocina de la casa.

—Si desea esperar aquí, iré a ver si mi padre puede recibirle —dijo Lady Alexandra, volviéndose hacia Raven.

Justo en ese momento, un gran revuelo de conmoción llamó la atención de ambos. Dos grandes puertas de roble que daban al vestíbulo antes del pasillo se abrieron de golpe, exponiendo a una multitud de mujeres.

—Alexandra, has traído un invitado a casa contigo —dijo la más joven al frente del grupo.

Él observó cómo la dama se desinfló físicamente al ver que el resto de la casa los había detectado. Sabía que Lord Grebs tenía varias hijas, y esa información junto con las similitudes faciales llevaron a la conclusión de que estas eran las hermanas de Lady Alexandra.

—Su Gracia, permítame presentarle a mis hermanas menores. Esta es Lady Josephine, Lady Williamina y Lady Sophia.

Cada chica hizo una reverencia al duque cuando se mencionó su nombre y él prontamente entregó una inclinación en respuesta una vez que terminaron las presentaciones.

—El Duque de Raven está aquí para discutir algunos asuntos con padre relacionados con el museo —explicó Lady Alexandra a sus hermanas, esperando que eso fuera suficiente y lo dejaran en paz, aunque lo dudaba mucho.

—¿Le gustaría unirse a nosotras en el salón para tomar el té, Su Gracia, mientras Alexandra va a buscar a nuestro padre? —dijo Josephine educadamente.

Lady Alexandra había temido un poco la invitación y le lanzó una mirada penetrante a su hermana. No temía las interacciones de Josephine con el duque, sino más bien las de Sophia. La joven ya estaba prácticamente estallando de emoción en su vestido de lino ante la idea. Josephine levantó una ceja dorada interrogante ante la mirada de su hermana mayor. Sin embargo, era demasiado tarde; la invitación ya había sido hecha.

—Me encantaría, gracias —dijo Raven con una sonrisa deslumbrante, dirigiéndose a entrar en la habitación mientras las hermanas de Lady Alexandra se apartaban de la puerta.

—Haz que Polly nos traiga algunos refrigerios también —dijo Sophia muy importantemente a su hermana mayor.

Siempre le gustaba pretender un aire de superioridad a pesar de su posición en la vida y orden en el hogar. Lady Alexandra apretó los labios para evitar responder. Usualmente era Josephine quien regañaba a su hermana menor por su falta de propiedad, pero incluso ella tuvo el sentido de no hacerlo frente al duque.

Raven solo le dio una mirada más a Lady Alexandra con una sonrisa intrigada antes de entrar en la habitación y dejarla sola en el pasillo. Una vez que se fue, ella dejó escapar un largo suspiro de frustración antes de volverse para buscar a su padre. Cuanto antes viera a su padre listo para su invitado, antes podría sacar a Raven de la presencia de sus hermanas.

Raven se sentó cómodamente en un sillón de respaldo alto con alas en el pequeño pero confortable salón. Las hermanas de Lady Alexandra tomaron sus lugares, una, la más joven creía, con un libro en la mano aunque no lo abrió para leer, otra atendiendo a la costura y la última un poco insegura de qué hacer. Raven estaba encantado con la idea de sentarse con estas damas. Estaba seguro de que podría obtener más información sobre la Lady Alexandra que tanto le intrigaba y confundía.

—Entiendo que solo recientemente ha llegado a la ciudad después de unas vacaciones prolongadas en el extranjero —dijo Lady Josephine, con una mirada agradable.

Aunque Josephine tenía el cabello mucho más oscuro, casi negro, mientras que Lady Alexandra lo tenía castaño, parecían muy similares en sus rasgos en general. Sin embargo, a diferencia de Lady Alexandra, que parecía siempre cargar físicamente un peso invisible, ninguna de sus hermanas parecía compartir mucho de ello.

—Sí. No fueron exactamente unas vacaciones. Más bien fue tiempo para ver el mundo, continuar mi educación y, por supuesto, atender propiedades que mi familia tiene en otros lugares.

—Qué fascinante. Puedo entender por qué te interesaría conocer a mi padre; él también es un gran amante de los viajes por el mundo.

—Espero no estar interrumpiendo al venir con tan poca antelación —dijo Raven rápidamente, aunque el hecho de que las tres damas le prestaran su atención indivisa, excepto Lady Josephine, que mantenía sus manos ocupadas con algunos remiendos, le indicaba que no estaba interrumpiendo mucho.

—En absoluto —dijo Lady Sophia con una amplia sonrisa en los labios.

Raven notó que era muy joven, quizás ni siquiera en edad de debutar en sociedad. Aunque se comportaba con un aire altivo y claramente tenía la confianza suficiente para dar órdenes a su hermana mayor en el pasillo, todavía emanaba un resplandor juvenil en su rostro.

—De hecho, justo estaba diciendo lo mucho que anhelaba hacer una nueva amistad —continuó Sophia—. Josephine mencionó que conociste a nuestra hermana mayor en el baile, aunque ella no tuvo la oportunidad de una presentación. Alexandra parecía bastante reservada al respecto. Lo cual, por supuesto, me hace preguntarme aún más qué sucedió realmente en casa de Sir Hamilton, Su Gracia —insistió Sophia.

—¡Sophia! Esa no es en absoluto una pregunta apropiada para hacerle al duque —dijo Josephine en un tono agudo y susurrado.

Antes de que la hermana menor pudiera replicar, las puertas se abrieron de par en par y entró Polly, comprensiblemente algo sin aliento, con una bandeja de bollos de pasas y una tetera fresca. Fue en ese momento cuando Raven se dio cuenta de que solo tenían una doncella.

La habitación permaneció en silencio en su mayor parte mientras se colocaba la bandeja junto a Lady Josephine, y ella servía las tazas, tomándose solo el tiempo para preguntar al duque sus preferencias.

Lady Sophia parecía ansiosa por volver a sacar el tema del baile cuando se presentara la oportunidad. Raven estaba un poco sorprendido de que Lady Alexandra no hubiera mencionado las circunstancias de su primer encuentro. En todo caso, le hizo ver el problema. Había estado demasiado cansado esa noche para esperar una presentación adecuada con Lady Charlotte y, en su lugar, se presentó audazmente él mismo. El resultado fue una presentación y un baile con la dama equivocada. Lady Alexandra se había sentido significativamente ofendida cuando se dio cuenta del error a mitad del baile, y con razón, pensó él.

Desde ese momento, se había obsesionado y desesperado por conocer más a esta dama, mientras que ella parecía encontrarlo de lo más grosero. Técnicamente, era una suposición acertada sobre el duque, si era honesto consigo mismo. Le importaban poco los requisitos de la sociedad y a menudo se salía con la suya con una adhesión menos que perfecta a las reglas, basándose únicamente en su título.

A Raven le sorprendía que Lady Alexandra no compartiera sus opiniones sobre él con el resto de sus hermanas. Seguramente, en una familia de cuatro jóvenes damas, serían una fuente constante de cotilleos e información compartida. Le hizo preguntarse de nuevo por qué Lady Alexandra parecía tan distante del resto de sus hermanas.

Incluso aquella noche en el baile, mientras las otras dos sin duda pasaban el tiempo con amigas y otros caballeros solteros, siendo una de las pocas oportunidades en que los solteros podían relacionarse, Lady Alexandra se había mantenido al margen con las matronas y las mujeres ya casadas. Parecía haber asumido el papel de madre de sus hermanas menores, aunque no podía ser mucho mayor que ellas.

—¿Sabéis? A menudo frecuentaba el museo de vuestro padre cuando era niño —dijo Raven después de que se sirviera el té, esperando dirigir la conversación hacia otros temas.

Si Lady Alexandra no quería contar a sus hermanas lo que había sucedido en el baile de Sir Hamilton, él ciertamente no lo iba a hacer.

—De hecho, podría decir que mi pasión por los viajes comenzó al recorrer las diversas exposiciones.

—¿Y ha estado allí desde su regreso a Londres, Su Gracia? —preguntó Lady Josephine. Ella parecía igual de feliz por el cambio de tema.

—Sí, asistí esta mañana a la conferencia. Fue allí donde me encontré de nuevo con vuestra hermana.

—¿Y era como lo recordaba? —continuó Lady Josephine.

—En muchos aspectos, supongo que sí —dijo Raven—. Aunque no puedo decir cuán reciente fue el cambio, han pasado muchos años. Supongo que vosotras, señoras, sabréis mejor que yo sobre la rotación de las exposiciones.

—No he estado en el museo desde la infancia —dijo Lady Sophia con desdén.

Raven miró alrededor de la habitación, dándose cuenta de que ninguna de las damas había estado allí en mucho tiempo. Le pareció curioso, ya que había visto a Lady Alexandra dos veces en sus escalones en dos días. Más aún, ella parecía una figura constante y muy involucrada en su funcionamiento diario, mientras que estas tres tenían poca idea de todo eso.

Llegó a la conclusión de que Lady Alexandra también debía cargar sola con el peso de ese lugar sobre sus hombros. No era de extrañar que pareciera tan agobiada. Esta casa ya tenía poca ayuda para su funcionamiento, según sus cálculos. Ella parecía no solo la cabeza de la casa, responsable de sus hermanas de manera maternal, sino que también asumía los roles de su padre sola fuera de estas paredes. No podía creer que ella tuviera todo esto por su cuenta para atender.

—¿Tal vez sepáis que vuestra hermana ha hecho muchos cambios en el invernadero? —preguntó Raven con sinceridad, esperando que no tuvieran idea.

—Ella me ha contado todo al respecto. Me gustaría ir a verlo yo misma alguna vez —dijo Lady Josephine—. Aunque Alexandra seguía diciéndome que esperara hasta que las flores florecieran

esta primavera. Ha estado trabajando muy duro en ello los últimos años.

—¿Pero no compartís la atención a las necesidades del museo?

—Incluso si quisiéramos —dijo Sophia con un toque de irritación—, Alexandra siempre nos pone tareas con libros y demás —añadió, poniendo su propio libro en una mesa lateral.

Raven leyó el lomo para ver que era una compilación de Sócrates.

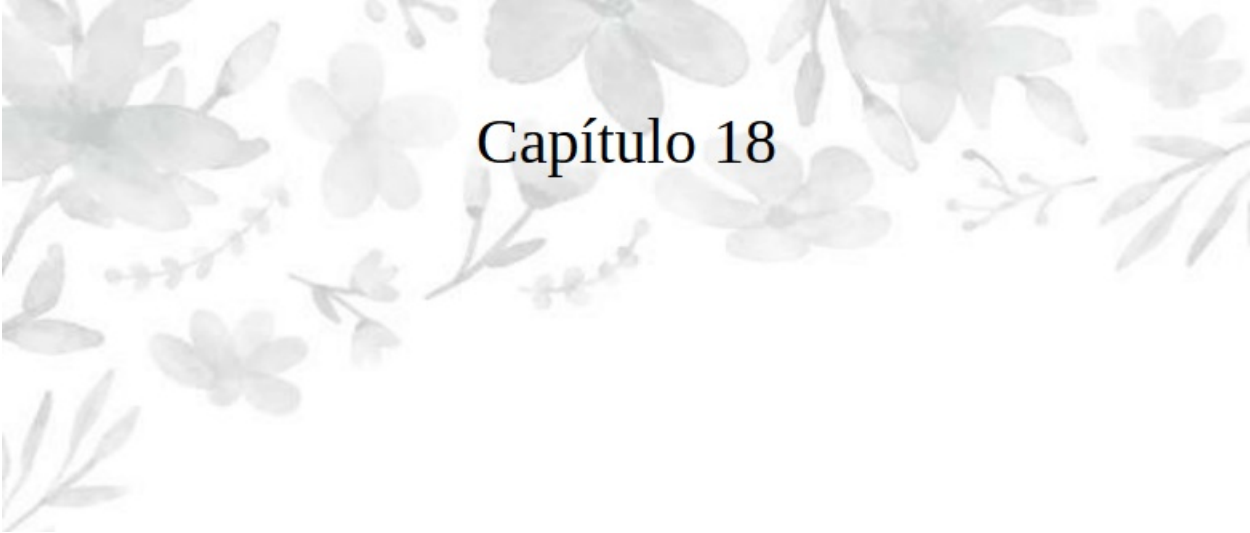
—Alexandra es muy insistente en que atendamos a nuestra educación. Siempre está encontrando nuevo material para que leamos o varios talentos que perfeccionar —dijo Lady Josephine, intentando suavizar la dureza de su hermana menor—. Verás, nuestra madre murió cuando éramos muy jóvenes, y Alexandra ha asumido gran parte de su responsabilidad. La admiro mucho por su disposición a hacerse cargo de la casa y hacerlo de una manera tan magnífica.

Raven pensó que era un poco injusto que Lady Alexandra hiciera tanto, pero al mismo tiempo vio la verdadera admiración que Lady Josephine sentía por ella. Sintió cierto alivio al saber que al menos sus hermanas estaban agradecidas por todo su arduo trabajo.

Abrió la boca para hablar más, pero en ese momento las puertas se abrieron de nuevo.

—Lord Grebs estará encantado de recibirle en la biblioteca, Su Gracia —dijo el mayordomo con una reverencia.

Raven se puso de pie, agradeciendo a su anfitriona antes de salir de la habitación para discutir asuntos con el conde, más decidido que nunca a encontrar una manera de brindar algo de alivio a esta familia.



Capítulo 18

Lady Alexandra esperó varios momentos después de oír el sonido del mayordomo llevando al duque al despacho de su padre antes de salir de la cocina. Pasó el tiempo ocupándose del menú de la semana, de las compras que aún quedaban por hacer y de un montón de cartas recibidas esa mañana.

Siempre clasificaba el correo antes de dárselo a su padre. Algunas cartas desagradables recordándole deudas, facturas por pagar, o incluso eventos sociales que le recordarían a su difunta esposa y a menudo lo enviaban a ataques de tristeza.

Todo esto lo hacía no necesariamente por necesidad en ese preciso momento, sino solo porque quería esperar en la seguridad de la cocina hasta estar segura de que no volvería a ver al duque. Estaba completamente segura de que Sophia debía haberlo acosado con preguntas sobre la noche del baile de Sir Hamilton. Raven no tendría motivos para no contar la historia, y ella prefería no encontrarse con los ojos de Raven con el encuentro fresco en la mente de ambos.

Todavía no tenía idea de qué hacía él en su casa, entablando relación con su padre. Toda esta situación que había comenzado con una identidad equivocada se estaba saliendo rápidamente de control. Perder el control no era algo que Lady Alexandra experimentara a menudo, y estaba segura de que no le gustaba la sensación.

Después de todo, toda su vida y el sustento de su familia dependían enteramente del estricto control que había mantenido todos estos años desde el fallecimiento de su madre y el consiguiente deterioro de la salud de su padre.

Después de clasificar el correo y leer el menú dos veces, ya no tenía más motivos para quedarse en la cocina. Además, podía sentir que el personal, Polly y el cochero en la mesa y la cocinera ocupándose de algunas verduras en una tabla de cortar, no estaban tan cómodos con su presencia en su parte de la casa. Así que, con un profundo suspiro y el valor que le daba saber

que la puerta de la biblioteca estaba firmemente cerrada, salió de la cocina para dirigirse a la sala de estar.

En su mano llevaba varias cartas a las que tendría que responder, lo que sin duda la mantendría ocupada el resto de la tarde. Podía oír el sonido apagado de voces masculinas detrás de la puerta de la biblioteca, e incluso lo que parecía ser risa, algo que no había oído dentro de esas puertas desde hacía tiempo. Apresuró sus pasos más allá de las puertas y directamente hacia la sala de estar con sus tres hermanas.

Por supuesto, en el momento en que entró, todas la miraron con expectación. Sin embargo, ella no dijo una palabra. En su lugar, se dirigió al pequeño armario y sacó su escritorio portátil y se sentó en la silla de respaldo alto. Podía sentir a sus hermanas esperando expectantes a que dijera algo, pero en su lugar, hizo todo lo posible por actuar como si todo fuera normal.

—Sophia, ¿terminaste tu lectura de hoy? —preguntó Lady Alexandra, sin levantar la vista del pergamino y la tinta que había colocado frente a ella.

—En serio, Alexandra, ¿ni siquiera vas a decir nada? —replicó Sophia, atónita.

—¿Decir algo sobre qué? —respondió Alexandra con una mirada de sorpresa a su hermana menor.

—Tal vez algo sobre el apuestísimo duque que te siguió a casa —dijo Sophia con su manera exagerada—. ¿Por qué está aquí? ¿Qué quiere de Padre? ¿Fue al museo a verte? —Sophia continuó disparando pregunta tras pregunta sin pausa para una respuesta.

—Sophia, te vendría bien respirar entre frases; tu cara se está poniendo azul —bromeó Josephine, sacando otra media de la cesta de remiendos.

—Está hablando con Padre sobre el Banquete de la Sociedad Zoológica que le gustaría organizar en el museo —dijo Alexandra, dando un poco de información.

—Oh, qué maravilloso —dijo Josephine, dejando su zurcido por un segundo—. ¿Utilizará tu nuevo invernadero? Sabía que tu idea iba a ser un éxito maravilloso —continuó Josephine con emoción.

—Lo está considerando, sí, pero no creo que nada sea definitivo —dijo Lady Alexandra—. Él mismo dijo que aunque es miembro de la sociedad, no ha asistido desde hace tiempo. No estoy segura de que tenga mucho que decir en el asunto —Alexandra restó importancia, aunque el duque había dejado bastante claro que tendría la decisión final.

—A quién le importa el estúpido museo —dijo Sophia con un giro de ojos—. Dinos, ¿planeó encontrarse contigo esta mañana? ¿Tiene interés en ti? Debe tenerlo. Es decir, bailar en el baile y ahora esto —dijo con un tono obvio de celos.

—Fue por la conferencia del Sr. Lucas. Estoy segura de que no esperaba verme allí en absoluto —replicó Alexandra.

—Eres una pésima mentirosa —le espetó Sophia.

—Y tú eres pésima cuidando tus modales —añadió Josephine, bastante cansada del comportamiento de su hermana menor.

Josephine y Sophia siempre parecían estar en desacuerdo, así que esto no era nada nuevo entre ellas. Aun así, Alexandra quería calmar la situación rápidamente antes de que las voces se elevaran y se escucharan por toda la casa.

—Puedo asegurarte que el Duque de Raven no tiene ningún interés en mí —dijo Alexandra suavemente, como si sus palabras suaves pudieran animar a las demás a hacer lo mismo.

—¿Entonces por qué bailó contigo?

—Por el amor de Dios, Sophia —dijo Alexandra, perdiendo ahora su propia paciencia—. Fue un error. Pensó que yo era Lady Charlotte Wiederhold. Y puedo asegurarte que su interés está en ella y no en mí, ya que los vi en Kensington Gardens ayer.

—Lady Charlotte es encantadora a la vista —intervino Williamina por primera vez esa tarde—. Tendría sentido que le gustara desde el principio.

La habitación adquirió un tono muy sombrío con la declaración.

—Pero está aquí ahora; eso debe significar algo, ¿no? —preguntó Sophia esperanzada.

—Significa que él y Padre tienen intereses similares y nada más. No quiero que le des más importancia de la que tiene —reprendió Alexandra—. De hecho, creo que deberíamos ser muy cautelosas en su presencia.

—¿Por qué? —preguntó Sophia arrugando la nariz, sin que le gustara la idea de que un duque en su casa pudiera ser algo malo—. Tal vez no tenga interés en ti, pero...

—Oh, por el amor de Dios, Sophia —repitió Josephine las palabras anteriores de su hermana mayor.

—Su presencia en nuestra compañía podría despertar algunos rumores muy cuestionables —intentó explicar Alexandra—. Importará poco que no tenga interés en nuestra familia más allá de padre y que ninguna de nosotras esté intentando perseguirlo. Sabes que la gente hablará. No se verá bien que una familia con tres señoritas solteras de fondos cuestionables se ponga en compañía de un duque soltero. No será favorable para ninguna de sus oportunidades. Se los he dicho una y otra vez —continuó Alexandra en un tono de madre que alecciona.

—Sí, lo sabemos —interrumpió Sophia, hundiéndose ligeramente en su asiento—. Nuestra única esperanza es el matrimonio. Si echamos a perder nuestras oportunidades, todas

terminaremos viviendo bajo un puente o algo así —murmuró.

—Hablo muy en serio sobre esto, Sophia —dijo Alexandra, entrecerrando los ojos y dejando la pluma que sostenía en la mano.

—Pero olvidas —añadió Josephine—. Tenemos cuatro damas elegibles, no tres. Tal vez el duque se ha interesado en ti. Puede que no haya tenido la intención de bailar contigo en el baile, como dices, pero claramente ha encontrado algún disfrute en tu compañía. No puedo ver otra razón por la que estaría aquí, por qué usaría tus instalaciones para una sociedad a la que tú misma dijiste que no ha asistido en años.

—No me cuento porque tengo que ocuparme primero de ustedes tres. Y puedo asegurarte que no soy ninguna tentación para el duque, aunque quisiera serlo, que no quiero. Sin duda solo está encontrando entretenimiento en atormentarme, o algún tipo de retorcido proyecto de caridad —dijo Alexandra con resolución.

—No hubo motivo para sus acciones más allá de un gesto amistoso. Tampoco vi malicia en su semblante cuando se sentó con nosotras hoy. No puedo ver otro razonamiento más allá de una intención pura. ¿No puedes al menos estar de acuerdo con ese hecho? —continuó Josephine.

—Tú solo ves lo bueno en las personas —dijo Alexandra con admiración hacia su querida hermana—. Yo, sin embargo, veo las graves consecuencias que sus acciones pueden causar. Buenas intenciones o no, aún necesitamos mantener tanta distancia del Duque de Raven como podamos.

—Solo me centro en lo bueno porque tú siempre temes los peores resultados posibles. Te haría bien ver la bondad en una situación por una vez —dijo Josephine suavemente.

No era la primera vez que su hermana animaba a Alexandra a liberar algo de la tensión, el estrés y la culpa maternal que parecía llevar siempre consigo. En cierto modo, sabía que Josephine tenía razón. Cargaba con demasiado sobre sí misma. Después de todo, Josephine y Williamina ya eran mayores y bastante capaces de asumir algunas de las tareas que ella había asumido y mantenido lejos de ellas desde su infancia.

Quizás era solo por costumbre que continuaba haciendo todo y cualquier cosa para que sus hermanas pudieran llevar la vida normal de una dama. Sabía que cualquier pensamiento de renunciar al más mínimo control que tenía sobre las cosas le daba una gran ansiedad de que el delicado equilibrio que había creado se vendría abajo.

Sin embargo, no era algo que estuviera dispuesta a reconfigurar hoy. En su lugar, la habitación cayó en un silencio contento mientras Alexandra revisaba sus cartas y respondía, sin tener nada más que decir sobre el tema.

Josephine terminó su costura, Sophia se dedicó a un retrato de sí misma en el que estaba trabajando, y Williamina volvió a su práctica de piano. Con el tintineo de las teclas, ninguna de ellas oyó cuando el duque salió de la casa, y Alexandra se alegró de ello. Pasaron el resto de la tarde como solían hacerlo y con un suspiro de alivio Alexandra esperaba que ahora finalmente pudiera dejar atrás toda la agitación de su vida predecible.

Sin embargo, ese no fue el caso, como descubrió cuando la familia se sentó a cenar esa noche. Por primera vez desde que Lady Alexandra podía recordar, su padre se unió a ellas en el comedor. Aunque la repentina aparición dejó a las cuatro chicas sin palabras, no inhibió en absoluto la lengua de su padre.

Pasó toda la comida hablando incesantemente sobre su visitante. Eran más palabras de las que Lady Alexandra había oído salir de la boca de su padre de una sola vez.

—No tenía idea de que pudieran trepar a los árboles —parloteaba su padre con más energía de la que había mostrado en años—, pero el duque dijo que lo vio con sus propios ojos. Qué curioso para una criatura tan grande, ¿no creen? Y el duque también es miembro de la Sociedad Zoológica, ¿sabían eso?

—Sí, padre, lo sabía —respondió Lady Alexandra en la primera pausa desde que se sentó a cenar.

—Quiere usar el museo. Qué maravilloso. Aunque no estoy seguro de que tengamos tiempo suficiente para prepararnos, y, por supuesto, le expresé mis reservas sobre el asunto.

Lady Alexandra se quedó súbitamente inmóvil. ¿Su padre le había negado al duque el uso de las instalaciones? Esperaba que no. Por mucho que hubiera preferido que el hombre fuera removido permanentemente de su presencia, era la compensación que proporcionaría lo que lo hacía una necesidad en su vida. Esperaba que su padre no lo hubiera echado a perder.

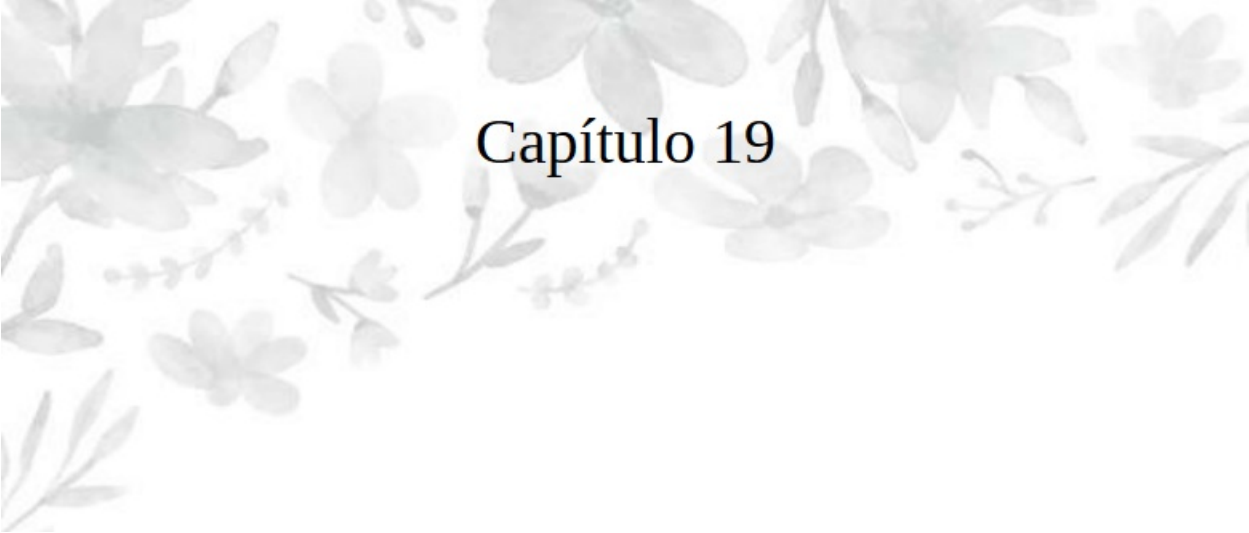
—Espero que no se lo hayas negado —dijo Lady Alexandra con voz ahogada, esperando mantener la calma.

—Intenté hacerlo, pero el hombre insistió bastante. Dijo que enviaría a un abogado mañana para pagar en su totalidad. Mucho más de lo que yo pediría, pero insistió mucho y ¿quién soy yo para discutir? Con los fondos extra quizás finalmente pueda cumplir mi deseo —añadió, frotándose las manos con alegría.

—Hay muchos más usos para los fondos que una jirafa —dijo Lady Alexandra con rigidez.

Aunque tenía casi el control completo sobre todos los aspectos del negocio, al final, era de su padre, y él siempre tendría la última palabra. Se sintió aliviada de que el duque no se hubiera desanimado por la insistencia de Lord Grebs de que no tendrían tiempo para prepararse para el

banquete, aunque no tenía idea de cuán acertado estaba en ese hecho. Aun así, no necesitaba que este atisbo de esperanza de un mejor futuro financiero se desperdiciara en otro cadáver disecado.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the width of the page.

Capítulo 19

—Raven, siento que no te he visto en absoluto estas últimas semanas —dijo la tía Rebecca, encontrándose con él en el pasillo cuando salía del comedor.

Él había planeado tomar su desayuno muy temprano ese día para unirse a los hombres de la Sociedad Zoológica por segunda vez desde su regreso a casa. Lady Rebecca, por su parte, estaba apenas descendiendo la escalera con su vestido de mañana. Él sintió una punzada de culpa por no haber pasado mucho tiempo con ella desde su regreso.

—¿Te vas otra vez? —preguntó ella con desilusión, viendo que estaba completamente vestido para el día y las visitas matutinas.

—Iba a hacerlo —dijo Raven, sacando un reloj de su bolsillo y estudiando la hora.

—¿Qué has estado haciendo? Es demasiado temprano para visitar a Lady Charlotte. No es allí donde te diriges, ¿verdad?

—No, en realidad me dirigía a la Sociedad.

—Bueno, quédate y desayuna conmigo antes de irte —le instó con sus grandes ojos suplicantes.

—Acabo de comer —dudó Raven.

Realmente no tenía tiempo, pero estaba seguro de que los hombres podían pasar al menos la primera media hora de la reunión tratando otros asuntos sin él. Planeaban discutir el menú del banquete para entregárselo al cocinero del museo.

—Sin embargo, podría dedicar unos momentos a sentarme contigo mientras desayunas, si lo deseas.

—Me encantaría —respondió Lady Rebecca, iluminándose de satisfacción.

Raven se dio la vuelta y entró de nuevo en la habitación que acababa de dejar. Sentándose, observó cómo los sirvientes preparaban el lugar para su tía.

—Compláceme y cuéntame qué has estado haciendo estos últimos días. Supongo que los compromisos sociales te mantienen muy ocupado, ¿no? —añadió con un toque de intriga.

Raven no quería admitir que, más allá de su primer paseo por el parque, no había visitado a Lady Charlotte ni una sola vez. Se habían encontrado en algunas reuniones sociales por la noche e intercambiado conversaciones corteses de vez en cuando, pero más allá de lo normal de estar en círculos similares, había hecho poco para cortejarla.

No era que Lady Charlotte no fuera una joven encantadora y apropiada. De hecho, uno podría considerar su comportamiento ya el de una duquesa adecuada. Raven no había esperado menos de la pareja elegida por su tía, y Lady Charlotte tampoco lo había decepcionado.

Sus padres, también, eran muy encantadores, y podía ver fácilmente a ambos llevándose bien con su tía. De hecho, si tuviera que elegir esposa basándose en la comodidad familiar, sabía que Lady Charlotte era la indicada.

Sin embargo, todavía se sentía ligeramente indiferente hacia la dama después de aquel paseo por los Jardines de Kensington y la forma en que habló de Lady Alexandra en el viaje de regreso en su calesa a su casa. Ciertamente había sido una visión inusual la que habían presenciado, y Lady Charlotte estaba en su derecho de sorprenderse e incluso especular al respecto.

No obstante, desde el momento en que conoció a Lady Alexandra, sintió una conexión sobrenatural con ella. Una que ella sin duda no sentía hacia él, si su actitud y opiniones eran un indicador de sus afectos. Aun así, parecía estar continuamente atraído en su dirección.

Los comentarios de Lady Charlotte sobre el evento y la familia de Lord Grebs después de su encuentro solo parecían incomodar a Raven en su opinión sobre la dama, sin que fuera realmente culpa suya.

Apenas entendía esta extraña distancia de Lady Charlotte y de ninguna manera podía expresársela a su tía. No solo estaba ella muy involucrada en esta conexión, sino que también se oponía abiertamente a su asociación con la familia de Lord Grebs.

No era que Lady Rebecca pensara que su familia y círculos eran de un estatus demasiado superior para codearse con una familia titulada empobrecida. Raven nunca había visto a su tía tomar una opinión tan crítica de nadie, sin importar su situación en la vida. Era su profunda pasión por Lady Charlotte y por que él hiciera pareja con ella lo que estaba en juego.

Raven no estaba completamente seguro de por qué este emparejamiento en particular era tan crucial para su tía. Le había preguntado en varias ocasiones por qué le importaba tan profundamente ahora de todos los momentos. Cada vez que surgía la conversación, Lady

Rebecca daba la misma respuesta vaga sobre el paso de su edad y el deber maternal de mantener en nombre de su madre.

Aunque no consideraba que mintiera en su razonamiento, también sabía que esas simples excusas no podían ser toda la verdad del asunto. Sin embargo, su tía le había dado mucha privacidad en su propia vida y la libertad de hacer su voluntad; no iba a empezar a entrometerse en la vida y los motivos de su tía ahora.

—Se podría decir que sí —respondió Raven vagamente a su tía—. Te dije que también estoy organizando el banquete para la Sociedad Zoológica, ¿no? —añadió como una ocurrencia tardía.

—Sabía que estabas mostrando más interés en las reuniones mientras estás en la ciudad, pero no creo que me lo hayas dicho.

—Bueno, fui al Museo de Maravillas Naturales de Londres. Apparently, han convertido su sala de invernadero en algo más que un jardín interior. Creo que el museo espera extender sus servicios para utilizar el gran espacio para eventos públicos y privados.

—¿Te refieres a esa monstruosidad de cristal que se eleva sobre los edificios circundantes? Siempre lo he considerado un poco desagradable a la vista, si soy sincera —dijo Lady Rebecca, untando mantequilla en un panecillo.

—Puede que no sea muy agradable de ver por fuera, pero te aseguro, querida tía, que dentro de su estructura es impresionante. En lugar del habitual jardín para pasear con algunas variedades de mariposas, se ha transformado completamente en los últimos años. Lo han convertido en una especie de paraíso tropical. Incluso tiene algunas criaturas exóticas en su interior para entretener, incluido un loro bastante talentoso.

—¿Y qué tiene que ver todo esto con tu Sociedad? —dijo Lady Rebecca con ligera agitación.

—Bueno, naturalmente pensé que sería un lugar perfecto para el banquete de la Sociedad. Sería el primer uso del lugar para un evento. Creo que podría ayudar a difundir un poco la palabra sobre la oportunidad que hay allí.

—¿Y los otros miembros de la Sociedad están de acuerdo con esto? Me parece un poco poco ortodoxo, si me lo preguntas.

—No veo por qué. Es una sociedad basada en el estudio de los animales. Ciertamente, un lugar como el Museo de las Maravillas Naturales sería un lugar obvio.

—Estoy segura de que tú sabes mucho más sobre el asunto que yo —dijo su tía, resignada—. Solo espero que no ocupe demasiado de tu tiempo, Raven —añadió más como advertencia.

—Te prometo que no lo hará —Raven apaciguó a su tía.

—Bien. Entonces me gustaría repasar algunos compromisos para la próxima semana. Naturalmente, conoces la mayoría de estos. Lord y Lady Jocasta nos invitaron a una cena privada. Sé que ya te lo he mencionado una vez —añadió rápidamente, al ver que su sobrino suspiraba ante la mención—. Solo te lo recuerdo de nuevo para que no tengas excusa para librarte. Lady Jocasta es una dama muy amable. Su salud no le permite salir mucho, y sé que le alegraría ver en el hombre en que te has convertido.

—Por supuesto, tía. Iré entonces —dijo Raven, aunque no tenía ningún deseo de pasar una velada sentado con la pareja bastante entrada en años.

Lord Jocasta no podía oír una palabra de lo que se le decía incluso cuando se le gritaba. Las conversaciones con él eran a menudo una mezcla de gritos y sus respuestas seguían siendo completamente diferentes a la pregunta formulada. Y eso fue, por supuesto, hace años la última vez que Raven los vio. No podía imaginar cuánto había empeorado su audición desde entonces.

Lady Jocasta tenía un gran cariño por los gatos. Raven suponía que era para tener alguien con quien hablar además de su marido, ya que la dama trataba a los diversos animales como miembros de la familia. Lady Jocasta había sido una especie de mentora para su madre y su tía en sus años más jóvenes, y su tía siempre se había asegurado de mantenerse en contacto con la dama.

Cuando era un muchacho, a menudo lo arrastraban a la casa de los Jocasta, donde se sentaba entre gatos y escuchaba a las mujeres charlar. No sería lo que él consideraría una velada que valiera la pena, pero aun así iría por su tía.

—Es el jueves, dentro de una semana a partir de mañana. Por favor, asegúrate de que estarás allí —añadió Lady Rebecca para mayor seguridad.

—Por supuesto.

—Además, ya que estamos hablando del jueves. Mañana hay una representación de Carlotta en la ópera. Tengo buena información de que Lord y Lady Derber planean asistir. Naturalmente, Lady Charlotte estará allí con sus padres. Serás un encanto y vendrás conmigo, ¿verdad?

—Sabes cuánto detesto el teatro. Los gatos de Lady Jocasta son tortura suficiente para una temporada.

—Theodore Hendricks, Lady Jocasta no es una tortura —dijo Lady Rebecca, dejando caer su muffin a medio comer en el plato, sorprendida.

—Sus gatos ciertamente lo son —murmuró Raven entre dientes. Sabía que era mejor no contradecir a su tía en un volumen que ella pudiera oír cuando usaba su nombre de pila.

—No te estoy pidiendo que disfrutes de la ópera, solo que asistas. Es vital no solo para tener otra oportunidad de relacionarte con Lady Charlotte, sino también para mostrar a sus padres que te he criado para ser un caballero educado y sofisticado.

Raven podría haber adivinado que esta sería la táctica que usaría su tía. Cada vez que le pedía que hiciera algo que realmente no quería hacer, siempre encontraba una manera de convertirlo en una forma de demostrar que había cumplido con su deber correctamente. Nunca podía negarse a ella con esto. Sería como si estuviera diciendo que ella le había fallado de alguna manera.

—Está bien, iré, pero te prometo que estaré de muy mal humor toda la noche.

—Bien —repitió Lady Rebecca—. Solo procura mantener tu disposición para ti mismo.

—Lo intentaré con todas mis fuerzas —respondió con una sonrisa forzada.

—Bien. También hemos sido invitados a una pequeña cena en casa de Lord Eagleton. El día después de los Jocasta. Me temo que podría ser demasiado, pero sé que eres amigo cercano de Lord Bembury y supongo que querrás asistir.

—El joven Charles se quedó en el campo con su esposa este año —informó Raven a su tía—. Creo que está esperando otro hijo.

—¿Cuántos hijos son ya? —preguntó Lady Rebecca, un poco escandalizada por la idea.

—El cuarto —respondió Raven, aunque estaba radiante por la buena fortuna de su amigo más cercano.

—¿Entonces no asistiremos? ¿Puedo enviar mis condolencias?

—En realidad, me gustaría asistir. Estoy seguro de que tienes más derecho a excusarte de la velada, pero yo planeo ir.

Lady Rebecca se encogió de hombros ante esto, y terminaron el resto de la comida hablando sobre los próximos compromisos y varios eventos que Lady Rebecca había planeado para su día.

Raven se alegró de que ella no pensara en considerar por qué estaba tan decidido a asistir a una cena de la familia de un amigo cercano cuando él ni siquiera estaría presente. Desde el momento en que su tía mencionó los arreglos de la cena, solo un pensamiento había entrado en su mente. Existía la posibilidad de ver a Lady Alexandra de nuevo.

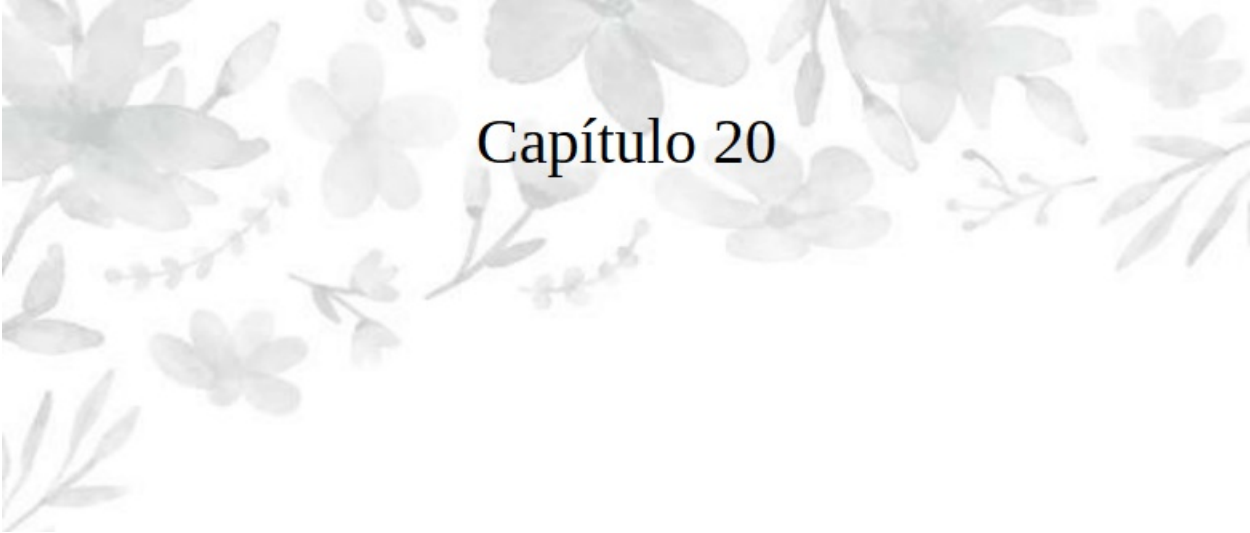
Ahora sabía muy bien que Lady Alexandra era una amiga cercana de la joven esposa de Lord Eagleton. Tendría sentido que Lord Grebs y sus hijas también fueran invitados a una pequeña cena de amigos cercanos. Al menos eso era lo que Raven esperaba.

No había hablado ni siquiera visto a Lady Alexandra desde el día de la conferencia en el museo, a pesar de que siempre se encontraba escrutando las habitaciones en busca de ella. No tenía excusa para visitarla en este momento sin levantar más alarma en su tía por hacerlo.

Después de reunirse con Lord Grebs, quien parecía un recluso muy retraído pero no del todo un hombre terrible para conversar, no tuvo ocasión de regresar a la casa de la ciudad. Su abogado había cumplido con su deber al día siguiente, llamando a Grebs y liquidando la cuenta en su totalidad antes del banquete y con una suma considerablemente mayor de lo que el conde había pedido, todo por órdenes de Raven.

Sabía que era un acto descarado de dar a una familia que ciertamente lo necesitaba. Aunque lo había hecho por un gran deseo de ayudar a aliviar algunas de las preocupaciones de Lady Alexandra, también tenía la inquietante sensación de que ella podría estar bastante furiosa con él por ello.

Aunque lo había hecho con buena intención, no podía evitar anticipar el momento en que volviera a ver a la dama, incluso si fuera con sus ojos color miel entrecerrados con desdén, el pecho hinchado en un orgulloso odio hacia su amable acto. No parecía el tipo de persona que pidiera ayuda o la aceptara cuando se le ofrecía. Una parte de Raven en realidad se deleitaba con el hecho de que, a pesar de su naturaleza obstinada, había encontrado una manera de sortear sus muros para proporcionarle una pequeña porción del alivio que tan desesperadamente necesitaba.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top edge.

Capítulo 20

Lady Alexandra apenas había tenido un segundo para comer o dormir durante las últimas semanas. Sus días estaban llenos de tarea tras tarea preparando el banquete de la Sociedad Zoológica. Normalmente sin tiempo para descansar entre una y otra, iba directamente de sus diligencias diarias a las reuniones sociales con sus hermanas.

Para su gran alivio, Josephine se había encargado de que ella y su hermana menor Williamina estuvieran listas para los eventos nocturnos cuando Lady Alexandra finalmente llegaba a casa.

Josephine también estaba haciendo todo lo posible para asegurarse de que Sophia atendiera sus lecciones durante el día y no causara problemas antes de sus eventos.

Lady Alexandra sabía que se estaba quedando terriblemente atrasada en sus deberes domésticos habituales, y solo tenía el conocimiento de que una vez finalizado el banquete, podría volver a ellos y poner la vida en orden para la casa Woodley.

Esta noche era la primera vez que realmente esperaba con ansias asistir a una reunión social después de un largo día de trabajo. Asistiría a una cena privada en la casa de Lord y Lady Eagleton.

Lady Alexandra esperaba con ilusión ver a su querida amiga de nuevo, ya que había cruzado menos de un puñado de palabras con ella desde el baile de Sir Hamilton. Tenía tanto estrés y ansiedad por el próximo banquete, sin mencionar la culpa por los deberes que dejaba sin hacer, acumulándose en su interior, que comenzaba a causarle un desgaste físico a Alexandra.

Por mucho que a Lady Alexandra le hubiera gustado descargar su mente de estas cosas durante las últimas semanas, no se sentía cómoda haciéndolo, ni siquiera con Josephine. Solo con Regina Lady Alexandra se sentía lo suficientemente cómoda como para compartir todos sus sentimientos.

Lady Alexandra caminaba con un resorte en su paso, después de cambiarse para la noche, hacia el carruaje que esperaba afuera. Sus hermanas no estaban muy lejos detrás. Esta noche era justo lo que necesitaba para rejuvenecerse y atravesar el tramo final de los preparativos.

En general, el nivel de emoción era bajo para el resto de las chicas Woodley. Incluso Sophia asistiría esta noche, ya que era una cena privada de amigos cercanos. De hecho, las tres chicas más jóvenes habían visto poca emoción desde la repentina llegada del duque a su hogar y no esperaban nada diferente de la cena de esta noche.

—Ah, Lady Alexandra Woodley —saludó Lord Eagleton a su llegada a su casa.

El salón de los Eagleton ya estaba lleno con media docena de invitados con jerez en mano.

—Buenas noches, Lord Eagleton —dijo Lady Alexandra con un tono curioso y una reverencia a su anfitrión.

Sabía poco sobre Lord Eagleton más allá de lo que Regina había compartido con ella. De esa información y sus pocas interacciones con él, lo encontraba un anfitrión muy amable, un esposo bondadoso y un padre amoroso para sus dos hijos.

—Estoy tan contento de que haya llegado esta noche. Lady Eagleton ha estado muy sola sin sus visitas estas últimas semanas. Me dice que está muy ocupada con una especie de proyecto —continuó Lord Eagleton, caminando con ella hacia la dirección de su esposa.

Lady Alexandra divisó a su querida amiga en el momento en que entró en la ornamentada sala recientemente redecorada al estilo francés. Lady Eagleton estaba ocupada hablando con un caballero alto que daba la espalda al grupo que se acercaba de Lady Alexandra.

—He estado muy ocupada últimamente, pero no lo llamaría una especie de proyecto. He estado atendiendo las necesidades del museo de mi padre.

—¿En serio? He estado pensando en pasar a visitar a su padre de nuevo. Estoy seguro de que ha pasado una eternidad desde la última vez que lo vi. ¿Por qué nunca sale de su casa?

Lord Eagleton, aunque probablemente de la edad de su padre, nunca había estado en círculos similares. Fue solo con la conexión hecha entre ella y Regina que el Conde de Eagleton incluso hizo el conocimiento de él.

—Tristemente, sus nervios se dañaron gravemente por la muerte de mi madre. No se ha sentido con suficiente salud desde entonces.

—¿Ni siquiera lo suficiente para acompañarnos esta noche? —dijo Lord Eagleton con un toque de duda.

En toda honestidad, Lady Alexandra ni siquiera le había dicho a su padre dónde iban a cenar o pensado en incluirlo en la invitación. Estaba tan acostumbrada a que él rechazara cualquier salida

que ya no le preguntaba.

—Supongo que eso es lo que la deja tan ocupada con los asuntos del museo este año.

—Bueno, he estado atendiendo las necesidades del museo durante algún tiempo —dijo Lady Alexandra en voz baja. Temía que fuera demasiado orgulloso anunciar tal información mientras se acercaban a Regina y su compañía actual—. Este año simplemente ha incluido un desafío adicional. No me malinterprete, uno que estoy muy emocionada de ejecutar, pero que consume mucho tiempo, no obstante.

—Bueno, espero que no la mantenga alejada por mucho tiempo —dijo Lord Eagleton, concluyendo su conversación ya que habían llegado a su objetivo—. Lady Eagleton está bastante sola sin usted. Me temo que ha hecho pocos amigos fuera de su conexión.

—Supongo que somos muy similares en ese aspecto —dijo Lady Alexandra, sonriendo a su amiga que ahora había llegado a su lado—. Puedo asegurarle que terminaré con las tareas adicionales en el museo dentro de una quincena y, con suerte, después de este primer intento, la regularidad de la tarea suavizará el costo de tiempo.

—O al menos conseguir algo de ayuda con sus tareas —dijo Lord Eagleton con preocupación en sus ojos—. No es bueno que una dama esté al timón de un negocio, especialmente sola. Seguramente debe haber un caballero que pueda encargarse del trabajo de su padre.

—No podría estar más de acuerdo, aunque estoy seguro de que ninguna tarea, sea trabajo de hombre o no, sería un gran desafío para Lady Alexandra —dijo el caballero, girándose para mirarlos.

Lady Alexandra no necesitó ver su rostro para saber que era el Duque de Raven quien hablaba. Bajó la mirada, sintiendo el calor de la vergüenza subiendo a sus mejillas. No quería que él de todas las personas escuchara esa conversación. ¿Y si le quitaba ahora su comisión del banquete porque pensaba que ya no estaba a la altura de la tarea?

—Ah, Raven, creí haberte oído antes, pero no me di cuenta de que habías llegado —dijo Eagleton, dando una palmada amistosa en el hombro del duque—. Típico de ti, escabullirte con mi esposa en lugar de con alguna de las muchas damas elegibles que hay aquí esta noche.

Lady Alexandra echó un vistazo al duque y se sorprendió al ver que estaba un poco ruborizado por el comentario.

—Solo estaba conociendo un poco mejor a Lady Eagleton. Apenas habíamos cruzado dos palabras cuando usted llegó.

—Si usted lo dice, Su Gracia. Sin embargo, le advierto —añadió con un brillo en los ojos y llevándose un dedo a la nariz—, que con mis dos hijos casados o ausentes, me he propuesto

como misión personal su futuro.

Eagleton le guiñó un ojo a Raven y le dio una última palmada en el hombro antes de girarse para saludar al siguiente grupo de invitados que entraba en la sala.

Ella esperaba que Raven también se excusara, dejando a Regina y Alexandra solas para hablar, pero aparentemente él no tenía ningún deseo de apartarse del pequeño grupo.

—Querida mía, ha pasado tanto tiempo —dijo Regina, tomando la mano de Alexandra entre las suyas y apretándola suavemente para darle ánimo.

—¿Es cierto entonces? ¿Has estado trabajando hasta el agotamiento por mi culpa? —dijo Raven, clavando sus ojos oscuros y estrechos en ella.

—No diría eso, no —respondió Lady Alexandra, aunque no pudo sostenerle la mirada—. De hecho, Su Gracia, le estoy muy agradecida. Este banquete inspirará muchos más usos de las instalaciones, estoy segura de ello.

—Aun así, no es una tarea que deba asumir una mujer sola —dijo Raven, sin escuchar su evasiva. Frunció el ceño mientras pensaba.

Lady Alexandra estaba segura de que iba a retirar el encargo por completo. No tenía idea de qué haría en ese caso, ya que ya había gastado una buena parte de los honorarios que le habían dado en contratar personal y poner la cocina en funcionamiento.

—Supongo que solo hay una cosa que hacer al respecto —dijo Raven con un profundo suspiro. Ambas mujeres miraron hacia el duque, anticipando sus siguientes palabras.

—Vendré a visitarla por la mañana para ver cómo podemos aligerar su carga.

La boca de Lady Alexandra cayó al suelo por un segundo. No era en absoluto lo que esperaba que dijera cuando empezó esa frase.

—Lo siento, Su Gracia, pero no creo que sea prudente que usted asista en los preparativos de un banquete para el que me ha contratado, quiero decir, ha contratado al museo de mi padre, para planificar.

—Creo que es una idea espectacular —dijo Lady Eagleton, juntando las manos con alegría.

—¿Cómo es posible? —dijo Lady Alexandra, volviéndose hacia su amiga.

De todas las personas en el mundo, Regina era la única que conocía la humillación que había sufrido a manos del duque. Por supuesto, Lady Alexandra no había tenido la oportunidad de contarle a Lady Eagleton todas las otras acciones nefastas que el duque había cometido.

Necesitaba explicar que el duque intentaba parecer un caballero cortés externamente, pero tenía sus propios motivos. Raven solo la estaba usando como una especie de entretenimiento secundario en lo que de otro modo se consideraría una temporada aburrida en Londres. El duque

había dejado claro que detestaba la ciudad cuando podía disfrutar de las aventuras que el mundo tenía para ofrecer fuera de sus sofocantes límites.

Ninguna de esta información había sido transmitida a su querida amiga, lo que seguramente cambiaría su opinión sobre el asunto actual. Aun así, el único acto vergonzoso en el baile de Sir Hamilton debería haber sido suficiente para que su amiga percibiera que cualquier excusa para reunirlos durante cualquier cantidad de tiempo no era deseada por parte de Lady Alexandra.

—Bueno, las opiniones del duque sobre cosas como el menú tendrían gran importancia, ¿no es así? Creo que él está tan interesado en el éxito de este banquete como usted, aunque por razones diferentes, naturalmente. Solo parecería apropiado.

El duque, satisfecho con la explicación de la dama, asintió en señal de aprobación. Estaba radiante ante la idea, y Lady Alexandra solo podía adivinar las burlas y la alegría que ya estaba planeando a su costa.

Por supuesto, ella no podía rechazar tal oferta. Después de todo, era su banquete. Sin mencionar el hecho de que él era un duque. Podía participar en casi cualquier cosa que quisiera, con pocos que pudieran negárselo.

—Pero seguramente está demasiado ocupado. No me atrevería a pedirle algo así cuando sin duda tiene compromisos más importantes que atender —dijo Lady Alexandra en un torrente de palabras.

Estaba entrando en pánico y desesperada por encontrar cualquier forma de negarle la oportunidad de torturarla en el futuro previsible, y en ese momento estaba divagando de manera bastante ridícula.

—Tonterías. Nada es más importante que asegurarme de que haga bien esta cena. He sido una figura silenciosa en la Sociedad estos últimos años. Aunque agradecen mis contribuciones, eso no significa que sean del todo acogedores con mi presencia física. Esto es justo lo que necesito para ganarme de nuevo el favor de los caballeros. Algo que deseo particularmente en este momento.

Lady Alexandra abrió la boca para encontrar otra objeción, pero Lady Eagleton habló primero antes de que pudiera hacerlo.

—¿Y qué es lo que espera de la Sociedad, Su Gracia?

—Una expedición africana.

—Seguramente puede hacerlo y lo ha hecho sin su apoyo —intervino Lady Alexandra.

—Cierto, pero esta tiene una importancia significativa. El Príncipe Regente ha pedido una mayor participación en la colonia del Cabo de Sudáfrica. Ha solicitado a la Sociedad Zoológica

que envíe una expedición a las áreas circundantes para encontrar las tierras más seguras para los asentamientos.

—Qué interesante —animó Lady Eagleton—. ¿Y cuál será su propósito? Mapear el área, supongo?

—Un poco de eso, sí. Sin embargo, principalmente se nos ha pedido que inspeccionemos la zona en busca de vida silvestre. Estoy seguro de que puede imaginar cuán peligrosas pueden ser las criaturas —añadió con una sonrisa encantadora—. Nuestro trabajo es catalogar las criaturas que frecuentan o habitan el área. También estaremos haciendo tratados territoriales con las tribus locales que puedan estar en las cercanías para establecer áreas de asentamiento para los hombres que llegarán poco después.

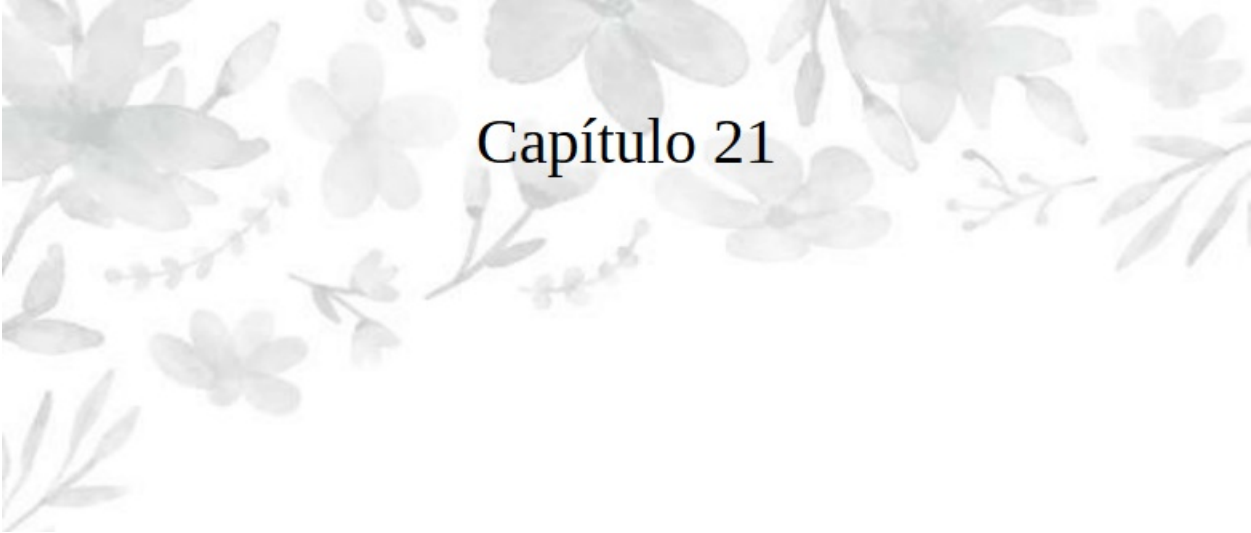
—Parece una tarea bastante peligrosa —dijo Lady Eagleton con verdadera preocupación por su nuevo conocido—. Seguramente a su tía no le agrada la idea de que vaya a las tierras salvajes de Sudáfrica, ¿verdad?

—En realidad, aún no se lo he contado a nadie, excepto a ustedes dos. Supongo que solo estoy esperando para ver si tengo suficiente influencia en la Sociedad como para postularme para el trabajo. Es muy codiciado por muchos de los miembros de la Sociedad.

—Bueno, entonces claramente será una buena combinación para ambos —dijo Lady Eagleton, sonriendo entre el duque y Lady Alexandra.

Alexandra poco podía hacer a estas alturas para detener al duque del camino que estaba tomando. Simplemente sonrió tan dulcemente como pudo en respuesta.

Tenía pocas dudas, por el brillo en los ojos de Lady Eagleton, de que su querida amiga pensaba que le estaba haciendo un gran favor de casamentera al fomentar la continua conexión entre los dos. Si Regina solo supiera las verdaderas intenciones del duque como las conocía Lady Alexandra, estaba segura de que su amiga nunca habría ayudado a fomentar tal cosa.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, set against a white background.

Capítulo 21

Raven tomó su lugar en la elegante mesa de Lord Eagleton y observó la sala. Hubiera deseado poder sentarse más cerca de Lady Alexandra, pero sabía que tal cosa no sería posible.

Estaba seguro de que, desde el momento en que escuchó su voz flotando hacia él esa noche, toda su perspectiva de la velada se había elevado.

No es que hubiera esperado que fuera una noche miserable. Viniera o no la dama, como él esperaba que lo hiciera, sabía que la noche sería un agradable respiro de sus compromisos hasta el momento.

Primero, estuvo la ópera que se vio obligado a soportar por el bien de una breve conversación con Lord y Lady Derber y su hija, Lady Charlotte, después.

Si la ópera en sí no había logrado aburrir a Raven hasta la muerte, entonces la extensa explicación de Lady Charlotte sobre cuánto la adoraba, con varias repeticiones como ejemplo, ciertamente lo hizo. Por qué la mujer insistía en repetir partes de ella, e incluso traducir el francés de la ópera al inglés, estaba más allá de su comprensión.

Claramente, todos conocían el idioma lo suficientemente bien como para no necesitar su guía sobre el significado de cada diálogo. A pesar de la irritación de Raven ante esta acción, parecía que todos los demás en la conversación lo disfrutaban enormemente.

No, no lo disfrutaban, sino que lo alentaban. Era como si los padres de Lady Charlotte y su tía insistieran en que Lady Charlotte le mostrara todas y cada una de sus exquisitas cualidades y talentos para ganarse a Raven.

Sin embargo, la noche lo había llevado a una sola conclusión. Importaría poco qué méritos o talentos tuviera una dama. Él quería a alguien con quien pudiera realmente compartir una vida. Las cualidades amables servirían de poco en una unión si no tenían un interés común en ella.

Raven no podía decir honestamente si Lady Charlotte tenía pasión por la ópera, o por el francés, ya que todo lo que parecía hacer era con el simple propósito de exponer todas sus buenas cualidades y nada más.

Consideraba esto más irritante que encontrar a una persona que tuviera opiniones opuestas a las propias. Al menos, en ese caso, uno podría acordar estar en desacuerdo sobre el asunto. Lady Charlotte no parecía tener un deseo genuino, opinión o pasión por nada salvo mostrar la mejor fachada posible al mundo.

Sorprendentemente, fue esa misma noche cuando Raven se dio cuenta de que nunca podría considerar a Lady Charlotte como una buena pareja para él, sin importar cuánto lo deseara su tía, o cuán bien se viera en la superficie.

Ese era también otro asunto que Raven aún tenía que tratar con su tía. Comenzaba a sentir más distancia de su querida cuidadora de la infancia que nunca antes, incluso con océanos de por medio.

Todavía había este impulso desconocido que empujaba a su tía a promover a Lady Charlotte ante él. Estaba seguro de que hasta que descubriera el razonamiento, y una manera de rectificarlo, tendría pocas posibilidades de convencer a su tía de que ella no era la elección correcta para él.

Miró hacia el extremo de la mesa entre la luz de las velas, los platos humeantes y la charla de los invitados para encontrar a Lady Alexandra en el extremo opuesto. Estaba sentada junto a su amiga Lady Eagleton con sus hermanas a su lado. La mesa realmente no estaba tan llena, ya que era una fiesta íntima y ciertamente no más de tres personas separaban los asientos entre Raven y Lady Alexandra. Aun así, deseaba tenerla más cerca para poder escuchar lo que le estaba diciendo discretamente a Lady Eagleton.

Fue después de la ópera cuando Raven decidió dejar de luchar contra su fascinación por Lady Alexandra. La revelación había sido como si una niebla se hubiera disipado para revelar un día brillante y soleado.

Lady Charlotte había sido superficial e insípida. Ciertamente cumplía con todas las características de una dama apropiada, pero más allá de eso, no veía nada más que una cáscara vacía.

Lady Alexandra, por otro lado, era feroz en su determinación de prosperar a pesar de las cartas que la vida le había repartido. Más que eso, se había convertido decididamente en la persona que quería ser. Lo encontraba un rasgo muy admirable.

Uno del que no podía evitar sentir un poco de envidia. Raven había viajado por todo el mundo en parte porque tenía el amor de su padre por la aventura y el deseo de ver más allá del horizonte siempre en expansión. No era solo esto lo que lo impulsaba a moverse y buscar lo nuevo continuamente.

Sabía que parte de él también estaba buscando ese lugar que sentía correcto. El lugar donde podría bajar sus propias defensas y ser el verdadero yo que era en su interior. Estaba buscando su hogar.

Hasta ahora, no lo había encontrado en un lugar. Estos encuentros embriagadores con Lady Alexandra le habían mostrado que un lugar que una vez había despreciado y odiado volver podía ahora ser una alegría que anticipaba cada mañana. Todo gracias a la persona que había entrado en su vida y no al lugar en el que se encontraba.

Era un pensamiento curioso que se estaba gestando en él. Si nada surgía de estos sentimientos que estaba desarrollando por Lady Alexandra, al menos tendría una admiración por la dama y este nuevo sentimiento que ella plantaba en su corazón. Ya no consideraba que ese santuario pacífico y seguro del hogar de uno fuera un lugar físico destinado solo para ti, sino más bien una sensación provocada por las personas que uno elegía para rodearse.

Mientras disfrutaba de la comida y la conversación proporcionada, Raven no pudo evitar sentir por primera vez que estas personas eran aquellas a las que pertenecía. Solo deseaba que su tía se hubiera unido a ellos y entonces estaba seguro de que la noche se habría sentido completa.

La cena de la noche anterior, sin embargo, con su anciana amiga la había agotado bastante. No solo eso, sino que había salido de la casa con lo que ella llamaba el comienzo de un resfriado. Raven se preguntaba si en cambio era una reacción a los gatos. Especialmente desde que se habían añadido dos más a la casa desde la última vez que su tía visitó a su amiga.

Una vez terminada la cena, Eagleton había persuadido a su nueva esposa para que interpretara una canción para sus invitados, aunque ella insistía bastante en que nadie querría escuchar tal cosa.

Entre abucheos y vítores alrededor de la mesa, Lady Eagleton finalmente aceptó la tarea. Todo el grupo regresó expectante al salón para encontrar el pequeño pianoforte ya colocado y las sillas dispuestas en preparación para que todos los invitados escucharan.

—Lady Williamina, ¿serías tan amable de tocar para mí? No podría soportar cantar sin acompañamiento, y tu hermana no deja de hablar de tu gran talento.

Lady Williamina se sonrojó ante la perspectiva. Incapaz de hablar, simplemente asintió con la cabeza en señal de aprobación y tomó asiento frente al piano. Las dos tardaron unos momentos

en decidir una canción mientras el resto de los invitados ocupaban sus asientos.

Raven hizo todo lo posible por encontrar una manera de acercarse más a Lady Alexandra de lo que había estado durante la cena. Le habría gustado compartir una conversación más íntima con ella antes de presentarse mañana por la mañana.

Sin embargo, se encontró sentado entre Lord Eagleton por un lado y la hermana menor de Lady Alexandra, Sophia, por el otro, con la dama en cuestión junto a la joven.

Raven hizo todo lo posible por mantener su atención en Regina y su voz delicadamente hermosa, pero a menudo se encontraba desviando la mirada hacia Lady Alexandra. Estaba embelesado por su rostro. Tenía la expresión de una madre orgullosa mientras observaba a su hermana tocar el piano e incluso se puso visiblemente nerviosa cuando la pieza la llevó a través de una parte particularmente difícil. Se relajó de nuevo, esbozando una sonrisa de perlas blancas cuando Lady Williamina superó el pasaje sin ningún percance.

Una vez terminada la pieza, Raven aplaudió con entusiasmo junto con el resto del público y se puso de pie para volverse hacia Lady Alexandra. Inesperadamente, Lady Sophia permaneció en su camino.

—Su Gracia, mi hermana Williamina y yo íbamos a comenzar una pequeña partida de cartas, y nos preguntábamos si le gustaría unirse a nosotras —dijo, mirándolo con pestaños coquetos.

Raven le sonrió a la joven. No se podía negar que poseía belleza incluso a su corta edad. Estaba seguro de que cuando llegara el momento de que se incorporara a la sociedad de manera formal, estaría rodeada de jóvenes pretendientes suplicando por su atención.

Ella parecía ser consciente de ese hecho también. Lady Sophia había elegido un vestido de suave seda azul para la velada y, aunque tenía un escote ligeramente bajo para alguien de su edad, decidió prescindir del fichú para cubrirlo. Más aún, había complementado su vestido con una cinta azul real en la cintura imperio y entrelazada en sus oscuros mechones de cabello.

Lady Sophia sin duda estaba allí para hacerse notar esa noche por alguien. Lady Alexandra, en contraste, llevaba un sencillo vestido de seda color oro rosado con ribetes de encaje. No había nada que adornara su apariencia o acentuara sus rasgos. Sin embargo, era ella quien parecía robarle el aliento a Raven.

—Estaré encantado de unirme a ustedes —respondió Raven—. Aunque supongo que necesitaremos un cuarto jugador —añadió, esperando incluir a Lady Alexandra.

Sin embargo, ella pareció prestarle poca atención y comenzó a caminar en dirección opuesta para encontrarse con su amiga y felicitar a Lady Eagleton por tan excelente concierto de la noche.

—El señor Jamison estará encantado de complacernos, estoy segura —dijo Lady Sophia, poniéndose de puntillas y pronunciando el nombre lo suficientemente alto como para captar la atención del caballero.

Él había estado esperando torpemente un momento para que los otros invitados se dispersaran de sus asientos, una fila delante del duque.

Raven no había hablado con el señor Jamison más allá de las presentaciones iniciales de la noche. Sabía que Jamison era el hijo del conde de Hawthorne y planeaba entrar en el empleo como clérigo. Su hermano mayor ya había asumido el título de su padre tras su muerte dos inviernos atrás.

—Estaría más que encantado de unirme a su grupo, Lady Sophia —dijo el señor Jamison con otra torpe reverencia y una mirada furtiva a Lady Williamina, que venía a unirse al lado de su hermana.

Aunque Williamina era mayor que Sophia, a Raven le pareció que tomaba la mayoría de sus movimientos de su hermana menor y mucho más extrovertida.

—Debo confesar —continuó el señor Jamison con un resoplido de broma que nadie más entendió—, que no soy el mejor en estas cosas. Quizás sea por eso que estoy destinado a los hábitos.

—No tema, señor Jamison, Williamina tampoco es muy buena en esto. Supongo que dependerá de usted y de mí, Su Gracia, mantener el juego animado —dijo Lady Sophia con un tono coqueto.

Raven hizo todo lo posible por sonreír cortésmente ante sus comentarios ligeramente atrevidos para una chica de su edad. Juntos, los cuatro se sentaron en una pequeña mesa donde las cartas ya estaban apiladas anticipando tal ocasión.

Había pasado algún tiempo desde que Raven se sentara a jugar a las cartas y le tomó un minuto recordar los juegos que Lady Sophia proponía que jugaran. Rápidamente todo volvió a él, quizás con la ayuda de estar en un lugar familiar repitiendo acciones de su juventud. Se había sentado en esta misma mesa muchos años antes jugando a las cartas con Charles Jr. e incluso con el hijo menor de Lord Eagleton, Fredrick. De vez en cuando también habían apostado dinero en tales juegos, aunque su tía fruncía el ceño gravemente ante tal acto.

No fue sorpresa para nadie en la mesa cuando Lady Sophia ganó la primera partida. Estaba resultando tener un rasgo bastante competitivo dentro de ella. A medida que la emoción aumentaba con el final del juego, se olvidó de sí misma y dejó que su pasión por ganar corriera libre.

Aunque no era nada parecido a la disposición de Lady Alexandra, no pudo evitar ver algo de ella en la joven. Era esa misma actitud de olvidarse de una misma y dejar que todos los muros se deslizaran para exponer el delicado interior.

Después de la tercera victoria de Lady Sophia, y de comentar los errores de Lady Williamina todo el tiempo, el juego comenzaba a perder cualquier tipo de diversión.

Durante la tercera partida, el señor Jamison mencionó una novela de sermones que le parecía bastante intrigante. O bien Williamina compartía el interés o estaba desesperada por alejarse del juego con su condescendiente hermana menor. En cualquier caso, al finalizar la partida, el señor Jamison se ofreció a mostrarle algunos pasajes a Williamina, ya que había traído su copia consigo. Por si acaso se solicitaba una lectura, según explicó el caballero al pequeño grupo.

Williamina aceptó con entusiasmo, y ambos se levantaron de la mesa más rápido de lo que Lady Sophia pudo protestar. Miró al duque con cierta expectativa, esperando que se quedara para este momento de intromisión privada entre los dos.

—Si me disculpan —dijo Raven, poniéndose de pie rápidamente—. He estado deseando probar algo del oporto que Lord Eagleton adquirió recientemente. Gracias por la encantadora partida, Lady Sophia —añadió rápidamente, aunque con poco sentimiento en sus palabras.

Lady Sophia balbuceó por un momento, sin saber, por una vez, qué decir. Estaba decepcionada de verlo partir, ya que estaba segura de que estaban estableciendo una gran conexión. No obstante, mostró su sonrisa más encantadora y se despidió del duque.

Raven no tenía intención de buscar a Lord Eagleton ni de probar su oporto. No solo Eagleton seguía sirviendo las mismas bebidas desde su infancia, sino que Raven nunca había adquirido realmente mucho gusto por la bebida de sobremesa.

En cambio, Raven escudriñó rápidamente la sala con un objetivo en mente. Había pasado estos últimos días pensando en nadie más que en Lady Alexandra, y estaba decidido a no marcharse esa noche hasta encontrar un momento para hablar con ella.

Para sorpresa de Raven, cuando sus ojos se posaron en la dama, ella ya lo estaba mirando. Estaba de pie en la esquina más alejada de la sala, charlando con Lady Eagleton y Lady Hawthorne.

Le pareció un poco extraño que Lady Alexandra siempre encontrara la manera de sentarse con las mujeres casadas en las fiestas y no con las otras damas solteras como ella. Aunque era una pequeña reunión, ya podía ver dos grupos de damas solteras reunidas y mezclándose.

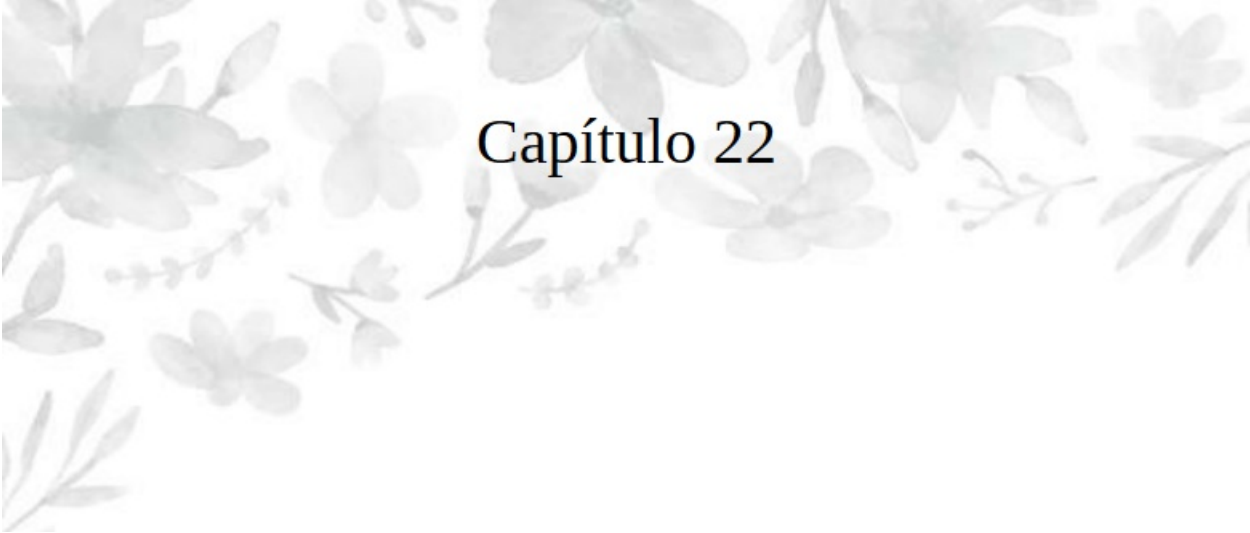
En cambio, Lady Alexandra siempre parecía encontrar su lugar entre las matronas. Se preguntaba qué valor podría ver en sus conversaciones. Seguramente, debían pasar todo el

tiempo hablando sobre llevar la casa y los arduos deberes de una mujer casada.

Fue en ese momento cuando Raven se dio cuenta de que, por supuesto, Lady Alexandra gravitaría hacia ese tipo de amigas. Después de todo, era la vida que ya llevaba en su propia casa.

Raven nunca había tenido realmente el deseo de ir a la excursión a Sudáfrica que había utilizado antes como excusa para ayudar a la dama. Habría sido una aventura fantástica, estaba seguro de ello.

Quizás antes, habría estado demasiado tentado por la novedad y el peligro como para dejar pasar una oportunidad así. Ahora veía que su mayor aventura se encontraba por delante; no domar las bestias salvajes de África, sino dominar el espíritu voluntarioso y decidido de Lady Alexandra Woodley para que le permitiera estar en su vida.



Capítulo 22

Lady Alexandra tuvo una noche de descanso agitada a pesar de su agotamiento. Lo único en lo que podía pensar era en el Duque de Raven. La forma en que siempre parecía atraerla, incluso desde el otro lado de la habitación.

Le habría gustado pensar que era grosero por mirarla continuamente durante la cena de la noche en casa de los Eagleton. Sin embargo, no podía hacerlo, ya que ella se encontraba haciendo exactamente lo mismo.

Era casi como si, sin darse cuenta, su cuerpo estuviera en un estado de conciencia elevada de su presencia. Parecía que siempre necesitaba saber dónde estaba él, al igual que él lo estaba con ella esa noche.

Esto estaba haciendo que sus sentimientos se enredaran dentro de ella. Claramente, la fascinación de Raven tenía poco que ver con los sentimientos que ella estaba experimentando y más con un entretenimiento morboso. Para empeorar las cosas, sus hermanas ciertamente no decepcionaron esa noche.

Al principio, Lady Alexandra había estado muy orgullosa de Lady Williamina mientras ejercitaba sus habilidades al piano. Lady Alexandra sabía que era algo en lo que Williamina se había esforzado por mejorar casi incesantemente.

Luego estaba ese maldito juego de cartas justo después. Si hubiera estado en su poder, habría mantenido a Lady Sophia tan lejos del duque como fuera posible esa noche. Sophia era la mayor carta salvaje de todas.

Todavía tenía el vigor de su juventud sin el peso de la dignidad que llega cuando una joven está en edad casadera. Peor aún, parecía compartir la lengua suelta de Lady Alexandra.

Quizás Lady Alexandra debería haber sido más estricta con su hermana menor en ese aspecto. Era más que el hecho de que Sophia fuera la menor, y también la que vivió casi toda su vida sin

su madre, lo que impedía que Lady Alexandra reprendiera las declaraciones salvajes de Sophia sin considerar las consecuencias. Lady Alexandra era exactamente igual.

Por supuesto, ella había templado eso, o al menos se había esforzado por templar ese rasgo menos deseable. Era imposible para Lady Alexandra regañar a su hermana por algo que ella misma no era capaz de controlar.

No obstante, Lady Alexandra deseaba haber hecho un mejor trabajo a medida que transcurría la noche en casa de los Eagleton. Lady Sophia había sido más que solo suelta de lengua; había sido un espectáculo. Dos veces había vitoreado tan fuerte al ganar que interrumpió la conversación de toda la sala.

Más que eso, la forma en que regañaba libremente a Williamina por cualquier mala elección que hiciera en el juego llevó a varias de las damas mayores a considerar que el respeto por los mayores no se inculcaba en la casa de los Woodley.

Había causado una escena para que todo el grupo la contemplara, no solo el duque al lado de Sophia. Aunque no le había escatimado miradas coquetas, Lady Alexandra tuvo que reunir todas sus fuerzas para no ir a esa mesa de cartas y sacar a Sophia. Qué espectáculo habría sido eso.

Para cuando la luz comenzó a entrar en la habitación que las cuatro hermanas habían compartido, Lady Alexandra supuso que no iba a descansar esa noche y se levantó silenciosamente de la cama sin molestar a Josephine.

Se vistió rápidamente con un vestido matutino de color crema antes de bajar sigilosamente al salón.

La casa estaba completamente silenciosa a esta hora, ya que los sirvientes ni siquiera habían comenzado su trabajo del día. Afortunadamente, aún se podían encontrar algunas brasas calientes en la chimenea del salón, y las avivó para obtener un poco de calor y combatir el frío de la noche.

Su primera tarea fue buscar en los estantes para encontrar el libro que esperaba. Encontrando su objetivo, sacó el volumen muy usado y muy desgastado de *El Espejo de la Gracia, Etiqueta para Señoritas Refinadas* de Sir George Tutor.

Haría que Lady Sophia relejera este volumen hoy para su trabajo escolar. Esperaba que la chica prestara atención a los capítulos sobre la etiqueta adecuada en la mesa.

A continuación, Lady Alexandra sacó su escritorio para comenzar el trabajo del día. Su primera tarea sería hacer una lista de todos los preparativos restantes que aún debían realizarse antes del banquete. Estaba segura de que si plasmaba la tarea en el pergamino, finalmente le daría a su mente un momento de descanso.

Estaba tan absorta en su trabajo, haciendo varias listas de artículos para comprar, el menú creado y pedidos por hacer, que ni siquiera se dio cuenta cuando su única luz de vela fue reemplazada por el amanecer completo.

La casa tomó su ruido habitual con la cocinera preparando la comida de la mañana y la criada realizando sus tareas mientras el mayordomo se ocupaba del único caballo en el establo de uso común.

No fue hasta que Polly entró en la habitación con una taza de chocolate caliente, tostadas y mermelada que Lady Alexandra levantó la vista de su trabajo y se dio cuenta de cuánto tiempo había estado en ello.

—Gracias, Polly. Espero no estar estorbando —añadió Lady Alexandra como una ocurrencia tardía. Era raro que un miembro de la casa estuviera abajo tan temprano, y menos aún ocupando el salón. Quizás Polly lo usaba para algún propósito o se ocupaba de él de alguna manera, y Lady Alexandra lo estaba impidiendo.

—Está bien donde está, milady. Sus hermanas bajarán en una hora si desea unirse a ellas en el comedor para un desayuno más abundante.

—No, esto me viene bien, gracias —dijo Lady Alexandra con una sonrisa de gratitud por la amabilidad de la sirvienta al traérselo.

Polly hizo una reverencia y se preparó para salir de la habitación.

—Polly —llamó Lady Alexandra a la joven—. Ya casi he terminado aquí, y luego tengo una lista bastante larga de recados que hacer. Necesitaré ir a la tienda de telas y elegir algo adecuado para los manteles. Luego, por supuesto, todos necesitarán ser dobladillados. Sería mejor hacerlo a mano para ahorrar costos. Pero antes del dobladillo y después de la tela, necesito ir al museo y hablar sobre el menú con el cocinero recién contratado. Creo que hoy es su primer día —dijo Lady Alexandra, revolviendo entre sus papeles en busca de la documentación adecuada.

Todavía parecía todo confuso en su cabeza a pesar de la transcripción.

—No importa, en cuanto a eso —dijo, colocando una mano sobre todos los papeles con un largo suspiro—. ¿Podrías acompañarme a la tienda y al museo? Te aseguro que no llevará mucho tiempo.

—Por supuesto, señora. Solo me ocuparé del peinado y el vestido de las damas, y luego estaré libre para ir con usted —respondió Polly.

—Gracias, Polly. Sé que te estoy encomendando más responsabilidades de las que deberían corresponder a una joven de tu posición. Espero que con el nuevo uso del museo podamos contratar algo de ayuda —dijo Lady Alexandra.

Aunque pudieran encontrar la manera de pagar a un segundo sirviente, Lady Alexandra sabía que la verdad era que no tenían dónde alojarlo. Polly y la cocinera compartían una habitación en el ático, y el mayordomo ocupaba la única otra disponible.

Lady Alexandra estaba convencida de que un nuevo miembro del personal, así como una casa más grande para acomodarlo, sería prácticamente imposible.

Polly dudó por un momento antes de salir de la habitación.

—¿Hay algo más, Polly?

—Bueno, es solo que... —jugueteó con sus manos frente a su delantal blanco—. Hoy es el segundo lunes del mes, señora.

Los ojos de Lady Alexandra se abrieron de par en par al darse cuenta. El segundo y cuarto domingo de cada mes se suponía que los sirvientes recibían sus salarios. Lady Alexandra lo había olvidado por completo.

—Lo siento mucho, Polly —dijo Lady Alexandra, dejando a un lado su escritorio y poniéndose de pie.

—No pensaba decir nada, y la cocinera me dijo que no lo hiciera, es solo que... Verá, mi padre está mal, muy enfermo. Ya no puede trabajar mucho. Mi salario es para él, para cuidar de los pequeños. Pasar un ciclo sin mi paga es tolerable, pero dos es una carga muy grande para ellos. Verá, no lo pediría si no fuera por ellos —trató de explicar Polly desesperadamente.

—¿Estás diciendo que lo he olvidado dos veces seguidas? Deberías haber venido a mí antes, Polly. Me siento terrible. Te prometo que arreglaré la situación ahora mismo.

Polly hizo una reverencia en agradecimiento, aunque no pudo mirar a Lady Alexandra a los ojos. Lady Alexandra solo podía imaginar la vergüenza que la joven había sufrido solo para acercarse a ella y pedir su salario. Se sentía una persona horrible por poner a sus empleados en semejante situación.

Rápidamente, Lady Alexandra fue al estudio de su padre donde se guardaba el libro de cuentas del banco, así como el cofre de billetes.

No le llevó mucho tiempo revisar los libros, registrar los salarios y separar los billetes para cada miembro del personal. Sin embargo, cuando terminó, ya podía oír los sonidos de sus hermanas bajando las escaleras y entrando en el comedor. Sabía que su padre no tardaría en seguirlas.

Por mucho que al hombre le hubiera gustado dormir más, y Lady Alexandra se atrevía a decir que sus nervios podrían beneficiarse del descanso adicional, no había forma de dormir una vez que las cuatro damas de la casa se levantaban para empezar el día.

Lady Alexandra quería terminar su tarea rápidamente antes de que su padre entrara en el estudio. Lo último que quería hacer en ese momento era explicarle a su padre por qué estaba dando a los sirvientes una doble porción de salarios un día después de su fecha habitual de pago.

Lady Alexandra encontró al mayordomo por último y le pagó lo que se le debía con muchas disculpas. Había salido de la sección de los sirvientes de la casa con varias tareas más en mente. En primer lugar, la despensa estaba peligrosamente baja de suministros, ya que no había ido al mercado en semanas. Al inspeccionarla, Lady Alexandra también descubrió que a la familia solo le quedaba su última caja de una docena de velas. Tendría que ir ese mismo día a pedir más, o estarían comiendo sus comidas en la oscuridad.

Con las tareas adicionales por hacer, Lady Alexandra entró en la parte central de la casa cargada de culpa. Había dejado tantas cosas sin hacer durante estas últimas semanas y, como resultado, había puesto una carga tan grande sobre el personal.

—¿Vendrás con nosotras a la sala de estar esta mañana? —preguntó Josephine mientras Lady Alexandra se encontraba con ella en el pasillo—. Con todas estas reuniones sociales adicionales de la temporada, la pila de remiendos se ha duplicado. Estoy cosiendo lo más rápido que puedo, pero temo no poder mantener el ritmo.

Antes de que Lady Alexandra pudiera responder, se oyó un golpe en la puerta. Lady Alexandra miró el reloj prendido en su corpiño. Todavía era bastante temprano para que alguien llamara.

—¿Quién podrá ser? —Oyó decir a su padre desde detrás del muro de chicas que salían del comedor.

Lo último que Lady Alexandra necesitaba en ese momento era un invitado que pusiera a su padre en uno de sus estados.

Sin embargo, antes de que pudiera decir nada, el mayordomo se acercó y abrió la puerta. El Duque de Raven casi ocupaba todo el marco de la puerta, con rayos de sol matutino asomando alrededor de su silueta.

Todas las chicas estiraron el cuello para ver a su visitante temprano. La visión de él no fue en absoluto decepcionante para ninguna de las jóvenes Woodley.

Entró en la casa vestido con finos pantalones color beige, altas botas de cuero que brillaban reflejando la luz de la mañana, una chaqueta matutina de color crema claro con un chaleco contrastante azul marino, y un sombrero de terciopelo negro.

—Me disculpo por la hora temprana —le dijo al mayordomo—, pero me pregunto si podría dejar mi tarjeta para Lady Alexandra Woodley —dijo con gran suavidad.

El mayordomo dudó por un momento antes de que sus ojos se dirigieran al pequeño grupo al final del pasillo. Raven siguió su mirada.

Lady Alexandra no pudo evitar sentir que se le cortaba la respiración cuando sus ojos se posaron en ella. Era como si todo su semblante, que parecía tan severo y alargado, se suavizara un poco cuando sus miradas se encontraron.

—Ya veo —le dijo al hombre a su lado—. Perdonen si les he molestado a una hora demasiado temprana —dijo Raven con una reverencia—. Prometí venir a verla y ayudar con los preparativos.

Lady Alexandra se quedó sin palabras. Fue su padre, abriéndose paso entre las chicas que bloqueaban su camino y colocándose al lado de Alexandra, quien habló primero.

—Su Gracia, qué agradable sorpresa —dijo, animándose al instante—. Siempre es bienvenido en nuestra casa sin importar la hora. Entre, y podemos hablar en mi biblioteca. ¿Hay algo que necesite? —dijo todo de una vez.

Lady Alexandra pensó que para ser un hombre con poca disposición para la vida social, ciertamente era cálido y acogedor con el duque.

—En realidad, vine a ver a su hija, Lord Grebs. Tenía entendido que necesitaba ayuda con el próximo banquete. He venido a ofrecer mis servicios.

—¿Ayuda? —dijo Lord Grebs, volviéndose hacia su hija—. ¿Ayuda con qué? No me has dicho nada sobre esto. ¿Qué podría haber que hacer de todos modos? Simplemente dile al museo que lo prepare.

Lord Grebs agitó las manos como si la idea de estar sobrecargado de obligaciones fuera algo que Lady Alexandra se hubiera inventado. A ella le hubiera gustado decirle a su padre que todas las veces que él hacía ese gesto con la mano y la animaba a "decírselo al museo", en realidad significaba que ella tendría que hacerlo todo por su cuenta.

—Creo que Lady Alexandra es demasiado modesta para pedir ayuda cuando la necesita. Solo lo sé porque tuve la fortuna de discutir el estado actual de los planes anoche en casa de Lord Eagleton.

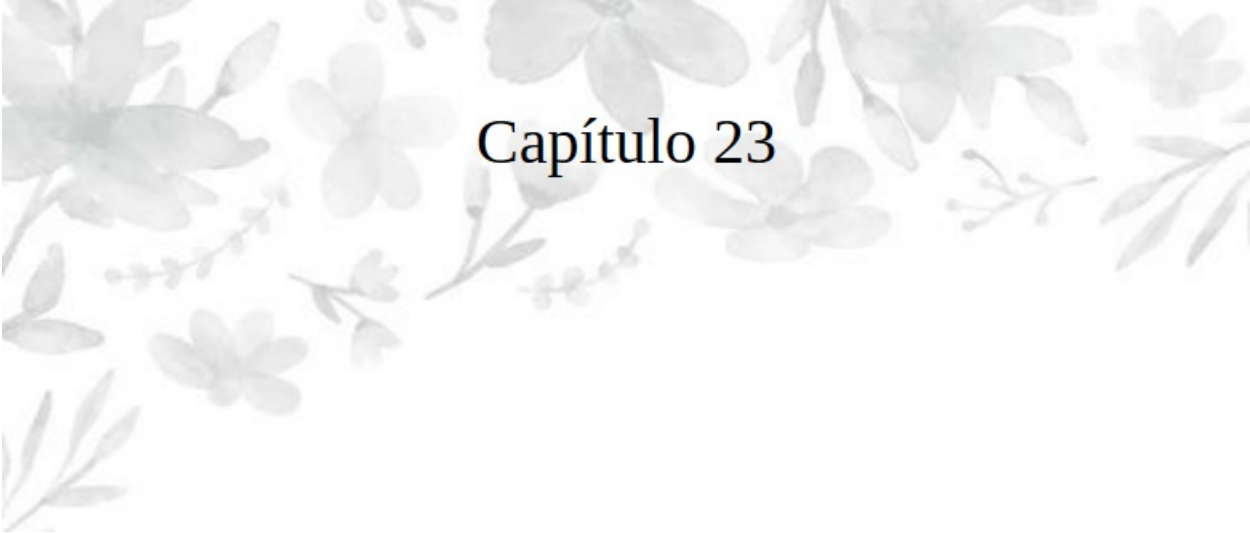
A Lady Alexandra realmente no le gustaba que los dos hombres hablaran de ella como si fuera una niña pequeña.

—¿Quizás se sentiría más cómodo, Su Gracia, si lleváramos la conversación al salón? —preguntó Lady Josephine, esperando aliviar esta incómoda situación—. ¿Qué opinas, padre? Estoy segura de que el duque aún no ha desayunado. Podríamos pedirle a la cocinera que traiga algo de la cocina —continuó, de modo que pareciera que la idea había sido de Lord Grebs.

—Sí, tienes toda la razón. Tomemos asiento y quizás podamos desenredar el lío en el que Alexandra se ha metido.

Lady Alexandra apretó el puño a su costado y hizo todo lo posible por contener las lágrimas que empezaban a escocerle los ojos. Después de todo lo que había hecho hasta ahora para mantener a flote a esta familia durante todos estos años, su padre de repente despertaba de su trance y la llamaba fracasada.

Su mirada se cruzó con la de Raven, y casi pudo jurar que él dio un paso hacia ella, percibiendo su angustia. Rápidamente apartó la vista y siguió a su padre mientras todos se dirigían al salón.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the width of the page.

Capítulo 23

Raven siguió a la familia Woodley mientras entraban en la única sala de estar de la casa. Cada chica pareció tomar su lugar de inmediato por costumbre.

En contraste, Lord Grebs parecía deambular un poco, sin estar seguro exactamente de adónde debía ir. Junto con esto, parecía mirar alrededor de la habitación e incluso comentó sobre algunos retratos en la pared. Cuando se le preguntó quién los había hecho, se le informó que los diversos niños.

Era evidente entonces que Lord Grebs no había puesto un pie dentro de la habitación durante algunos años. Finalmente, tomó asiento en una silla de madera que acercó desde la pared mientras invitaba a Raven a tomar el sillón de respaldo alto que había usado la vez anterior.

Lady Alexandra, aunque claramente molesta por las palabras de su padre, tuvo compostura suficiente para llamar a la criada y hacer que trajera algunas bebidas y pasteles para su invitado.

Raven quería decirle a Lady Alexandra que no se molestara por su causa. Desde el momento en que entró en la habitación y posó sus ojos en ella, todo lo que quería hacer era acercarse a su lado y aliviar aunque fuera una pequeña parte de su carga. Hasta ahora, solo parecía haberlo empeorado.

Quizás fue porque finalmente se había dado cuenta de que los sentimientos que tenía por la dama eran mucho más profundos de lo que inicialmente había pensado, pero Raven sentía una necesidad desesperada de arreglar las cosas para Lady Alexandra Woodley.

Parecía aún más agotada hoy que la noche anterior. Eso y el movimiento de papeles en un pequeño escritorio al entrar en la habitación le dijeron a Raven que ella ya llevaba algún tiempo trabajando.

—Ahora, querida —dijo Lord Grebs de manera conciliadora—. ¿Con qué has encontrado la necesidad de preocupar al duque?

—Puedo asegurarle que ella no me molestó en absoluto con estos asuntos —intervino Raven antes de que ella pudiera hablar—. De hecho, supongo que fueron mis propios deseos y curiosidad sobre el proceso lo que me hizo entrometerme en el trabajo de Lady Alexandra. Si es un problema, estaré encantado de retirar mi oferta.

—Tonterías. Usted es, por supuesto, bienvenido a involucrarse tanto como desee. Solo que no quiero que sienta la necesidad. Puedo asegurarle que mi museo es bastante capaz de manejar todo.

Alexandra frunció los labios ante el uso de su fraseología nuevamente. Ya dos veces el conde había dicho "su museo" como si hubiera una entidad significativa dentro de sus muros que hiciera todo el trabajo. ¿No tenía idea el hombre de que era Lady Alexandra quien estaba haciendo el trabajo duro en el terreno mientras él se quedaba en su casa?

—No obstante, ¿qué es lo que te preocupa, niña? —preguntó Lord Grebs a su hija.

Ella lo miró por unos momentos, casi en shock de que incluso considerara hacer tal pregunta a cualquiera de sus hijas.

—Son solo algunas tareas que necesitan ser realizadas hoy, se lo aseguro, y nada más, padre. Prometo que tengo todo bajo control.

—Entonces no será difícil para ti decirme cuáles son —continuó indagando.

—Bueno, debo ir a la tienda de telas esta tarde y elegir los manteles para las mesas. También necesito reunirme con el cocinero in situ para revisar el plan del menú. Debe darme una muestra de prueba en una semana. Luego, las mesas mismas deben ser entregadas más tarde esta tarde en el museo y deben ser almacenadas adecuadamente.

—Bueno, eso no parece ser mucho en absoluto —dijo Lord Grebs con una risita, mirando al duque.

—Creo que eso es solo para hoy, señor —corrigió Raven el pensamiento del hombre de que una vez que estas tareas se completaran todo estaría listo.

—Ah, ¿es eso cierto?

—Sí, padre. Los manteles necesitarán dobladillos. También planeo usar las sillas de nuestra sala de conferencias, pero pienso cubrirlas para hacerlas más agradables a la vista. Se necesitarán forros y costura para eso. Luego están los arreglos florales, la iluminación que aún está pendiente de pedidos, algunos lacayos más para contratar... —Lady Alexandra enumeró con una mirada distante que le dijo a Raven que estaba tratando de recordarlo todo.

—Mucho de eso es simplemente trabajo de mujeres. Ciertamente, puedes encargarte de eso por tu cuenta —volvió a reír Lord Grebs.

Raven casi podía sentir la tensión en la habitación experimentada por cada una de las hijas Woodley y completamente invisible para su padre.

—¿Qué tal —dijo, tomando la mano de su hija con cariño— si el duque y yo vamos al museo hoy? Supervisaremos las opciones del menú, estoy seguro de que es algo en lo que Su Gracia tendría el mayor interés —agregó en dirección a Raven—. Luego supervisaremos la entrega de las mesas. Podría ser agradable que usted recorra las salas superiores también —dijo Grebs, volviéndose hacia Raven—. Creo que podría encontrar algunos de los experimentos y estudios bastante interesantes.

—No entiendo —dijo Lady Alexandra—. ¿Usted, padre? ¿Quiere ir al museo?

Sus ojos se dirigieron a Raven, recordando que había un extraño entre ellos.

—¿Está seguro de que se siente con fuerzas para hacerlo? —preguntó en un tono más suave—. Sé que sus ataques nerviosos pueden ocurrir bastante repentinamente.

—Oh, estoy más que bien. De hecho, ha pasado demasiado tiempo desde que visité el lugar. Ya es hora de que vaya y vea que se están cumpliendo mis expectativas.

Raven vio el nerviosismo que se apoderó de los rostros de todas las damas. No estaba exactamente seguro de lo que Lady Alexandra quería decir con ataques nerviosos repentinos, pero aparentemente era algo que ella no quería que él experimentara fuera de su casa.

Raven también sabía por información de su tía Rebecca y por simple observación que Lord Grebs no había salido de su casa en algún tiempo. No podía entender qué estaba llevando al hombre a hacerlo, ahora de todos los momentos.

—No quisiera molestarle —le dijo Raven al lord.

En realidad, había estado esperando pasar todo el día, y con suerte muchos más, con Lady Alexandra hoy.

Sí, aún quería ayudarla, incluso si eso significaba tener a Lord Grebs a su lado en lugar de la encantadora dama. No obstante, la perspectiva seguía teniendo sus decepciones.

—No es molestia en absoluto —dijo Lord Grebs, frotándose las manos con anticipación—. No tenía nada más planeado para hoy. Aún estoy esperando que llegue mi próximo espécimen. Todavía tengo la esperanza de que sea una criatura de la selva sudamericana enviada por los españoles. Pero, por supuesto, es difícil confiar en esa clase de gente —continuó en un tono conversacional.

—Estoy seguro de que Alexandra también estará feliz por la ayuda, ¿no es así, querida? La cocinera mencionó ayer que necesitábamos más candelabros si iba a quedarme despierto hasta tan tarde con mis estudios. Me temo que has descuidado muchas tareas de la casa últimamente.

Lady Alexandra se desinfló visiblemente aún más, si eso fuera posible. Raven podía sentir sus músculos tensándose con el deseo de ponerse de pie y protegerla.

—¿Por qué no llevas a Josephine contigo, querida? —dijo de una manera que indicaba a las chicas que podían retirarse ahora.

Los ojos de Josephine se alzaron al escuchar su nombre. A diferencia de las dos hermanas Woodley más jóvenes, que habían permanecido sentadas con las manos cruzadas en el regazo mientras transcurría la conversación, Josephine había estado trabajando silenciosamente en una canasta bastante llena de remiendos y camisas.

Raven se dio cuenta de que, mientras las dos chicas más jóvenes parecían hacer poco para apoyar la casa, el peso recaía sobre las dos mayores.

Josephine dudó por un momento. Nunca se negaría a su padre, y ciertamente no frente a un invitado, pero al mismo tiempo, miró de reojo la enorme pila que la esperaba.

—Estaré encantada de acompañar a Alexandra —dijo después de solo un momento de pausa.

—Oh, y tráeme algunas cintas nuevas mientras estáis fuera —dijo Sophia de repente—. El baile de los Derber es en solo unas semanas. Debo tener algunas cintas nuevas para mi vestido.

—Sophia —empezó Lady Josephine en un tono severo, pero fue interrumpida.

—Creo que deberíamos partir ahora mismo, si queremos llegar a todas las tiendas, ¿no crees, Josephine? —dijo Lady Alexandra, poniéndose de pie.

—Sophia, discutiremos el asunto en otro momento —agregó para rematar.

—Oh, pero no me negarías ir al baile de Lord y Lady Derber. Estoy segura de que el duque no aprobaría tal cosa —dijo Sophia, haciendo un puchero.

Lady Alexandra forzó una sonrisa en sus labios. —Como dije, eso es algo que se discutirá en otro momento. Le deseo buenos días, Su Gracia —dijo Lady Alexandra, con el rostro sonrojado por la vergüenza.

Raven anhelaba que ella lo mirara a los ojos. Sin embargo, no lo haría. Sin duda se sentía avergonzada por los modales poco aceptables de su hermana menor.

—Si me dan solo un momento para prepararme —dijo Lord Grebs, poniéndose de pie también—, podremos partir también. Llamaré a Thomas para que traiga el carruaje —agregó, haciendo un gesto hacia la puerta donde se encontraba el mayordomo.

—Si lo desea, ya tengo el mío listo y esperando afuera —ofreció Raven.

—Oh, sí. Eso servirá perfectamente. Chicas, por favor, sean amables con nuestro invitado. Volveré en un momento.

El conde se fue, dejando a Raven solo con las dos hermanas Woodley más jóvenes. Williamina no parecía preocuparse en absoluto por la compañía y, en su lugar, sus ojos se desviaban constantemente hacia un pequeño piano contra la pared.

Lady Sophia Woodley, por su parte, estaba más que feliz de tener la compañía del Duque sin las reprimendas de sus hermanas mayores.

—¿No es cierto que usted es buen amigo de Lord y Lady Derber? —comenzó en el instante en que su padre se fue.

Estaba claro que Lady Sophia tenía una sola idea en mente. Su único objetivo era asegurar un lugar para su presentación en sociedad.

—No sé si diría buenos amigos. Solo he entablado conocimiento con ellos recientemente.

—Supongo que eso debe ser cierto, ya que ha estado ausente durante tanto tiempo —continuó con una sonrisa educada—. Tiene sentido que fueran una de las primeras familias con las que se conectara. Después de todo, Lady Rebecca tiene vínculos tan estrechos con ellos.

Lady Sophia hablaba con un aire de confianza. Él estaba seguro de que ella quería demostrarle que era lo suficientemente sabia como para ser incluida en eventos sociales, ya que estaba bien versada en ellos.

—¿A qué se refiere? —preguntó Raven con interés.

—Bueno, Lady Derber es la presidenta de la Sociedad de Mujeres para Niños Huérfanos. Se dice que Lady Rebecca Sinclair, su tía, por supuesto, ha sido candidata para la junta directiva de la sociedad. Una posición muy prestigiosa.

De repente, las cosas comenzaron a aclararse en la mente de Raven. Por eso su tía había insistido tanto en la elección de Lady Charlotte. Había insistido en que Lady Charlotte era la elección más adecuada para ser su esposa y futura Duquesa de Raven.

La verdad del asunto era que ella era simplemente la elección más adecuada para conseguirle a la tía Rebecca un distinguido puesto en un grupo de mujeres.

—¿No me diga? —respondió, relajándose en su silla con una sonrisa maliciosa curvando sus labios.

No podría haber estado más contento de haber quedado solo en la habitación con las hermanas Woodley más jóvenes. Ahora que conocía el verdadero propósito de su tía para empujarle a Lady Charlotte para el matrimonio, sería fácil para él encontrar fallos en ello.

Naturalmente, cuando se tratara de elegir a su esposa, habría seguido sus propios deseos personales al final, sin importar lo que pensara su tía. Ahora, sin embargo, entendía por qué Lady

Rebecca se mostraba tan reacia a mostrar cualquier tipo de entusiasmo o aliento ante la perspectiva de que Raven realmente encontrara una pareja de su propia elección.

Se requeriría poco esfuerzo para resolver este asunto del puesto en la junta directiva. De hecho, parecían bastante cómicas las medidas que había tomado la tía de Raven. Estaba seguro de que podría conseguirle los deseos de su corazón por sí solo y sin necesidad de una propuesta de matrimonio a Lady Charlotte.

Con eso resuelto, su tía no tendría razón para no mirar a Lady Alexandra con cariño. Estaba seguro de que una vez que sus propios deseos personales fueran eliminados de la ecuación, Lady Rebecca abriría su corazón a Lady Alexandra. Ya había visto tanto que las dos compartían en común; estaba casi confiado de que su tía estaría feliz de aceptarla en su familia.

Por supuesto, también tendría que encontrar una manera de convencer a Lady Alexandra de ello también. Parecía ser una tarea mucho más difícil. Por mucho que admirara la voluntad terca y tenaz de Lady Alexandra, también temía que fuera lo que la mantenía a distancia de todos los que la rodeaban.

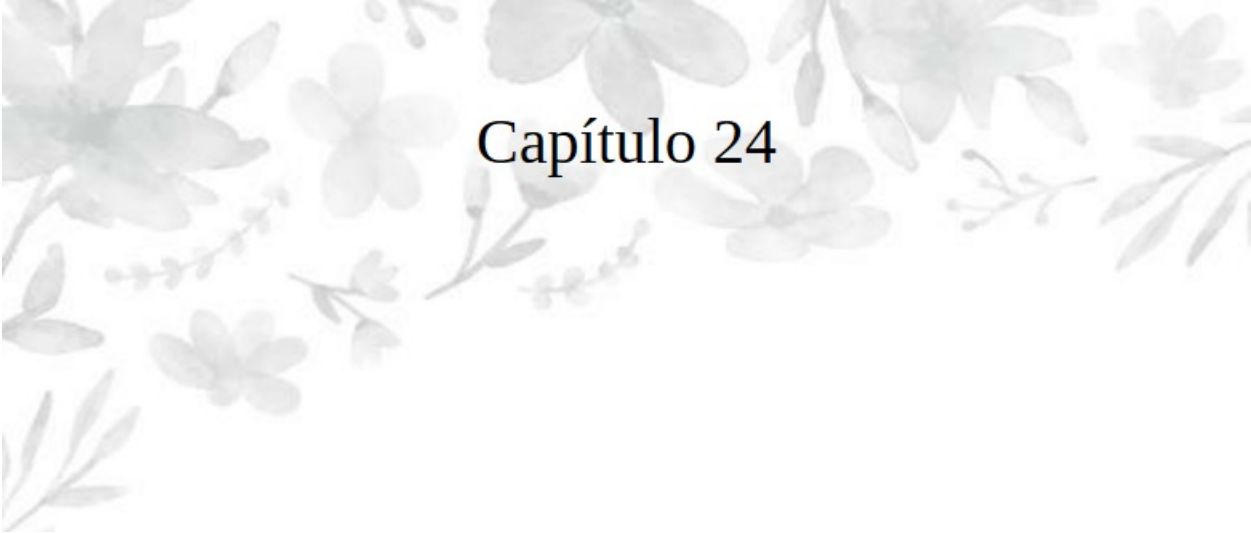
Raven se propondría no solo ayudar a la dama en sus esfuerzos, sino también mostrarle a Lady Alexandra que la vida sería mucho mejor si lo elegía a él para estar a su lado.

Sí, Lady Alexandra había expresado cierto desagrado por Raven, más a menudo cuando él no podía evitar provocarla. No obstante, estaba seguro de que los sentimientos que tenía por ella eran recíprocos. Lo había sabido, sin darse cuenta, aquella primera noche que la conoció mientras bailaban.

Cada vez que sus ojos se habían encontrado desde entonces, se lo había confirmado. Así como él estaba rebosante de admiración por la dama, ella lo estaba por él. Dudaba que ella estuviera dispuesta a admitir tal cosa, al igual que él no lo había estado al principio. Una vez que rompiera esa dura coraza exterior, estaba seguro de que podría hacer que Lady Alexandra viera la verdad dentro de ella.

La pequeña conversación de Lady Sophia con él en el salón mientras esperaban que Lord Grebs regresara había estado dirigida a satisfacer sus propias necesidades. Poco sabía ella que su jactancia podría haber resuelto casi todos los obstáculos que se interponían en el camino de su feliz futuro.

Si hubiera sido un hombre diferente, podría haber exclamado con deleite ante la perspectiva. Sin embargo, no era un hombre diferente. Era el Duque de Raven y se mantuvo compuesto como tal mientras la dama soltaba toda la información que dominaba sobre las conexiones sociales.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a rose and some smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 24

Lady Josephine y Lady Alexandra realizaron sus compras del día con relativa facilidad. Era un excelente día para ello, ya que el aire estaba cálido, pero había suficiente nubosidad para proteger su delicada piel del sol.

Tras la salida de su padre del salón, ambas jóvenes subieron a cambiarse a un atuendo más apropiado para pasear por las tiendas. Lady Josephine eligió un suave vestido color perla con una chaqueta Spencer a rayas azules. Lady Alexandra se tomó el tiempo para adornar el cabello oscuro de su hermana con una suave cinta azul para completar su look. En cuanto a Lady Alexandra, se cambió a su vestido de paseo de muselina marrón. Aún no se había arreglado el cabello y lo llevaba con la mitad de sus largos rizos castaños en un moño apretado en la parte posterior de la cabeza y el resto suelto hacia atrás.

Se tomó un momento para recogerlo todo en un moño apretado, dejando solo unos cuantos mechones cortos enmarcando su rostro. Lady Alexandra estudió su cara en el reflejo del espejo durante unos segundos. Durante casi todos los días del último mes, había salido de casa caminando hacia el museo y de regreso, además de hacer otros recados. Temía haber pasado demasiado tiempo bajo el sol.

Su cabello ya estaba adquiriendo reflejos naturales de color rojo oxidado mezclados con sus mechones castaños. Aunque rara vez se había preocupado por su tez, no pudo evitar notar un salpicado de pecas en sus mejillas, ya caldeadas por un dorado resplandor de exposición. Sin darse cuenta, su mente se preguntó si el duque encontraría desagradable su compleción. Conocía una preparación de limón que remediaría la coloración de sus mejillas y, distraídamente, consideró usar una más tarde.

Sacudiendo la cabeza con una leve risa, desechó la idea. Nunca había considerado acicalarse, como le gustaba decir a Lady Sophia, para nadie. Por qué demonios había considerado hacerlo

ahora por el Duque de Raven era absolutamente ridículo.

Apartando esas ideas de su mente, Lady Alexandra anunció que estaba lista, y las dos hermanas bajaron de nuevo. Lady Alexandra se sorprendió al descubrir que el duque y su padre ya habían partido hacia el museo.

Le hubiera gustado tener un momento a solas con su padre para asegurarse de que estaba preparado para salir de las paredes de su casa. Su mayor temor era que tuviera otro episodio, solo que esta vez no sería dentro de la seguridad de su biblioteca con solo las chicas Woodley y los sirvientes como testigos.

Ni siquiera podía imaginar qué pasaría si le diera un ataque en público, por no mencionar lo que pensaría el duque de él. Si Lord Grebs perdiera el control de su frágil cordura, ¿revocaría el duque su uso de la sala del invernadero? Cualquier caballero sensato lo haría al enfrentarse a alguien propenso a ataques de locura.

En opinión de Lady Alexandra, su familia ya había sido lo suficientemente vergonzosa en lo que respectaba al duque. Era cierto que su padre parecía estar mejor alrededor del duque, pero eso no significaba que no pudiera perder el juicio. Si ese fuera el caso y el duque compartiera la información con otros miembros de la alta sociedad, sería el beso de la muerte para sus hermanas. Nadie tomaría a una dama de poca fortuna con un padre mentalmente enfermo.

Ya era bastante malo que fuera conocido como un recluso. No era completamente inaudito que un viudo o viuda se retirara tras la muerte de su cónyuge, por lo que la sociedad podía perdonar en parte tal comportamiento. Los ataques de locura, por otro lado, solo le ganarían una cama en Bedlam.

Lady Alexandra disfrutaba de la tranquila soledad de las primeras horas. Para la mayoría de las otras clases, el día ya había comenzado y estaban bien ocupados en su trabajo. Para los miembros de la nobleza, pasaría al menos otra hora más o menos antes de que salieran de los santuarios de sus propias casas para visitar a otros o tal vez pasear por los parques y tiendas.

Lady Alexandra prefería este momento para hacer sus recados, ya que podía estar más relajada mientras lo hacía. Poco tenía que preocuparse por encontrarse con otra dama que pudiera cuestionar por qué estaba recogiendo los candelabros para la casa y no uno de los sirvientes, y así sucesivamente.

Lady Josephine, que había recorrido las tiendas en varias ocasiones con algunas de sus amigas, probablemente nunca se había aventurado a salir tan temprano por la mañana, se aventuró Lady Alexandra.

—Es casi un mundo completamente diferente antes de la hora de moda —explicó Lady Alexandra mientras se acercaban.

—Bastante más gente en mi opinión —conjeturó Lady Josephine mientras estudiaba los carros y transeúntes de Bond Street.

—Supongo que está más concurrido. Muchos están consiguiendo los artículos para sus casas antes de que emerja la gente de buena sociedad. Lo encuentro más pacífico, curiosamente —dijo Lady Alexandra con una risa.

Lady Josephine le dio una mirada de sorpresa.

—Solo quiero decir que todos se ocupan de sus propios asuntos. No se detienen a chismorrear o juzgar a los demás como los de nuestra clase. Es un poco aliviador saber que puedo hacer mis compras sin preocuparme por ofender, decir algo inapropiado o, Dios no lo quiera, comprar algo fuera de temporada —añadió poniendo los ojos en blanco.

Justo el año pasado había estado en la tienda del Sr. Goshin comprando adornos para un vestido de noche. Sus ojos se habían fijado en una tela de muselina color crema con patrones de flor de lis en color azul pervinca. Casi había comprado algo de la tela, una extravagancia, para hacerle un vestido a Lady Sophia. Estaba segura de que a su hermana le quedaría bien el patrón ligeramente atrevido.

Sin embargo, justo cuando la tenía en sus manos, esperando asistencia, escuchó la voz de tres damas que hablaban en voz baja. Comentaron sobre la elección de Lady Alexandra y lo poco patriótico que era elegir algo así cuando la corona estaba actualmente en desacuerdo con Francia. Continuaron chismorreando sin pausa hasta que Lady Alexandra no pudo soportarlo más. Rápidamente dejó la tela y salió de la tienda sin comprar nada.

—Cómo siempre pareces pensar lo peor de tu propia clase —le regañó Lady Josephine, pero en un tono suave—. No todo el mundo disfruta chismorreando y juzgando. Si te abrieras de vez en cuando, podrías ver eso.

—Me abro. Todo el tiempo, de hecho —replicó Lady Alexandra mientras entraban en la tienda de Goshin para comprar la mantelería.

La habitación estaba llena de pared a pared de rollos de tela, organizados vagamente por color y tipo de material. Colgando del techo había candelabros en forma de caja. En lugar de sostener velas, sostenían carretes de cinta. Los extremos de las cintas colgaban sueltos, invitando a cualquier dama a acercarse a echar un vistazo más de cerca. Salpicando el suelo de la tienda había varias mesas con una variedad de botones y broches a la venta.

—Lady Alexandra, Lady Josephine, qué agradable es verlas esta mañana —las saludó el propietario con una profunda reverencia cuando entraron.

Solo había otras dos mujeres en la tienda, ambas vestidas claramente con el uniforme de criada. Sin duda estaban recogiendo pedidos para su casa y haciendo algunas compras propias también.

—Buenos días, señor Goshin. Me pregunto si podría indicarme dónde están los linos color crema. Necesito varios metros de tela para hacer unos manteles.

—Querrá ver esta pared de aquí. Tiene el material más resistente para cortinas y cosas por el estilo —dijo él, feliz de ayudar.

Las damas se pusieron manos a la obra, estudiando las diversas opciones de telas y tratando de decidir si les vendría bien un color liso o un estampado. Después de un gran debate entre las jóvenes, finalmente se decidieron por un hermoso marfil liso con encajes dorados en los bordes.

Para cuando terminaron de hacer el pedido para que Thomas, su mayordomo, lo recogiera más tarde, ya habían pasado a adquirir los artículos para su propia casa. Primero serían los candelabros, luego al mercado por artículos de despensa, y finalmente a la tienda del señor Blots para comprar más pergamino y tinta para su padre.

En cada ocasión, se hicieron pedidos para que Thomas los recogiera más tarde esa tarde con el carro. Era demasiado para que incluso las dos jóvenes lo llevaran por sí solas. Cuando entraron en la tienda del señor Blots, Lady Alexandra se sintió aliviada de que las compras del día casi hubieran terminado.

Habían pasado varias horas desde que empezaron. No era el agotador trabajo de caminar de calle en calle, de Bond Street a Oxford Street, sino que más bien se preocupaba por su padre.

Lady Josephine había insistido en que estaría bien, o de lo contrario no se habría ofrecido a ir. Lady Alexandra no estaba tan segura. A menudo se embarcaba en varios de sus estudios científicos a la vez, lo que a menudo lo dejaba abrumado y casi físicamente enfermo por el estrés.

Lady Alexandra estaba lista para volver a casa, darle a Thomas las instrucciones para recoger los pedidos en las distintas tiendas, e ir directamente al museo para comprobar el bienestar de Lord Grebs.

—Qué agradable sorpresa —llamó una voz familiar desde detrás de una alta estantería de útiles de escritura.

Lady Alexandra sonrió al ver a Lady Eagleton salir de detrás del gran expositor. Llevaba un fino vestido de algodón color limón con ricos adornos verdes y un sombrero de terciopelo negro que hacía brillar sus rizos dorados.

Las mujeres se saludaron.

—Es una agradable sorpresa —convino Lady Alexandra.

Juntas, las tres mujeres pasaron mucho más tiempo del necesario en la tienda, disfrutando más de la conversación entre ellas que prestando atención a los diversos artículos a la venta. Con el resonante sonido de las campanas de la iglesia marcando el mediodía, Lady Alexandra volvió en sí.

—Oh, perdonadnos, pero realmente debo ir a ver cómo está mi padre —explicó Lady Alexandra—. Decidió ir hoy al Museo de las Maravillas Naturales.

—¿Lo hizo? —dijo Regina sorprendida. Si había una mujer en el mundo que entendía la ansiedad de Lady Alexandra, esa era Lady Eagleton.

Solo había ido a casa de Lord Grebs en una ocasión para visitar a su amiga. Resultó ser un día en que Lord Grebs tuvo un ataque bastante grande de ira y angustia. Lady Eagleton no había vuelto desde entonces.

—Estoy segura de que ambas os preocupáis por nada —intervino de nuevo Lady Josephine—. Si está angustiado, no tengo duda de que el duque lo traerá a casa.

—¿El duque? —preguntó Lady Eagleton sorprendida.

—Sí. Gracias a ti —Lady Alexandra entrecerró sus ojos color miel mirando a su mejor amiga—. El Duque de Raven llamó temprano esta mañana ofreciendo su ayuda para su propio banquete. Padre se molestó mucho, pensando que yo le había suplicado ayuda al hombre. Me consideró incompetente e insistió en llevar él mismo al duque al museo para supervisar los preparativos de hoy.

—Creo que te ofendes demasiado rápido por las palabras de padre —dijo Lady Josephine—. Creo que solo se sorprendió al darse cuenta de cuánto tiempo y preparativos eran necesarios para un evento tan extravagante. Estoy segura de que solo quería aportar sus propias manos para ayudar con este nuevo conocimiento.

Tanto Lady Eagleton como Lady Alexandra miraron con escepticismo a Lady Josephine, antes de estallar en risitas por la constante perspectiva positiva de la joven.

—Te juro, Lady Josephine —dijo Lady Eagleton entre risitas—. Si todo en el mundo saliera mal, tú aún encontrarías una manera de estar feliz por ello.

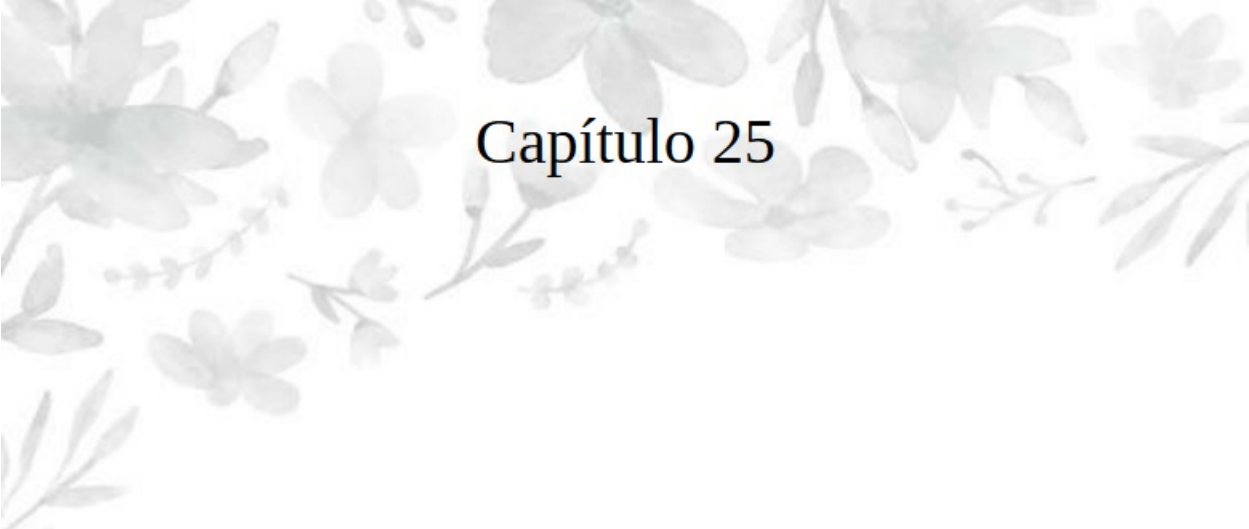
Lady Josephine se sonrojó ante la broma, aunque sabía que ambas jóvenes solo lo decían como un cumplido y nada más.

—Sin embargo, estoy de acuerdo —añadió Lady Eagleton—. Raven es un hombre muy capaz. Si ve que tu padre está mínimamente agitado, estoy segura de que lo traerá directamente a casa.

No tienes nada de qué preocuparte en ese aspecto. ¿Por qué no vienes conmigo a tomar un pequeño almuerzo en su lugar?

Lady Alexandra consideró la idea. Era un alivio que al menos dos personas pensaran que su padre estaría en buenas manos con Raven, aunque ella misma no estuviera del todo segura de su carácter. También estaba el hecho de que apenas había tenido tiempo de hablar con su amiga la noche anterior durante la cena. Más bien esperaba poder sentarse y confiar en Lady Eagleton sobre todo lo que había sucedido hasta ahora.

Fue con estos deseos, y el claro aliento para hacerlo de ambas otras partes que estaban con ella en la tienda, que Lady Alexandra acordó que un té de la tarde con amigas era precisamente lo adecuado.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top edge.

Capítulo 25

Raven permaneció en silencio durante el trayecto al museo. Era muy consciente de que el conde no había salido de su casa en mucho tiempo, y le preocupaba cómo reaccionaría Lord Grebs ante el cambiante paisaje que los rodeaba.

En su mayor parte, Lord Grebs parecía estar disfrutando enormemente. Miraba por la ventanilla como un cachorro expectante, absorbiendo todo lo que había a su alrededor.

—Debo decir que estoy muy emocionado de salir y ver el museo de nuevo —dijo Grebs cuando el museo apareció a la vista.

—¿Ha pasado bastante tiempo desde que visitó el lugar, entonces? —preguntó Raven, aunque ya conocía la respuesta.

—Nunca me sentí realmente con ánimos después, bueno —el rostro de Grebs se tornó serio—, desde que murió mi esposa. Todos decían que se haría más fácil con el tiempo; yo descubrí que era todo lo contrario —dijo encogiéndose de hombros.

—Habla de su difunta esposa con tanto amor. Realmente lo admiro. Ciertamente, no es así en todas las relaciones.

—Nos unieron nuestras familias —dijo Lord Grebs con honestidad—. Sin embargo, no podría haber estado más feliz con la unión. Ella parecía completarme en todos los sentidos posibles. Cuando enfermó, bueno, ya no tenía ese equilibrio. Pobre Alexandra —dijo con un resoplido—. Siento que ella ha asumido la mayor parte de la carga de la casa con la muerte de mi esposa. Ella no sabe que yo lo sé, pero la noche que murió mi esposa, cuando se despidió de las niñas, yo estaba allí escuchando. Lady Grebs le pidió a Alexandra que cuidara de las demás, que se ocupara de la casa. Creo que solo esperaba darle a la niña un propósito para distraerla de la tristeza que estaba por venir. Alexandra se lo tomó tan en serio, después de todo, es una chica

muy determinada por naturaleza. Temo que renunció a sus propias oportunidades de felicidad solo para poder cuidar de los demás.

Raven sabía esto sobre Lady Alexandra, aunque nunca había conocido la razón. Sin embargo, conociendo su personalidad como la conocía, entendía completamente por qué había decidido asumir el papel de su madre en la vida por el bien de sus hermanas menores. Si fuera el último deseo de sus padres, sabía que él mismo colapsaría de agotamiento antes de dejar de trabajar para cumplirlo. Lady Alexandra no era diferente. De hecho, estaba seguro de que pronto caería exhausta si no permitía que sus hermanas menores asumieran más roles en el hogar y alentaba a su padre a dar un paso adelante y retomar su lugar.

—Sentí que estaba en la oscuridad durante algún tiempo —continuó Grebs.

—¿Y qué lo hizo despertar de ella? —preguntó Raven con cierta cautela.

Era evidente que, aunque el conde estaba progresando hacia una parte funcional de su hogar, todavía estaba en el comienzo. Raven estaba seguro de que un solo paso en falso enviaría al conde de vuelta a su luto y reclusión, dejando a Lady Alexandra nuevamente para soportar el peso de toda la casa por sí sola.

—No lo sé con certeza —dijo Lord Grebs mientras buscaba en su propia mente—. Sin embargo, sé que usted fue la primera persona en visitarme en mucho tiempo. De hecho, estaba seguro de que todo el mundo me había olvidado. Fue agradable saber que incluso si me marchito en mi casa, mi legado —este museo —dirigió su mirada hacia el erguido edificio junto al que ahora se detenían—. Al menos esto aún puede aportar algo bueno al mundo.

Raven devolvió la sonrisa al conde mientras el carruaje se detenía al pie de las escaleras del museo. Juntos entraron, cada uno perdido en sus propios pensamientos.

Para Raven, era la admiración de un matrimonio lleno de amor, aunque fuera de corta duración. Le recordaba tanto a sus propios padres. Se preguntaba si todas las uniones hechas con corazones puros llenos de amor estaban destinadas a terminar de esa manera.

Cuando entraron por las puertas masivas del museo, varios de los empleados jadearon de asombro antes de dar la bienvenida al conde. Debía haber pasado una cantidad excesiva de tiempo desde la última vez que visitó este lugar.

Raven siguió al recién regresado propietario mientras se dirigían a las áreas de servicio detrás de la exhibición. Lord Grebs debía haber conocido bien este lugar en algún momento, ya que caminaba con gran confianza.

Entraron en una cocina grande y espaciosa que aún olía a pintura fresca. Ya había varios trabajadores dentro despejando las cajas restantes y entregando suministros de cocina.

Se acercaron a un hombre que parecía estar dirigiendo a los demás. El Sr. Brown había sido contratado a través de un servicio sin mucho conocimiento previo de su empleador. Ahora que había llegado al lugar, estaba muy nervioso cuando escuchó de los demás que dicho empleador era una mujer. Su alivio fue aún mayor cuando fueron Lord Grebs y el duque quienes lo saludaron esa mañana.

—Estaba preocupado de que tuviera que presentar mi renuncia aquí mismo en el primer día —dijo con el acento de un sirviente de alto nivel.

—Mi hija, Lady Alexandra, disfruta de los museos y viene de vez en cuando cuando yo no puedo. Pero puedo asegurarle que nada fuera de lo común sucede aquí. Yo apoyo el museo. Varios departamentos están dirigidos por caballeros de mi elección a quienes considero confiables y trabajadores.

Raven hizo todo lo posible por morderse la lengua. Sabía que era muy inusual que una dama tuviera el tipo de espíritu pionero que tenía Lady Alexandra, y mucho menos que usara esos talentos a una escala tan grande como este enorme museo. Aun así, no le gustaba la forma en que el Sr. Brown sugería que trabajar bajo Lady Alexandra estaría por debajo de él.

Raven tomó nota de estar alerta por cualquier otro sirviente que pudiera compartir la misma reserva. No tenían lugar para ganarse un ingreso aquí si no mostraban a Lady Alexandra el respeto que merecía.

No les llevó mucho tiempo acordar el menú. Habiendo anticipado reunirse con una mujer esa mañana, el cocinero ya tenía varias opciones de menú para que ella eligiera, con todos los platos detallados.

Justo cuando estaban terminando con el Sr. Brown, un hombre entró para informar al conde que las mesas habían llegado. Lord Grebs debía inspeccionar la artesanía de cada una antes de que fueran almacenadas temporalmente en una gran sala de espera detrás de la exhibición de safari.

—El diseño fue idea de Lady Alexandra, y bastante ingenioso, si me permite decirlo —dijo el carpintero mientras sacaba la primera mesa larga de madera de la parte trasera de su carreta.

Raven estudió la rica madera de nogal que brillaba a la luz del día. Cada tablón de madera no estaba pintado, sino que mostraba la veta natural y los nudos del producto original. Sin embargo, era solo la parte superior de la mesa, sin patas visibles.

—¿Qué tiene de tan ingenioso? —preguntó Raven con curiosidad.

—Verá —dijo, haciendo que el sirviente que sacaba la mesa de la parte trasera de su carreta la volteara—. Cada una de las cuatro patas se guarda debajo de la mesa para facilitar su

almacenamiento. He puesto una muesca en la parte superior de cada pata que encaja en las clavijas en los cuatro lados de la mesa. Luego esta parte de la pata —dijo, señalando un anillo de madera que rodeaba la parte superior de la pata—, se desliza hacia arriba y tiene un cierre en el interior para mantenerla en su lugar, sellando las dos piezas cuando está en uso.

—Eso es muy interesante.

—Una habitación llena de hombres podría bailar sobre esto, y ni una sola pata se saldría de su lugar, pero desarmarlo de nuevo a este estilo compacto es tan simple que incluso su señoría podría hacerlo.

—¿Y dice usted que Lady Alexandra le dio los planos para esto?

—Así es. También me permitió seguir utilizándolo si surgiera la necesidad para otros clientes. Muy generosa, si me permite decirlo.

Raven se llenó de orgullo ante el cumplido hacia la dama. Aunque aún no había logrado establecer la conexión que más deseaba con ella, se hinchaba de orgullo por el ingenio y la tenacidad de la dama que había elegido.

Raven observó cómo las seis mesas largas, suficientes para sentar fácilmente a más de cincuenta personas, eran llevadas a su lugar de espera en el almacén.

—Bueno, eso no fue nada difícil —dijo Lord Grebs, frotándose las manos después de que la última de las mesas fuera guardada y el carpintero se marchara de vuelta a su taller—. No sé por qué Alexandra estaba tan preocupada.

Lord Grebs miró su reloj de bolsillo para ver la hora. Era casi mediodía.

—¿Subimos? Me encantaría conocer su opinión sobre todos los estudios que estamos realizando actualmente —dijo Lord Grebs con entusiasmo en su tono.

Raven siguió con gusto a Grebs mientras se abrían paso a través de la sala central abierta y luego subían por un conjunto de escaleras a lo largo de la pared más alejada. Todas las habitaciones de arriba tenían una fabulosa vista de la galería de abajo, con puertas que conducían a varios laboratorios a intervalos irregulares.

—Nuestra primera parada tiene que ser aquí —dijo Lord Grebs, acercándose a una puerta de madera oscura y llamando.

No esperó respuesta, sino que abrió directamente y entró. Dentro, Raven se encontró en una habitación bastante espaciosa que albergaba tanto una oficina como un laboratorio de experimentación. De pie en una mesa rodeado de varios instrumentos estaba el Sr. Lucas, vestido con guantes, un delantal protector negro y una máscara.

Tan pronto como Lucas los vio a ambos, se enderezó y comenzó a quitarse su capa protectora.

—¡Lord Grebs! Qué amable de su parte venir a visitarnos.

Raven se dio cuenta de que si no hubieran entrado sin respuesta como lo había hecho el conde, había una buena posibilidad de que el científico no los hubiera escuchado en absoluto. Estaba ocupado trabajando con algún tipo de compuesto químico.

—¿En qué has estado trabajando aquí, muchacho? —preguntó Grebs, dándole al caballero una palmada afectuosa en la espalda a modo de saludo.

—He estado probando la sustancia recreada del puercoespín —dijo Lucas con una mirada de soslayo al duque.

—Sí, Raven me estaba contando el otro día sobre sus teorías. Me inclino a creerle, por supuesto. ¿Cuántos años dijo que vivió en las Américas, Su Gracia? —preguntó Lord Grebs, volviéndose hacia Raven.

—No estoy seguro de poder contarlos todos ya que no fue de manera consecutiva. Calculo que al menos dos o tres de los últimos cinco, sin embargo.

—Qué aventura sería esa —dijo Lord Grebs con admiración.

—Tal vez —dijo Lucas con bastante frialdad, mirando al duque de arriba abajo.

—¿Tal vez? —se burló Lord Grebs—. Ni siquiera puedo imaginar cuánta información podemos obtener del duque aquí presente. Todos nos sentamos en nuestras pequeñas habitaciones y miramos especímenes en una mesa; este hombre ha salido y ha visto las cosas vivas y respirando.

Raven no dudaba que Lord Grebs tuviera el mismo gusto por la aventura que había impulsado a sus padres y a él mismo a explorar los rincones más lejanos del mundo. La única excepción era que Grebs carecía de los fondos para hacerlo.

—Bueno, entonces debemos tener suerte de tenerlo aquí, Su Gracia —dijo Lucas, aunque sin sentimiento—. Lady Alexandra me explicó que usted le había hecho una especie de propuesta para la Sociedad Zoológica.

Raven asintió en señal de acuerdo. No le había caído bien el hombre en su primer encuentro. El segundo aún menos cuando quedó claro que el caballero también compartía un afecto por Lady Alexandra. Su opinión sobre el Sr. Lucas solo había ido empeorando desde entonces.

—Ella parece muy entusiasmada por sus contribuciones temporales. ¿Cuánto tiempo planea quedarse en Londres? Estoy seguro de que alguien como usted con gusto por los viajes no se queda mucho tiempo en un solo lugar —continuó Lucas en una charla aparentemente amistosa.

Aunque el conde tomó las palabras de Lucas por su significado superficial, Raven pudo leer fácilmente entre líneas. Lucas quería que se fuera para poder volver a cortejar a Lady Alexandra.

Extrañamente, esto le dio esperanza a Raven. Para que el hombre se sintiera amenazado por su presencia, tenía que significar que Lady Alexandra había dado alguna indicación de que también estaba interesada en él.

—No estoy completamente seguro. Naturalmente, me quedaré durante toda la temporada. Aún no he decidido si volveré a mi casa de campo después de eso o no. Mi tía está envejeciendo, y no me siento cómodo dejándola sola por largos períodos de tiempo. Quién sabe, podría convertirme en una figura bastante constante en este lugar.

Raven entrecerró sus ojos negros sobre el hombre, asegurándose de que entendiera su punto. Tenía los medios para quedarse todo el tiempo que quisiera.

—Oh, ¿no sería eso maravilloso? —dijo Lord Grebs con entusiasmo.

Continuaron haciendo rondas por los laboratorios de varios otros científicos, donde mostraron al duque y a Lord Grebs sus proyectos o estudios actuales. La mayoría de los hombres eran de mediana edad, si no un poco mayores.

—Lucas parece muy joven para su profesión —dijo Raven mientras regresaban en su carruaje a la casa de Grebs.

—Era prácticamente un prodigio cuando niño. Listo como una ardilla, ese muchacho. Lo hicimos estudiar en el museo bajo las mejores mentes una vez que nos lo trajeron. Prácticamente creció en ese edificio —dijo Grebs con cariño hacia el chico.

—Entonces, debe conocerlo muy bien a él y a su familia —continuó Raven indagando lo más casualmente posible.

—No tiene familia de la que hablar, me temo. Tenía una madre cuando vino a nosotros, pero sucumbió a la fiebre poco después, pobre muchacho.

—Bueno, entonces debe estar muy agradecido de tener a alguien como usted para considerar sus necesidades y patrocinarlo como lo hizo.

—Ah, bueno —Grebs hizo un gesto de desestimación y miró por la ventana con aire nostálgico.

Raven podía notar que la salida ya había cobrado su precio en el hombre. Se veía un poco pálido y debilitado por toda la emoción del viaje. Raven estaba simplemente contento de que su ánimo se hubiera mantenido durante todo el recorrido.

Grebs miró de nuevo su reloj de bolsillo de oro.

—Estará cerca la hora de la cena cuando regresemos. Simplemente debe acompañarnos para una cena familiar esta noche —insistió Grebs—. Estoy seguro de que si le cuento a Alexandra el

trabajo que hemos logrado, y cuán tonta ha sido por pensar que era demasiado arduo, simplemente me ignoraría. A usted sí le creería, sin embargo.

Raven dudó. No tenía intención de menospreciar todo el arduo trabajo de Lady Alexandra. Sin mencionar el hecho de que no estaba completamente seguro si la dama lo detestaba o no. Esperaba que ella se estuviera acostumbrando un poco a él, pero no podía asegurarlo.

—Desafortunadamente, ya tengo planes para esta noche con mi tía.

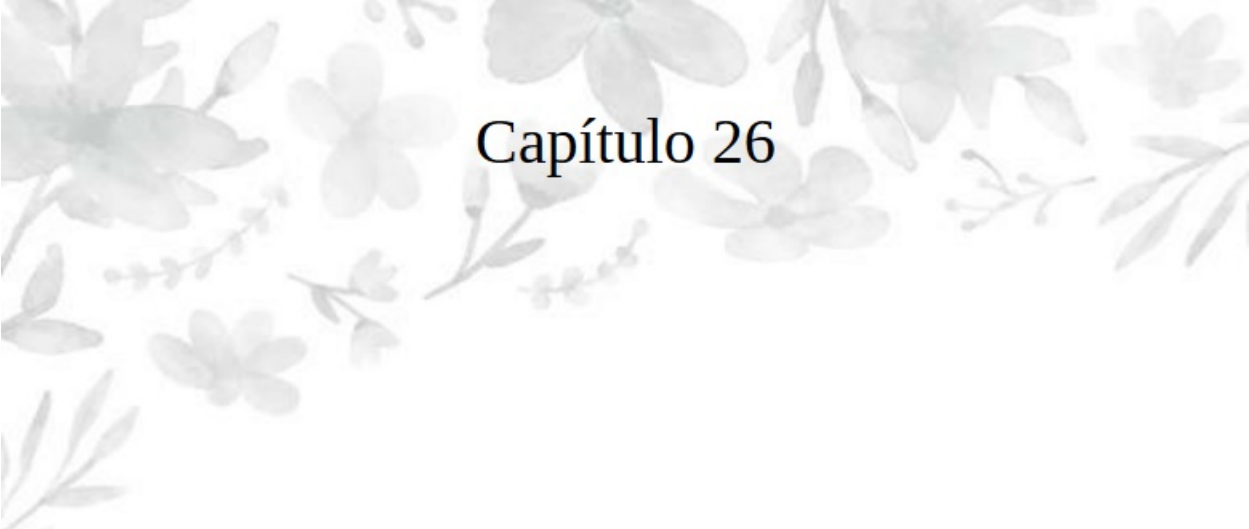
—Entonces mañana, y no aceptaré un no por respuesta. Descubriré que soy bastante persistente, Su Gracia. Lady Rebecca Sinclair, por supuesto, también es bienvenida a unirse. Cuantos más, mejor.

Raven no rechazaría la oportunidad de estar en presencia de Lady Alexandra nuevamente. Simplemente asintió en acuerdo. Ya sabía que su tía nunca aceptaría tal cena, y mucho menos estaría feliz de que él fuera.

Una cena familiar privada sería una clara indicación de que tenía planes de desarrollar una conexión cercana con la familia anfitriona. Sumando al hecho de que en este caso, la familia en cuestión tenía cuatro hijas solteras, no sería difícil para la gente sacar sus propias conclusiones sobre la situación.

Por supuesto, tal cosa nunca cruzó por la mente de Lord Grebs. Todo lo que veía era otra oportunidad para hablar con el duque sobre las criaturas, la flora y la fauna que había experimentado en sus viajes.

Su tía, sin embargo, no estaría dispuesta a aprobar tal conexión, no con sus propios planes contrarios a eso. Tendría que encontrar una manera de hacer que su tía conociera a la familia de Lord Grebs en un entorno diferente. Estaba seguro de que una vez que la tía Rebecca conociera a Lady Alexandra, y él cumpliera el deseo de la tía Rebecca de obtener un puesto en la junta, ella estaría más que feliz de darle su bendición para la unión.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a large five-petaled flower and several smaller blossoms and sprigs of foliage.

Capítulo 26

Lady Alexandra se acomodó agradablemente en la sala privada de su amiga junto a su hermana. Deseaba que alguna de ellas hubiera pensado en traer la costura, aunque la idea fuera imposible.

Por alguna razón, Lady Alexandra siempre había sentido que si sus manos o su mente no estaban haciendo algo, seguramente era perezosa. En cambio, cruzó las manos pulcramente sobre su regazo mientras las tres damas se acomodaban después de su mañana de compras para disfrutar de unos sándwiches ligeros y té.

—Parece tan silencioso aquí —comentó Lady Josephine—. Nada que ver con casa —añadió para dejar claro que estaba disfrutando de la tranquilidad.

La única otra ocasión en que Lady Josephine había entrado en la casa de los Eagleton había sido para pequeñas reuniones y cenas. Incluso con pocos invitados, las habitaciones solían resonar con alegría y risas. Hoy, la casa se sumía en el tranquilo silencio del vacío.

—Sí, Lord Eagleton está fuera viendo unos caballos hoy. Por supuesto, ahora solo somos él y yo, así que incluso cuando está en casa, hay un silencio inquietante —dijo Lady Eagleton con una mirada perdida.

Aunque ahora estaba claro que las posibilidades de que Lady Eagleton tuviera un hijo propio eran escasas, eso no eliminaba el deseo de su corazón. Lady Alexandra reflexionó sobre esto. Siempre encontraba su propia casa tan ruidosa que era casi un alivio cuando podía salir a hacer las compras y cosas por el estilo. Williamina siempre estaba practicando en el piano, Sophia apenas sabía mantener su tono a un nivel apropiado para una dama cuando estaba emocionada, y luego estaba su padre, que gritaba órdenes desde los confines de su biblioteca, sin querer salir de ella.

Para Lady Alexandra, la idea de una casa tranquila y apacible era el cielo. Ahora veía que el ruido ensordecedor no siempre se escuchaba con el oído. En el caso de su amiga, era el silencio

el que le causaba gran incomodidad.

—Pronto volverás a tu casa de campo, donde desearás no oír el feliz sonido de la risa de los niños pequeños —dijo Lady Alexandra, esperando levantar el ánimo de su amiga.

—Sí, tienes razón —dijo con una sonrisa y un apretón de manos—. La familia del joven Charles ha sido una bendición para mí. Con suerte, habrá un nuevo bebé para que yo lo sostenga y lo ame.

Continuaron hablando de asuntos sencillos durante un buen rato mientras comían pequeños sándwiches. Un plato de petits fours reemplazó rápidamente la comida ligera.

Fue después de que Lady Eagleton volviera a contar cómo la hija menor del joven Charles, de no más de dos años, se había metido en una cesta de ropa y se había quedado dormida, dejando al resto de la casa buscándola frenéticamente durante varias horas, que las tres chicas tuvieron que secarse los ojos de tanto reír.

—¿Sabes? —dijo Lady Eagleton después de recuperar el aliento—. Creo que es la primera vez que te veo reír desde que volviste a la ciudad.

—Lo sé —dijo Lady Alexandra, guardando su pañuelo en la manga—. Me temo que no he tenido muchos motivos para hacerlo este año.

—Pareces muy agobiada. Sé que dices que esta perspectiva con Raven es algo bueno, pero espero que pidas ayuda si la necesitas. Odio verte tan agotada.

—Si te refieres a pedir más ayuda a Raven, la respuesta es absolutamente no. Ese hombre es insufrible.

—Yo no lo creo —intervino Lady Josephine.

—Por supuesto que no —dijo Lady Alexandra poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, tu padre tampoco debe pensar así, si se ha despertado de su enfermedad con su llegada —añadió Lady Eagleton—. Quizás estás prejuiciada por tu primer encuentro.

—¿Qué pasó en vuestro primer encuentro? El baile, ¿verdad? —preguntó Lady Josephine, un poco sorprendida de que hubiera algo que su hermana no le hubiera contado.

Lady Alexandra dejó escapar un largo suspiro, preparándose. Luego comenzó a contarle todo. Desde su primer encuentro, para beneficio de su hermana, hasta todas las demás cosas que habían sucedido entre ella y el duque desde ese momento. Lady Eagleton se sentó pacientemente y escuchó mientras su mejor amiga le contaba todas sus penas y frustraciones con el hombre.

—¿No le culpas por lo que pasó en las escaleras del museo? —dijo Lady Eagleton después de que Lady Alexandra terminara de hablar.

—No, no es que le culpe. Simplemente detesto la alegría que encontró en la situación.

—Yo no —dijo Lady Josephine con sencillez—. Debes haber sido todo un espectáculo. Desearía que me incluyeras más. Me habría gustado ayudarte.

—Tienes tus propias necesidades en las que centrarte —replicó Lady Alexandra con sus excusas habituales. Suspiró de nuevo. Ya había soltado tanta información que no sentía mucha resistencia para continuar—. La verdad del asunto es que si no encuentras marido al final de la temporada, tendré que mantener a Sophia en casa otro año entero. Sabes que no se lo tomará bien. Pero no tengo elección. La casa simplemente no puede permitírselo.

—O podrías encontrar a alguien tú —sugirió Lady Eagleton.

Lady Alexandra le lanzó a su amiga una mirada que decía "ni siquiera me dignaré a responder a ese pensamiento".

—Creo que te estás tomando toda esta situación con Raven de manera equivocada. Una vez que veas la verdad del asunto, no creo que encuentres tan improbable encontrar tu propia pareja antes de que termine este año —continuó Lady Eagleton.

—Bueno, entonces, querida amiga, por favor ilumíname.

—Debería ser bastante claro. Casi risible que no lo veas tú misma. El duque se ha interesado por ti.

—El duque está interesado en Lady Charlotte. Toda la sociedad conoce ese hecho. El único interés que tiene en mí o en mi familia es nuestro valor de entretenimiento —respondió Lady Alexandra.

—Quizás se rumoree que el duque ha estado considerando una unión con Lady Charlotte, y estoy segura de que algo de eso es cierto. Pero eso no significa que haya empezado a cortejarla. Estaba claro desde el momento en que Raven llegó a Londres que estaba aquí para encontrar esposa. Si Lord Eagleton tenía razón en lo que me contó, parece que su tía, Lady Rebecca Sinclair, insiste mucho en que lo haga. Se dice incluso que fingió una enfermedad grave para que él volviera a casa con prisa.

—No puedo imaginar a nadie haciendo algo así —dijo Lady Josephine.

Ambas chicas le dirigieron una mirada que decía: "Sabemos que tú no podrías". Fue una pausa de silencio que volvió a hacer reír a las tres chicas.

—No importa lo que lo haya traído aquí —continuó Lady Eagleton una vez que habían recuperado la compostura—. Creo que se ha decidido a adquirir una esposa, y no veo otra razón por la que te esté prestando tanta atención más allá de un interés de naturaleza romántica.

Lady Alexandra abrió la boca para protestar de nuevo, pero su amiga no se lo permitió.

—Ahora bien, no estoy diciendo que conozca bien al duque. Lord Eagleton sí lo conoce, sin embargo, y me ha hablado bastante de su carácter. El joven Charles y Raven fueron grandes amigos durante todos sus años escolares. Mi marido describió a Raven como un hombre de lo más honorable, amable y considerado. No creo que alguien con esa naturaleza utilizara la desgracia ajena para su propio entretenimiento personal, por muy aburrido que encuentre Londres —añadió con una suave sonrisa.

Lady Alexandra meditó sobre las palabras de su amiga en el camino de vuelta a casa en el carruaje de los Eagleton. Lady Eagleton había insistido mucho en que lo tomaran. De hecho, había insistido en que si alguna vez surgía la necesidad de transportar una criatura que se asemejara a un gran alfiletero, debería buscar primero la ayuda de su amiga antes de caminar por la calle con dicha criatura en un cochecito de bebé.

Lady Alexandra agradeció a su amiga toda su bondad y amabilidad. Amaba a Regina como si fuera su propia hermana y adoraba a Lord Eagleton. Por esa razón, se detuvo a considerar la imagen que sus opiniones pintaban del Duque de Raven.

Todavía no podía asimilar la idea de que él pudiera haberse interesado en ella por una razón romántica. Lady Alexandra no se había considerado una posible candidata para el matrimonio con nadie, y mucho menos con un duque.

Era la hija mayor del Conde Grebs y técnicamente estaba destinada a casarse antes que sus hermanas menores. Sin embargo, eso no era una opción, ya que desde el momento en que su madre falleció, ella asumió el papel maternal en su lugar. Ni siquiera creía que sus hermanas la hubieran considerado alguna vez como alguien que pasaría una temporada buscando un caballero adecuado para casarse.

De hecho, estaba segura de que en el fondo de sus mentes, incluido su padre, siempre habían asumido que ella seguiría allí para verlas partir correctamente y cuidar de su padre una vez que se hubieran ido a sus nuevos hogares. Ella había hecho lo mismo. Como mucho, había considerado casarse con el Sr. Lucas una vez que estuviera segura de que todas sus hermanas se hubieran establecido adecuadamente.

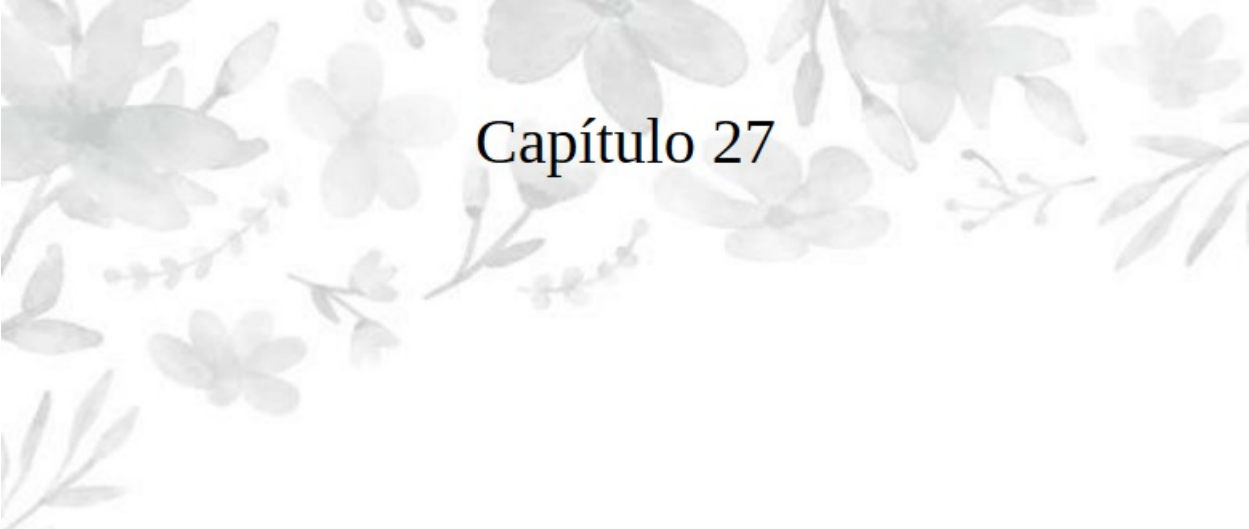
Incluso esa noción ya no le parecía posible. Por mucho que le hubiera gustado, simplemente no veía al Sr. Lucas desde una perspectiva romántica. Por supuesto, el romance no era necesario para el matrimonio cuando eras una mujer sin forma de mantenerse a sí misma. Aun así, ella había pensado que si alguna vez se casaba, querría la vida que su padre y su madre habían compartido.

Más que el testimonio del duelo de su padre eran los recuerdos que tenía de sus padres antes de la muerte de su madre. Sabía con todo su corazón que se habían amado. En cierto modo, esas imágenes la habían desengañado un poco. Nunca podría verse conformándose con menos que la mirada de pura alegría y felicidad que veía en el rostro de su madre cuando su padre entraba en la habitación y la saludaba.

Si fuera a aceptar algún futuro, sería uno como ese o ninguno en absoluto. No sería posible con el Sr. Lucas. Consideró por primera vez desde que su amiga le dio la idea que podría ser posible con Raven.

Sus mejillas se sonrojaron al considerar todas sus interacciones. La forma en que la miraba tan intensamente que hacía que su piel se calentara desde el interior. Tenía que admitir que incluso disfrutaba un poco de su humor o lo haría si no estuviera siempre dirigido a ella.

Sacudió la idea de su cabeza. Era una tontería, de verdad. Sin duda, solo el deseo de una amiga de hacer una conexión entre dos personas en las que encontraba cualidades admirables. Las posibilidades de que el Duque de Raven alguna vez tuviera sentimientos por ella eran, en su mente, tan realistas como la oportunidad de abandonar los confines de la ciudad.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top edge.

Capítulo 27

Lady Alexandra no tuvo mucho tiempo para reflexionar en privado sobre la opinión de su amiga. Desde el momento en que regresó a casa y durante el día siguiente, cada segundo estuvo cargado de expectación por el duque.

Por segunda vez en ese mes, Lord Grebs decidió unirse a sus hijas para la cena. No solo eso, les informó de la inminente visita del duque al día siguiente para una cena familiar privada.

Como si Lady Alexandra no tuviera ya suficientes tareas, ahora tenía que trabajar con la cocinera para preparar una cena elegante digna de un duque.

Entre su trabajo habitual, el trabajo adicional para el banquete que se aproximaba rápidamente, y ahora la planificación de una cena familiar con un invitado de honor, Lady Alexandra tuvo que soportar más insistencias de sus hermanas.

O bien Lady Josephine había compartido las ideas de Lady Eagleton con sus hermanas menores, o simplemente estaban en la misma sintonía. De cualquier manera, pasaron cada momento cuestionando a Lady Alexandra e intentando probar que había cierto afecto entre ella y el Duque de Raven.

Bueno, ese era el objetivo de todas sus hermanas, excepto la más joven, Lady Sophia. Por su parte, estaba lo más callada posible, para una chica de su naturaleza. Pasó las siguientes veinticuatro horas enfurruñada ante la idea de que su hermana mayor pudiera haber captado la atención del duque y no ella misma. Una imposibilidad en la mente de Lady Sophia después de haber mostrado claramente al duque que aceptaría cualquier atención que él estuviera dispuesto a dirigirla.

Lord Grebs insistió en que su hija no escatimara en nada para su tranquila cena familiar con el duque. De hecho, gastaría más en esta sola comida que lo que típicamente se usaba para financiar la cuenta de alimentos de un mes entero. Aunque Lady Alexandra no estaba de acuerdo con tales

cosas, al final, su padre era quien realmente controlaba las finanzas del hogar. Hasta este momento, él había mostrado poco interés, si es que alguno. Ahora parecía estar insistiendo en que las cosas se hicieran a su manera, a pesar de lo imposibles que pudieran ser.

Para la noche de la cena, Lady Alexandra estaba al menos satisfecha con el hecho de que su casa, y los aromas que emanaban de su cocina, eran mucho mejores que cualquier cosa que hubieran experimentado en años. Sus tres hermanas habían pasado casi todo el día en su habitación compartida vistiéndose y preparándose para la noche.

Aunque solo era un invitado, y en una cena familiar informal, aún tenía un significado importante. Que un caballero soltero eligiera tal cosa con Lord Grebs y su casa significaba que planeaba continuar conexiones íntimas cercanas con la familia. Con cuatro hijas solteras en su hogar, ese mensaje iba mucho más allá de simples arreglos de negocios a los ojos de la sociedad.

Lady Josephine había señalado este hecho a Lady Alexandra cuando la primera decidió hacer comentarios sobre su día de preparación.

—Deberías estar haciendo lo mismo —animó Lady Josephine—. Ya he terminado con mi cabello, déjame hacer algo extra bonito con el tuyo.

—No tengo razón para hacerlo, y ninguna de vosotras tampoco. Además, si el duque está interesado en mí, como todas afirmáis, ¿de qué sirve que el resto de vosotras os esforcéis tanto en mostrar una fachada perfecta?

—¿No ves cómo una unión con el duque mejoraría la posición de todas nosotras?

Lady Alexandra lo consideró. No lo había pensado hasta ese momento, si se dijera la verdad. Todo lo que había considerado era que la atención del duque hacia su familia era un estorbo.

—¿Sabes cuánto deben estar hablando las damas de la sociedad sobre nosotras? —replicó Lady Alexandra—. El duque no ha causado más que problemas, estoy segura de ello. Todas están cotilleando, y estoy segura de que es poniendo a las cuatro bajo una luz desfavorable.

—Tienes razón en que algo de eso está sucediendo. Pero si yo tengo razón, y estoy segura de que la tengo, y el duque te aprecia, ¿no significa eso que este es solo el siguiente paso en un cortejo natural? Vosotros dos podríais estar comprometidos y casados antes de que termine el año. ¿Imaginas lo maravilloso que sería eso para todas nosotras? Ya no estaríamos desesperadas por encontrar cualquier partido que se nos presentara. Ahora podríamos encontrar un hombre de nuestra elección, por amor.

—Supongo que es cierto —dijo Lady Alexandra—. Aunque eso es asumiendo que el duque desearía casarse conmigo, y yo desearía casarme con él. Puedo prometerte con absoluta certeza que al menos una de esas cosas es falsa y la otra es igual de probable que sea falsa.

—O tal vez estás tan ciega a tus propios sentimientos como lo estás a los suyos —dijo Lady Josephine, agarrando la mano de su hermana y tirando de ella escaleras arriba hacia la habitación.

A pesar de la negativa de Lady Alexandra, su hermana, siempre optimista, no quiso oír nada de eso. En su lugar, sentó a Lady Alexandra frente a su único espejo y comenzó a rehacer el cabello de su hermana mayor de la manera más espléndida.

—También pensé que sería bonito que usaras esto —dijo Lady Josephine, abriendo la pequeña caja de joyas que las cuatro hermanas compartían. Metiendo la mano en ella, levantó el fondo falso para revelar su posesión más preciada.

Solo las dos hermanas mayores sabían que estaba allí. Ambas sabían que si cualquiera de las hermanas menores descubría su escondite, acabaría en manos de Lady Sophia, y sin duda sería tratado como algo sin importancia.

Por supuesto, no era exactamente una baratija cara. El valor de la delgada cinta rosa con su único dije colgando no era monetario sino sentimental. Era una pequeña piedra de cuarzo rosa pulida hasta formar un óvalo. En la parte superior había un perfil de mujer delicadamente tallado en marfil. La piedra en general estaba rodeada por una simple y delgada lámina de oro que tenía un único aro que la unía a la cinta.

Era la única joya que tenían que una vez perteneció a su madre. Su padre había vendido o simplemente destruido mucho en los primeros días tras la muerte de su madre. Lady Alexandra nunca había estado contenta con las acciones de su padre, pero a los ocho años era demasiado joven para darse cuenta de lo que estaba haciendo, y mucho menos para detenerlo. Lord Grebs no había eliminado todos los objetos de su esposa por rencor, ni siquiera por dinero. En cambio, había querido borrar cada recuerdo que le causaba dolor.

En el proceso, también había despojado a sus cuatro hijas de una madre. Si la promesa de Lady Alexandra no hubiera sido suficiente peso sobre sus hombros de ocho años, ahora tenía la presión de cumplir con el recuerdo de una mujer de la que ya no podían tener ningún recordatorio físico.

Este colgante era lo único que quedaba de su madre; ni siquiera un pequeño retrato de bolsillo había escapado de la purga de su padre. La única razón por la que aún tenían esta pequeña joya era que se había caído debajo de la cama de su madre. No fue hasta años después que la criada lo encontró mientras limpiaba la habitación. Lady Alexandra tenía la edad suficiente entonces para entender su importancia y lo había escondido de inmediato.

—No estoy segura de que sea una buena idea —dudó Lady Alexandra.

—¿Por qué no? —dijo Lady Josephine, bajando ligeramente el objeto.

—¿Y si lo rompo? —respondió Lady Alexandra con cautela.

Apenas se había permitido rozar el colgante con los dedos durante todos estos años. Era demasiado precioso para arriesgarlo, incluso por la posibilidad, por improbable que le pareciera, de atraer la mirada del Duque de Raven.

—No lo harás —desestimó Lady Josephine la preocupación de su hermana y se lo colocó delicadamente alrededor del cuello, atándolo por detrás—. Madre quería que lo llevaras. Tal vez sea tu amuleto de la suerte.

Lady Alexandra puso los ojos en blanco mirando a su hermana a través del espejo, pero ahora de una manera más juguetona.

Lady Josephine sonrió en respuesta antes de que su rostro se tornara solemne.

—¿La recuerdas? —dijo Josephine suavemente, con sus ojos dorados perdidos en otro lugar.

—Un poco —dijo Lady Alexandra con la misma suavidad—. Hay un recuerdo en particular. Estaba sentada en la sala de estar. En ese sillón de respaldo alto. Creo que era su favorito —dijo Lady Alexandra, frunciendo el ceño en concentración—. Estaba leyendo un libro de algún tipo. Yo simplemente me quedé allí en la puerta y la observé por un momento. Estaba posicionada de tal manera que la luz que entraba por la ventana iluminaba su rostro. Se veía tan pacífica, tan serena. Solía reproducir ese recuerdo en mi mente antes de dormir.

Lady Alexandra tomó una larga y lenta respiración mientras su hermana colocaba los últimos rizados en su lugar.

—Parece que olvido un poco más la forma en que se veía en ese momento cada vez que intento recordarlo. Solía recordar el color exacto de su cabello reflejando la luz. La forma de su rostro. El color de su vestido ese día. O la manera en que se había quitado los zapatos y había metido los pies debajo de ella.

—Ahora no puedo recordar nada de eso, sin embargo. En su lugar, veo a Madre sentada en ese sillón, el sol brillando sobre ella, pero su rostro está pálido. Profundas ojeras sombrean sus ojos y gotas de sudor resbalan por su frente. Está tratando de sonreírme, pero está demasiado débil para hacerlo. Luego la luz se desvanece en sus ojos, y se ha ido.

Lady Alexandra miró a su hermana, que había terminado su trabajo y simplemente estaba de pie escuchando.

—A veces desearía no tener ningún recuerdo de ella en absoluto —dijo Lady Alexandra encogiéndose de hombros—. Al menos así, todos ellos no estarían envenenados con el recuerdo de su muerte.

—Créeme, sería mejor tener algo que no tener nada en absoluto —dijo Lady Josephine con el ceño fruncido.

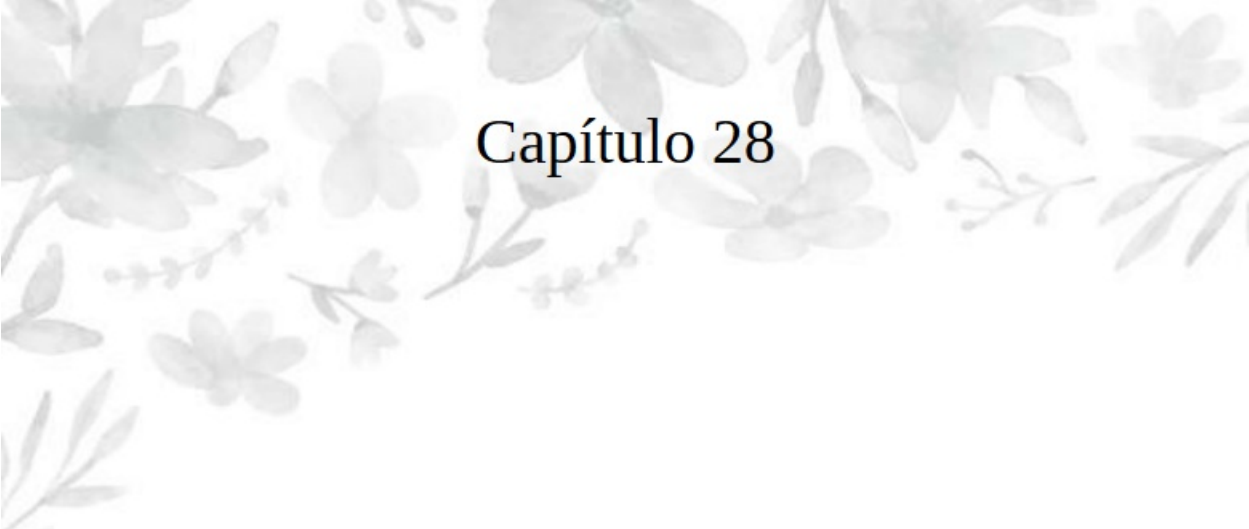
Era una expresión que casi nunca cruzaba el rostro de su hermana. Aunque Lady Josephine era solo un año menor que su hermana mayor, estaba claro que todos sus recuerdos de su madre se habían desvanecido hacía mucho tiempo.

—Deberíamos hablar más sobre ella —dijo Lady Alexandra con una débil sonrisa de aliento—. Tal vez si lo hiciéramos, más cosas volverían a nuestra memoria. Y por supuesto, eso sería más para que Sophia se aferrara. Me preocupa que crezca bastante desencantada sin ningún recuerdo propio de Madre.

—No, estás haciendo un buen trabajo con ella. Aunque estoy de acuerdo —dijo Josephine con un resoplido y recuperando su habitual rostro agradable—. Deberíamos esforzarnos por hablar más de ella.

Fue una conversación reconfortante para Lady Alexandra tener con su hermana. De alguna manera, había estado guardando estos pensamientos, sentimientos y tal vez incluso culpa, embotellados dentro de ella. Estaba empezando a ver que era importante abrirse más a sus hermanas. No solo por el bien de ellas, sino también por el suyo propio.

Sin embargo, tuvo poco tiempo para reflexionar sobre la idea, ya que el duque llegó justo cuando las dos terminaban sus preparativos en la habitación que compartían. Lady Josephine y Lady Alexandra descendieron las escaleras en perfecta sincronía con la apertura de la puerta principal para dar la bienvenida a su invitado.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top edge.

Capítulo 28

Raven ya estaba de buen humor mientras subía los escalones de la entrada de la casa de Lord Grebs. Aunque había dudado en aceptar la oferta del conde el día anterior para una comida familiar, ahora no sentía ninguna reserva.

Sabía cómo interpretaría el resto de la sociedad tal acción. Su tía se enfurecería cuando se enterara, por supuesto. Poco le importaba eso ahora. Había decidido que Lady Alexandra era la dama para él y nada, ni siquiera su tía a quien quería entrañablemente, lo disuadiría de esto.

Había caminado con un paso más ligero e incluso se encontró tarareando después de llamar a la puerta y esperar a que el mayordomo de Lord Grebs abriera. Se quedó sin palabras ante la vista que lo recibió al cruzar el umbral del conde.

En el momento perfecto, Lady Alexandra descendía las escaleras justo cuando él entraba en el vestíbulo. Fue como si el mundo a su alrededor se desvaneciera mientras la contemplaba.

Estaba hermosamente vestida con un vestido de color lavanda oscuro que hacía que su piel resplandeciera como marfil en contraste. Su cabello estaba recogido y rizado con una ancha cinta entretejida que contrastaba con sus rizos castaños.

Tenía un ligero rubor en las mejillas que avivaba sus cálidos ojos castaños de una manera que no había visto en semanas. Adornando su cuello había una simple cinta delgada con un colgante. Era la primera joya que había visto usar a Lady Alexandra, se dio cuenta por primera vez.

—Buenas noches —dijo Raven con una reverencia una vez que las damas llegaron al pie de las escaleras.

Podía sentir la sonrisa extendiéndose por su rostro y, aunque sabía que debería ocultarla, no parecía poder hacerlo. Notó que Lady Josephine miraba rápidamente entre él y su hermana antes de intentar ocultar su propia sonrisa sonrojada. Se preguntó si quizás la hermana menor se había percatado de sus atenciones.

Era evidente que Lady Alexandra no lo había hecho. Lo saludó cortésmente y lo invitó a pasar al salón para tomar un jerez antes de la cena. Más allá de eso, parecía bastante fría con él. Era más que su habitual distancia. Estaba seguro de que ella intentaba dejar claro que las cosas entre ellos serían corteses pero sin sentimiento.

Se preocupó por saber en beneficio de quién era eso. La respuesta obvia era para él mismo. Después de todo, estaba haciendo una declaración bastante audaz al venir a su casa esta noche para cenar. Tal vez esta era la forma de Lady Alexandra de indicar que no tenía interés en él.

Estaba seguro de que ese no podía ser el caso. Ella había parecido recelosa de su atención, pero aún había momentos en los que Lady Alexandra finalmente permitía que sus muros cayeran. Era en esos momentos cuando estaba seguro de que ella se preocupaba por él tanto como él por ella.

Las otras dos hermanas de Lady Alexandra ya estaban sentadas en el salón. Era evidente para él que todos los miembros de la familia vestían sus mejores galas para la cena de esta noche. Lord Grebs no tardó en unirse a ellos en el salón una vez que se enteraron de la llegada de su distinguido invitado.

—Qué gusto verte de nuevo, Su Gracia —dijo Lord Grebs, dando una palmada amistosa en la espalda de Raven—. Tengo noticias fantásticas que esperaba poder compartir contigo esta noche —continuó.

Raven hizo lo posible por escuchar al conde y parecer interesado en la conversación, pero todo el tiempo buscaba una oportunidad para hablar con Lady Alexandra.

Aunque siempre la mantenía a la vista mientras el conde y él discutían sobre los animales indígenas de las Indias, más específicamente cómo el elefante asiático se diferenciaba del elefante africano, vigilaba de cerca a la dama.

Le satisfacía saber que ella hacía lo mismo con él. Por supuesto, ella intentaba disimular como si no notara su presencia en absoluto esta noche. Primero, se sentó junto a Lady Sophia, que estaba sorprendentemente malhumorada esta noche, para repasar algunas lecciones de esa mañana. Podía notar que cada vez que sus ojos la estudiaban, ella se sonrojaba. Eso significaba que ella era tan consciente de él como él de ella.

Después de revisar el trabajo de Lady Sophia, vino a sentarse junto a la hermana que había bajado las escaleras con ella: Lady Josephine. Hablaban en voz baja entre ellas. Raven nunca había considerado que Lady Alexandra fuera cercana a alguna de sus hermanas, ya que siempre parecía asumir la mayor parte del trabajo, separándose de ellas.

Esta noche vio que esto no era del todo exacto. Se alegró de que al menos tuviera algunos momentos de tranquilidad con su hermana inmediatamente menor. Sin embargo, esto le dio otra

sensación inquietante.

Lady Alexandra le había hablado de cómo nunca había salido de la ciudad de Londres y cómo anhelaba ver el mundo fuera de ella. Siempre había asumido que si surgía la oportunidad, ella dejaría atrás esta ciudad.

Por primera vez, se dio cuenta de que su vacilación para irse podría no ser solo un problema monetario. Tal vez no le gustaba la idea de dejar a sus hermanas, o incluso a su padre. Peor aún, tal vez era más parecida a su padre, que eligió hacer sus exploraciones desde el asiento de su biblioteca.

Nunca había considerado que Lady Alexandra fuera como su padre, encerrándose y viendo el mundo a través de los libros. De hecho, uno de los rasgos que había atraído a Raven hacia Lady Alexandra en primer lugar era su pasión compartida por la tenacidad y la exploración. Estaba seguro de que ella tendría el coraje necesario para ver todo lo que la tierra tenía que ofrecer a su lado.

Sabía que esto también tendría que abordarse esta noche antes de estar listo para dar a conocer sus intenciones a la dama. Para su satisfacción, cuando los llamaron a cenar, lo sentaron a la cabecera de la mesa con el conde a su derecha y su hija mayor a su izquierda.

Podía ver que no se habían escatimado gastos en la cena de esta noche. Se sentía honrado por tal trato de una familia que estaba seguro tenía poco que gastar.

—Todo esto se ve maravilloso —dijo finalmente Raven a Lady Alexandra—. Debes decirle a tu cocinera que ha hecho un trabajo estupendo esta noche.

—Puedo asegurarle, Excelencia, que ella estará encantada de saber que piensa así. Sé que ayer y hoy estaba preocupada de que su cocina estuviera a la altura de sus estándares.

—Bueno, para ser honesto, no creo tener estándares muy altos —dijo Raven, bajando ligeramente la voz para mantener la conversación más privada—. De hecho, diría que mi comida favorita es algo que prepara la cocinera de mi plantación en Virginia. Creo que ella lo llama pudín de maíz. Es muy parecido a las gachas de aquí —añadió con una sonrisa—. Sin embargo, hay algo en la forma en que la señora McKenzie lo prepara —agregó, con el recuerdo fresco en sus ojos—. Es simplemente fabuloso. Ella me toma el pelo sin piedad. Dice que no es un plato apropiado para un caballero refinado, pero a mí me gusta de todos modos —concluyó encogiéndose de hombros.

—Bueno, quizás no le cuente esa pequeña verdad a la cocinera, o podría pensar que sus cumplidos no son tan auténticos —dijo Lady Alexandra con una sonrisa.

Raven se relajó un poco en su asiento al ver que la dama bromeaba con él.

—Tengo algo que quiero decirle, Excelencia —dijo Lady Alexandra, poniéndose repentinamente muy seria.

Quizás ella también estaba esperando un momento en el que pudieran hablar en privado. El corazón de Raven se le quedó atascado en la garganta ante esa idea.

—Puede hablar conmigo sobre cualquier cosa —dijo Raven con total honestidad.

—Es sobre la otra noche. En casa de Lord Eagleton —soltó un largo suspiro mientras se preparaba, antes de que sus ojos recorrieran la mesa.

Una vez que se aseguró de que ninguno de los otros miembros de la familia estaba escuchando, continuó.

—Sé que a veces mis hermanas no siempre se comportan apropiadamente. Quiero que sepa que he hecho todo lo posible para asegurarme de que sean educadas como señoritas apropiadas, incluso en ausencia de una institutriz. A veces mis hermanas menores pueden ponerse, digamos, un poco sobreexcitadas y olvidarse de sí mismas. Espero que las perdone si causaron situaciones que pudieran haberle hecho sentir incómodo.

Raven miró fijamente a Lady Alexandra durante unos segundos después de que terminara su pequeño discurso, claramente ensayado. Sus ojos eran grandes pozos de chocolate que suplicaban perdón. Perdón por una ofensa que él nunca había sentido. Sí, Lady Sophia había sido un poco grosera esa noche y, a decir verdad, un poco atrevida, pero aun así no había encontrado ofensa en sus acciones.

De hecho, Raven había temido que Lady Alexandra fuera a declarar que conocía sus intenciones esa noche y que deseara que se alejara de su presencia por toda la eternidad. Con una declaración tan diferente por parte de la dama, Raven no pudo evitar reírse de las ideas que volaban por su cabeza.

Incapaz de contener la alegría, su suave risa estalló en una carcajada de alivio. Llamó la atención del resto del grupo, que en ese momento discutía algo que Lord Grebs había leído recientemente en el periódico diario.

—Lo siento —dijo rápidamente cuando se dio cuenta de que su risa había dejado a su compañera blanca como una sábana de miedo. Debía haberlo interpretado mal.

—Le prometo que no me sentí ofendido en absoluto —dijo rápidamente mientras trataba de controlar su regocijo.

—¿Entonces qué es tan gracioso? —preguntó ella, un poco molesta porque se estuviera riendo de ella.

—Simplemente pensé que iba a decir algo completamente diferente. Estoy bastante aliviado, eso es todo —explicó Raven.

—¿Qué los tiene a ustedes dos riendo tanto? —preguntó Lord Grebs, habiendo interrumpido su propia conversación con el resto de las hermanas.

Todos los ojos los miraban con anticipación.

—Lady Alexandra solo me estaba contando un chiste que escuchó —dijo Raven rápidamente para tratar de aliviar cualquier interrogatorio.

—¿En serio? —dijo su padre, arqueando una ceja hacia Lady Alexandra.

Sin duda, no consideraba a su hija mayor del tipo bromista. Simplemente fue lo primero que se le ocurrió a Raven.

—Bueno, déjenos escucharlo entonces —animó Lord Grebs.

Raven miró a Lady Alexandra. No tenía ningún chiste que contar. La dama simplemente levantó una de sus cejas en respuesta, como diciendo que él se había metido en esta situación y ahora tendría que salir de ella.

—Era una nimiedad —dijo Raven rápidamente—. Pero ya que tengo la atención de todos por el momento, me pregunto si podría extender una invitación.

—Por supuesto —dijo Lord Grebs, olvidando ya la perspectiva de un chiste.

—Todos ustedes han sido tan amables y acogedores conmigo. Mi familia tiene una pequeña propiedad en las afueras de Londres. Estoy organizando una pequeña reunión para que me acompañen allí. La propiedad tiene un bonito campo abierto que es particularmente bueno para hacer picnic. Pensé que podría ser un buen respiro justo antes del banquete si todos pudiéramos alejarnos de la ciudad, de la presión, y disfrutar de una tarde.

—Eso suena maravilloso. Acepto de todo corazón, Excelencia —dijo Lord Grebs, con una sonrisa que le partía la cara de oreja a oreja.

—¿Cuánto tiempo antes del banquete? —preguntó Lady Alexandra a Raven en un tono más suave.

—Dos días antes. ¿Es demasiado pronto? No quiero ser una carga adicional para usted, pero creo que encontrará que alejarse por la tarde será muy vigorizante.

—Es bastante pronto —dijo Lady Alexandra con honestidad y vacilación—. Pero mi padre parece estar muy seguro de que será posible, y mis hermanas ya están tan emocionadas —añadió, mirando alrededor de la mesa burbujeante de anticipación—. No me atrevería a negarles esa diversión.

—Y usted también estará allí —dijo Raven, mirando fijamente a la dama—. Lo cambiaré a otro momento si cree que no puede venir.

Lady Alexandra se sonrojó y apartó la mirada.

—Estoy segura de que preferirías la compañía de mi padre —dijo suavemente.

—Disfruto de su compañía, eso es cierto —dijo Raven. Quería dejar claras sus intenciones—. Pero es a usted, Lady Alexandra, a quien espero conocer mejor.

Ella no respondió ni le sostuvo la mirada. En su lugar, empujó el resto de su plato mientras meditaba sus palabras. Él no quería presionarla para que dijera algo todavía. Al menos no así, frente a toda su familia. Raven solo quería asegurarse de que ella supiera que sus intenciones estaban puestas en ella.

—Además, mi tía Rebecca está ansiosa por conocerla también —añadió Raven rápidamente para aliviar la tensión que se estaba formando.

—¿Lo está? —preguntó Lady Alexandra, arqueando esa ceja castaña. Era un gesto adorable que tenía cuando no creía algo.

—Sí, le he hablado mucho de usted. Como le dije, creo que ambas son muy parecidas. Ella es ambiciosa y trabajadora, igual que usted. Admiro mucho todas las cosas que ha logrado en su vida, sin mencionar que lo hizo mientras me cuidaba de niño —añadió con media sonrisa.

—Estoy segura de que eras un príncipe de niño.

Él soltó una suave risa.

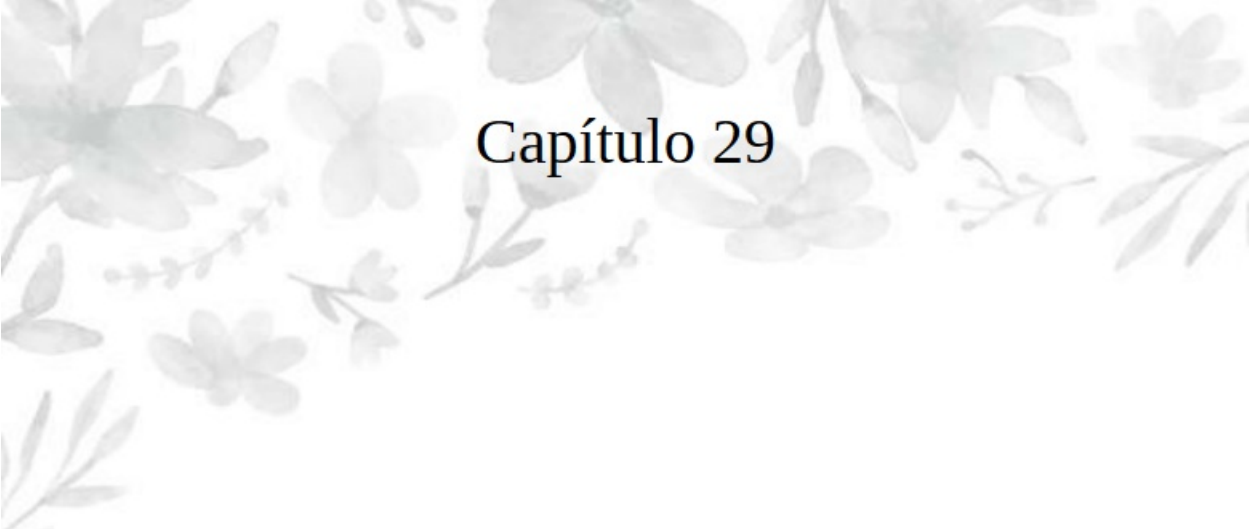
—Bueno, no me he quedado quieto en un solo lugar como adulto, así que eso podría darte una idea de cómo era de niño.

—Es cierto. Estoy segura de que eras muy exasperante. Quizás tengas razón —dijo Lady Alexandra con una mirada pensativa—. Seguro que tu tía y yo tendremos mucho de qué hablar. Sobre cómo la acosabas en tu juventud y cómo ahora te gusta acosarme a mí.

—¿Acosarte? —dijo Raven con una amplia sonrisa. Sabía que ella estaba bromeando y estaba disfrutando bastante de la conversación relajada—. No puedo imaginar por qué dirías tal cosa. He tenido mucho cuidado en no burlarme de ti esta noche. De hecho, ni siquiera te he preguntado si has sacado a pasear a algún puercoespín recientemente —concluyó Raven.

—¡Oh! —exclamó Lady Alexandra, aunque su rostro brillaba de risa—. ¡Eres un hombre terrible! Aceptaré tu picnic solo para informar a tu tía de que debe enviarte lejos de inmediato antes de que puedas atormentar a alguien más de carácter mucho más débil.

—Puedo prometerte una cosa, Lady Alexandra. No soñaría con exasperar a nadie más, excepto a ti —respondió Raven, con un brillo en sus ojos oscuros.



Capítulo 29

El tiempo había pasado volando, le parecía a Lady Alexandra. Antes de darse cuenta, había llegado el día de viajar la corta distancia hasta la casa de Raven para un picnic por la tarde. Las chicas en la casa de Lady Alexandra no habían hablado de otra cosa desde que recibieron la invitación, y Lady Alexandra no pudo evitar contagiarse de la emoción.

Sería la primera vez que cualquiera de ellas salía de la ciudad. Aunque la casa no estaba muy lejos del perímetro de la ciudad, estaba fuera, no obstante. La alegría que esa idea le producía a Lady Alexandra era inimaginable.

Como había dicho el duque, el viaje fue relativamente corto, y después de aproximadamente una hora, las concurridas calles de la ciudad que hacían traquetear su único carruaje con sus caminos empedrados pronto se convirtieron en tierra seca con subidas y bajadas de baches y surcos.

El aire casi parecía más fresco una vez que dejaron los confines de Londres, y Lady Alexandra tuvo que admitir que aunque este viaje era solo dos días antes del evento más importante que posiblemente podría determinar su futuro, era exactamente lo que necesitaba en ese momento.

Aunque no estaban completamente en el campo, todas las chicas en el carruaje de Lady Alexandra guardaron silencio mientras observaban el paisaje a su alrededor. No pasó mucho tiempo después de que cambiaran el camino pavimentado por uno de tierra cuando encontraron al conductor girando hacia una entrada privada.

Lady Alexandra ya podía ver la casa a lo lejos. Raven había hecho poco por describirla, pero la vista le quitó el aliento a Lady Alexandra. Era una casa de campo de dos pisos cubierta de piedra. Parecía pintoresca y absolutamente hermosa a sus ojos.

A lo largo de las piedras, las enredaderas se aferraban y trepaban. Una pequeña línea de humo se elevaba desde la chimenea más cercana, un contraste de ladrillo rojo con el gris de la piedra.

Ella adivinó por su ubicación en el costado de la casa y hacia la mitad trasera que el fuego provenía de un hogar de cocina.

Rodeando la pequeña casa había un hermoso jardín bien cuidado con una variedad de arbustos, flores y pequeños senderos para disfrutarlo todo. Detrás de la casa estaban las más hermosas colinas ondulantes con tierras de cultivo a lo lejos más allá. Lady Alexandra estaba segura de que casi podía oír el sonido que hacía la colina más cercana cuando la suave brisa susurraba a través de la suave hierba verde.

En lugar de entrar en la casa, fueron recibidos afuera por un grupo creciente. Lady Alexandra sabía que no serían los únicos en asistir, pero tuvo que admitir que sentía que su familia estaba un poco fuera del resto del grupo.

Situado justo a la derecha de la puerta principal había una gran carpa blanca con pequeñas mesas y sillas. Ya dos camareros se abrían paso entre los grupos a medida que llegaban, se sentaban y esperaban que apareciera su anfitrión. En opinión de Lady Alexandra, era un día perfecto para pasar todo el tiempo afuera.

Lady Sophia tenía una opinión diferente cuando vio la carpa. Arrugó la nariz en su estilo de puchero y comentó que le gustaría entrar en la casa hasta que el picnic estuviera preparado. No era muy aficionada al aire libre.

Para sorpresa de Lady Alexandra, fue su padre quien puso fin al puchero de Sophia con unas palabras de reproche. Dejó a todas las chicas sin palabras, sobre todo a la propia Lady Sophia.

Entraron en la carpa y fueron presentados antes de tomar su lugar entre los invitados. Lady Alexandra notó la extraña composición del grupo. Primero, estaba Lady Rebecca Sinclair, la tía de Raven. Junto a ella se sentaba la pareja mucho mayor de Lord y Lady Jocasta.

Lord Jocasta parecía no prestar atención a nadie en particular y en su lugar permitía que sus ojos vagaran distraídamente. En contraste, su esposa estaba en una profunda conversación con Lady Rebecca. Sentada en el regazo de Lady Jocasta estaba Miss Whiskers, como le informaron a Lady Alexandra. Aparentemente, era el miembro más nuevo del hogar de Lady Jocasta, y se negaba a dejar a la felina atrás incluso por un viaje de un día.

Junto con Lady Rebecca y la pareja de ancianos estaban Lord y Lady Derber, su hijo mayor Gregory, el vizconde Melbourne, y su siguiente hija en edad, Lady Charlotte. Según entendía Lady Alexandra, el conde de Derber tenía cuatro hijos en total.

Era la primera vez que las chicas de Lord Grebs conocían a su hijo mayor. Aunque todos estaban en el mismo nivel de la nobleza, ciertamente no estaban en el mismo nivel de la

sociedad. Naturalmente, los ojos de Lady Sophia se iluminaron ante la nueva perspectiva, haciendo que Lady Alexandra gimiera internamente.

El mayor temor de Lady Alexandra era que esto fuera la fiesta en su totalidad mientras se sentaba y escuchaba a Lady Jocasta nombrar y describir a cada miembro animal de su hogar. Estaba segura de que hoy iba a ser un picnic mucho más tenso de lo que había esperado si estos eran los invitados que iban a asistir.

Tenía que admitir que también estaba ligeramente sorprendida de ver a Lord y Lady Derber con su familia allí. Era cierto que el duque había estado poniendo su atención en Lady Charlotte al comienzo de la temporada, pero ella había pensado que tales cosas habían cambiado.

Bueno, para ser honesta, no había pensado eso per se; más bien era que su amiga y sus hermanas habían puesto tales ideas en su cabeza. Todas habían estado tan seguras de que Raven ahora estaba dirigiendo su atención a otra parte, a ella de hecho. ¿Cómo podía ser ese el caso cuando la otra dama con la que había sido muy público sobre hacer una asociación también estaba presente hoy aquí?

Le hubiera gustado decir que no había puesto mucha confianza en todas sus palabras y aliento, pero eso no había sido cierto en el transcurso de las últimas semanas, y especialmente no después de esa cena que Raven compartió en su casa. Sus palabras hacia ella parecían tener un significado mucho más profundo que una simple conversación casual.

Durante mucho tiempo, Lady Alexandra había determinado que el duque solo la estaba atormentando por entretenimiento. Cuando eso ya no parecía ser el caso, estaba segura de que simplemente estaba entablado conocimiento con ella por cortesía porque se estaba haciendo amigo de su padre por un interés común.

Sin embargo, después de aquella cena familiar, Lady Alexandra había empezado a creer que sus motivos eran los que su amiga le había sugerido. Le había llevado tiempo resolver sus opiniones sobre ese hecho, y ahora que estaban en el picnic, ya no estaba tan segura. Pero ya era demasiado tarde para retractarse de esa idea. Pues al considerar que el duque pudiera tener sentimientos por ella, naturalmente la había llevado a considerar sus propios sentimientos hacia él.

Aunque estaba haciendo todo lo posible por no entregar su corazón por completo, sería mentira decir que no sentía nada por él.

Era un hombre apuestísimo, inteligente, que no temía enfrentarse a los demás cuando sabía que estaban equivocados, incluso corrigiéndoles de la manera más educada. Compartía su amor por ver el mundo e incluso tenía la oportunidad de hacerlo. Se preguntaba si tal vez solo se había

enamorado de sus relatos de aventuras. Tras reflexionar, estaba segura de que no era el caso. Podía ser una especie de bromista en sus burlas, pero también tenía buen humor y sabía hacerla reír, o incluso reírse él mismo.

Ahora Lady Alexandra empezaba a pensar que había sido demasiado rápida en caer en las sugerencias de su hermana. Ahora parecía demasiado tarde para mirar o pensar en el duque sin admiración en su corazón.

Para alivio de Lady Alexandra, llegó la última parte de su grupo. Eran Lord y Lady Eagleton en su elegante carruaje. Lady Alexandra se animó ante la perspectiva de pasar la tarde con su amiga más cercana.

Poco después de que Regina y su marido se unieran al grupo bajo la carpa, el Duque de Raven también se unió a sus invitados a caballo. Lady Alexandra no pudo evitar sonrojarse al ver lo regio que parecía mientras se acercaba al grupo montado en su corcel castaño.

Desmontó llevando altas botas negras de cuero, pantalones de montar color beige oscuro y una chaqueta de montar azul oscuro. Lady Alexandra notó que entregó la fusta al hombre que esperaba para llevarse el caballo. Parecía casi nueva y poco usada. Decidió que nunca podría imaginarse al duque usando ese objeto y que probablemente lo llevaba por la misma razón por la que a menudo se le veía con un bastón.

Raven saludó calurosamente a todos sus invitados, pero Lady Alexandra no pudo evitar sentir que sus ojos se detenían en ella durante más tiempo. No era la primera vez, por supuesto. Parecía que cada vez que estaban en compañía del otro, había una conexión constante entre ellos, incluso cuando ella había deseado lo contrario. Ahora que lo deseaba, sin embargo, parecía dudar de la importancia de aquellas miradas de ojos negros que nunca parecían revelar las intenciones de su poseedor.

Una vez que todo el grupo se reunió, era hora de dirigirse al lugar del picnic. Lady Jocasta estaba muy disgustada porque no fuera bajo la carpa donde los invitados habían estado sentados y estaba segura de que Miss Whiskers no podría soportar un largo viaje.

—No es nada largo, Lady Jocasta. Si me sigue por este camino —indicó Raven, tomando la delantera del grupo—. Solo vamos a rodear la pequeña casa de campo y subir por el lado de la primera colina. Me sentiría muy honrado si me permitiera escoltarla —añadió, ofreciéndole el brazo a la anciana dama.

Ella dio otro resoplido insistiendo en que la gata podría no lograrlo, pero aun así tomó su brazo. Lady Alexandra estaba segura de que el temor era más por el cuerpo envejecido de Lady Jocasta que por el del gatito. Sin embargo, para su alivio, se acercó un hombre con una cesta

rellena de una suave almohada para que la gata descansara como una reina mientras el grupo se dirigía a su destino final.

A Lady Alexandra no le molestó en absoluto que el duque hubiera elegido escoltar a Lady Jocasta en lugar de a ella misma. De hecho, lo prefería así. En su mente, esto demostraba una vez más que, aunque no siempre se ajustaba a las normas sociales cuando realmente importaba, era el perfecto caballero para el que había sido educado.

En su lugar, Lady Alexandra se cogió del brazo de su querida amiga, Lady Eagleton, en algún punto intermedio del grupo. Vagamente oyó a sus hermanas menores comentar sobre la casa.

—¿Has oído eso? Raven la llamó casita de campo. Creo que podríamos meter dos de nuestras casas de la ciudad dentro de su casita —dijo Lady Williamina.

—Ni siquiera creo que esta sea su única casa. Seguramente no es su residencia de campo. ¿Te imaginas cómo debe ser ese lugar? —replicó Lady Sophia.

A Lady Alexandra le hubiera gustado que se callaran. No era en absoluto una conversación apropiada para mantener con tanta gente alrededor. En su lugar, optó por ignorar a sus hermanas menores y simplemente disfrutar del día a su manera y dejar que ellas hicieran lo mismo.

Raven tenía razón al decir que el paseo no era nada largo. En cuanto rodearon la esquina de la casa de piedra, Lady Alexandra ya pudo ver una carpa blanca en la distancia. Delante de ella había varios manteles extendidos con cojines e incluso algunos bancos para que se sentaran las damas mayores.

Fue un paseo tranquilo por el camino bien cuidado con plantas de un verde vibrante salpicadas de flores de todo tipo a lo largo del recorrido. Al acercarse a la zona del picnic, Lady Alexandra pudo oler la maravillosa comida preparada que emanaba del interior de la carpa.

No tardó en darse cuenta de que la comida se mantenía en el interior a resguardo de los elementos y luego era llevada hasta ellos por varios sirvientes que esperaban de pie su llegada.

Miss Whiskers fue rápidamente colocada en su cesta junto a uno de los bancos donde Raven dejó a su acompañante. Miss Whiskers se había quedado dormida durante el breve paseo y no parecía tener ningún deseo de salir de la cesta. El resto del grupo encontró sus lugares entre los cojines para disfrutar de una maravillosa comida servida bajo el glorioso sol.

Lady Alexandra tuvo que admitir, a medida que avanzaba el día, que era uno de los mejores, si no el mejor, que había tenido en toda su vida. Les habían ofrecido una comida espectacular. Raven había preparado algunos juegos para entretenerles. Cuando pensaba que el día no podía mejorar, en ese ambiente relajado de buenos amigos, Lady Rebecca y Lord Eagleton decidieron turnarse para revelar una travesura tras otra que Raven había hecho de niño.

Lady Alexandra no se había dado cuenta al principio, pero cuando la comida terminó y los juegos concluyeron, notó que su padre no solo se había sentado junto a Lady Rebecca, sino que también estaba manteniendo con ella numerosas conversaciones. Parecía iluminarse al hablar con ella de una manera que no estaba segura de haber visto antes, o si lo había hecho, ciertamente no podía recordarlo.

Ambos parecían congeniar por la dificultad de criar hijos en solitario. Mientras escuchaba a Lady Rebecca hablar con su padre, tuvo que admitir que encontraba a la mujer muy agradable, tal como Raven había supuesto.

Aunque no pudo sentarse cerca de él ni hablar íntimamente con él durante el transcurso del día, estaba segura de que aún había algo entre ellos. Con frecuencia, lo encontraba mirando en su dirección, no solo para estudiarla como antes, sino casi para medir su satisfacción con el picnic.

—¿Me crees ahora cuando digo que Raven está bastante prendado de ti? —preguntó Lady Eagleton después de que un momento bastante privado pareciera pasar entre los dos.

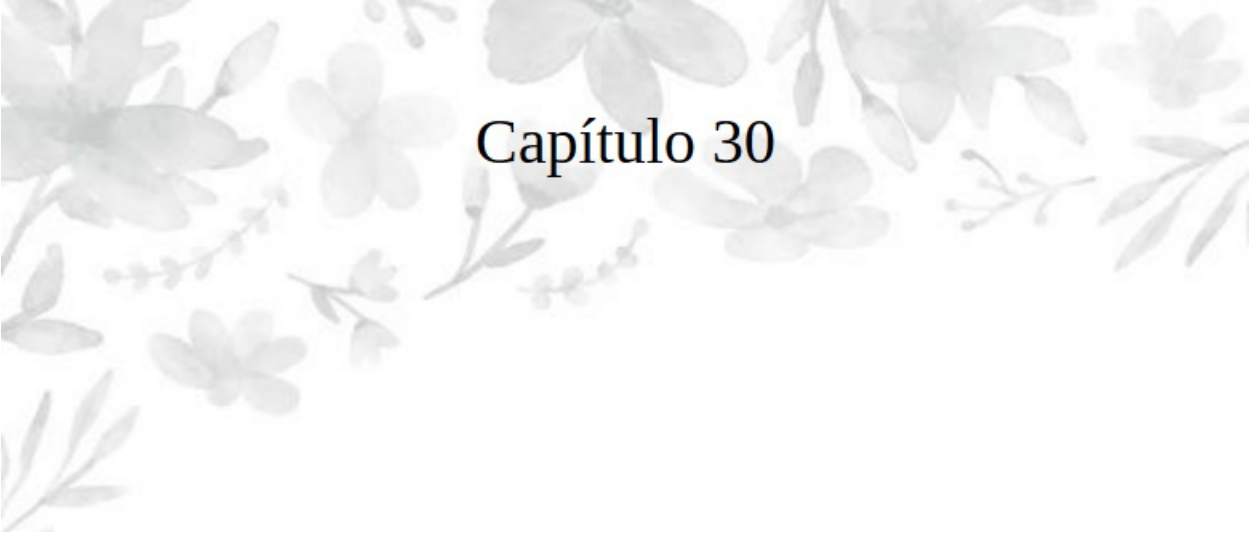
Lady Alexandra se sonrojó al instante y fingió ajustar un medallón que había sido movido por la suave brisa. No es que no quisiera admitir que su amiga tenía razón, pues Regina parecía tener razón en muchas cosas a lo largo de su amistad; era solo que no quería confesarlo tan abiertamente frente a los demás.

Aunque trató de ocultarlo, Regina vio su reacción, y eso fue suficiente. Asintió con complicidad.

—Es una pareja perfecta, y diría que no creía que nadie pudiera merecerte, querida. Pero, de todos los caballeros del mundo, encuentro que Raven es el más digno.

Lady Alexandra dio un codazo a su amiga en respuesta, como suplicándole que se detuviera. Lady Alexandra había pasado su vida atendiendo las necesidades de sus hermanas menores. Nunca había sido el centro de atención, eligiendo apoyar a los demás en su lugar. Tener tanto enfoque en sí misma era casi insoportable.

Captando el mensaje, Regina dejó de hablar sobre el tema, pero aun así, ambas damas no pudieron evitar estallar en risitas de niñas por la conversación que acababan de compartir.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top half of the page.

Capítulo 30

—Tengo un juego más divertido para que juguemos todos, si me lo permiten —dijo Raven, parándose frente al grupo en las mantas.

Había estado planeando este momento del día durante muchas semanas.

—Este juego implica levantarse y explorar. Algo que supongo que todos han adivinado que disfruto bastante después de las historias que han escuchado hoy —añadió con risitas de su audiencia.

—Ahora, no quiero que ninguno se sienta presionado a ir. Son más que bienvenidos a quedarse aquí y hacerle compañía a la Señorita Bigotes, y tal vez mantenerla fuera de su taza de té —agregó.

La felina acababa de despertar y se había subido al regazo de Lord Jocasta, quien aparentemente no se había dado cuenta, y había saciado su sed con la taza que aún tenía en la mano.

—Pero para aquellos lo suficientemente valientes —continuó, frotándose las manos—. Tengo un desafío para ustedes. ¿Alguien dispuesto a aceptarlo?

Hubo varios vítores de acuerdo entre la multitud.

—Bien entonces. Les propongo este reto. Quiero que busquen en los jardines, tanto alrededor de la cabaña como en las colinas. Cada uno traerá un objeto. El que tenga el objeto más único gana el juego. Naturalmente, mis jardines están llenos de objetos y plantas de todo el mundo, así que esto debería ser una verdadera delicia si logran encontrar algunos artículos únicos.

Todos se levantaron de sus lugares y con unas palabras más se fueron. Casi todos decidieron unirse al juego excepto los ancianos Jocasta y el Conde y la Condesa de Derber, quienes no encontraron la idea de su agrado.

Estaba seguro de que las hermanas menores de Lady Alexandra estaban tan emocionadas con esta aventura como él, y por una razón similar. Mientras él había pasado toda la tarde contemplando a la mujer con la que esperaba casarse, ellas habían estado haciendo ojitos y tratando desesperadamente de atraer la atención del hijo mayor de Derber.

Lord Melbourne parecía un tipo bastante agradable, que apenas se había unido a su familia en la ciudad con un comienzo tardío de la temporada. Pero para Lady Sophia y Lady Williamina, podía ver cómo sus ojos se iluminaban ante la perspectiva.

Veían esta aventura como una oportunidad para escaparse un momento, quizás uno romántico, con el vizconde y sin un ojo paternal sobre ellas.

Raven esperaba lo mismo con su Lady Alexandra. De hecho, si hubiera dependido de él, no habría invitado a Derber y su familia en absoluto. Quería que este momento fuera una oportunidad para que su tía conociera a la dama, así como una oportunidad para él de profesarle sus sentimientos.

La tía Rebecca tenía otros planes cuando Raven le informó de su idea de un picnic en la propiedad de la cabaña. Sin siquiera consultarle, había enviado invitaciones a Lord Derber, dando por sentado que no habría razón para no hacerlo. En realidad, no era su culpa. Raven aún no había abordado el tema con su tía.

Todavía estaba esperando ver si podía encontrar la conexión adecuada para asegurar el lugar de su tía en su junta de caridad, la única razón por la que, de hecho, ella le estaba presionando con la hija de Lady Derber como prospecto de matrimonio. Hasta que resolviera ese asunto, tenía poca fe en que su tía apoyaría su elección de Lady Alexandra sobre Lady Charlotte.

Aun así, sacó el mejor provecho de la tarde. Había disfrutado de la compañía en general. Aunque no había encontrado un momento para hablar con Lady Alexandra, estaba seguro de que algo era diferente en ella en este encuentro. Antes, cuando no podía evitar mantener su atención en ella, ella hacía lo mismo pero fingía no hacerlo.

Siempre había luchado por mantener su distancia y parecer indiferente hacia él. Ahora no parecía haber ninguna reserva en sus ojos. Estaba seguro de que su momento había llegado. Después de haber manifestado sus intenciones en una cena familiar, le había dado tiempo para que tomara su propia decisión sobre el asunto. Estaba casi seguro de que lo había hecho y lo había elegido a él, tal como él la había elegido a ella.

Aprovecharía esta oportunidad mientras exploraban la propiedad para encontrar un momento con Lady Alexandra. Una vez que supiera que había asegurado su corazón, encontraría una manera de darle la noticia a su tía.

Para su decepción, cuando el grupo se levantó y se fue, Lady Alexandra lo hizo en compañía de su amiga. Rodeó la propiedad, esperando un momento para que ella se alejara un poco por su cuenta para poder hacer realidad su momento.

Recorrió lentamente los senderos, apenas notando las cosas que crecían a sus pies. Podía escuchar la alegría a su alrededor y distinguir claramente la risa coqueta de Lady Sophia. Sonrió levemente para sí mismo, pensando que ella había encontrado su objetivo.

—¿Su Gracia? —llamó una voz suave, atrayendo la atención del duque.

Escaneó las cercanías, que era un sendero sinuoso de arbustos a la altura de los hombros. De pie sobre un banco de piedra a lo largo de una de las paredes verdes del camino estaba Lady Charlotte.

—Me pregunto si podría ayudarme —dijo con una sonrisa educada.

Raven dudó. Esta no era la dama con la que quería estar a solas en el jardín. Aun así, su honor no le permitiría dejar a la dama en necesidad.

—¿Qué sucede, Lady Charlotte? —preguntó amablemente, pero con frialdad.

—Esperaba echar un vistazo a ese nido de allí para ver si había algún objeto digno —señaló un árbol alto justo detrás del arbusto. Su rama más baja era gruesa y colgaba justo sobre los arbustos. En su horquilla había un nido de pájaro.

—Probablemente no sea prudente molestar un nido. La madre podría regresar en cualquier momento, y no le gustará. Sin mencionar que usted misma está colgando de manera bastante insegura —dijo Raven, acercándose para pararse junto al banco sobre el que ella estaba.

—No creo que esté en uso —dijo Lady Charlotte, estirando el cuello de puntillas—. No he oído sonidos de bebés para estar segura, y no ha aparecido ninguna madre. Debo confesar que he estado aquí durante algún tiempo —añadió con una leve risita—. Estoy tan contenta de que haya aparecido, ya que estaba a punto de perder toda esperanza.

Raven tuvo la sospecha de que su esperanza no tenía nada que ver con encontrar un tesoro en el nido.

—Si baja, inspeccionaré el nido por usted —dijo Raven, indicando a la dama que se retirara.

Cuanto antes terminara con esto, antes podría ir a buscar a Lady Alexandra. Lady Charlotte le dio una sonrisa satisfecha. Esto era justo lo que ella esperaba. Extendiendo su mano enguantada, tomó la de él y la sostuvo allí por un segundo más de lo que a él le hubiera gustado.

Tenía que admitir que Lady Charlotte era una mujer hermosa. Vestía un suave vestido de algodón color crema con un diseño de rosetas que resaltaba el rubor de sus mejillas. Siempre tenía un rostro agradable y sabía decir las cosas correctas en cualquier situación. Si no hubiera

entregado ya su corazón a otra, estaba seguro de que ella habría sido una buena elección. De hecho, solo podía decir que algún día haría a alguien un hombre muy afortunado. Simplemente él no era ese hombre.

Sintió una punzada de culpa ante ese pensamiento. Raven la había ilusionado al principio, no por malicia, por supuesto, pero de todos modos le había dado la impresión de que estaba interesado en ella. Hasta ahora, Raven no había dejado realmente claro que ahora pensaba lo contrario.

Determinó que aunque este momento era una molestia, al menos sería una oportunidad para aclarar las cosas con la dama antes de entregar su corazón por completo a otra.

En ese momento de vacilación donde sus manos se tocaban y la dama no se movía, observó cómo sus oscuras pestañas se alzaron y ella miró algo más allá de él. Una pequeña sonrisa se curvó en las comisuras de sus labios mientras daba un paso adelante.

Todo sucedió tan rápido que Raven luchó incluso para reproducir los momentos más lentamente en su cabeza después del hecho. Primero, la zapatilla de la dama debió haberse enganchado en el dobladillo de su vestido.

No lo había visto, pero escuchó su brusca inhalación cuando comenzó a caer hacia adelante desde el banco. Los instintos se activaron. Soltó el agarre de su mano y la sujetó completamente en sus brazos alrededor de su cintura. Ella se vino abajo, todo su ligero cuerpo desplomándose sobre su pecho.

Sintió sus manos aferrarse con fuerza a su chaqueta mientras sus piernas se debilitaban bajo ella. Ella lo miró con la respiración entrecortada y ojos brillantes. Escuchó el suave suspiro de un "oh, cielos" flotar en el aire.

Le tomó un segundo observar a Lady Charlotte y asegurarse de que estuviera bien para darse cuenta de que las palabras no habían salido de sus labios sino de los de otra persona. Giró la cabeza, aún sosteniendo a la dama en sus brazos, para ver que tanto Lady Eagleton como Lady Alexandra habían llegado justo en ese momento.

Lady Eagleton debió haber sido quien exclamó la expresión, ya que su mano cubría su boca en shock por haber irrumpido en lo que parecía un momento muy comprometedor. Lady Alexandra simplemente lo miraba fijamente.

Para una mujer que tenía poco espacio para la deshonestidad o el filtrado de sus pensamientos, era un pozo de vacío en esa mirada. Raven volvió a mirar a Charlotte y luego nuevamente a Alexandra, dándose cuenta en ese segundo de lo que ella debía estar pensando detrás de su máscara de expresión.

Tragó saliva con dificultad, deseando que su boca hablara pero sin poder encontrar ninguna palabra. Antes de que Lady Charlotte incluso hubiera recuperado el equilibrio, todo esto sucediendo en cuestión de segundos, Lady Alexandra giró sobre sus zapatillas y se alejó de él con determinación.

Lady Eagleton se quedó observándolos unos momentos más. Lady Charlotte se puso de pie por sí misma, al menos teniendo la dignidad de parecer avergonzada ante la audiencia frente a ellos.

—No es... —intentó balbucear Raven, haciendo un gesto entre él y la dama de quien ahora intentaba poner distancia.

Lady Eagleton simplemente se dio la vuelta y siguió a su amiga que ya estaba fuera de vista.

No culpaba a ninguna de las dos damas. No estaba seguro de cómo habría reaccionado si se hubiera encontrado en una situación similar. Sin embargo, fue completamente accidental de su parte y para nada el momento que esperaba compartir con Lady Alexandra hoy.

Lady Charlotte y Raven permanecieron en silencio, afortunadamente con más distancia entre ellos mientras ella se aseguraba de estar completamente arreglada.

—Espero que no se haya lastimado —dijo Raven después de varios segundos de silencio.

Estaba seguro de que le habría gustado mucho más correr tras Lady Alexandra y encontrar una manera de explicarle la escena que había presenciado. Estaba seguro de que las conclusiones que actualmente corrían por su cabeza no eran en absoluto precisas.

—Sí, creo que estoy bien —dijo Lady Charlotte ligeramente sin aliento—. Gracias a Dios que estabas ahí para atraparme, Su Gracia. Temo que de lo contrario me habría torcido el tobillo —dijo con gratitud y él percibió un indicio de algo más.

Aunque todo había sucedido tan rápido, estaba casi seguro de que la dama había planeado algo así o aprovechado una oportunidad cuando se presentó de repente para producir la escena intencionadamente.

—Debo ir a disculparme con Lady Eagleton, estoy segura de que fue bastante impactante para ella vernos tan enredados —dijo Lady Charlotte, enfatizando su íntimo abrazo.

—Dirás que fue un error, por supuesto —aclaró Raven, entrecerrando los ojos hacia ella.

—Quiero decir, ciertamente fue un accidente —corrigió Lady Charlotte—. ¿Pero realmente lo llamarías un error, Su Gracia? —preguntó, pestañeando hacia él.

—Sí, ciertamente lo haría —respondió Raven rápidamente.

Vio que sus palabras habían ofendido a la dama y tomó un respiro para calmar su creciente enojo por la travesura que un simple momento ya estaba causando en su vida.

—Sin embargo, lo hecho, hecho está —dijo ella suavemente.

Raven no habló; sabía de lo que ella estaba hablando. Aunque en realidad nada había ocurrido entre ellos dos, acababan de ser sorprendidos públicamente en una situación comprometedora. Por lo que Lady Eagleton y Lady Alexandra sabían, se estaban abrazando como amantes.

El honor dictaría que él tomara la mano de la mujer en matrimonio por el bien de su reputación. Dio vueltas a la idea en su cabeza. Obviamente, era lo que la dama había pretendido desde el principio. Debió haber notado cómo toda su atención se había dirigido hacia Lady Alexandra y quería hacer valer su reclamo ahora.

—Lady Charlotte —dijo Raven lentamente—. Fue solo un resbalón. Naturalmente, no podía dejar que te cayeras desde esa altura. No creo que debamos hacer de esto más de lo que es.

—Pero nos vieron. ¿Qué dirá la gente? —se burló ella de su respuesta.

—Supongo que todo dependerá de lo que digas cuando le expliques a Lady Eagleton la situación que te hizo caer en mis brazos —dijo él con un resoplido.

En efecto, accidentes como este ocurrían. Aunque no habían compartido un contacto apropiado, ciertamente era una comprometedora situación que escandalizaba la reputación de Lady Charlotte. Una simple explicación debería haber bastado. Sabía que tanto Lady Eagleton como Lady Alexandra nunca cotillearían más allá de la razón que se les diera.

Todo estaba en manos de Lady Charlotte si quería hacer de este momento algo más de lo que era. Raven estaba seguro de que si dejaba claro que no tenía intención de establecer una conexión con ella, perdería la inclinación de difundir su propia versión de la historia. Al final, solo perjudicaría la reputación de la propia Lady Charlotte.

—Sé que nos conocimos hace unos meses al inicio de la temporada —dijo Raven lenta y delicadamente—. Creo que eres una dama maravillosa. Sin embargo, debo confesarte que mi corazón ha sido conquistado por otra.

Quería que ella tuviera completamente claro este hecho sin cuestionar su determinación de casarse con Lady Alexandra. No necesitaba decir el nombre de la dama para que Lady Charlotte supiera a quién se refería.

—Pero... —vaciló ella.

—Lo sé —dijo él, interrumpiéndola—. Di una impresión, y en ese momento lo decía en serio. Pero supongo que la única razón que puedo darte por mi cambio de opinión es que el corazón tiene mente propia. No decidí este curso de acción; debo seguirlo o de lo contrario seré miserable todos mis días. Ciertamente, alguien tan amable y comprensiva como tú puede perdonarme por esto, ¿verdad?

Lady Charlotte se quedó mirando, parpadeando hacia el duque durante unos segundos. Quizás estaba debatiendo si realmente estaba dispuesta a renunciar a él. Finalmente, él vio cómo la determinación se desvanecía en su rostro, y suspiró aliviado.

—Por supuesto, no quisiera interponerme en el camino de la felicidad de otra persona —dijo ella débilmente.

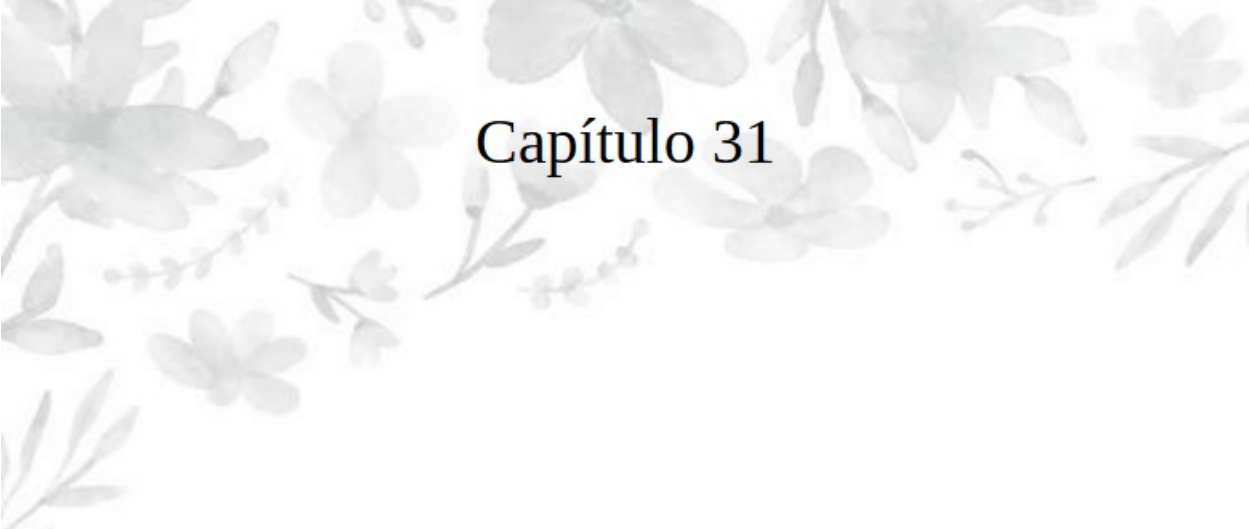
—Te lo agradezco —dijo Raven con una sonrisa—. Estoy seguro de que los demás ya han terminado con su búsqueda. ¿Quieres que revise el nido por ti antes de que regresemos? —preguntó como una especie de compensación.

—No —dijo ella, con la mirada flotando de vuelta hacia el grupo que esperaba.

Sacó del bolsillo de su falda una pequeña pluma azul.

—Encontré esto aquí en el suelo. Es lo que me hizo mirar hacia arriba al nido. Estoy segura de que servirá —añadió con tristeza.

Raven asintió en señal de comprensión, y juntos caminaron de vuelta al picnic en silencio.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other small blossoms, set against a white background.

Capítulo 31

La tarde siguiente, Lady Alexandra estaba sentada en el salón privado de su amiga. No habían hablado mucho mientras esperaban los pequeños sándwiches y el servicio de té.

Una vez que llegó, Lady Eagleton se puso a servir el té. No fue hasta que ambas tuvieron tazas en sus manos con el tintineo de las cucharillas de plata que Lady Eagleton rompió el silencio.

—Lady Charlotte se me acercó cuando nos íbamos —dijo sin ninguna introducción a la conversación que ambas ya tenían en mente.

—¿Ah, sí? —dijo Lady Alexandra sin entusiasmo mientras estudiaba las ondas en su taza a medida que la cuchara hacía su rotación.

No había olvidado la escena que había presenciado no hacía más de veinticuatro horas. Incluso ahora estaba segura de que podía verla en el reflejo de su té.

Acababan de doblar la esquina de vuelta a las mantas de picnic. Lady Eagleton había elegido una flor violeta, y Lady Alexandra recogió una concha iridiscente que decoraba uno de los jardines.

Al oír voces adelante, bajaron el tono de su propia conversación. Lady Alexandra estaba justo confesándole a Lady Eagleton, en su completa privacidad por primera vez ese día, que su querida amiga tenía razón. Lady Alexandra no tenía duda de que se había enamorado completamente del Duque de Raven.

Por supuesto, en lugar de detenerse en el hecho de que ella lo había sabido primero, Lady Eagleton aplaudió con alegría ante la idea de que su amiga había encontrado la felicidad. Naturalmente, Lady Alexandra había advertido a su amiga que moderara su entusiasmo. Aunque sabía que sus sentimientos eran verdaderos, aún no estaba cien por ciento segura de los de Raven.

—Me atrevo a decir que no lo creerás hasta que estés caminando hacia el altar con Raven esperando al otro lado —había bromeado Lady Eagleton justo cuando doblaban la curva.

Las risitas se convirtieron en un silencio atónito ante la escena que tenían delante. Lady Charlotte estaba abrazada en los brazos de Raven, sus manos aferrándose a su chaqueta en busca de apoyo mientras él la miraba con afecto.

Ella estaba sin aliento, lo que sin duda significaba que las chicas habían llegado solo momentos después de su beso. La forma en que Lady Charlotte lo miraba, totalmente sostenida por su firme estructura, fue suficiente para hacer que el corazón de Lady Alexandra se hiciera añicos en el suelo.

Los ojos de Raven siguieron la aparición de las intrusas. Parecía sorprendido de haber sido atrapado y no parecía tener palabras para explicarse.

Incluso si lo hubiera intentado, Lady Alexandra no habría escuchado nada. Giró rápidamente sobre sus talones, sin esperar a que su amiga la siguiera. Hervía de rabia por su propia estupidez mientras rodeaba la cabaña por el camino más largo y regresaba a la manta que las esperaba.

Lady Eagleton la había alcanzado. Sabiamente, no le había dicho nada a su amiga. Fue una buena elección, ya que Lady Alexandra no estaba segura de si estallaría en una diatriba de furia o se derretiría en un charco de tristeza.

Llegaron al grupo del picnic justo a tiempo para ver a Lady Charlotte caminando junto a Raven.

Lo único peor que verlos juntos después de un momento tan íntimo era la mirada de suficiencia en los rostros de Lady Derber y Lady Rebecca ante su compañía.

Claramente, este había sido el plan desde el principio, y nada lo había descarrilado. Lady Alexandra se odiaba a sí misma por haber considerado alguna vez que captaría la atención del duque en comparación con Lady Charlotte.

Las declaraciones de los objetos preciados procedieron, pero todo el grupo podía sentir un ambiente muy diferente. Bueno, excepto por sus dos hermanas menores, que no se habían percatado de nada.

Cuando la fiesta concluyó y todos se levantaron para regresar a los carruajes que esperaban junto a la cabaña, Lady Josephine se acercó al lado de su hermana.

—¿Qué te pasa, Alexandra? Eras un rayo de sol todo el día, y desde que regresaste de la búsqueda, pareces como si nubes grises cubrieran ahora tu alma.

Lady Alexandra no podía expresar cuán acertado era el resumen de su hermana. En su lugar, le informó que discutirían el asunto en privado más tarde esa noche.

Se había negado incluso a mirar al duque o a su acompañante. Al volver a la cabaña, lo hizo a un ritmo mucho más lento para poder seguir viendo al grupo adelante, pero no lo suficientemente bien como para ver a la pareja en toda su alegría.

—Lady Alexandra —dijo una voz oscura, sobresaltándola de su tristeza.

Levantó la mirada para ver que el duque también había dudado en irse. Quizás quería explicarse ahora. Una parte de ella habría querido eso. Quería hacerle decir que la estaba engañando, haciendo conexiones cercanas con su padre y su familia, todo por una broma maliciosa.

Sin embargo, recordó el banquete dentro de dos días. Acusar al duque y obligarlo a mostrar sus verdaderos colores no serviría ahora. Ciertamente, después de tal altercado, él retiraría el uso del edificio. Mordería su lengua por unos días más.

—¿Sí, Su Gracia? ¿Hay algo que necesite? ¿Quizás algunos requisitos finales para su evento? Estaría encantada de hablar con usted sobre asuntos de negocios —dijo, tratando de sonar lo más agradable posible.

—Alexandra —dijo de nuevo, esta vez con voz suplicante.

Suavemente le agarró el brazo, obligándola a detener su progresión de vuelta al carruaje. Raven quería que lo mirara, pero ella no le daría esa satisfacción.

En su lugar, dejó de caminar pero dio un paso lejos de él y cruzó los brazos, con los ojos fijos hacia adelante. No tenía ningún deseo de escucharlo, pues sabía que la probabilidad de mantener sus pensamientos para sí misma sería imposible.

Suspiró profundamente al ver que ella no le devolvía la mirada. Moviendo los pies con nerviosismo, buscó las palabras adecuadas.

—No fue... No era lo que parecía. Debes saber...

—Perdóneme, Excelencia. No estoy segura a qué se refiere. Ahora, si me disculpa, no quiero hacer esperar más a mi padre.

Con eso, Lady Alexandra se marchó sin siquiera mirar atrás. Solo una lágrima la traicionó en ese momento. La secó rápidamente al entrar en el carruaje familiar.

Aquella noche había sido una historia completamente diferente. Mientras ella y Lady Josephine yacían despiertas en la cama que compartían, Lady Alexandra le había contado todo, sin omitir nada. En el cálido abrazo de su hermana, había dejado fluir sus penas como un río caudaloso.

Fue un milagro que se hubiera levantado de la cama aquella mañana. Aunque sus ojos aún estaban enrojecidos por el llanto nocturno, bajó a desayunar con su familia.

Naturalmente, toda la conversación había girado en torno al picnic del día anterior. Su padre mencionó que pasaría el día en el museo haciendo los preparativos finales para el banquete de la noche siguiente. A Lady Alexandra poco le importaba si su padre sabía siquiera qué hacer. Ella nunca volvería a poner un pie en ese lugar.

Parecía que incluso el pensamiento del museo solo traía a su mente el recuerdo de Raven. No podía soportar tal cosa, pues le causaba estremecerse de dolor una vez más.

¿Por qué se había permitido enamorarse de él? Había hecho un excelente trabajo durante todas estas semanas manteniendo la distancia y no permitiendo que el duque se acercara. ¿Por qué, el día en que finalmente había derribado los muros que él estaba tan decidido a romper, también había visto su verdadera naturaleza?

Fue una total sorpresa cuando, con el correo de la mañana, el lacayo trajo una nota para Lady Alexandra con la caligrafía del duque en el sobre.

—¿De quién es? —preguntó su padre, solo medio interesado en la nota.

—De Lady Eagleton —dijo Lady Alexandra rápidamente—. Discúlpenme. La luz es mejor en la sala de estar y me gustaría leerla allí.

Caminó la corta distancia hasta la sala de estar y prontamente dejó caer la carta en la chimenea y la encendió. No le importaba lo que el duque tuviera que decirle. Nunca más volvería a mirarlo ni a hablarle. En dos días, cualquier conexión con él habría terminado. Él se casaría con Lady Charlotte y, con suerte, dejaría Londres para siempre esta vez.

—¿Qué decía la nota? —preguntó Lord Grebs mientras interceptaba a su hija en el pasillo después de que terminó la comida.

—Solo quería que fuera a tomar el té esta tarde. Creo que se siente sola.

—Ah, sí. Creo que Lord Eagleton dijo que saldría esta mañana para una cacería en el campo, ¿no es así? Naturalmente, yo nunca podría participar en tal acto contra la naturaleza, aunque fue muy amable al invitarme —Lord Grebs continuó divagando, sin darse cuenta del estado de ánimo de su hija.

Ella salió esa tarde para buscar a su amiga. Francamente, no podía soportar estar en esa casa por más tiempo y escuchar a Sophia hablar incesantemente sobre los Derber y, más específicamente, sobre su hijo mayor.

A Lady Eagleton no le importaría que la visitara sin previo aviso. Lady Josephine había pedido acompañarla, pero Lady Alexandra había declinado cortésmente. Ahora se sentía vacía por dentro y cuanta más gente hubiera a su alrededor, más segura estaba de que lo sentiría. En ese

momento particular, quería permanecer vacía, pues todos los sentimientos no eran más que dolores y penas.

—Ella quería asegurarse de que no sacara conclusiones apresuradas —continuó Lady Eagleton cuando su amiga no dijo nada más y en su lugar siguió removiendo su té—. Lady Charlotte estaba de pie en el banco justo detrás de ellos y alcanzando un nido de pájaros cuando se cayó. Raven la salvó de una gran lesión y nada más.

Lady Alexandra simplemente asintió indicando que había escuchado el relato.

—Así que ya ves, todo fue solo un malentendido —dijo Lady Eagleton, esperando alegrar el estado de ánimo de su amiga.

—¿Malentendido? ¿No viste cómo lo miraba ella, cómo la sostenía él? Sin mencionar la satisfacción en el rostro de todos los invitados cuando regresaron juntos al picnic.

—Sé que parecía muy... bueno, inquietante.

—No fue inquietante en absoluto —interrumpió Lady Alexandra—. De hecho, si acaso, solo confirmó lo que ya sabía. Raven nunca ha tenido ningún interés en mí. Fui una tonta al pensar lo contrario, al permitirme... En fin, me siento más avergonzada por mis propias acciones de ayer que por las de Raven o Lady Charlotte. Fui una chica más tonta que Sophia.

—Vamos, las dos sabemos que eso nunca sería posible —intentó animarla Lady Eagleton con una débil sonrisa.

Lady Alexandra miró a su amiga con un corazón agradecido por la amabilidad que Lady Eagleton le mostraba.

—Eres una buena amiga —dijo con gratitud.

—Y como tu buena amiga, quiero decirte —dijo Regina, tomando la mano de su amiga y apretándola—. No te rindas con Raven. Es un buen hombre, estoy segura de ello. Por favor, dale la oportunidad de explicarse. Verás la veracidad del error que cometimos.

—Error o no. ¿No ves que la suerte está echada? Su elección ha sido tomada. Se casará con Lady Charlotte como debe ser. Ambas sabíamos que el matrimonio nunca estuvo en las cartas para alguien como yo. Volvamos simplemente a como eran las cosas antes.

—¿Pero puedes hacerlo? Yo tuve la suerte de casarme y encontrar el amor en ese matrimonio después del hecho. Pero tú ya has entregado tu corazón. ¿Cómo podríamos volver atrás ahora? Debes darle una oportunidad todavía.

—Me escribió esta mañana —explicó Lady Alexandra.

—¿Y? ¿Te lo explicó todo bien?

—No lo sé. Lo quemé en la chimenea. No pude soportar leerlo —Lady Alexandra miró a su amiga con lágrimas frescas derramándose—. No creo que pudiera soportar siquiera oírle intentarlo. Seguramente moriré de vergüenza y necedad si tengo que vivir un rechazo de su parte.

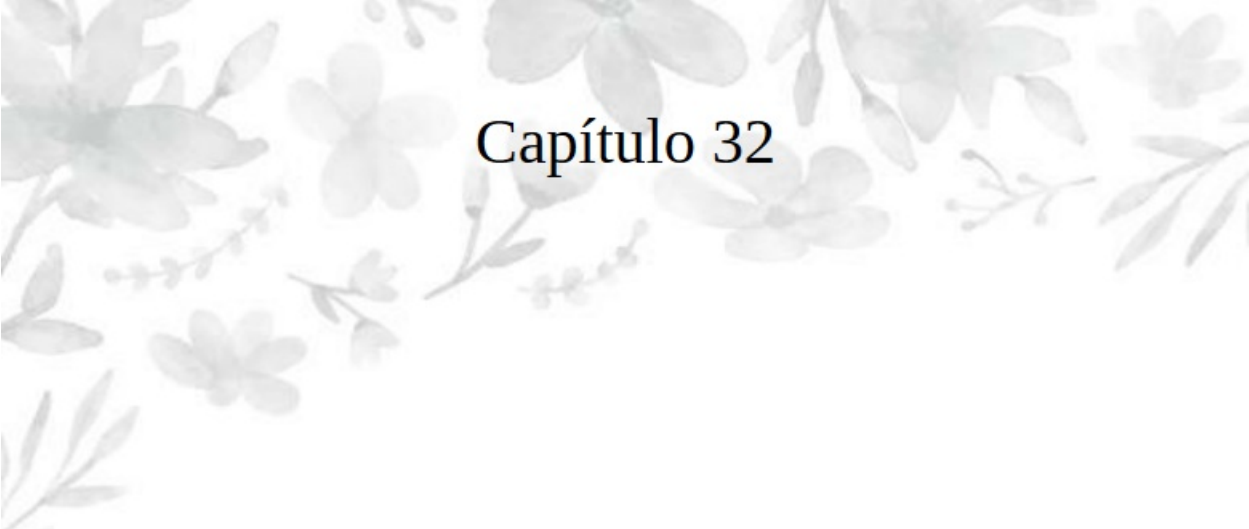
—Entonces no hablaremos más de ello —dijo Lady Eagleton, dando palmaditas en la mano de su amiga mientras le entregaba un pañuelo—. Solo quiero que seas feliz, y si el mero pensamiento te causa dolor, entonces lo apartaremos de nuestras mentes para siempre.

Lady Eagleton lo dijo de una manera muy decidida que devolvió un pequeño destello de consuelo a Lady Alexandra.

—En su lugar, hablemos de cosas felices —dijo Lady Eagleton con una suave sonrisa, reclinándose en su asiento.

—Quizás podamos empezar por saber de qué demonios se reían mi padre y Lady Rebecca ayer como colegas —dijo Lady Alexandra en un tono débil pero colaborador.

—¡Oh, ya sé! Fue de lo más curioso, ¿verdad? —Lady Eagleton se incorporó en su asiento, emocionada por el nuevo tema sobre el que reflexionar.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a pansy and some sprigs of foliage.

Capítulo 32

Cuando Lady Alexandra se alejó de él en el picnic, estaba desesperado por hacer que lo escuchara. Cuando su carta quedó sin respuesta a la mañana siguiente, llamó al día siguiente.

Desafortunadamente, ella no estaba en casa. Lady Josephine se excusó diciendo que su hermana se estaba preparando para el banquete de esa noche. Así que, tomando esa información, Raven fue directamente al museo. Sabía que molestarla en un día estresante no necesariamente ayudaría a su causa, pero no podía dejar que pasara otro día pensando que él era un libertino si podía evitarlo.

Lamentablemente, al llegar al museo, solo encontró a Lord Grebs. El padre de Lady Alexandra le informó que ella había decidido quedarse en casa. El estrés de todo el día la había llevado a la cama con un dolor de cabeza.

Fue entonces cuando Raven decidió que no lograría llegar a Lady Alexandra por los métodos tradicionales. Sin embargo, estaba decidido, así que pasó el resto de la tarde en casa de Lord y Lady Eagleton.

—Como ven, todo fue solo un horrible malentendido —les explicó a ambos en su salón.

—Supuse que así era cuando Lady Charlotte me dijo que se había caído. Nunca dudamos de tu honor ni por un momento —le aseguró Lady Eagleton una vez que se contó toda la historia.

—¿Y se lo dijiste a Lady Alexandra, verdad? —preguntó Raven desesperadamente.

—¿Lady Alexandra Woodley? —preguntó Lord Eagleton, todavía tratando de seguir la conversación—. ¿Por qué diablos se lo diría Regina?

—Querido, porque Raven la ama —le dijo Lady Eagleton a su marido pacientemente.

Lord Eagleton miró a Raven con sus canosas cejas levantadas por la sorpresa.

—¿Es así?

—Pues claro que sí —dijo Raven, poniéndose de pie y paseando por la habitación—. Pero esa mujer frustrante no me da ni dos minutos de su tiempo para decírselo.

—Bueno, está tu evento de esta noche. ¿Por qué no se lo dices allí? —dijo Lord Eagleton como si acabara de resolver los problemas del mundo.

—Es un evento privado para la Sociedad. Dudo que ella venga. Además, su padre era el único que estaba allí esta mañana cuando fui —añadió.

—Entonces tendrás que ser paciente —dijo Lady Eagleton, juntando las manos en su regazo.

—No quiero serlo —dijo Raven como un niño rebelde—. Seguramente se me escapará.

—No, no lo hará —dijo Regina con determinación—. Ella está tan enferma de amor por ti como tú por ella.

Raven se volvió y miró a la Condesa, con el rostro pintado de asombro.

—Estoy seguro de que antes me detestaba, y ahora solo me odia aún más.

—Solo estaba asustada, pero eso no cambió el hecho de que desde el momento en que te conocí sintió lo mismo que tú —dijo Lady Eagleton con una sabiduría que iba más allá de sus años.

—Alexandra ha pasado toda su vida cuidando de las necesidades de los demás y pensando en sus propias necesidades como una ocurrencia tardía. Cada movimiento que ha hecho ha sido solo con la esperanza de presentar la mejor imagen de sus hermanas menores, sin importar el sacrificio que hiciera a su propia felicidad personal.

—No quiero robarle todo eso. No quiero confinarla a los límites de una duquesa si ella no lo desea. Solo deseo estar a su lado —dijo Raven, hundiéndose de nuevo en su asiento, cubriendo su rostro con sus grandes manos.

—Ella lo sabe —le aseguró Lady Eagleton—. Solo está molesta. Dale algo de tiempo y espacio, y te prometo que no la perderás.

Raven levantó la vista de sus manos, aún inseguro de sus palabras.

—Confía en ella —dijo Lord Eagleton, señalando a su propia esposa—. Esta sabe mucho más de lo que crees sobre estos asuntos.

Raven observó cómo los dos intercambiaban una mirada amorosa. El tiempo, la edad y las circunstancias no eran rival para el amor que compartían.

—Estoy de acuerdo. Es usted un hombre afortunado —le dijo Raven a Lord Eagleton.

—Y tú también lo serás, ya lo verás —dijo Lady Eagleton con una sonrisa radiante.

Raven regresó a su propia casa para prepararse para el banquete de la noche. Sabía que no vería a Lady Alexandra allí esta noche y tal vez no por muchos días. Por mucho que deseara golpear

su puerta y obligarla a escuchar, sabía que eso no era una posibilidad.

—Raven, te ves tan elegante —dijo su tía cuando entró en el salón para despedirse antes de partir hacia el museo.

Raven vestía su mejor chaqueta y pantalones negros con botas altas, camisa blanca y una corbata blanca perfectamente anudada. Había decidido peinar su cabello hacia atrás, revelando el perfil completo de su rostro largo y anguloso. Estaba seguro de que estaba imitando la imagen de un duque, algo que no le gustaba hacer muy a menudo.

—Pero, ¿por qué te ves tan sombrío? —preguntó su tía, estudiándolo de cerca—. Quiero decir, debes estar eufórico después del picnic. Lady Charlotte seguramente te aceptará —añadió con una sonrisa alentadora.

—Querida tía, ¿podríamos hablar un momento? —dijo Raven con un largo suspiro.

—Por supuesto. Ven y siéntate conmigo antes de que te vayas. Aunque solo tengo un momento, ya que me voy a un baile privado en casa de los Derber. Estoy segura de que sabes que se decepcionaron al saber que no asistirías conmigo esta noche, pero no importa —dijo despreocupadamente mientras él la seguía para tomar asiento.

Raven tomó asiento en el salón de una casa que era más de su tía que suya. Miró a su alrededor, desde las exquisitas pinturas hasta los ornamentos perfectamente colocados. Sabía que su tía había construido un mundo a su alrededor basado en lo que era socialmente aceptable y deseable.

No tenía ninguna oferta de un puesto en la junta directiva para darle como compensación por rechazar su elección de esposa. Aún estaba decidido a hacerlo si estuviera en su poder. Sin embargo, independientemente de si surgía la posibilidad o no, su decisión ya estaba tomada. Todavía no estaba seguro de cuánto afectaría esto al mundo perfecto que su tía había creado y planeado para ambos.

Solo tenía ligeras reservas al abordar el tema. Raven estaba casi seguro de que ella no se molestaría tanto como para alejarlo. Sin embargo, no estaba completamente seguro. Había venido a Londres con el único propósito de correr a su lado.

Raven se había prometido a sí mismo en ese último viaje alrededor del mundo que, sin importar dónde llegara, sería más atento con su tía. Estaba decidido a atender sus deseos y a traerle alegría durante el resto de sus años. Ahora estaba a punto de decirle a Lady Rebecca Sinclair algo que podría causarle mucha molestia.

—Tía Rebecca, sé que estabas muy decidida a que conociera mejor a Lady Charlotte. Te felicito por tu excelente gusto en la elección. Es una mujer de gran carácter.

Lady Rebecca, que había estado esperando al borde de su asiento lo que fuera que su sobrino planeaba decirle, pareció acercarse un poco más ahora.

—Me temo que no podría casarme con una dama tan fina cuando mi corazón no está en ello. No sería caballeroso de mi parte hacerlo por su bien.

—Oh, ¿por qué no? —dijo Lady Rebecca, lanzando sus manos al aire—. Estoy segura de que ella está muy interesada en la unión. No todos los matrimonios pueden basarse en el corazón. El amor es algo tan frágil al final, de todos modos. Simplemente temes sentar cabeza, Raven. Eres un hombre adulto. Es hora de cumplir con tu deber hacia el ducado.

Raven dejó que su tía divagara con bufidos de indignación durante varios minutos.

—Soy muy consciente de que ya pasé mi tiempo para encontrar mis raíces, como tú lo llamarías. Estoy de acuerdo con tales términos, pero no cuando el único beneficio de la unión es un puesto en la junta para ti. Te quiero, querida tía, pero no podría pedir una vida de infelicidad para otra persona o para mí mismo, y te prometo que ese sería el caso si me casara con Lady Charlotte.

Lady Rebecca hizo una pausa por un momento y sus pequeños ojos se redondearon con asombro.

—¿Lo sabes? —preguntó con una voz solo ligeramente débil—. Pero no es solo eso —agitó las manos para dejar el asunto de lado—. Estaría feliz solo de verte establecido incluso si no consigo el puesto en la junta.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Raven, ocultando la sonrisa que se extendía por su rostro.

Esto era lo que esperaba. Había llevado a su tía a este punto en la conversación por una sola razón, para poder decirle que estaba más que dispuesto a casarse. Su única condición era que fuera la chica de su elección, la que había robado su corazón.

—Por supuesto que lo digo en serio. Solo quiero que seas feliz —le aseguró Lady Rebecca.

—Bien. Tengo una mujer en mente. Si me acepta, me esforzaré por hacerla feliz todos los días de nuestras vidas.

Lady Rebecca aplaudió alegremente ante la declaración antes de detenerse de repente.

—¿Si te acepta? Estoy segura de que ninguna dama en esta tierra te rechazaría, Raven. Dime, ¿quién es ella? ¿La conozco? He tenido mi mente tan enfocada en Lady Charlotte que ni siquiera he prestado atención, supongo. ¿Quién es a quien le has entregado tu corazón?

Una vez más, Lady Rebecca habló tanto y tan rápido que Raven tuvo que esperar hasta que lo sacara todo antes de intentar responder a alguna de sus preguntas.

—Puede que no sea quien tú considerarías una elección, pero puedo asegurarte que es la dama más fina que jamás he visto. Es de carácter fuerte y decidida. Es inteligente, hermosa y exasperante al mismo tiempo —dijo Raven con una risita.

—Sí, sí, muchacho. La amas, ya entendí todo eso, no hace falta que me bombardees con sus cualidades. ¡Dime su nombre!

—Lady Alexandra Woodley.

—¿Te refieres a la hija de Lord Grebs? —Lady Rebecca dudó ante la idea.

Raven tragó saliva mientras su tía asimilaba la noticia. Todavía no estaba seguro de cómo lo aceptaría. Un conde empobrecido con salud mental cuestionable ciertamente no era una familia prominente a la cual unirse.

—Lamento si te he decepcionado, tía Rebecca. Sin embargo, ella es mi elección. No podría decirle a mi mente que se aparte de ella más de lo que podría decirle a las estrellas que se quiten del cielo.

—No, no es eso en absoluto —dijo ella, inclinándose hacia adelante y dando unas palmaditas en la mano de Raven.

Todavía tenía esa mirada distante en sus ojos que hizo que Raven se preguntara sobre qué dudaba.

—Creo que es una excelente dama, de verdad. De hecho, estoy un poco avergonzada de haber juzgado a su familia antes de conocerlos el otro día. Siempre había asumido cosas basándome en lo que escuchaba. Soy demasiado vieja para caer en eso, y me avergüenza admitir que lo hice. Son una buena familia.

Él observó cómo sus ojos se humedecían. Sacando un pañuelo, se secó las comisuras de los ojos.

—Si se trata del puesto en la junta, sé que harán poco para promoverte. Sin embargo, yo haré todo lo que esté en mi poder para ayudarte.

—Oh, no es el tonto puesto. Es solo que, si lo hubiera sabido, ¿sabes?, no habría animado a Lady Charlotte en el picnic.

—¿La alentaste?

—Debí haberlo visto. No sé cómo no lo hice. Por supuesto, te acercaste tanto a Lord Grebs y su museo solo para tener motivos para verla de nuevo. Pero no lo vi, no lo supe.

—¿Qué le dijiste para alentar a Lady Charlotte? —preguntó Raven, sintiendo que el miedo crecía en su corazón.

—Justo antes del último juego —sollozó su tía—. Solo le dije unas palabras antes de que se fuera. Que estabas buscando el objeto más único en el jardín, y que sabía que esperabas encontrarla a ella.

Raven se recostó en su asiento mientras consideraba las palabras de su tía. Tenía la sensación de que Lady Charlotte había estado esperando que él apareciera, justo como él había intentado buscar a Lady Alexandra. Estaba seguro de que las palabras de su tía solo le habían dado el valor adicional para llevar a cabo su plan hasta el final. Después de todo, Lady Rebecca prácticamente le había dicho a Lady Charlotte sin rodeos que él quería casarse con ella.

Quizás, hasta ese momento, la dama había pensado que él estaba dividido entre ella y Lady Alexandra. No podía haber sido ciega al afecto que le había mostrado durante todo el día, aunque nunca hablaron directamente entre ellos.

Ahora que Raven lo pensaba, estaba seguro de que Lady Charlotte había mirado hacia arriba justo antes de tropezar. ¿Acaso había tropezado realmente? Lady Charlotte había recibido palabras de aliento de su tía y había usado su propia astucia para inclinar la balanza a su favor. Debido a ese tonto momento, podría perder a Lady Alexandra.

—Luego, cuando ustedes dos regresaron juntos, bueno, simplemente pensé que todo había salido bien —continuó sollozando—. Estaba tan feliz por ello. Oh, y tan efusiva sobre lo buena pareja que hacían —añadió sorprendida, reemplazando el pañuelo por una mano sobre su boca.

—Está bien —intentó calmar Raven a su tía.

—Y Lady Alexandra se veía tan desdichada cuando regresó. Me preguntaba qué había vuelto su humor tan sombrío de repente. Fue porque los vio a ustedes dos caminando juntos, ¿no es así?

—Me temo que vio algo mucho peor que eso —dijo Raven con un lento suspiro.

Raven le había contado a su tía toda la historia. Ella, por supuesto, se quedó terriblemente impactada al escuchar sobre el comportamiento de Lady Charlotte. Sin embargo, el daño ya estaba hecho. Lady Alexandra no quería verlo, sin importar cuántas formas intentara para que ella escuchara la verdad.

—Bueno, iré a verla yo misma. Le explicaré todo —había ofrecido Lady Rebecca.

Aunque era un gesto amable, Raven no permitiría tal cosa. La intromisión de su tía en su vida amorosa ya había demostrado ser un fracaso una vez. Estaba seguro de que la única manera de hacer las cosas bien era hacerlo él mismo.

Por primera vez en su vida, sin embargo, no tenía un plan. No tenía ninguna aventura que esperar. No tenía nada en su horizonte. La única luz que tenía frente a él era Lady Alexandra, y

ella se negaba a mostrarse.

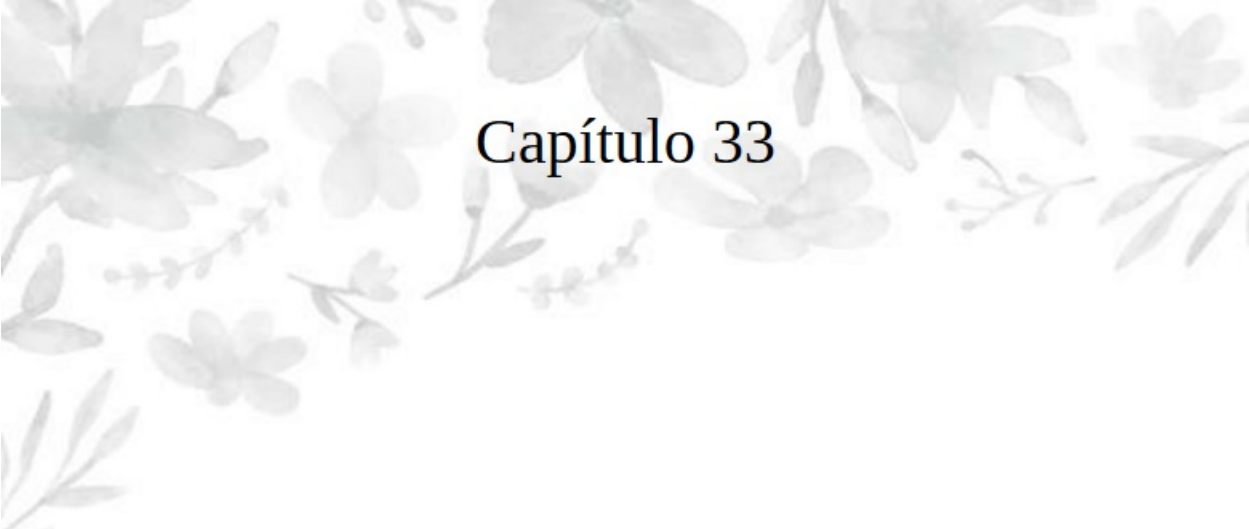
Meditó sobre este hecho durante toda la noche en el banquete. Por supuesto, ir al museo, ver la magnífica sala preparada tan perfectamente y escuchar el consenso general de aplausos por su elección del lugar solo empeoraba su dolor.

Raven veía la mano de Lady Alexandra en cada pequeño detalle de la sala del Jardín. Desde la exquisita comida hasta los elegantes arreglos de mesa, hasta el hermoso y exuberante escenario que lo rodeaba. Incluso las varias aves tropicales que fueron traídas al centro de la sala verde. Cada una tenía sus perchas en varios puntos a lo largo de las exuberantes paredes que rodeaban el salón, incluyendo a su nueva amiga, Miss Nutters.

Antes de que comenzara la cena, los caballeros pudieron recorrer la sala, examinar los finos especímenes e incluso lograr que algunos de ellos hicieran algunos trucos según las instrucciones de los lacayos que estaban junto a cada ave. Fue altamente entretenido y muy impresionante para los hombres de la Sociedad.

Todo esto mantenía su mente llena de Lady Alexandra. Hizo su mejor esfuerzo por poner buena cara para el resto de los hombres. Pero para cuando terminó la velada, no podía esperar para irse del lugar.

A Raven no le importaba si tenía que llamar todos los días a la casa de Lord Grebs y pararse fuera del Museo de Maravillas Naturales cada tarde. Haría lo que fuera necesario para que Lady Alexandra lo escuchara y luego ganarse su corazón.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a rose and some smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 33

Lady Alexandra estaba sentada al borde de su cama, con los guantes blancos en la mano. Sabía que en unos instantes debía levantarse y asegurarse de que todas sus hermanas estuvieran adecuadamente preparadas para la velada. No tenía fuerzas para hacerlo.

De hecho, Lady Alexandra apenas tenía fuerzas estos días para hacer algo más que llorar. Incluso Lady Sophia percibía el cambio en su hermana mayor y se había calmado a un estado menos irritante. Cuando su padre anunció que él también asistiría al baile esta noche con ellas, Sophia ni siquiera había protestado por ser demasiado joven para ir.

Naturalmente, Lady Alexandra había enviado su aceptación de la invitación con varias semanas de antelación. Había esperado poder enviar sus disculpas por su ausencia esa misma noche, sin sentirse con energía para ir. Con el anuncio de su padre, eso ya no sería posible.

En realidad, tampoco habría sido justo para sus dos hermanas menores. Sabía que no debía privarlas de su tiempo de socializar solo porque ella no se sintiera con ánimos. Así que en lugar de quedarse en casa con Lady Sophia, Lady Alexandra había hecho que Polly refrescara todos sus vestidos y preparara sus medias de seda y guantes finos.

Miró los guantes que aún tenía en las manos. Todavía faltaba un botón en uno de ellos. Se había olvidado de coserlo. Con el recuerdo reciente del baile de Sir Hamilton, las lágrimas volvieron a asomar a sus ojos. Lady Alexandra no se permitiría llorar de nuevo. Ya lo había hecho bastante en los últimos días.

Había pensado que después del primer día siguiente al picnic, cuando rechazó la carta y la visita de Raven, él se habría dado por vencido. Estaba segura de que solo intentaba aliviar cualquier descontento entre ellos antes del banquete por el bien de su calidad. Sin embargo, ese no era el caso. Durante los últimos tres días, Raven había venido todos los días a visitarla.

Dos veces había tomado el té en la sala de estar con sus hermanas menores y su padre mientras ella yacía en la cama con un supuesto dolor de cabeza. El sonido de su voz flotaba por las escaleras y atravesaba la pared, desgarrando su corazón de nuevo.

Por qué seguía atormentándola era un misterio. Aparentemente había elegido a su dama. Con el banquete terminado, debería haberla dejado en paz. Aun así, persistía por alguna razón desconocida.

Lady Alexandra tomó una larga y lenta respiración, presionando contra las ballenas de su corsé. Alisó la tela de seda verde musgo de su vestido antes de ponerse de pie. Avanzando, se deslizó en sus zapatillas color canela con bordados dorados.

Rezó con todo su corazón para que Raven no apareciera esta noche en el baile, pero sabía que era poco probable. Él estaría allí y también Lady Charlotte con su familia. Durante las próximas horas, Lady Alexandra se vería obligada a verlos mientras desfilaban por el salón de baile como la nueva pareja feliz.

Tragó las emociones que esto volvía a despertar en ella. Seguramente sus rodillas se debilitarían si pensaba demasiado en esa idea.

—¿Alexandra? —oyó la voz de su padre desde la puerta—. ¿Estás bien, querida? Has estado luciendo bastante pálida estos últimos días —comentó, entrando por la puerta abierta de su habitación.

—Estoy bien. Solo me sentí un poco indispuesta por un momento, pero ahora estoy bien —dijo Lady Alexandra, desesperada por mantener la barbilla un poco más alta.

Lord Grebs estudió a su hija por un segundo antes de asentir como si hubiera tomado una decisión.

—Ven y siéntate conmigo, querida —dijo, dirigiéndose a uno de los colchones.

Lord Grebs tomó su lugar y esperó a que su hija lo siguiera.

—Has tenido varios dolores de cabeza últimamente también. ¿Quizás estás enferma?

—Estoy bien —dijo Alexandra con una débil sonrisa—. Además, debo estar allí para Josephine y Williamina.

Lord Grebs estudió a su hija un momento más antes de tomar su delicada mano entre la suya gastada.

—Eso lo heredaste de tu madre, ¿sabes? —dijo en un tono suave.

—¿De verdad? —preguntó Lady Alexandra, más sorprendida de que su padre estuviera hablando realmente de su difunta esposa.

—Mmm —asintió—. A veces podía ser tan fiera. Estoy seguro de que puedes adivinar que no soy la criatura más extrovertida —dijo con media sonrisa—. Bueno, cada vez que yo solo quería encerrarme, ella me decía que solo necesitaba levantar un poco la barbilla. Incluso si no me sentía con ánimos, una barbilla levantada siempre te hace un poco más valiente.

—Luego, cuando ella se fue —continuó, con la voz cayendo tristemente—. Bueno, ya no tenía a nadie que me recordara levantar la barbilla, y supongo que simplemente dejé de hacerlo. Te dejé hacer mucho más de lo que debería. Te viste obligada a ser fuerte cuando yo debería haberlo sido por ti. Otros se habrían encogido, pero no alguien como tú, alguien tan parecida a tu madre —añadió con una sonrisa.

—La echo de menos —dijo Lady Alexandra suavemente—. Ojalá pudiera recordarla mejor. A veces pienso que si pudiera, no sería tan difícil para mí... bueno, ya sabes, ayudar a los demás.

—¿Quieres decir ser una madre para ellos como prometiste? —corrigió Lord Grebs.

Lady Alexandra miró a su padre sorprendida. Nunca había compartido esa promesa con nadie, ni siquiera con Lady Eagleton.

—Yo estaba allí cuando la hiciste. Acababa de entrar en la habitación y la escuché. Pero esto, esto no es lo que ella quería de ti. Has entregado tanto de ti misma, Alexandra. Diste un pedazo a cada uno de nosotros y no dejaste nada para ti. Parte de eso es mi culpa, y lo siento —añadió, luchando por controlar sus emociones.

—Estabas de luto. Lo entiendo —dijo Lady Alexandra para hacerlo sentir mejor.

Vio que su labio temblaba ligeramente.

—Tienes razón —dijo finalmente—. De hecho, todo este tiempo lo he estado. No sé si alguna vez dejaré de estarlo, a decir verdad. Cuando ella nos dejó, bueno, gran parte de mí se fue con ella.

—Es curioso —continuó—. Cuando Raven vino aquel primer día, fue como si me recordara que aún le importaba a la gente ahí fuera. Yo había pensado que cuando me encerré, el mundo me había olvidado al igual que la había olvidado a ella. Pero él vino aquí y me contó el impacto que el museo, mi investigación, había tenido en su vida cuando era niño. Cómo le seguía encantando el lugar incluso ahora y lo agradecido que estaba por mi dedicación.

—Supongo que me recordó que aún tenía un propósito fuera de mi pequeña biblioteca. Que no estaba del todo mal que siguiera viviendo, aunque fuera solo.

—Nos dio eso —dijo Lady Alexandra con una tímida sonrisa—. Supongo que en ese sentido todos podemos estar agradecidos por su presencia en nuestras vidas. No puedo expresar lo feliz

que me sentí al verte en la cena aquella primera noche. Durante mucho tiempo, perdimos a nuestra madre y a nuestro padre. Significó mucho tenerte de vuelta con nosotros.

—Pero eso no es todo lo que trajo a esta familia, ¿verdad? —preguntó Lord Grebs, girando su mirada para encontrarse con la de ella.

—No estoy segura de a qué te refieres.

—Bueno, puede que no sea la figura paterna más atenta, pero estoy seguro de que, como científico, notar la correlación entre los dolores de cabeza y las visitas de Raven significa algo.

—Puedo asegurarte que no significa nada —dijo Lady Alexandra con determinación.

—Hmm. ¿Quizás la correlación entre el final de nuestro reciente picnic y el repentino ataque de lágrimas?

Ahora era el turno de Lady Alexandra de contener un labio tembloroso.

—Como dije, solo lo estoy mirando desde un punto de vista científico. Mi conclusión, sin embargo, es que tienes sentimientos por el duque. Sentimientos que estoy casi seguro de que él corresponde.

—¿Cómo puedes pensar eso? —preguntó Lady Alexandra, con la voz quebrada.

—Porque el duque ha estado tan alterado en cada visita como tú. Sin mencionar el hecho de que cada vez que venía aquí, estaba realmente solo medio interesado en lo que yo tenía que decir o en el museo, y mucho más interesado en ti.

—Todo fue un malentendido, te lo aseguro. Como una tonta, me enamoré de él cuando sabía que no debía.

—No eres para nada una tonta, querida —arrulló Lord Grebs—. Eres una excelente joven dama. Una joven dama que está enamorada. Ya era hora, si me preguntas.

—¿Por qué? El amor es un veneno terrible. ¿Mira lo que te hizo cuando madre murió? ¿Mira en qué tonta me ha convertido?

—Puede ser cruel a veces, sí. Pero si hay algo que puedo decirte, es que no cambiaría mi dolor si eso significara no haber tenido a tu madre y no teneros a vosotras, niñas. Quizás si le das una oportunidad a Raven, te sorprenderás de lo que encuentres. Si ese no es el caso, sin embargo, aprende de mí, querida. No te rindas y te encierres. Solo levanta un poco la barbilla, y te prometo que te sentirás más valiente para la próxima vez.

Lord Grebs tomó la mano de su hija que había estado reposando en la suya y la llevó a sus labios para un suave beso. Ella le sonrió a su padre y sus amables palabras. Lady Alexandra ni siquiera podía expresar con palabras lo agradecida que estaba de tenerlo fuera de su biblioteca y despierto al mundo de nuevo.

Con el valor de su padre, levantó la barbilla ligeramente, y juntos bajaron las escaleras para unirse a los demás antes del baile. Para su sorpresa, vio a Josephine y Williamina ya preparadas y a Sophia trabajando arduamente para completar una lección de escritura que había descuidado antes, bajo la atenta mirada de Josephine.

No estaba segura de haberlas visto alguna vez mantener una conversación que no terminara en frustración o enojo, pero esta noche parecían estar trabajando juntas para asegurarse de que la casa funcionara sin problemas. Se preguntó si era porque ella había estado tan descuidada con todo estos últimos días que había obligado a sus hermanas a despertar a todos los deberes de la casa.

Sin importar la causa, no pudo evitar sentir que se le quitaba un peso de encima. Su padre estaba fuera de su oficina y volvía a involucrarse en los asuntos domésticos. Ayer había informado a Lady Alexandra que ya veía resultados positivos con la adición del invernadero.

Tan pronto como entraron en la elegante casa de Lord Umbridge, Lady Alexandra se dispuso a quitar su corazón roto de su manga y disfrutar de la noche con sus hermanas y su padre. Después de todo, esta sería la primera noche que todos salían y asistían juntos a un evento, jamás.

—Ah, Lord Grebs, es un placer verlo de nuevo en pie. Se le ve muy saludable.

—Gracias, Lord Umbridge —dijo Lord Grebs, haciendo una reverencia al anfitrión y saludando a su esposa.

—Sus hijas están tan hermosas como siempre —continuó Umbridge saludando a las tres damas que lo acompañaban—. Creo que Lady Rebecca Sinclair estaba preguntando por ustedes —añadió con un vago recuerdo de todos los invitados que hasta ahora habían cruzado su umbral.

Lady Alexandra no lo culpó por la vacilación en sus palabras. Aunque habían llegado justo en el momento adecuado, la casa ya resonaba con los sonidos de muchos invitados.

—¿Lady Rebecca, dice? —dijo Lord Grebs con un tono interrogativo.

—Sí, desconocía que estuviera relacionado con esa familia, pero supongo que estoy equivocado.

—Es un encuentro reciente. Me aseguraré de que la busquemos y le demos las buenas noches —concluyó Lord Grebs.

Lady Alexandra tragó saliva con dificultad. Si Lady Rebecca estaba aquí, seguramente Raven también lo estaría.

—No te preocupes demasiado —dijo Lady Josephine en voz baja, apretando la mano de su hermana por un brevísimo momento—. Quizás Lady Rebecca esté interesada en ver a Padre. Se llevaron bien en el picnic.

Lady Alexandra se quedó helada ante la idea. Había estado tan absorta en su propia pena que había olvidado por completo la repentina agrupación de los dos en el momento en que se conocieron.

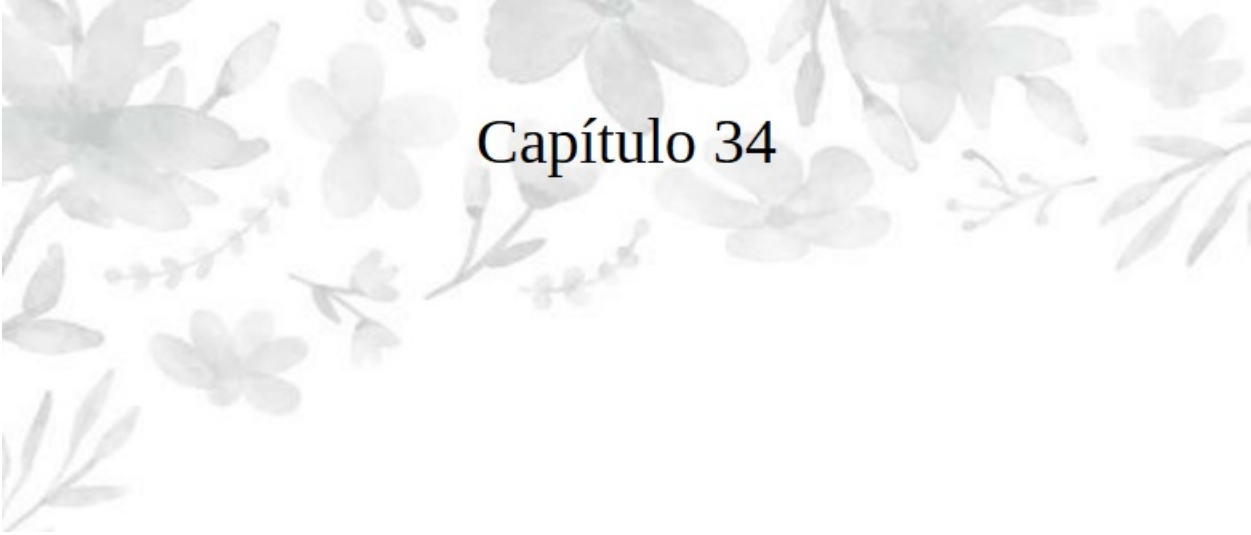
—¿No creerás? —preguntó Lady Alexandra, un poco sorprendida.

—No lo sé —respondió Lady Josephine antes de que la pregunta fuera terminada—. Sería maravilloso para padre si pudiera encontrar la felicidad de nuevo, ¿no crees?

Lady Alexandra meditó sobre esto por un momento. La idea de que su padre volviera a casarse estaba tan alejada de su mente que nunca había considerado cómo se sentiría al respecto. Por un lado, le alegraba pensar que su padre pudiera tener una oportunidad de amar de nuevo. Solo deseaba que hubiera sido con cualquier otra mujer que no fuera Lady Rebecca.

Por supuesto, había encontrado a la dama bastante amable. Más aún, había disfrutado de las historias que contó durante el picnic y la manera animada en que lo hizo. Si alguien podía hacer frente al espíritu salvaje de Raven cuando era un niño, sin duda era ella. Era solo que Lady Alexandra ahora deseaba que la única dama hacia la que su padre parecía dirigir su mirada no la pusiera perpetuamente en el campo de visión del duque y su nueva vida feliz sin ella.

No era una idea que estuviera segura de poder soportar durante un largo período. De hecho, no estaba del todo segura de poder sobrevivir la noche.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appears to be a daisy and some smaller blossoms, set against a white background.

Capítulo 34

—No te preocupes tanto —le dijo Lady Rebecca a su sobrino que estaba a su lado.

Lady Rebecca Sinclair se puso de puntillas escudriñando la sala en busca de rostros conocidos. Raven estaba casi directamente detrás de ella y con cada estiramiento a su máxima altura, la pluma incrustada en su cabello le rozaba la barbilla.

—Ojalá no hubieras dicho tal cosa —respondió él suavemente.

Él también buscaba desesperadamente entre la multitud, solo que de manera mucho menos obvia que su tía mucho más baja. Mientras ella buscaba a un grupo que se acercara, Raven estaba seguro de que la única imagen que vería sería la figura de Lady Alexandra alejándose después de lo que su tía había hecho.

En el momento en que entraron por la puerta y fueron recibidos por su anfitrión, Lady Rebecca había preguntado por el paradero del grupo de Lord Grebs. Lord Umbridge le aseguró que aún no habían llegado, pero que dirigiría a Lord Grebs hacia ella en cuanto lo hiciera.

Estaba seguro de que tan pronto como Lady Alexandra se enterara de que estaban allí y que su tía la estaba buscando activamente, se daría la vuelta y se iría. Sería como cada vez que la visitaba nuevamente.

—¿Alguna vez pensaste que yo podría querer ver a Lord Grebs y su grupo esta noche? No siempre se trata de ti, ¿sabes? —añadió mientras se arreglaba los rizos.

Raven se quedó paralizado al ver su acción. ¿Realmente estaba preocupada por su aspecto en este momento?

—Y ¿por qué, querida tía, insistes en ver al grupo de Grebs? —preguntó Raven, entrecerrando sus ojos oscuros hacia su tía con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Simplemente disfruté de su compañía en el picnic, eso es todo —dijo rápidamente Lady Rebecca, esperando alejarlo.

Raven recordó el evento del día. Su tía y Lord Grebs se habían llevado bastante bien ese día. De repente, tuvo un sentimiento muy protector hacia su tía, mucho mayor pero también mucho más pequeña.

—No estoy seguro de que me guste esa idea —respondió Raven a las palabras que ella no dijo.

—No creo que tengas mucho que decir al respecto —replicó ella con las manos en sus amplias caderas.

Él había visto bien esa postura. En cualquier momento podría sacar su abanico y golpearle la mano con él. Nunca dolía, por supuesto, pero siempre le daba un buen susto cuando era niño.

—Bueno, supongo que podrías hacerlo peor —dijo Raven con media sonrisa—. Al menos puedo decir que también me agrada mucho la familia.

Antes de que la conversación pudiera ir más lejos, Lord y Lady Eagleton entraron en la sala y se dirigieron hacia ellos dos. Se saludaron formalmente y se instalaron en una conversación con el pequeño grupo mientras esperaban que llegaran el resto de los invitados.

—Se ve muy bien esta noche, Lady Eagleton. Es bueno ver que su viejo marido no la está molestando demasiado —añadió, bromeando con el hombre mayor.

—Apenas puedo mantenerlo en casa el tiempo suficiente para que me moleste —respondió Lady Eagleton con una sonrisa relajada—. Desearía poder decir lo mismo de usted, Su Gracia. Pero en realidad parece un poco desaliñado —dijo en voz baja.

—¿De qué estás hablando? —intervino Lord Eagleton—. Mira al muchacho. Está bien. Se ve como debería.

Raven se dio una rápida mirada aunque sabía que ambos tenían razón en su evaluación. Estaba perfectamente vestido de pies a cabeza con una chaqueta oscura de cena, una corbata blanca y pantalones verde oscuro con botas altas de cuero marrón. Al mismo tiempo, por dentro se sentía como un desastre que se desmoronaba.

Nada más que frustración lo había seguido durante los últimos días. Raramente las cosas no salían a su manera, pero cuando se trataba de Lady Alexandra, ese parecía ser el caso a cada paso. Estaba seguro de que se estaba desmoronando de adentro hacia afuera.

—Quizás solo estás viendo con tus ojos, querido —dijo Lady Eagleton en un tono dulce.

—¿Con qué más voy a mirar? —refunfuñó Eagleton suavemente a su esposa.

No estaba irritado con ella de ninguna manera. De hecho, calentaba el corazón de Raven ver el cariñoso intercambio entre los dos.

Antes de que Lady Eagleton pudiera responder, supo que Lady Alexandra había entrado en la sala. Aunque no hubo cambio en la conversación, estaba seguro de que todo su mundo se calló

cuando sintió su presencia. Mirando a través de su pequeño grupo, sus ojos se encontraron instantáneamente con los de ella. Lady Alexandra apartó la mirada rápidamente.

Si no hubiera estado ya encantado por su belleza, estaba seguro de que lo estaba de nuevo en ese momento. Ella estaba ligeramente detrás de su padre y Lady Williamina, que estaban a la cabeza de su grupo. Llevaba un vestido de seda verde musgo, su rico cabello castaño cayendo en rizos sobre uno de sus hombros.

Su corazón se aceleró durante el segundo en que sus ojos oscuros se conectaron con los color miel de ella, pero rápidamente ella apartó la mirada. Aunque el grupo caminaba hacia él, ya podía ver a Lady Alexandra retrasándose del resto, buscando cualquier razón para no seguir detrás. El pecho de Raven se apretó ante la idea.

Sin ninguna razón para ir a otro lugar, se vio obligada a seguir a su familia. Se unieron al grupo de Raven, y la tensión era tan espesa que casi se podía cortar. Se dieron los saludos formales alrededor, después de lo cual el grupo cayó en silencio.

Raven mantuvo su mirada en Lady Alexandra, deseando que mirara en su dirección.

—Espero que se sienta mejor ahora, Lady Alexandra —dijo Raven, rompiendo el silencio—. Sé que las últimas veces que la visité no se encontraba bien.

Los ojos de todo el grupo se desplazaron de Raven a Lady Alexandra.

—Sí, gracias, Su Gracia.

—Me alegra oírlo. ¿Quizás me reservarías un baile? —insistió Raven.

De nuevo, las miradas oscilaron entre los dos.

—Le agradezco que me lo pida, Su Gracia, pero me temo que esta noche no me sería posible.

Lady Alexandra sonrió cortésmente y pronunció las palabras como debía, pero aun así, miraba a cualquier parte menos a él.

Podía sentir visiblemente cómo todo el grupo suspiraba de decepción. ¿Cómo iba a explicarle las cosas a Lady Alexandra? Prefería no hacerlo aquí delante de todos, pero lo haría si ella no le dejaba otra opción.

—Si me disculpáis, padre. Creo que voy a tomar un refrigerio antes de la cena.

Lord Grebs asintió en señal de comprensión, y Lady Alexandra se dispuso a retirarse. En un segundo, los ojos de Lord Grebs se posaron en Lady Rebecca, quien transmitió las palabras no pronunciadas a Raven. Con un simple gesto de su cabeza en dirección a Lady Alexandra, era fácil ver el significado de la mujer.

—La acompañaré —dijo Raven un poco demasiado repentina y ruidosamente.

Lady Alexandra apenas se había alejado del grupo, pero el anuncio la hizo girar de nuevo. Él no había preguntado, sino simplemente anunciado. Ella no tendría más remedio que permitirselo.

Él le ofreció su brazo. Como la primera vez, ella pareció mirarlo fijamente, desconfiando de su significado. Aun así, lentamente colocó su delicada mano en el hueco de su brazo. Él suspiró aliviado. Era el primer paso para hacer las paces.

—Quiero explicarte lo que sucedió —dijo Raven en voz baja mientras se abrían paso entre la creciente multitud del salón.

Bordeando las paredes del salón había camareros con diversas bebidas para servir antes de que se anunciara la cena. Raven estaba seguro de que ya había cerca de cien personas apretujadas en la sala.

—Por favor, no lo hagas —dijo Lady Alexandra de repente y con firmeza, haciendo que él se detuviera en seco.

A regañadientes, Lady Alexandra lo miró. Él pudo ver las lágrimas que asomaban a sus ojos enrojecidos, irritados por el llanto anterior.

—No creo que pudiera soportar escuchar ni un momento de ello. Has hecho cosas maravillosas por mi familia. Padre dice que el museo está floreciendo gracias a ti, más aún, ha despertado de la tristeza que lo envolvía —dijo ella, tragando con dificultad—. Te agradezco todo esto, Su Gracia. Por favor, no prolonguemos este momento ni un segundo más.

Raven se volvió para mirar a la dama.

—Si tan solo me escucharas un momento. Necesito decírtelo. Nunca planeé que nos encontraras así. De hecho, estaba intentando buscarte en ese preciso momento cuando Lady Charlotte se me acercó. He estado tratando de decírtelo —explicó, sintiéndose ahora desconcertado ahora que había llegado el momento. Se pasó la mano libre por el pelo—. Verás, después de nuestro baile en casa de Sir Hamilton, quedé encantado contigo. Encontrarte en las escaleras del museo no fue del todo un accidente. Te estaba buscando, aunque yo mismo no entendía por qué.

—Por favor, detente, Raven —dijo Lady Alexandra, dando un paso adelante y acortando aún más la distancia entre ellos.

Él la vio levantar el brazo para apartarlo, pero pensó que era mejor no tocarlo, aunque sus brazos seguían enlazados.

—Sé que te sentiste atraído por el comportamiento algo poco ortodoxo y a veces humorístico de mi familia. No tengo duda de que Londres debe haber sido una existencia muy aburrida

comparada con las cosas que has visto. No siento que me hayas causado ningún mal. Fue mi propia culpa.

—¿Tu culpa? ¿Qué quieres decir?

—Eso ya no importa. Te casarás, y te deseo sinceramente felicidad desde el fondo de mi corazón. Es solo que... es demasiado doloroso para mí en este momento. Pronto puede que nos veamos con más regularidad —añadió, mirando por encima del hombro de Raven.

Él sabía que se refería a lo que fuera que estuviera pasando entre su tía y el padre de ella.

—Estoy segura de que con el tiempo estaré mejor —añadió con una inspiración y levantando ligeramente la barbilla—. Simplemente no tengo mucha fuerza para ello en este momento.

Ahora era el turno de Raven de levantar la mano. Deseaba tanto tocarla. Rozar su mano contra su mejilla y borrar todas sus preocupaciones. De repente, fue muy consciente de toda la gente que los rodeaba. Algunos incluso habían empezado a mirar su estrecha proximidad y sus tonos susurrantes.

Dejando que la mano de ella cayera de su brazo, la agarró con la suya propia. Mano con mano, la sacó de la sala sin que se pronunciara otra palabra entre ellos. Sabía que estaban armando más revuelo que nunca, pero a Raven no le importaba. Estaba cansado de todo esto. Llevaría a Alexandra a un lugar donde por fin pudieran hablar en privado.

Ella no se resistió, aunque él tuvo que recordarse a sí mismo que debía aminorar sus grandes zancadas para permitirle seguirle el paso con su fino vestido y sus zapatillas. Marcharon fuera del salón principal y entraron en el vestíbulo donde los invitados rezagados aún estaban llegando y siendo recibidos por el anfitrión, ahora más que listos para sentarse a cenar.

Raven miró de un lado a otro, evaluando rápidamente el mejor lugar para una conversación privada. Se volvió decididamente en dirección opuesta a los invitados que entraban, ninguno de los cuales les prestó mucha atención. Podía oír el tintineo de los platos detrás de una puerta, lo que le indicaba que era el comedor lleno de sirvientes ocupados con las tareas finales. Sin embargo, la habitación contigua apenas estaba iluminada por las brasas moribundas de un fuego resplandeciente y estaba completamente vacía.

Raven los arrastró a ambos dentro de la habitación y cerró las puertas firmemente tras de sí. Al darse la vuelta, no esperó a que Lady Alexandra hablara. Simplemente soltó su agarre de la mano de ella.

Antes de que ella tuviera la oportunidad de dar un paso atrás, Raven acunó su delicado rostro entre sus enormes manos y le inclinó la cabeza hacia arriba para que lo mirara.

Sin vacilar, bajó la cabeza y presionó suavemente sus labios contra los de ella. Sintió la sensación recorrerlo como un rayo cuando sus labios rozaron la suave boca de Alexandra. Ella no se apartó, pero aun así la sintió tensarse en su lugar. Le costó toda su energía no profundizar más el beso.

Si sus palabras no la convencían de sus sentimientos, entonces lo harían sus acciones. Poco a poco sintió cómo ella se relajaba bajo su tacto. Las manos de Alexandra subieron lentamente por sus antebrazos, y muy ligeramente se puso de puntillas para animarlo a besarla más.

Era el aliento que necesitaba. Liberando una de sus manos, la envolvió alrededor de la cintura de Lady Alexandra, atrayendo todo su cuerpo contra el suyo. Sonrió satisfecho contra sus labios. Ella también lo amaba, ahora estaba seguro.

De repente, Lady Alexandra dio un paso atrás.

—Raven, ¿por qué has hecho eso? ¡No podemos! ¿Y si alguien nos descubre? ¿Qué dirá Lady Charlotte?

Se llevó la mano a los labios como si la unión aún estuviera allí.

Raven se relajó y dio un paso adelante de nuevo, rodeando su cintura con el brazo. La sostendría allí para siempre si ella se lo permitiera.

—Me importa poco la opinión de Lady Charlotte sobre el asunto. Te amo, Alexandra. ¿Cómo puedes no verlo?

—¿Pero en el picnic?

—Lady Charlotte te vio venir. Estaba de pie en el banco y me pidió ayuda. Cuando apareciste, tropezó y cayó sobre mí. Aún no estoy del todo seguro si fue un accidente o no —añadió medio en voz baja—. Quería decírtelo entonces. Te he amado desde hace algún tiempo.

—¿Pero la estás cortejando? —continuó Lady Alexandra, aún incrédula.

—Mi tía me pidió que viniera a Londres porque pensó que éramos una buena pareja. Me relacioné con la familia de Derber como un favor a mi tía. Nunca esperé que realmente pudiera encontrar a alguien con quien quisiera pasar mi vida. Pero lo hice. Desde el momento en que te vi cuadrar los hombros e intentar subir ese carruaje por las escaleras del museo tú sola, lo supe —dijo Raven, sus ojos negros brillando con sus palabras traviesas.

Lady Alexandra se había relajado bajo su tacto. Él sabía que ahora podía bromear con ella. Ella le creía. Mejor aún, sabía que ella también lo amaba.

—Eres un hombre detestable, Raven —dijo ella, golpeándolo suavemente en el pecho—. ¿No es suficiente con que me hayas arrastrado a esta habitación apartada para arruinarme? ¿Ahora también debo soportar tus crueles palabras?

—Mi querida —dijo Raven con un brillo malicioso en sus ojos oscuros. Ella sintió sus dedos extendidos sobre su espalda—. Tengo mucho más en mente que solo arruinarte en esta habitación.

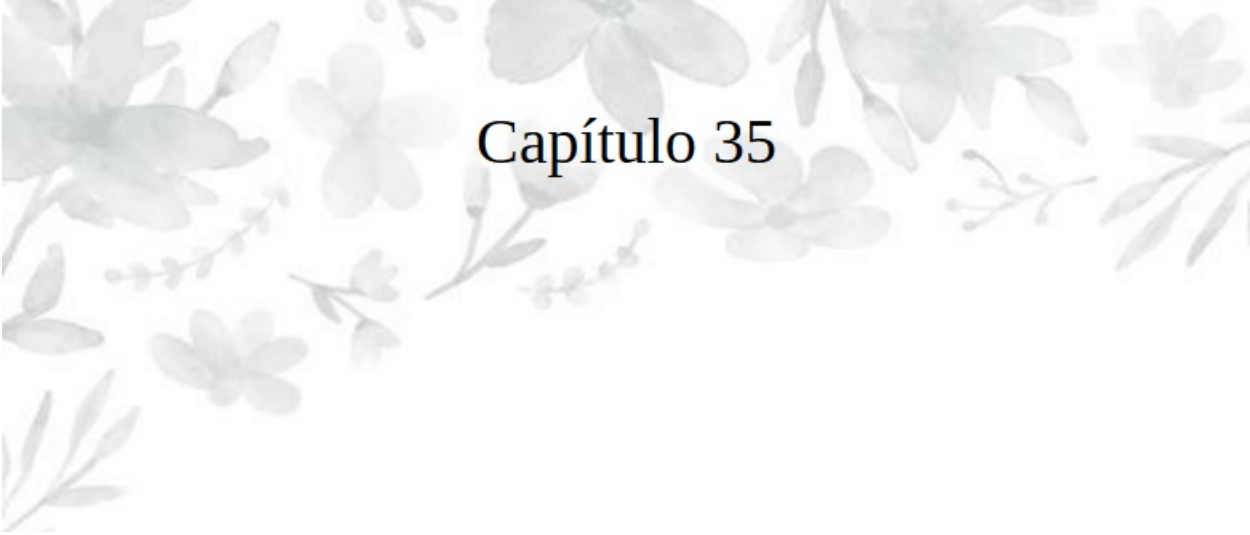
Raven apoyó suavemente su frente contra la de ella, aspirando su belleza.

—Planeo casarme contigo —añadió en voz baja.

—Tal vez te rechace —lo provocó Lady Alexandra en respuesta.

Él ya podía sentirla levantándose de puntillas, inclinando la cabeza hacia atrás, anticipando su beso. Dejó que sus labios vacilaran justo sobre los de ella.

—Bueno, entonces te levantaré, te echaré sobre mi hombro y te llevaré hasta la iglesia. Puede que seas testaruda, Alexandra Woodley, pero te aseguro que ni siquiera tú eres rival para mí. Si quiero algo, me saldré con la mía, y te quiero a ti.

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be cherry blossoms and other delicate blooms, scattered across the top edge.

Capítulo 35

—Todo fue tan hermoso —dijo Lady Josephine a su hermana mientras estaban sentadas en la elegante mesa del comedor del Duque de Raven.

Lady Alexandra había comido muy poco durante todo el día. Ahora que estaba sentada en la gran mesa, con algunos de los alimentos más exquisitos que jamás había visto, le resultaba difícil no comerlo todo frenéticamente.

Sin embargo, no quería arruinar su hermoso vestido nuevo. Era un elegante vestido de algodón color crema con delicado encaje superpuesto de arriba a abajo. La parte superior del vestido tenía sencillas mangas cortas que dejaban sus hombros al descubierto, con el encaje transparente cubriendo la clavícula por modestia.

Más que la hermosa sensación de la tela contra su piel, estaba el cálido toque de la mano de su nuevo esposo, que descansaba suavemente sobre su regazo.

Desde el momento en que Raven se llevó a Alexandra y declaró su amor por ella, habían sido muy pocos los momentos en que estuvieron juntos sin algún tipo de contacto físico. De hecho, se había sentido bastante como su hermana menor, Sophia, las últimas semanas, mientras se reía tontamente y suspiraba por su futuro esposo.

Habían planeado la ceremonia lo más rápido posible, celebrando un servicio privado en la capilla la primera semana de agosto. Solo sus amigos y familiares más cercanos fueron invitados a asistir. El servicio había sido sencillo, íntimo y absolutamente perfecto en la mente de Alexandra.

Nunca en su vida había esperado casarse, y mucho menos encontrar una pareja con un hombre al que amara y que la amara a ella.

—Fue hermoso, ¿verdad? Solo desearía que Madre hubiera podido estar aquí para verlo —dijo con una suave sonrisa, frotando el colgante alrededor de su cuello.

Era la segunda vez en su vida que llevaba la gema. Sin embargo, tan pronto como terminara el día, se aseguraría de devolverla prontamente al joyero de su hermana. Le había traído tanta suerte en la vida y el amor; quería asegurarse de que sus hermanas también tuvieran la misma oportunidad.

—Ella estuvo. Estoy segura de que nos está mirando desde el cielo y sonriendo con alegría —dijo Lady Josephine con su constante actitud positiva.

Ambas chicas se tomaron un momento para mirar alrededor de la mesa. Lord y Lady Eagleton conversaban animadamente entre ellos. Junto a ellos estaba Lord Jocasta, que parecía bastante aburrido empujando la comida en su plato. Su esposa, frente a él, estaba muy obviamente pasando a escondidas trozos de pescado al gato que estaba en la cesta junto a sus pies. A su lado estaba Lady Rebecca, quien había sido colocada a propósito junto al padre de Alexandra.

Era fácil ver que algo estaba floreciendo entre los dos. A diferencia de Raven y Alexandra, que no podían esperar ni un momento más para hacer público su amor ante la alta sociedad y los ojos de Dios, su padre iba a un ritmo mucho más lento y cauteloso.

Alexandra sabía que era una buena elección para él. La oportunidad de un segundo amor iba a ser un proceso muy delicado y lento para Lord Grebs.

A lo largo de la fila de asientos junto a su padre estaban las tres hermanas menores de Lady Alexandra, con Josephine directamente a su lado. Había temido dejar a las tres. Incluso con su padre más activo en su papel de cabeza de familia, todavía había mucho que solo una mujer podía hacer por ellas.

Lady Josephine había asegurado a su hermana, incontables veces de hecho, que estarían bien sin ella. Ciertamente, cualquier cosa que no pudieran manejar por sí mismas, Lady Rebecca ya había mostrado disposición para ayudarlas.

De hecho, su nuevo papel como miembro de la junta de la Sociedad para Niños Huérfanos le había dado la inspiración para adoptar a las tres chicas Woodley menores bajo su bien entrenada tutoría.

—¿Cuánto tiempo falta para que te vayas? —preguntó la hermana de Alexandra con solo un toque de tristeza por su partida.

Lady Alexandra nunca había estado a más de un extremo de la ciudad de sus hermanos. Ahora cruzaría todo un océano.

—Nos vamos dentro de dos días a Liverpool. Raven dice que pasaremos unos días, tal vez una semana allí. Luego el barco zarpará hacia Virginia.

—¿Estás muy emocionada? ¿O quizás nerviosa?

—Un poco de ambas, supongo. No sé qué esperar. Todo esto está sucediendo tan rápido, para ser honesta. Nunca he experimentado nada fuera de Londres. Raven dice que Virginia es muy diferente de aquí en invierno.

—Pero volverás a casa, ¿verdad? Me refiero a algún día, no de inmediato, por supuesto.

Alexandra miró con amor a su hermana. Sabía que esta separación sería tan difícil para Josephine como lo sería para ella.

—Estoy segura de que estaremos en casa muy pronto —dijo Alexandra tranquilizadamente—. Y quizás en el futuro, podrás venir a visitarnos al campo durante los meses más fríos. Raven no ha estado en su residencia de campo en algún tiempo, pero me ha hablado de ella, y suena bastante maravillosa.

—Eso sería agradable —dijo Lady Josephine con una sonrisa—. Pero estoy segura de que ustedes dos disfrutarán de su tiempo a solas por un tiempo —añadió con las mejillas enrojecidas. Esto hizo que ambas chicas estallaran en risitas.

Cuando la comida comenzaba a terminar, Raven se puso de pie. Quitando su mano del regazo de Lady Alexandra por primera vez desde que se sentaron, la usó para hacer tintinear suavemente su copa.

—Solo quería tomarme un momento —dijo Raven una vez que el resto de las conversaciones se apagaron— para decir cuán agradecido estoy, y mi hermosa esposa también —añadió, mirando hacia Alexandra.

Era la primera vez que la llamaba su esposa, y Alexandra pudo ver que lo estaba disfrutando tanto como ella.

—Ambos estamos muy felices de haber podido compartir este día especial con las personas que más nos importan. Como todos saben, partiremos en breve hacia nuestra plantación en Virginia. Aunque sé que podemos estar separados por un tiempo —dijo, mirando entre Alexandra y Josephine—, ninguna distancia puede realmente separarnos.

—Saben —dijo, levantando su copa preparándose para brindar—, he estado lejos de mi familia durante gran parte de mi vida. —Hizo un gesto hacia su tía—. En verdad, no creo que encajara realmente con la sociedad aquí. Mi pobre tía puede dar fe del hecho de que a menudo elegí la travesura sobre la propiedad.

—Pensé que si me iba, encontraría el lugar al que pertenezco —dijo, tornándose serio—. Perseguí el sol hasta que se puso y luego de vuelta otra vez. He visto cosas asombrosas, pero aun así, nunca encontré ese lugar al que realmente pertenezco, ese lugar que consideraría mi hogar.

—La tía Rebecca me convenció de volver a Londres este año, un poco traviesamente si me preguntan. Fue en mi regreso a Londres que descubrí que mi hogar había estado aquí todo el tiempo —dijo Raven, mirando a Alexandra.

—Verán, aprendí que el hogar no es un lugar en absoluto. Es una persona. Una persona que, una vez que la conoces, pronto te das cuenta de que la vida nunca volverá a ser la misma sin ella. Ahora he encontrado mi hogar.

Extendió la mano, tomando la de su esposa y la besó suavemente.

—Me gustaría invitarlos a todos a que se unan a mí para brindar por mi hermosa novia, mi verdadero hogar.

Todas las copas se alzaron, y el sonido de vítores y el tintineo de las bebidas resonaron por toda la sala.

Alexandra miró con amor el rostro de su esposo, el Duque de Raven.

A decorative border at the top of the page featuring a repeating pattern of stylized flowers and leaves in a light gray color.

Epílogo

—¡Raven! Raven, ¿estás aquí? —llamó la duquesa de Raven a su marido.

Había pensado que la casa de la plantación en Virginia era grande, pero la finca campestre en el Distrito de los Lagos parecía ser el doble de tamaño. Había pasado los últimos veinte minutos caminando de habitación en habitación en busca de su esposo.

—Alexandra, estoy aquí —finalmente lo oyó responder.

Raven salió de la biblioteca donde había estado trabajando en su escritorio para hacer notar su presencia a su esposa.

—Pensé que estabas descansando.

—No necesito dormir todo el día —dijo Alexandra con una risita mientras se acercaba bamboleándose a su marido.

—Necesitas descansar —insistió él, acariciando su vientre hinchado mientras ella se acercaba—. Ya fue bastante malo que insistieras en volver a casa una vez que supimos que estabas encinta. Viajar es muy peligroso para alguien en tu estado.

—Bueno, no estaba exactamente en este estado cuando empezamos —intentó aclarar Alexandra, señalando su vientre excesivamente redondo.

—Pero sabíamos que estabas encinta —corrigió Raven a su esposa.

—Y aquí estoy, completamente bien. Los dos lo estamos —aseguró Alexandra de nuevo.

Desde que ella le dio la feliz noticia, Raven había sido especialmente protector con ella. El hombre antes aventurero que le había permitido acompañarlo a donde quisiera a pesar de su idoneidad para las mujeres, ahora se había resignado a tratarla como una flor delicada.

—Me gustaría que me mostraras la casa. Solo he conocido a la señora Wilson. ¿Qué hay del resto del personal? Nuestra familia llegará pronto. Debo preparar la casa.

—No harás nada de eso. La señora Wilson es el ama de llaves. Tú le dices lo que quieres y ella se encargará de que se haga. Tu único trabajo —dijo, apartando un mechón de pelo que se había caído mientras descansaba— es sentarte y prepararte para la maternidad.

—¿Qué hay que preparar? Ya lo he hecho —dijo Alexandra, aunque siguió la persuasión de su marido por el pasillo.

—Aquí está la sala de mañana. En el anexo derecho hay un salón que puedes usar para tus propósitos privados. Y luego, al lado de la biblioteca de la que salí, hay una mucho más grande para después de la cena y para recibir invitados —explicó Raven.

—¿Qué demonios haré con tantos salones? —dijo Alexandra con una risita.

—Supongo que lo que te apetezca —respondió Raven, sentándose junto a su esposa.

Todavía tenía varios documentos que revisar antes de terminar por la noche, pero por ahora pensó que era mejor disfrutar de la compañía de su esposa.

Acababan de llegar a la finca después de un largo viaje a través del océano y luego una semana de viaje en carruaje al campo. No debería haber tardado tanto, pero Raven había insistido en que el cochero fuera a un ritmo mucho más lento de lo habitual por el bien de Alexandra.

Ella había esperado regresar a su hogar mucho antes de que empezaran a llegar los demás invitados. El viaje prolongado apenas le dejaba unos días, como máximo, antes de que llegaran el resto de su familia y Lady Rebecca. ¿Cómo iba a conocer la casa y prepararla toda si Raven no le permitía moverse excepto de un salón a otro?

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó Alexandra mientras Raven le levantaba los pies y los colocaba en su regazo.

—¿Hm? —preguntó él, medio concentrado en las zapatillas que le estaba quitando una por una.

Alexandra había sido una mujer fuerte desde el momento en que Raven la conoció. No esperaba menos que su determinación, y terquedad, incluso en su embarazo. Dicho esto, estaba seguro de que se echaba encima demasiadas cosas que podían dejarse a otros. Sus tobillos hinchados eran testimonio de ese hecho.

—¿Cuánto tiempo hace que no vienes aquí? —preguntó ella antes de relajarse en el sofá mientras Raven comenzaba a masajear un pie y luego el otro.

—No estoy seguro —dijo él, meditando la pregunta.

En su concentración, las manos de Raven se detuvieron en su movimiento. Alexandra movió los dedos de los pies cubiertos de seda con una sonrisa. Dándole su sonrisa traviesa, Raven le hizo cosquillas en la planta de un pie antes de volver a su masaje.

—Supongo que tenía dieciséis, tal vez quince años, la última vez que vine.

—¿Está todo igual? —preguntó Alexandra, mirando alrededor de la habitación.

Había aprendido desde el momento en que se casó con Raven que su nivel de vida había sido muy superior al suyo. Lujosas casas salpicaban las islas británicas. Luego estaba la plantación en Virginia y el bungalow en las Indias del Sur. Cada una de estas lujosas casas había sido amueblada sin limitación de fondos. Muchas de las fincas del campo inglés, como la casa de campo a las afueras de Londres, se alquilaban de vez en cuando a caballeros.

—Supongo que sí. Honestamente no puedo recordarlo. Realmente no veníamos mucho, mi tía y yo, es decir. Creo que le preocupaba que fuera demasiado perturbador volver aquí después de que mis padres murieran.

—¿Lo es? —preguntó Alexandra, dándose cuenta de repente de que estar aquí de nuevo podría traer recuerdos dolorosos.

—No —dijo él con una sonrisa tranquilizadora—. Para ser honesto, no recuerdo mucho de ellos. Pero los recuerdos que tengo, eran buenos. No puedo esperar para crear algunos de los nuestros aquí también —añadió para rematar.

—Y una boda será el primero —reflexionó Alexandra.

—Sí, una un poco extraña, si me preguntas —dijo Raven con una risita.

—No es nada extraño. Si acaso, han tardado demasiado en mi opinión —dijo Alexandra con decisión—. Han pasado más de dos años desde la nuestra.

—Sí, bueno, supongo que no todos los hombres son como yo. Apareciendo de repente, llevándote conmigo y reclamándote como mía.

—Si mal no recuerdo, yo caminé por mi propia voluntad —le corrigió Alexandra.

—Supongo que tienes razón —le sonrió él.

Dos días después, los invitados comenzaron a llegar. Primero fue Lord Grebs con sus tres hijas menores. Fue una reunión llena de risas y lágrimas compartidas entre todas las hermanas. Alexandra estaba tan impactada por lo mucho que había crecido y madurado su hermana menor en los últimos dos años que Raven temió que pudiera desmayarse.

Al día siguiente, llegó Lady Rebecca con sus dos acompañantes, Lord y Lady Jocasta. Alexandra no quería admitirlo, pero se sintió aliviada de que esta última decidiera traer solo un gato.

Los últimos miembros de su grupo de boda llegaron la misma noche. Lord y Lady Eagleton habían tardado más en viajar por la misma razón que Raven había insistido en que su conductor viajara despacio.

Lady Eagleton mostraba un vientre tan hinchado como el de su querida amiga. Después de tantos años sin un hijo propio, tanto ella como su marido se habían alegrado enormemente cuando ocurrió el milagro.

—¿No será maravilloso, Regina? —reflexionó Alexandra al día siguiente en la sala de estar—. Nuestros hijos crecerán juntos. Podrían ser grandes amigos también.

—Es maravilloso, ¿verdad? —coincidió Regina, presionando su vientre donde una parte obstinada del cuerpo se preparaba para salir—. Aunque me pregunto si es extraño para Raven.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, era tan buen amigo del joven Charles. Ahora aquí estamos teniendo un hijo, el hermano de Charles, y tendrá la misma edad que el bebé de Raven. Me pregunto si eso le resulta extraño.

—No creo que sea así en absoluto —concluyó Alexandra—. Sin embargo, lo único que sé con certeza —añadió, reacomodándose en su asiento—, es que me alegro de que tenga a Lord Eagleton para mantenerlo a raya. Estoy casi segura de que si no fuera por ti, me tendría en cama todo el día rodeada de almohadas.

—Créeme, mi Charles no es mejor —rio Regina—. Tendré suerte si me permiten asistir al servicio de la iglesia mañana. Habla de no marcharse hasta que el niño nazca y esté sano. Dice que volver a casa sería un riesgo demasiado grande.

—Bueno, estoy de acuerdo con él en ese punto. No tanto por el riesgo, sino por el hecho de que debes quedarte hasta que tú y el bebé estéis bien y listos. No aceptaré nada menos.

—Sería demasiada carga —objetó Regina.

—En absoluto. De hecho, creo que sería un consuelo hacerlo juntas —dijo Alexandra, extendiendo la mano para tomar la de su amiga.

A ambas damas se les permitió, de hecho, asistir a la pequeña ceremonia en la iglesia al día siguiente. Con lágrimas en los ojos, Alexandra observó cómo Lady Rebecca caminaba por el pasillo con un suave vestido azul. De pie junto al altar estaba su padre.

Si había parecido un hombre cambiado después de las primeras semanas de la introducción de Raven en la familia, no era nada comparado con el hombre que era ahora. A Alexandra le habría gustado pensar que estaba viendo de nuevo al hombre que había vivido antes del fallecimiento de su madre.

Su piel estaba llena de vida, y sus palabras reflejaban su felicidad en todo lo que hacía y decía. Alexandra, al igual que todas sus hermanas, no podría haber estado más feliz de ver a su padre con la suerte de encontrar el amor de nuevo en la vida.

Cuando la ceremonia terminó y los invitados salieron de la pequeña iglesia privada en los terrenos de la finca, Alexandra irradiaba alegría ante su gloriosamente gran familia frente a ella.

—¿Qué sucede, querida? —dijo Raven, ofreciendo su brazo a Alexandra para darle apoyo.

Suaves lágrimas caían por su rostro, y usando un delicado pañuelo blanco, las secó rápidamente.

—Simplemente estoy feliz, eso es todo —aseguró a su marido.

Raven se inclinó y besó a su esposa en la coronilla, inhalando el aroma de su cabello castaño.

—Me pregunto si esto es lo que se siente al alcanzar la perfección —añadió ella, mirándolo con los ojos aún brillantes.

—Me imagino que sí, mi amor —dijo Raven, inclinándose completamente para robar un rápido beso en los labios de su esposa.

¡Lee el próximo libro de la serie ahora!

Haz clic aquí o escanea el código QR

Bonus Escena



Gracias por comprar y leer mi libro. ¡Significa mucho para mí y para Starfall Publications!

Como muestra de agradecimiento, nos gustaría ofrecerte un 20% de Descuento en tu primer pedido en la EShop de Starfall www.starfallpublicationsbooks.com usando el código SFKU20 ¡y un Bonus Scene de este libro!

¡Haz clic aquí o en la imagen o escanea el código QR para leerlo 100% gratis!

Por favor, por favor, por favor, por favor publica tu reseña en Amazon, ¡ayuda más de lo que crees!

¡Reunámonos!

Starfall Publications me ha ayudado a mí y a tantos otros a hacerles llegar mi pasión por la escritura.

El principal objetivo de esta empresa ha sido, y siempre será, la calidad, y me siento honrada de publicar mis libros bajo su nombre.

Me gustaría dar oficialmente las gracias a Starfall Publications por ofrecerme la oportunidad de formar parte de un equipo tan maravilloso y trabajador.

Gracias a ellos, mis sueños -y los vuestros- se han hecho realidad.

Sígalos en las redes sociales



¿Quieres influir en nuestras próximas historias y dar tu opinión antes incluso de que se publiquen?

¿Publicas tus reseñas en Amazon, Goodreads o Bookbub?

¿Compartes tus lecturas con tus amigos o seguidores en las redes sociales?

Únete a nuestro Grupo de Influenciadores y gana mientras lees.

👉 <https://starfallpublicationsbooks.com/pages/book-influencers> 👈

Free Book



¡Gracias por llegar al final!

Querido lector,

Espero que hayas disfrutado de cada giro, vuelta y momento emotivo de esta historia. Significa muchísimo para mí que me hayas acompañado en este viaje, y como muestra de agradecimiento, me encantaría ofrecerte un regalo especial: ¡uno de mis libros, gratis, escogido especialmente para ti!

Simplemente haz clic en el enlace de abajo y sigue las instrucciones. Tu libro gratuito estará listo para que lo descargues de inmediato, y espero que te traiga tanta alegría como este.

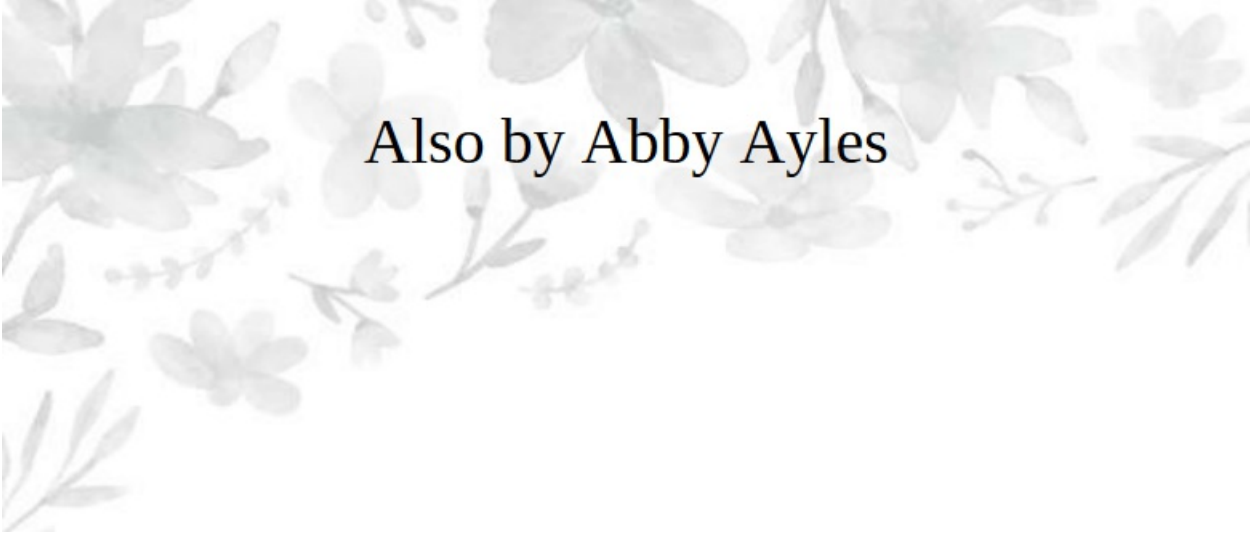
👉 Consigue tu libro gratis aquí 👉

A cambio, ¡me encantaría mantener el contacto! Cuando descargues tu libro, también te unirás a mi comunidad de lectores, así que serás el primero en enterarte de mis nuevas publicaciones, contenido exclusivo y vistas detrás de escena.

¡Gracias de nuevo por leer! Estoy deseando compartir más historias contigo.

Con sincera gratitud,

Starfall Publications y el autor

A decorative border at the top of the page featuring a light gray, watercolor-style illustration of various flowers and leaves, including what appear to be lilies and smaller blossoms, set against a white background.

Also by Abby Ayles

Belles of The Ball

Vera At The Ballroom

Olive At The Ballroom

Giovanna At The Ballroom

Esther At The Ballroom

Agnes At The Ballroom

The Keys to a Lockridge Heart

Melting a Duke's Winter Heart

A Loving Duke for the Shy Duchess

Freed by the Love of an Earl

The Earl's Wager for a Lady's Heart

The Lady in the Gilded Cage

A Reluctant Bride for the Baron

A Christmas Worth Remembering

A Guiding Light for the Lost Earl

The Earl Behind the Mask

Tales of Magnificent Ladies

The Odd Mystery of the Cursed Duke

A Second Chance for the Tormented Lady

Capturing the Viscount's Heart
The Lady's Patient
A Broken Heart's Redemption
The Lady The Duke And the Gentleman
Desire and Fear
A Tale of Two Sisters
What the Governess is Hiding

Betrayal and Redemption

Inconveniently Betrothed to an Earl
A Muse for the Lonely Marquess
Reforming the Rigid Duke
Stealing Away the Governess
A Healer for the Marquess's Heart
How to Train a Duke in the Ways of Love
Betrayal and Redemption
The Secret of a Lady's Heart
The Lady's Right Option

Forbidden Loves and Dashing Lords

The Lady of the Lighthouse
A Forbidden Gamble for the Duke's Heart
A Forbidden Bid for a Lady's Heart
A Forbidden Love for the Rebellious Baron
Saving His Lady from Scandal
A Lady's Forgiveness
Viscount's Hidden Truths
A Poisonous Flower for the Lady

Marriages by Mistake

The Lady's Gamble

Engaging Love
Caught in the Storm of a Duke's Heart
Marriage by Mistake
The Language of a Lady's Heart
The Governess and the Duke
Saving the Imprisoned Earl
Portrait of Love
From Denial to Desire

The Dukes' Ladies

Entangled with the Duke
A Mysterious Governess for the Reluctant Earl
A Cinderella for the Duke
Falling for the Governess
Saving Lady Abigail
The Duke's Rebellious Daughter
The Duke's Juliet
Secret Dreams of a Fearless Governess
A Daring Captain for Her Loyal Heart
Loving A Lady
Unlocking the Secrets of a Duke's Heart

German Editions

Vera im Ballsaal
Olive im Ballsaal
Giovanna im Ballsaal
Esther im Ballsaal
Agnes im Ballsaal
Verstrickt mit dem Herzog
Der Earl Und Die Rätselhafte Erzieh
Ein Aschenputtel Für Den Herzog

French Editions

Vera Au Bal

Olive Au Bal

Giovanna Au Bal

Esther Au Bal

Agnes Au Bal

Emmêlée Avec Le Duc

Une Gouvernante Mystérieuse Pour Le Comte Réticent

Une Cendrillon pour le Duc

Italian Editions

Vera Nella Sala da Ballo

Olive Nella Sala da Ballo

Giovanna Nella Sala da Ballo

Esther Nella Sala da Ballo

Agnes Nella Sala da Ballo

Intrecciata con il Duca

Il Conte Reticente E L'Enigmatica Istitutrice

Una Cenerentola Per Il Duca